



TU + YO =

# EXTASIS

PHAVY PRIETO



+18

2018PHAVYPRIETO

2018©de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Erótica

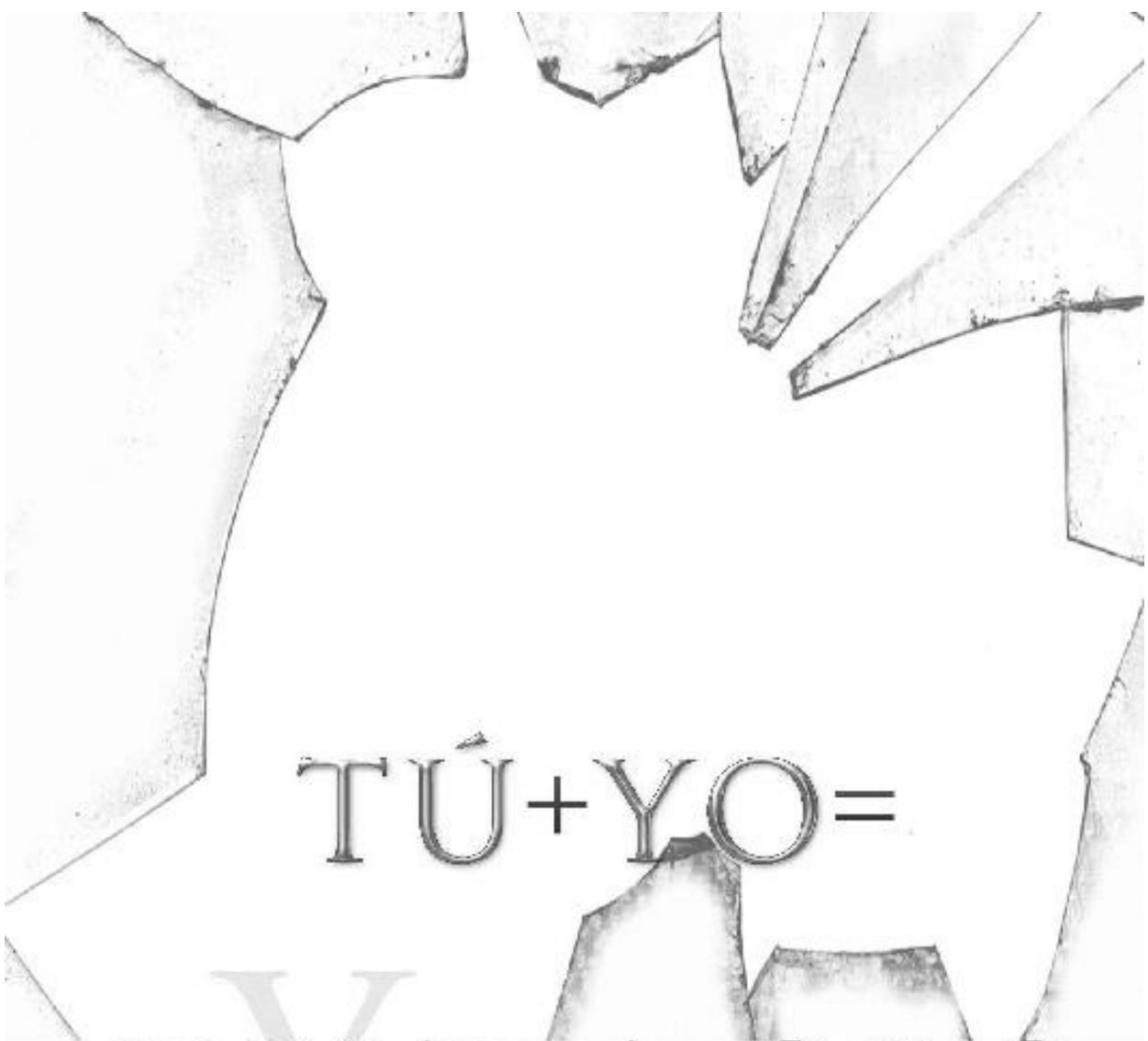
Dirección:[www.edicionescoral.com](http://www.edicionescoral.com)/[www.groupeditionworld.com](http://www.groupeditionworld.com)

Primera edición: Octubre 2018

Diseño portada: Ediciones K

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico, actual o futuro incluyendo las fotocopias o difusión a través de internet y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes.





TÚ+YO=

EXTASIS

PHAVY PRIETO



+18

# Sinopsis:

Irina Luciana Komarova es hija del magnate ruso Luciano Komarov, una brillante joven con un futuro prometedor que ha decidido realizar las prácticas de empresa en el País natal de su madre, donde casualmente su padre mantiene una de sus sedes principales, aunque comete el error de enviar una imagen poco adecuada a la persona menos indicada, es entonces cuando su deseo de permanecer en Madrid se convierte en una pesadilla.

Alejandro Álvarez es el socio minoritario de las empresas Komarov en España, su vida gira en torno a su trabajo, ya que es el director de la sucursal, si ha llegado a estar donde está es precisamente gracias a su constante esfuerzo y dedicación a la empresa, sin embargo, todo cambia cuando recibe un mensaje en su teléfono. Todo cambiará cuando vea su contenido y desde luego pondrá todo su esfuerzo en averiguar quién es la propietaria de ese contenido.

**Dedicatoria:**

*A Simone.*

*Gracias por estar siempre a mi lado y ser mi dios griego de ojos azules.*

*Ti amo, amore.*

# 1. De Moscú a Madrid.

Mi nombre es Irina Luciana Komarova, aunque casi siempre evito mencionar el nombre completo por lo que esto implica. Soy hija única y mi querido padre es el magnate ruso Luciano Komarov, alguien muy conocido por su apellido en Rusia y prácticamente en toda Europa. Mi madre es la modelo española Natalia Suárez, aunque hace veinticinco años que no ejerce dicha profesión, exactamente desde el instante en que se casó con mi padre.

Papá es un empresario muy reconocido por poseer la mayor empresa petrolera del país, aunque esa sea la principal fuente de ingresos, además mantiene un consorcio de negocios que lleva el apellido Komarov y que se expande por toda Europa, Asia y próximamente Estados Unidos.

Desde pequeña he sabido que terminaría trabajando en las empresas de mi padre, por eso siempre he tenido claro qué debía estudiar empresariales y ahora que había acabado los últimos exámenes de la carrera, tenía que realizar las prácticas convenientes para terminar mi formación, por lo que había decidido que el mejor lugar para hacerlas era el país natal de mamá, España. No solo deseaba practicar el idioma en el que siempre me hablaba mi madre desde que era una niña y conocer mis raíces, sino que también quería experimentar algo de la semi-libertad a la que tan poco acostumbrada estaba en casa de mis padres y que estando lejos de allí podría obtener con mayor facilidad.

Era la oportunidad perfecta para no tener la supervisión constante o la sobreprotección excesiva a la que siempre he debido estar sometida desde que

tengo conocimiento. A mis veintidós años, mis padres me seguían tratando como a una niña, cuando sabían perfectamente que ya había dejado de serlo y aunque no se tomaron muy bien mi decisión de marcharme lejos de allí, lo aceptaron sabiendo que no iba a cambiar de opinión por mucho que intentaran convencerme de lo contrario.

Había temido que mi relación con Dimitrios, el chico con el que salía desde hacía más de un año no resistiera a los nueve meses que debía pasar lejos de Moscú, concretamente en la sede central de la capital de España, que tenía en Madrid, pero nada más lejos de la realidad, puesto que esa relación ya estaba muerta antes de embarcarme rumbo a mi destino.

Debí estar ciega para no darme cuenta, para no advertir las señales y ser capaz de ver que Dimitrios me estaba engañando con otra. Sí, con otra. Aún podía recordar el momento en el que había llegado a casa de mi ex - novio para darle una sorpresa, lo había preparado todo para que fuera una gran despedida, incluso había hablado a escondidas con el conserje para que me abriera la puerta de su casa y así aparecer por sorpresa, pero cuando entré y escuché los golpes, deduje que provenían del cabecero de la cama cuando éste golpeaba contra la pared después de escuchar los jadeos que provenían de la habitación donde él dormía, comprendí que algo no andaba bien, de hecho, lo supe antes de abrir la puerta, pero aun así lo hice, él muy capullo me la estaba pegando con Clarissa, que no era ni más ni menos que la prima de mi mejor amiga Nadia.

«¡Era un cerdo!» Exclamé para mis adentros mientras arrugaba la prenda que tenía en las manos al recordar la imagen de aquella lagarta sentada a horcajadas sobre Dimitrios y su rostro de soberbia al verme como si estuviera feliz de haberlos encontrado juntos.

Aunque desde luego, la cara de Dimitrios al verme cuando abrí aquella puerta

y le pillé in-fraganti fue distinta; se quedó pálido y descompuesto. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba engañándome con la prima de Nadia, aunque eso ya no importaba puesto que iba a irme muy lejos de allí y no pensaba volver a verle el pelo, ni a tener noticia alguna de él. En el fondo, ahora me alegraba de no haber accedido a la cantidad de guarradas que él quería hacer conmigo en la cama y a las que me había negado por pudor, ¡Que las hiciera con la puta de Clarissa si quería! A mi desde luego no iba a volver a volver a engañarme.

Ahora más que nunca tenía claro que me pensaba largar de allí y por una larga temporada. Las insistentes llamadas de Dimitrios con mensajes en el buzón de voz simulando hipotéticas excusas me estaban exasperando. Si existía la más mínima duda de querer marcharme por él, definitivamente ésta se había evaporado tan rápido como una gota en mitad del desierto. Mi padre me había dado un nuevo teléfono con número español y pensaba dejar el mío personal allí para que nadie me localizara, no me apetecía en absoluto que me contactara o se presentara por sorpresa en Madrid para visitarme, así que pasé al nuevo terminal todos los teléfonos que me interesaba tener que se reducían a un porcentaje minúsculo y desde luego el de Dimitrios no era precisamente uno de ellos.

Menos mal que no le había dado la dirección del pequeño apartamento al que pensaba mudarme porque no la recordaba... ahora me alegraba infinitamente de no haberlo hecho. España sería mi bote salvavidas, no consideraba estar enamorada en absoluto de Dimitrios, es más, aunque llevábamos saliendo algo más de un año, solo habíamos empezado a tomarnos la relación algo más en serio los últimos meses, aunque tal parecía que solo lo había tomado en serio yo, pero... ¡Joder! Dolía en el orgullo que te pusieran los cuernos y que tu novio prefiriera a otra en lugar de a ti. Sí, definitivamente lo que me dolía era el orgullo y no el corazón.

—¿Ya tienes todo listo?

Alcé la vista y vi a mi madre que acababa de entrar en la habitación seguramente para supervisar las ocho maletas que viajarían conmigo en el Jet privado de la familia.

Conseguí convencer a mis padres dejarme viajar sola, no entendía porque se empeñaban en acompañarme puesto que era absolutamente innecesario. Además, me alojaría todo el tiempo que pasara en Madrid, en un pequeño ático en el centro de la capital que estaba relativamente cerca de la empresa.

Había insistido en querer algo pequeño ya que iba a vivir sola y no necesitaba tener servicio constantemente. Por alguna razón, me apetecía ser autosuficiente dentro de ciertos límites, únicamente pensaba gastar el dinero que realmente ganara con mi trabajo, de ahí que me llevara tanta cantidad de ropa puesto que dudaba que pudiera comprarme algo de marca en los nueve meses que estuviera fuera de casa y pensaba disfrutar de la experiencia como una chica normal, al menos esa era mi intención e iba a lograrlo.

—Sí, ya está todo mamá —dije mirando a mi alrededor—. O eso creo —me atreví a decir antes de coger una pequeña cajita y meterla en el único hueco que quedaba de la última maleta.

—Toma —contestó mi madre ofreciéndome un pequeño papel arrancado de una hoja—. Es el teléfono del socio de tu padre en la empresa, el que dirige la sede central a la que vas a ir —añadió mientras yo cogía el papel—. Anota el número por si te ocurre algo, puesto que nadie sabe que irás a trabajar como becaria tal como pediste, pero si tienes cualquier problema, necesitas ayuda o te descubren; llámale y dile quién eres, él te ayudará.

Miré el papel algo arrugado, era un nombre y un teléfono apuntado a mano, saqué mi móvil y lo registré como un autómata para contentar a mi madre

mientras mi mente daba vueltas al repaso mental de la ropa que llevaba y si realmente me olvidaría de algo importante.

Algo muy grave debería ocurrir para que llamara al señor del papel que acababa de entregarme mi madre. Si era el director de la empresa además de socio del consorcio, no me trataría de igual manera. No necesitaba privilegios, quería ganarme por mi propio mérito y esfuerzo mi empleo.

—¿Él sabe que iré a la empresa? —pregunté inquisidoramente a mi madre.

—No, no —negó rápidamente—. Nadia sabe que irás tal y como nos pediste.

—Está bien —dije metiéndome el papel en el bolsillo de atrás del jean blanco que llevaba—. Estoy lista para marcharme a España —añadí sonriente mientras miré a mi madre que parecía sentirse orgullosa mí.

Toda la familia de mamá era de Málaga, al sur de España. Las raíces andaluzas corrían de cierta forma por mis venas, a pesar de haber nacido, crecido y educado en Rusia y de que mis rasgos no tenían precisamente mucho que ver con lo que mi madre denominaba “ser andaluza” puesto que yo era rubia con ojos azules, una herencia completamente paterna. Mamá en cambio tenía el cabello oscuro y los ojos verdes, creo que solo heredé de ella el carácter y su nariz chata, aunque físicamente según mi madre, podría ejercer de modelo debido a mi altura y silueta, pero sinceramente nunca me atrajo ese mundo, yo prefería estar dentro de los negocios de papá y me atraía todo lo referente a gráficas de ventas, marketing y números en lugar de pasarelas o firmas de moda.

Me despedí de mis padres en casa, no me apetecía una larga despedida como si no fuese a volver a verlos en años o por la cara de mi madre, parecía que me fuese a ir a la guerra. Iba a volver por Navidad y puede que incluso ellos mismos me hicieran alguna visita a la ciudad teniendo en cuenta todo lo que

viajaba papá por trabajo, pero les comprendía, era la primera vez que me marchaba de casa para algo más que un fin de semana y no iban a verme durante bastante tiempo, así que prometí llamarles frecuentemente.

El Jet aterrizó sin problemas, un chofer me esperaba para llevar el equipaje y me dejó en la puerta del pequeño apartamento que había alquilado. Mientras apreciaba la fachada del edificio que era absolutamente preciosa por las molduras pintorescas que adornaban los balcones, tuvo el detalle de poner todas mis maletas en el hall de entrada antes de despedirse y marcharse. A partir de ahí se acabaron las comodidades para mí; el ascensor estaba averiado y el conserje ausente, o eso decía el letrero que había en el puesto donde supuestamente debía encontrarse.

—Si lo llevo a saber me traigo solo una —refunfuñé observando las ocho maletas pesadas que había colocadas en fila india en aquel hall de entrada.

Me tocó subir una a una las ocho puñeteras maletas bien petadas que había traído conmigo y encima mi apartamento estaba en la última planta... —jodido karma— pensé, pero no iba a desanimarme, solo era un pequeño contratiempo y nada más. Nadie dijo que fuera fácil no depender de otras personas, ¿no?

Por suerte, me habían hecho llegar las llaves por correo directamente a Moscú, para no tener que determinar la hora de llegada, así que las saqué de mi bolso y abrí la puerta de mi nuevo piso. El pequeño apartamento era de estilo moderno, tal y como había podido ver por las fotografías en internet, con grandes ventanales que daban a una pequeña terraza a la gran vía, en pleno centro del corazón de Madrid, así lo había decidido para no tener que utilizar coche y poder moverme en transporte a todos sitios de Madrid. Además, había comprobado que el trabajo solo estaba a cuatro paradas de metro y según había investigado, el transporte en esa ciudad funcionaba correctamente y era muy puntual.

El pequeño ático constaba solo de una única habitación con baño, el salón con cocina americana integrada y la pequeña terraza, era sumamente pequeño, pero perfecto para una persona, es decir, para mí. Tal como esperaba la nevera estaba vacía, ¿Quién iba a llenarla sino? Decidí salir a comprar algo de comida pese a ser domingo, pero quizás había algún supermercado abierto, de lo contrario compraría algo rápido para llevar, aunque no fuera mi primera elección. Mi madre me había inculcado una dieta bastante sana y casera desde pequeña a excepción del chocolate que francamente, era mi delirio personal.

Como era de esperar acabé volviendo a casa con una gran pizza de tamaño familiar vegetariana y dos botes de helado de chocolate para ver si así conseguía calmar el apetito sexual de abstinencia que mantenía desde que dejé a Dimitrios hacía varias semanas. Me di una ducha rápida tras guardar el helado en la nevera y darle un gran mordisco a un trozo de pizza, quizá con una buena ducha me sintiese más fresca y la lívido me bajase un poco, debería haber hecho caso a Nadia y acostarme con un tío cualquiera antes de venir para no estar precisamente en esa situación, pero lo cierto es que no solía ser ese tipo de chica que se acuesta con el primero que encuentra.

Hacía tanto calor en aquella ciudad que al final me quedé en ropa interior, porque no era capaz de soportar ni el tejido fino del camisón, aunque mi madre me advirtió que haría un clima mucho más cálido que en mi país natal nunca me había imaginado cuánto.

Mientras dejaba la pizza sobre la mesa baja que había delante del sofá y me recostaba entre los mullidos cojines, decidí buscar algo interesante en la televisión que me acompañara durante mi triste cena. Dejé una película que me sonaba haber visto antes en ruso, aunque no recordaba exactamente el nombre, sí que evoqué algunas escenas de sexo que me gustaban de la peli; reconozco que soy una chica activa hablando en términos sexuales y a veces selecciono

la película que voy a ver por las escenas sexuales que ésta contiene, aunque principalmente busco que sea romántica.

Me levanté a por el helado y volví al sofá para seguir visualizando la pantalla. Definitivamente aquello era muy aburrido, necesitaría hacer amigos rápido para salir de fiesta y tener sexo o terminaría desquiciada y rodeada de gatos para que me hicieran compañía. Miré entonces el móvil sobre la pequeña mesa donde lo había dejado junto al cartón de pizza a la vez que una idea rondaba mi cabeza.

¿Funcionaría allí la aplicación de contactos que me había comentado Nadia que me descargara? Ella la utilizaba de vez en cuando en Moscú y decía que iba muy bien o eso le habían contado, porque no especificó que ella la utilizara. Cogí el teléfono y me metí en el centro de descargas para buscar la aplicación, lo cierto es que no recordaba el nombre, pero busqué algo similar filtrando por chats para ligar.

Hablaba y escribía perfectamente el español, mi madre se había asegurado de ello desde que nací, así como inglés y ruso, por lo tanto, esperaba no tener problemas en comunicarme, aunque estaba algo insegura en cuanto al habla coloquial o la forma de abreviar el texto en los mensajes tal y como hacía con mi idioma natal. Lo cierto era que solo hablaba español con mamá, puesto que nunca conocí a mis abuelos, ya que murieron antes de que yo naciera y mamá tenía poca relación con su familia.

Al final me descargué la primera aplicación que vi que parecía tener las mejores valoraciones. Nunca había hecho aquello, pero la emoción de la primera vez era mejor que seguir frustrándome viendo a los protagonistas de aquella película follando y yo consumiéndome por dentro de frustración sola en aquel piso pequeño y con un calor de la muerte que probablemente terminara derritiéndome.

Abrí la aplicación y metí unos cuantos datos de relevancia, nombre: Irina22, simple pero efectivo, sexo: mujer, edad: 22, cabello; rubio, altura; 1,77, ojos; azules, complexión; delgada. No exigía poner foto y de todos modos no la habría puesto que tenía una reputación que mantener. Por fin entré a lo que parecía ser el meollo en cuestión de la aplicación y donde se podían buscar los perfiles. Un par de chat me saltaron avisando que algunos miembros querían entablar conversación conmigo y me emocioné un poco al saber que al menos podría mantener sexo vía chat, aunque decidí mirar algunos perfiles con foto, igual encontraba a alguien para poder mantener sexo aquella noche, pero podría ser algo arriesgado. No obstante paseé por algunos perfiles hasta que di con un chico bastante guapo, no era la octava maravilla pero parecía tener buen cuerpo, algo trabajado de gimnasio y unos rasgos atractivos, me valía para pasar el rato, al menos iba a intentar divertirme aunque solo fuera por teléfono y quien sabe en lo que terminaba aquello.

**Irina22**

*«Hola, ¿Qué tal?»*

**Alejandro\_polladura**

*«Hola preciosa, ¿Te apetece follar esta noche?»*

**Irina22**

*«Me encantaría»*

**Alejandro\_polladura**

*«¿Tienes foto?»*

**Irina22**

*«No pongo mi foto en estos sitios. No me gusta»*

**Alejandro\_polladura**

*«Qué tal si te doy mi número y me la pasas por WhatsApp, ¿Te parece? Así podremos seguir hablando desde allí y quedar para vernos esta noche»*

**Irina22**

*«Está bien, te enviaré una foto sexy, muy sexy»*

**Alejandro\_polladura.**

*«Uf, lo estoy deseando. Aún no te conozco y ya estoy deseando metértela hasta el fondo en ese coño húmedo, mi teléfono es el 63...»*

Dudaba que fuera a quedar con el chico, pero copié el número de teléfono y salí de la aplicación, fui a contactos y cree uno nuevo, no tenía ningún Alejandro, así que preferí no añadir el “polladura” por si acaso a alguien le daba por revisar mi móvil, ya que sabía lo que significaba. Aquel idiota había conseguido que me mojara el tanga más de lo que de por sí estaba, así que me tumbé boca abajo en el sofá, incliné un poco el culo hacia arriba y crucé las piernas. Puse los codos en uno de los reposabrazos del sofá y me hice una foto desde la mitad de la espalda hacia abajo. Sin duda era una foto de lo más reveladora y sugerente, yo no era de enviar ese tipo de fotos, pero nadie podría saber quién era, no se veía mi cara, ni nada que revelara mi identidad. Abrí la aplicación de WhatsApp y busqué entre los contactos al tal Alejandro que acababa de agregar. En cuanto lo vi al teclear el nombre hice clic y le di a adjuntar archivos enviándole así la foto que acababa de hacerme. Sin duda debía estar pendiente del teléfono y no tardaría en contestar.

Como vi que no lo hacía, decidí citar la última frase que él me había escrito,

para no dejar lugar a dudas que era la dueña de la foto y me identificase de inmediato.

**Irina:**

*«Estoy deseando que me la metas hasta el fondo en este coño húmedo, Alejandro».*

Pulsé enviar justo cuando vi que la foto tenía los dos tics azules de leído. Vi que no escribía por lo que decidí añadir algo más justo cuando detecté que estaba escribiendo y preferí ser paciente para esperar su contestación.

**Alejandro:**

*«No sé quién eres, ni cómo has conseguido este número de teléfono, pero sin duda lo pienso averiguar. Que no te quepa la menor duda».*

Me quedé tensa, ¿Qué coño de contestación era esa? No me podía haber equivocado de teléfono, lo había copiado y pegado literalmente, si había un error estaba por parte de ese chico, pero volví al chat de antes, donde el Alejandro\_polladura tenía escritos varios «Hola» como si esperase contestación entre otras guarradas esperando una respuesta. Memoriqué el teléfono mentalmente y volví a abrir WhatsApp, cuando abrí el chat de la imagen enviada y miré la información del contacto, vi que los teléfonos no coincidían, ¿A quién cojones le había enviado la imagen de mi culo?, Me fui a contactos y efectivamente comprobé para mi penosa existencia que había dos Alejandros. Uno era el de la aplicación de ligar, pero ¿Y el otro quién

demonios era? Ese teléfono era nuevo, solo había agregado a las personas más relevantes y de importancia para mí. Además, no conocía a ningún Alejandro, ¿Quién era? De pronto me acordé y salí corriendo hacia la habitación donde había dejado los jeans tirados sobre la silla y saqué el papelito que me había dado mi madre del bolsillo trasero del pantalón. Ahí estaba escrito el nombre de Alejandro, a secas, sin apellido alguno que lo acompañara.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! —comencé a maldecir en voz baja.

La había cagado, pero a base de bien cagada. Le había enviado una foto de mi culo en una postura erótica al socio de mi padre. Quería morirme de vergüenza, o mejor aún, esconderme en una cueva para siempre y no salir jamás de allí.

## 2.

### El buenorro del ascensor

—Irina, cálmate—me dijo Nadia al otro lado de la línea.

En mi desesperación había llamado a Nadia a pesar de saber que en Moscú era bien entrada la madrugada, pero no podía esperar... estaba al borde del colapso.

—¿Es que no me estás escuchando?, Que le he enviado una foto de mi culo en una posición un tanto erótica, por no decir pervertida, al director de la empresa a la que debo acudir mañana, ¡Al puñetero socio de mi padre!, Se me va a caer la cara de vergüenza cuando le vea, ¿Qué voy a hacer? —gemí completamente apabullada por la vergüenza.

—A ver, desde mi punto de mi vista no es tan grave —contestó—. Dices que no vas a tener relación con ese señor. Además, no sabe quién eres, no tiene tu teléfono, ni sabe que la hija de su socio irá a trabajar a la empresa, ¿Cómo va a averiguar que eres tú?

Sopesé lo que Nadie me decía y en parte podría ser verdad. Nadie me conocía y además, yo iba a usar el apellido de mi madre y no revelaría bajo ningún concepto que era una Komarov.

—Bueno, visto así... quizás tienes razón —contesté algo más tranquila.

Ese hombre no tendría relación conmigo, al menos no directamente teniendo en cuenta que iba a ser una simple becaria nueva, quizá todo quedara en un tremendo error del que saldría completamente airosa. Ni siquiera me había dado tiempo a poner una foto de perfil de WhatsApp y visto el percal no pensaba hacerlo ni de coña.

—Venga Iri, déjame dormir que aquí son las cuatro de la mañana y tú debes acostarte que mañana se supone que irás a trabajar —contestó Nadia con la voz algo dormida.

—Eres la mejor Nadia —le dije entre risas.

—Lo sé —escuché que reía antes de colgar.

Cuando sonó la alarma y la apagué por inercia, abrí los ojos rápidamente porque hoy era mi primer día en la empresa y no podía llegar tarde. Cogí el teléfono y observé que tenía un mensaje nuevo; era del tal Alejandro, el socio de mi padre y el mensaje era de hacía tan solo media hora.

***Alejandro:***

*«Última oportunidad para decirme quién eres y a qué clase de juego crees estar jugando»*

No le pensaba contestar, bastante la había liado con enviar la foto al contacto equivocado, pero... ¿Y si era peor no contestarle? Miré la hora del móvil, eran las siete y media de la mañana, en una hora debía estar en la empresa, así que me apresuré en darme una ducha rápida y me vestí con una blusa fina de gasa algo transparente y una falda de tubo gris, me calcé unos zapatos de tacón medio, no sabía cómo de ajetreado sería el trabajo y no deseaba acabar con los pies hechos un Cristo, así que decidí llevar algo más cómodo dentro de lo formal. Cogí el bolso, metí las llaves, el móvil, el monedero, clínex y un par de condones como siempre, —mujer precavida vale por dos— y salí del apartamento. Decidí coger un café para llevar en una cafetería al salir del metro, no tenía hambre así que me limitaría con el café por ahora, a tan solo

unos doscientos metros estaba la torre Komarov por lo que me pude terminar el café mientras caminaba hacia ella. Había llegado bastante temprano y con el suficiente tiempo de ir caminando tranquila.

Me dirigí a una de las chicas del mostrador, facilitando mis datos para que me dieran una credencial de acceso a la torre, al parecer ya conocían mi supuesta llegada por lo que entregando mi documentación de identidad donde no aparecía el apellido de mi padre, sino solamente Suárez, me la facilitaron y accedí al interior del edificio. Debía admitir que era imponente con aquellos techos altos y columnas de mármol veteadas, sin duda casi superaba mis expectativas, creía que no habría sede más imponente que la de Moscú, pero aquella se acercaba. No me solía gustar pensar en que algún día sería la dueña de todo aquello, prefería no creer que sería mío por ser la hija de Luciano Komarov, sino porque realmente me lo ganara con mi trabajo y de verdad me lo mereciera, de hecho, esa era la razón principal por la que me encontraba precisamente allí.

La chica del mostrador me había indicado que debía subir a la planta treinta y seis y preguntar por la señora Susana Ortiz de recursos humanos, que sería la encargada de enseñarme el edificio y sus funciones. Mientras esperaba el ascensor saqué el móvil, por suerte no tenía más mensajes del tal Alejandro, —menos mal— pensé, así que lo guardé enseguida cuando vi que alguien se aproximaba al ascensor y di un paso a la derecha para no quedarme justo en medio.

—Buenos días —escuché la voz masculina y me giré a verle.

En aquel momento creí que estaba en el cielo y enmudecí ante el hombre más atractivo que había visto en toda mi puñetera existencia. Moreno, de metro noventa y cinco al menos y con unos impresionantes ojos azules grisáceos que podrían estremecer al mismísimo diablo del más puro infierno.

«La madre que me parió» jadeé internamente.

—Buenos días —contesté algo nerviosa después de que al menos hubieran pasado varios segundos desde que él saludara.

Aquel hombre parecía serio, de hecho, creí que solo me habría saludado por cortesía cuando observé que mantenía la mirada al frente del ascensor esperando a que éste abriera sus puertas, enseguida se acercaron algunas personas más que hablaban entre ellos y saludaron a aquel hombre cordialmente, todos iban trajeados, pero desde luego a aquel tipo, el traje le sentaba como un guante. Definitivamente necesitaba un polvo y rápido, porque estaba soñando despierta con aquel hombre del ascensor.

Aquel edificio tenía cuarenta y siete plantas. El buenorro del ascensor se encontraba al fondo, justo a mi lado. Ni tan siquiera había marcado el botón de la planta a la que debía acudir.

La gente se fue bajando en plantas inferiores, hasta que solo quedó alguien más y nosotros, íbamos por la planta treinta cuando el ascensor se paró y el único hombre que quedaba aparte de nosotros bajó. Casi podía palpar la sensualidad que transmitía ese hombre y supliqué con todas mis fuerzas que el ascensor sufriera un accidente para quedarme atrapada al lado de ese dios musculoso que hacía que mi pulso se acelerara.

—¿A qué planta se dirige?—me preguntó en un tono que no sabía si definir como amable o simplemente cordial.

—Treinta y seis —respondí viendo como marcaba inmediatamente el botón y justo después pulsaba la última planta ¿Aquel hombre iba a la última planta? Allí solo estaba el despacho de dirección y los de la junta directiva, además de las salas de reuniones.

—Gracias —mencioné siendo amable.

—No hay de qué —respondió cordialmente y guardando un silencio sepulcral.

Por un momento quise presentarme para averiguar quién era, ya que al mencionar mi apellido Komarov lo revelaría, pero no podía hacerlo porque entonces aquel buenorro me miraría con otros ojos al ser la hija del dueño de la empresa e incluso correr el riesgo de que todos lo supieran, por otro lado, si me presentaba como Irina Suárez, una simple becaria, probablemente estaría sobrepasando algunos límites, debía esperar a que en todo caso, él lo hiciera.

—Le deseo un buen día, señor —dije cuando el ascensor indicaba la planta treinta y cinco y sabía que era cuestión de segundos que las puertas se abrieran.

—Igualmente, señorita —contestó a secas no revelándome de quien se trataba.

Vaya, que desilusión, pensaba que se presentaría con la excusa de aquella despedida, pero desde luego no había sido así, tal vez allí, los peces gordos de la empresa no se mezclaban con los trabajadores, si era así, menos aún lo harían conmigo que sería una simple becaria.

Bueno, al menos no era uno de esos tipos snob que no saludaban cuando llegaban...

«¡Dios!, ¡Espero volver a verlo todas las mañanas para deleitarme la vista con su presencia! Creo que voy a tener sueños eróticos con esos ojos y ese cuerpo del deseo...» Pensé mientras caminaba por el pasillo de la derecha como me habían indicado hasta llegar al despacho número veinticuatro donde leí el cartel en la puerta de la tal Susana Ortiz.

Golpeé un par de veces la puerta y me quedé esperando una respuesta, cuando escuché una voz femenina que decía que entrara giré el pomo de la puerta y pasé al pequeño habitáculo en el que consistía aquel despacho. Observé a la mujer que se sentaba tras aquella mesa abarrotada de papeles con un

ordenador en la esquina que casi era inapreciable por la cantidad de carpetas y fichas que había justo detrás de éste.

Susana Ortiz era una mujer cercana a la cincuentena, con gafas modernas de pasta roja que combinaban con su atuendo al llevar también un vestido suelto de color rojo apagado ceñido en su abultado pecho.

—Buenos días —dije algo sonriente—. Soy Irina Suárez y me han comunicado que debía acudir a su despacho.

—Sí, sí —afirmó efusivamente—. Pase y siéntese Irina —añadió señalándome uno de los asientos que había delante de su mesa—. Tengo justo aquí su ficha en cuanto me han comunicado que vendría —sonrió—. ¿Ha tenido algún problema para llegar? Me consta por su ficha que viene desde Moscú para realizar aquí sus prácticas.

—Ninguno señora Ortiz, lo cierto es que ha sido bastante fácil y cómodo llegar, pero le agradezco su preocupación —contesté mientras ella seguía viendo lo que se suponía era mi ficha.

—Muy bien Irina Suárez, encantada de tenerla entre nosotros. Viendo su currículum creo que encajará muy bien en la sección de gestión y archivo —dijo alzando la vista.

—Estoy deseando comenzar señora Ortiz —afirmé con una sonrisa.

No es que me entusiasmara esa área, pero por algo había que empezar...

—¡Oh! Llámeme Susana por favor, no me gustan demasiado los formalismos, hacen que me sienta una anciana —exclamó entre risas.

—Así será entonces, Susana —contesté sonriente.

—Habla usted muy bien el español para haberse criado en Rusia, casi no se le aprecia el acento extranjero —mencionó levantándose del asiento.

—Gracias, mi madre siempre me ha hablado en español desde que era pequeña, ella es española —le contesté sinceramente.

—Es cierto que el apellido Suárez es bastante español, pero nos será de gran utilidad que hable ruso, tal vez deba asistir a alguna de las conferencias como intérprete, ¿Te importaría?

—Por supuesto que no, estaré encantada de poder colaborar en lo que la empresa necesite —afirmé. Lo mejor era ser servicial, con ello ganaría puntos extra.

—Bien, acompáñame entonces y te enseñaré las instalaciones —mencionó saliendo del despacho y la seguí durante todo el recorrido.

Susana me explicó a grandes rasgos el funcionamiento de todos los departamentos y finalmente sobre media mañana me dejó en el departamento de gestión, donde me presentó a los que serían mis nuevos compañeros.

El resto de la mañana fue agotadora, pero al menos tenía compañeros simpáticos y algunos de ellos de edades próximas a la mía. Carla era una chica que por su aspecto deducía que pasaba de los veinticinco, ella había entrado en la empresa como becaria y se pasó dos años siendo la encargada de archivar y realizar fotocopias, es decir, lo que me tocaba hacer ahora a mí. Oscar parecía bastante majo, rondaría los treinta si las cuentas no me fallaban, me había invitado para enseñarme Madrid al enterarse que procedía de Rusia y no conocía la ciudad. Marta era la más joven, debía tener un par de años o tres más que yo, al parecer era un cerebritito y la empresa la había reclutado por sus excelentes calificaciones universitarias. El resto del personal en aquel departamento pasaba de los cuarenta y apenas había mantenido conversación con ellos, aunque todo el mundo me observó como lo que aparentaba ser, la nueva chica de los recados, puede que mi cabello rubio platino delatara que muy española, no era tampoco.

Salí a comer con Marta ya que al parecer tanto Oscar como Carla comerían frente al ordenador porque debían entregar unos informes hoy mismo. Nos dirigimos hacia la cafetería de la empresa, por lo que ella me había dicho, casi todo el mundo comía allí, incluso los peces gordos de la empresa. Aunque había un comedor aparte, para la gente que se traía la comida de casa, que solía ser bastante gente al parecer, tuve suerte de que ese día a Marta no le había dado tiempo de prepararse nada, de lo contrario tendría que comer sola.

Estaba debatiéndome sobre qué elegir del menú entre la sección que se ofertaba, no sabía si decantarme por la ensalada de pasta o de brotes verdes cuando vi de nuevo al dios griego andante de esa mañana, ¡Era el buenorro del ascensor! Estaba al otro lado del mostrador central pasando con su bandeja, cogí rápidamente las pinzas de servir y comencé a echar brotes verdes sobre mi plato sin dejar de observarle disimuladamente.

—Oye, ¿Sabes quién es? —pregunté a Marta señalando con un gesto al pibón que se encontraba pagando en caja.

—¿Quién? —exclamó mirando a nuestro alrededor.

—Ese —dije indicándole más claramente—. El dios griego ese que hay ahí delante pagando en caja con traje azul —susurré en voz baja.

—Es el director de la empresa, se llama Alejandro Álvarez, pero vamos... yo que tú no perdía el tiempo —aseguró—. Según Carla, juega en la otra acera —añadió mientras empujaba su bandeja.

Alejandro... director... Alejandro... ¡Mierda!, ¿Le había enviado la foto de mi culo al buenorro del ascensor?, ¿A ese dios griego de ojos azules?, ¡Oh dios mío! Y yo pensando que era un viejo de la edad de mi padre, ¿Qué iba a hacer si averiguaba que era yo la de la foto?

«Bueno, mira el lado positivo Irina, no es un viejo verde que se la pueda estar

casando con la foto de tu culo» ¿Qué habría pensado al ver la foto aquel semejante bombón? Espera, ¿Que dijo Marta sobre jugar en la otra acera?

—¿Es gay?—exclamé estupefacta en un tono de voz algo más elevado de lo normal, cosa que provocó que varias personas que estaban cerca de nosotras nos mirasen.

Vi como Marta enrojecía, levanté la vista y vi al dios griego, es decir, a Alejandro Álvarez ahora que sabía cómo se llamaba observándonos, entonces aparté la mirada enseguida roja también de vergüenza.

—Podrías ser un poco más discreta, ¿no? —susurró.

—Lo siento —contesté en el mismo tono susurrante mordiéndome el labio.

Nos sentamos en una mesa apartada, para que nadie nos pudiera escuchar, al parecer, la versión de que Alejandro Álvarez fuera gay, se reducía a que Carla había intentado tirarle los tejos y el tío había pasado de ella olímpicamente. Eso no significaba nada, deduje mentalmente, bueno, eso añadido a que el tío estaba soltero, era rico, no se le conocía novia, ni mujer alguna con la que había salido y podía ser algo raro teniendo en cuenta que era un bombón, pero quizá solo estaba centrado en el trabajo, ¿no?, ¡Joder!, ¡Un tío como aquel no podía ser gay!, ¡Mis bragas mojadas me decían que no podía serlo! Si, admito que la excusa era patética, pero que le hubiese enviado una foto erótica al socio de mi padre ya era de por sí indecente, hacerlo encima a un hombre que era gay, era absolutamente penoso.

Saqué el móvil y comprobé que tenía varios avisos de la aplicación de WhatsApp, se me erizó la piel al ver que tenía un mensaje de Alejandro, discretamente lo abrí sin que Marta se diera cuenta y leí el contenido.

***Alejandro:***

*«Tener su terminal encriptado, no le salvará, sé que está en la torre Kormarov y cerraré el cerco en torno a usted»*

«Mierda» Aquel tipo parecía empeñado en averiguar quién era y dudaba que lo dejara pasar. Sabía que mi padre protegía los teléfonos por si en algún momento lo perdía o peor aún, me lo robaban. Tenía que contestarle, así que tecleé lo más rápido que pude.

***Irina:***

*«No sé quién es usted, pero me equivoqué de destinatario al enviar la imagen. No debí enviarla a su número, disculpe las molestias y olvide el asunto»*

¿Me dejaría en paz? Vi entonces que estaba escribiendo y busqué a Alejandro Álvarez entre la gente del comedor, le divisé a lo lejos en una de las mesas con el móvil en la mano, mi pulso se aceleró, ¡Era él!, ¡Definitivamente era él!, Me entró un calor que recorría mi cuerpo desde los pies a la cabeza. ¡Dios mío!, ¡Estaba excitada de pensar que le había enviado esa foto a semejante dios griego! Independientemente de que le hubiera gustado recibirla o no.

Miré un par de veces el teléfono, pero aquel tipo parecía seguir escribiendo, así que lo guardé mientras hablaba con Marta, ya que no era muy educado que estuviera más pendiente del teléfono que de ella. Sentí como vibró, y eché un vistazo a la mesa del fondo para ver que el dios griego se levantaba y se marchaba dejando la bandeja en la mesa.

—¿Nos vamos? —pregunté mientras cogía la manzana para comérmela por el camino.

—Claro —contestó Marta levantándose y yo la seguí sin apartar la vista del dios griego disimuladamente—. Imagino porqué tienes ese cuerpazo, si te alimentas tan sanamente, una ensalada y una manzana. Normal que tengas esa esbelta silueta de modelo —añadió.

En ese momento desvié mi mirada hacia Marta detenidamente. Era bastante más bajita que yo, mediría alrededor del metro sesenta o algo menos sin tacones, ya que en esos momentos calzaba un tacón medio y con ligeras curvas, como se definía hoy en día a las mujeres que estaban algo más entradas en carnes y no eran cuerpos de pasarela. En realidad no le sobrarían más de tres o cuatro quilos a lo sumo, pero las mujeres eran siempre inconformistas, aunque yo no le daba tanta importancia al físico, en cambio mi madre vivía en un constante sacrificio. Si era sincera no me cuidaba tanto, odiaba el gimnasio pese a que mi madre había intentado inculcarme una disciplina de ejercicios, el único deporte que había practicado había sido ballet desde los cinco años, pero era algo que hacían todas las niñas en Rusia. Había podido practicarlo hasta que entré a la Universidad, cuando decidí por fin dejarlo ya que no tendría tiempo con los estudios, así que llevaba cuatro años sin hacer deporte alguno. Había intentado salir a correr un par de veces que habían quedado en meros esfuerzos vanos por intentarlo. No, el deporte no era para mí, pero sí que intentaba alimentarme lo más saludable posible en compensación, aunque eso era más una costumbre desde pequeña que un sacrificio en sí.

—Mi madre era modelo, así que supongo que entre los genes y que siempre me ha educado para alimentarme lo más saludable posible, puede decirse que por eso estoy así —respondí encogiéndome de hombros mientras le daba un último mordisco a la manzana antes de tirarla a la basura.

—Vamos al baño —dijo Marta en cuanto llegamos a la planta cuarenta y cuatro que era nuestra área de trabajo.

Me lavé las manos pegajosas de la manzana y de paso saqué el cepillo de dientes plegable que siempre llevaba en el bolso para esos casos, mientras esperaba a Marta apoyada en el lavamanos busqué mi móvil, casi se me había olvidado que el dios griego del director me había contestado, efectivamente, allí estaba un mensaje de él.

**Alejandro:**

*«Le quiero ver en mi despacho inmediatamente, planta cuarenta y siete, despacho tres, diga a mi secretaria que es la traductora. Si no viene, me encargaré de encontrarla y asegurarme de que no vuelve a trabajar en la torre Kormarov jamás»*

¿Verla?, ¿Qué?, No podía ir... ¿Y si no hacerlo era peor? Por un momento tomé una decisión, ¿Que podría pasar? No me podía echar, a menos que pensara que era una simple becaria como todo el mundo, pero a las malas podría decirle quién era y que realmente fue una equivocación, al menos zanjaría ese asunto de una maldita vez y dejaría de ser una cobarde y huir, así que iría a enfrentarme al dios griego fueran cuales fueran las consecuencias.

—Marta, tengo que salir un momento, te veo luego en la oficina —alcé la voz detrás de la puerta del aseo para que me escuchara.

—Está bien —la oí decir justo antes de salir.

### 3.

### Encuentros apoteósicos.

Pulsé el botón cuarenta y siete, ¿Porque sentía como si fuese directamente al matadero?, ¿Que iba a decirle para justificar mis actos?

«Mira lo siento, estaba tan cachonda que quería sexo a toda costa y fui tan imbécil que me descargué una aplicación estúpida para excitarme con un desconocido...» No, definitivamente tenía que inventarme una excusa mejor que la realidad.

Llegué hasta lo que parecía ser el despacho tres, había mujer sentada en una mesa frente al despacho que permanecía con la puerta de madera cerrada y no se podía ver absolutamente nada de lo que allí dentro acontecía.

—Perdone, tengo una cita con el señor Álvarez, soy la traductora —dije un poco inquieta y nerviosa por lo que iba a acontecer.

—¡Ah sí!, El Señor Álvarez me comentó algo sobre eso, pero ha tenido que salir urgentemente y no me advirtió que le dijera que le esperase, ¿Porque no vuelve más tarde? Le diré que ha venido —contestó amablemente y asentí marchándome de nuevo algo aliviada, me había salvado por la campana.

***Irina:***

*«Que conste que he acudido para aclarar este malentendido y su secretaria me ha comentado que no se encontraba en su despacho, ahora si no le importa, olvide este asunto»*

Pasé toda la tarde en el centro de fotocopias. Cuando quise comenzar a trabajar desde lo más bajo, es decir, una simple becaria, supuse que me asignarían aquella tarea por lo que no me pareció tan tediosa al estar preparada mentalmente para ello. Miré el móvil un par de veces, pero no tenía ningún mensaje, ¿Se habría olvidado para siempre?, ¿Se habrían terminado los mensajes con el dios griego de ojos azules?, Mi móvil vibró justo en ese momento y reconozco que había estado expectante durante todo el tiempo por saber que iba a contestar. Lo saqué de la cinturilla de la falda ya que lo había puesto ahí para llevarlo conmigo todo el tiempo, tenía un nuevo mensaje, me sentí algo nerviosa al vislumbrar el nombre, pero lo abrí enseguida.

***Alejandro:***

*«Está muy equivocada si pretende que lo olvide, ahora que he comprobado que la imagen era realmente suya, solo quiero hundir mi polla en su húmedo coño más que antes»*

La garganta se me secó en ese momento y después traté de comprender lo que había escrito, ¿Comprobar que la imagen es suya?, ¿De qué narices estaba hablando? Tecleé enseguida la respuesta.

***Irina:***

*«¿Cómo sabe que la imagen era mía?, No me conoce»*

Su respuesta no se hizo esperar.

***Alejandro:***

*«La he visto por las cámaras de seguridad»*

¡Mierda!, ¡Me ha visto! Había sido una trampa y yo había caído en ella sin enterarme. Soy una estúpida por acudir, ¡Como había podido ser tan tonta!

***Irina:***

*«¿Qué es lo que pretende?»*

***Alejandro:***

*«Follarla»*

Mis bragas se mojaron inmediatamente, ¿Sexo con el dios griego de ojos azules?, ¿Ese adonis griego macizorro quería algo conmigo?, ¡Oh, Dios!, ¡No podía tener tanta suerte!, ¡Pero si apenas me miró en el ascensor! Recibí otro mensaje a pesar de que no había respondido.

***Alejandro:***

*«A las 22.30h Hotel Petit Palace, habitación 568, no se retrase»*

¿Me estaba proponiendo tener un lío de oficina?, ¿El socio de mi padre me estaba proponiendo sexo, así como así? Sin duda era lo que necesitaba para liberar toda la tensión sexual que tenía acumulada desde hacía semanas. Ni siquiera me había preguntado si aceptaba, había dado por hecho que iría, ¡Será

egocéntrico el tío!, ¿Que se supone que debía hacer? Ese hombre estaba buenísimo y por dios que me moría de ganas de acudir a esa cita, pero... ¡No sabía qué hacer! Tenía que hablar urgentemente con Nadia.

La llamé en cuanto puse un pie fuera de la oficina y así nadie podría escucharme, aunque dudaba que hubiera alguien que hablara ruso en los alrededores.

—¿O sea que el tal Alejandro está tremendamente bueno y te ha citado para follar en un hotel y tener sexo del bueno? En serio tía, eres una jodida puta con suerte hasta para eso —contestó Nadia cuando le expliqué lo sucedido mientras caminaba hacia la entrada de metro para volver a casa.

—Pero, ¿Qué hago?, ¿Voy? —pregunté confundida.

—Iría yo misma si llegara a tiempo a esa cita, así que no me jodas Iri. Ve y que te dé una buena follada, a ver si así te olvidas del cerdo de Dimitrios de una vez por todas —aseguró firme.

Es cierto que no me había acostado con nadie desde que rompí con él. También era cierto que no había tenido la oportunidad con el tema de los preparativos de viaje, pero era una excusa, realmente no me había visto mentalmente preparada, aunque el buenorro del ascensor me había excitado hasta tal punto que sabía que mis bragas no tendrían arreglo ni con tres puestas de lavado.

—Está bien, mañana te contaré que tal ha ido ese encuentro. Te dejo que entro al metro y no tendré cobertura —dije antes de colgar.

«¿Que debía ponerse alguien que va a tener sexo desenfundado expresamente en una cita? No sabía si existía algo así en mis ocho maletas».

Pensé que lo lógico era vestirme con algo sexy, sugerente y que gritara sexo

con tan solo echarme un vistazo, así que me puse la ropa interior más provocativa que había traído de encaje negro con semi-transparencias, un vestido fino con un escote sugerente y muy ajustado que llegaba justo a medio muslo sin ser demasiado corto, pero tampoco largo. Me maquillé detenidamente con algo no muy recargado, pero que enmarcará el tono azul de mis ojos y me dejé el cabello suelto con algunas ondas naturales, por último, cogí los zapatos de tacón alto y el bolso de mano donde metí el móvil, las llaves y por supuesto; condones. Había mirado la dirección del hotel, estaba a tan solo una parada de metro de mi apartamento, eran las diez, así que salí inmediatamente para no llegar tarde.

Supuse que los silbidos y algunos piropos que recibía conforme andaba de camino a la estación de metro, indicaban que el atuendo era el correcto, al menos eso creía, porque cuando me encontré frente a la puerta del hotel comencé a dudar de todo, incluso hasta de mi propia existencia, pero había llegado hasta allí, así que pasara lo que pasara, pensaba disfrutarlo al máximo.

Me dirigí hacia los ascensores, como en todos los hoteles el primer dígito de la habitación marcaba la planta así que cuando éste abrió las puertas marqué el 5 de la quinta planta. La moqueta del pasillo atenuaba el sonido de los tacones, fui buscando la habitación mirando el número de cada puerta hasta que llegué a la 567, la siguiente sería la que él le había indicado, ¿Qué se supone que debía hacer?, ¿Llamar o enviarle un mensaje?, Saqué el teléfono, eran las 22.32 pm. No lo pensé mucho y en cuanto llegué a la puerta que marcaba 568, golpeé con los nudillos dando tres golpes y esperé pacientemente mientras me alisaba las arrugas invisibles del vestido. Estaba demasiado nerviosa, era la primera vez que hacía algo así y ni siquiera sabía cómo me había atrevido a hacerlo.

«Porque ni me he parado a pensarlo detenidamente, sino, seguro que no

vengo» pensé justo antes de que la puerta se abriera.

En cuanto la puerta se abrió lo suficiente, allí estaba el buenorro del ascensor. Ese dios griego mirándome fijamente. Observé cómo me miraba de abajo a arriba dando un repaso a mi atuendo y supuse que daba su aprobado al confirmar su expresión.

—Llegas tres minutos tarde —dijo haciéndose a un lado para indicarme que entrara.

—Lo siento —me disculpé por inercia.

«¿Por qué me disculpaba? Que anduviera él con tacones de diez centímetros a ver si conseguía llegar a tiempo a algún lado».

Pasé por delante de él adentrándome en la habitación cuando escuché el golpe de la puerta cerrarse justo al mismo tiempo que sentí como era aprisionada contra la pared y notaba el calor de su cuerpo contra el mío, ¡Joder!, ¡Era excitante!

—No te disculpes —me susurró al oído mientras sus manos recorrían mi cuerpo por encima de la ropa—. No vuelvas a hacerlo, no me gusta tener que esperar.

No podía pensar al sentir aquella voz sensual en mi oreja, comenzando a lamer lentamente mi cuello. Solo habían sido dos o tres minutos los que me había retrasado ahora que razonaba, ¿Ese hombre era un obseso del control? Probablemente sí lo era, tanta perfección externa debía tener consecuencias.

—Me has vuelto loco con esa foto —jadeó—. He soñado con follar tu coño desde ese instante.

Noté el tanga húmedo enseguida ante aquella declaración y sentí las manos de Alejandro en mi culo y como éstas bajaban para meterse bajo el vestido que

llevaba tocando mi piel, podía notar como sus dedos ascendían y gemí de placer mientras inevitablemente me retorció buscando su contacto.

Él tenía la camisa parcialmente abierta, como si acabara de quitarse la corbata y desabotonarse los primeros botones, así que aproveché para colar una de mis manos por ella y rodeé su cuello, él pareció aprovechar ese gesto para acortar la distancia y devorar mis labios. Fue un beso rudo, cargado de deseo contenido y queriendo expresar toda la tensión sexual contenida que ambos parecíamos tener el uno del otro.

Su lengua luchaba contra la mía para ver quien salía vencedor, comencé a arrancar literalmente los botones de su camisa mientras él me subía el minúsculo vestido dejándolo a la altura de las caderas, aproveché el momento en el que comenzó a repartir besos húmedos por mi cuello para desabrochar su cinturón y el botón del pantalón de su traje. Metí una mano bajo los boxer, estaba tan duro como una piedra, su polla estaba anhelante por resurgir del pantalón así que la saqué mientras él tiraba de los tirantes de mi vestido hacia abajo para tratar de que mis pechos salieran del lugar donde permanecían escondidos.

Vi como sacaba un condón del bolsillo y lo rasgaba con la boca, aproveché para quitarme el tanga y observé en sus ojos el deseo junto a esa media sonrisa que hizo que me mojase aún más si cabe.

—Date la vuelta —indicó mientras se colocaba el preservativo y yo me giraba para que pudiera tener una mejor vista de mi trasero—. Ábrete para mí —dijo a la vez que rozaba la piel de mi espalda con sus manos rudas y sensuales.

Hice lo que me pidió siendo consciente del deseo que tenía en esos instantes de que se hundiera dentro de mí, de anhelar tenerle dentro. Necesitaba urgentemente que me la metiera hasta el fondo de una jodida vez y saber cómo se sentía su enorme polla en mi interior

Noté las manos deslizarse hasta mis caderas y gemí de placer contenido, ese placer que precedía a la espera, a la incertidumbre de ser poseída. Miré hacia atrás y le vi relamerse, observando mi cuerpo y por primera vez me sentí realmente deseada de verdad, provocando que mi excitación fuera aún mayor si es que eso era posible.

—Te voy a follar, ¡Joder! Te la voy a meter profundamente en ese coño húmedo. Es lo que querías, ¿no? —preguntó dándome una palmada en la nalga.

—Sí, es lo que quiero —gemí—. ¡Fóllame de una maldita vez! —le grité antes de notar como su polla se hacía paso a través de mis nalgas y no pude evitar gritar de placer.

Sus embestidas eran rudas, fuertes, exactamente lo que necesitaba, en mi vida había experimentado más placer que aquel. Intenté adaptarme al ritmo pese a que él lo marcaba con las manos en mis caderas, haciendo que cada vez que se metía aún más profundo con cada una de sus embestidas, rozara el éxtasis, hasta que sentí como una de sus manos rozaba mi clítoris y entonces exploté. Fue el orgasmo más revelador y apoteósico que había tenido jamás.

«Eso era follar de verdad» pensé descubriendo que lo que había hecho hasta ahora era un simple juego de niños.

Sentía como mi útero aún se contraía por los espasmos del orgasmo que acababa de tener. Aún podía sentirle dentro aunque no se moviera, en ese instante noté como apartaba el cabello suelto que caía por mi espalda y que me llegaba hasta la cintura para darme un beso candente y de lo más excitante en la nuca.

Un leve gemido sensual escapó de mis labios inevitablemente, provocando que él me girase lentamente el rostro y entonces atrapó mis labios con los suyos. Besaba de una forma lenta y suave, pero cargada de erotismo. Pude

notar cómo salía lentamente de mi interior y entonces dejó de besarme. Me giré para ver como él se recomponía su atuendo metiendo su miembro de nuevo en aquellos bóxer blancos y se abrochaba el pantalón. Le imité ajustándome el vestido devolviéndolo a su lugar en la medida de lo posible ya que ni tan siquiera me había quitado la prenda, sino que se había quedado arrugada en mi cintura.

—Acompáñame, tenemos que hablar —dijo en un tono serio.

La habitación era bastante grande ahora que podía apreciarla, parecía ser una suite, aunque me había alojado en algunas mucho mejores y más lujosas que aquella. Había una gran cama de tamaño extra grande situada a la izquierda con sus mesitas de noche y lámparas modernas, todo el conjunto era de estilo funcional y estética modernista con algunos toques de barroco clásico para darle más énfasis de prestigio a las habitaciones, al igual que el uso de papeles pintados con color para otorgarle ese toque original que tanto agradaba al cliente. Al parecer había instalada una mesa relativamente pequeña con dos sillas y lo que parecía un carrito de metal típico del servicio de habitaciones, lleno de platos tapados con fuentes de plata.

—No conocía tus gustos, por lo que he pedido algo variado —dijo indicándome que tomara asiento en una de las sillas, mientras él abría una botella de lo que parecía ser cava si no se equivocaba.

—Realmente como de todo —contesté por entablar conversación—. Aunque reconozco que suelo evitar la carne.

Cada vez estaba más concienciada en ser vegetariana, aunque de vez en cuando solía comer algo de carne, intentaba evitarlo en la medida de lo posible.

—Está bien —dijo el dios griego mientras descorchaba el cava y servía las

copas.

Me sentía extraña, por alguna razón no sabía qué hacía allí cenando con ese hombre. Se suponía que solo iba a ser sexo y fuera, nada más. ¿Qué significaba aquella cena formal?

—Reconozco señorita Suarez, que ha realizado bien su jugada —afirmó una vez sirvió las copas de cava y dejó la botella en su lugar.

Casi me atraganté con el cava cuando dijo aquello. ¿Señorita Suarez?, ¡Sabía quién era!, ¿Cómo lo habría averiguado? Al menos desconocía mi verdadero apellido o lo habría mencionado, ¿No?

Observé como mantenía su mirada fija sobre mí, era tan intensa que me estaba resultando complicado mantenerla así que la esquivé cogiendo de nuevo la copa de cava, en aquel momento sentía una sed inmensa puesto que mi garganta estaba completamente seca.

—No sé a qué se refiere —mencioné siendo sincera.

—¡Oh vamos! —exclamó—. Dejémonos de juegos, no me van esas historias, ni me sobra el tiempo para ellas. Seamos francos, conseguirá más de mí si lo dejamos claro desde el principio.

«¿Conseguir más de él?, ¿De qué narices estaba hablando?»

—No sé cómo habrá conseguido mi teléfono —dijo mientras destapaba una de las fuentes que reveló un plato de lo que parecían ser almejas con algún tipo de condimento—, pero imagino que habrá pagado un alto precio para conseguirlo, al igual que para encriptar su terminal y así no ser localizada.

Quería saber a qué conjeturas había llegado antes de pronunciar una palabra, así que le dejé seguir su discurso manteniéndome en silencio.

—Aunque admito que es la primera en conseguir captar mi atención —añadió

mientras veía como cogía una de las almejas con los dedos y la chupaba lentamente dejando la cáscara ahora vacía en el plato. Le imité repitiendo el mismo gesto que él, solo que lo hice de una forma más lenta, pausada y tremendamente erótica—. Así que le daré lo que usted quiere si es capaz de cumplir mis condiciones —puntualizó Alejandro.

—¿Cómo sabe que es lo que quiero? —pregunté algo confundida.

Estaba demasiado perdida, necesitaba saber qué creía él que quería yo o quién pensaba que era.

—Es evidente —dijo como si lo tuviera muy claro—. Es una simple becaria que pretende ascender rápidamente en la empresa. No suele gustarme el tipo de mujer que pretende ganarse el puesto a base de mamadas, pero reconozco que me gusta lo que tengo delante, así que en este caso haré una excepción, aunque le aseguro que seré muy exigente.

¿Ganarme el puesto a base de mamadas?, ¿Yo?, ¡Ja!, ¡Y un cuerno! Pero prefería que creyera eso a sacarle de su estupendísimo error y admitir que era una Kormarov. No... prefería ver donde terminaba aquella historia.

—Y si le complazco a usted, ¿Tendré un buen puesto en la empresa? —pregunté sorprendida, como si fuera realmente lo que de verdad pretendiera conseguir.

—A juzgar por sus gemidos anteriormente, dudo que le suponga un esfuerzo hacerlo, es más, imagino que disfrutará con ello. —Su tono de voz indicaba seguridad, incluso rozaba la prepotencia.

Aquel tipo era un engreído de primera clase, pero el muy capullo tenía razón, si estaba aguantando aquella conversación era precisamente porque quería repetir el polvo de antes, necesitaba volver a sentir ese orgasmo espléndido como ningún otro que había experimentado junto a él.

—Está bien —dije de pronto—. Supongamos que acepto, ¿Que se supone que debo hacer?

—Solo tengo dos condiciones —respondió aquel dios griego mientras bebía un sorbo de cava con calma y le imité en el gesto, ya que sentía que mi garganta estaba demasiado seca al contemplar semejante bombón—. Jamás hablaremos de trabajo, ni me preguntara nada relacionado con la empresa, ni atenderé quejas o problemas relacionados con su puesto y por supuesto no se inmiscuirá en mi vida personal, nuestra relación será meramente de razón sexual.

Su mirada era tan intensa y penetrante que me resultaba sumamente difícil mantener los ojos fijos en él, hacía que toda mi piel se erizara cuando me miraba de aquella forma, de algún modo me hacía sentir febril y deseada al mismo tiempo.

—Está bien, siempre y cuando usted haga lo mismo respecto a mi —contesté mirando hacia otro lado.

—No hay ningún problema. Su vida personal y laboral no me interesa, solo me importa su cuerpo —aclaró explícitamente dejando una clara evidencia que le importaba un cuerno lo que pensara o deseara, solo quería follar sin parar y por alguna extraña razón me pareció una idea estupenda en aquel instante. No necesitaba líos de oficina que trascendieran precisamente ahora.

—¿Cuál es la segunda condición? —pregunté altivamente.

—Estará dispuesta en todo momento para mí, las veinticuatro horas del día. Si le digo que acuda en un momento determinado, a una hora explicita lo hará, me da igual lo que esté haciendo, dejará expresamente todo y vendrá, no acepto excusas, ni retrasos, ni explicaciones banales. —Su tono de voz era exigente, serio y autoritario, por un momento me recordó a mi padre, pero deseché esa

idea de inmediato.

—¿Aunque esté haciendo algo sumamente importante para la empresa?, ¿Una cuestión de la que dependa mi trabajo? —pregunté para saberlo de antemano.

—He dicho completamente disponible —afirmó—, así se esté desmoronando el edificio, usted acudirá a mí, ¿Ha quedado claro? —preguntó mientras acercaba su rostro al mío.

—Completamente —aseguré manteniendo la cabeza erguida.

—Si me satisface como creo que será capaz de hacer, al finalizar su periodo de prácticas obtendrá un puesto relevante en la empresa —aseguró dejándose caer sobre la silla con cierta seguridad que por alguna razón extraña me hacía verlo aún más atractivo de lo que de por sí era, como si esa firmeza me resultara atrayente.

—¿Como sé que no me está engañando?, ¿Que no me echará de la empresa cuando termine mi plazo de prácticas o incluso antes? —pregunté intrigada.

Quería jugar con aquel hombre, me indignaba que creyera que era una simple trepadora, cuando si lo hubiera querido, habría podido quitarle incluso su puesto de dirección, bueno, quizá no tanto, pero sí realizar las prácticas en la dirección de la empresa y no como una simple becaria que se pasaba el día haciendo fotocopias.

—Firmaremos un acuerdo de confidencialidad en el que se incluirán las condiciones que le he mencionado y desde luego reflejará que bajo ningún concepto hará público que hemos mantenido una relación, sea ésta del tipo que sea. Para todo el mundo usted y yo no nos conocemos —declaró tajante.

—Me ha quedado lo suficientemente claro, señor Álvarez, yo soy una simple becaria y usted el director de la empresa para la que trabajo —puntalicé.

Aunque él no lo supiera, yo era la más interesada en que aquella relación no trascendiera y se hiciera pública.

—Exacto.

—¿Puedo preguntarle por qué me ha citado aquí? Me vio en el ascensor, ni siquiera me preguntó mi nombre, ¿Qué ha cambiado? —pregunté necesitando saber al menos aquello.

—No mantengo relaciones con el personal de la empresa, así que evito fijarme más de lo debido en cualquier mujer que trabaje para Kormarov, incluida usted.

—Pero está manteniendo una relación conmigo ahora.

Su respuesta anterior no me sacaba de dudas, ¿Por qué me estaba proponiendo aquello? En el fondo necesitaba saber si él sabía quién era realmente yo, aunque lo dudaba o no me propondría aquel acuerdo tan descabellado.

—Tengo un apetito sexual que saciar y usted parece estar más que dispuesta a satisfacerlo por un precio que puedo permitirme pagar, me parece una transacción de negocios lo bastante buena para no dejarla escapar. Además, sé que su interés es puramente superficial, no me van los sentimentalismos, no soy alguien que mantenga relaciones fuera de lo estrictamente sexual.

Así que eso era para él; un negocio, una mera transacción, alguien que pudiera eliminar de su vida fácilmente cuando se aburriera. Tenía al menos a su favor que había sido sincero, pero no me importaba, pensaba aprovecharme de la situación igual o más que él. Pensaba sacarle al dios griego que tenía delante de mis ojos, los mayores orgasmos de mi vida. Disfrutaría del mejor sexo que estaba segura que aquel tipo me proporcionaría y después volvería a Rusia donde todo quedaría en una experiencia placentera y probablemente inolvidable, pero tendría un buen recuerdo de mi estancia en Madrid.

—¿Se supone que tendremos sexo ahora? —pregunté no pudiendo evitar mordirme el labio de solo pensarlo.

—No, hasta que no firmemos el acuerdo, no volveré a tocarla. —contestó tenaz. Aunque sus palabras hubieran dicho una cosa, podía sentir con su mirada otra bien distinta, ¿Por qué? Ya habíamos follado, es más, ni tan siquiera habíamos podido pasar del recibidor de la habitación para llegar a la cama de la ansiedad con la que comenzamos—. Si se lo pregunta, lo de antes solo fue para probar la mercancía que estoy comprando, necesitaba saber si es de calidad o solo se trataba de un bonito envoltorio. —Su tono era despectivo, tanto, que hizo sentirme como si no valiera absolutamente nada.

¿Por qué narices hacía aquello? Le podría mandar a la mierda y darle la bofetada que se merecía por tratarme así, pero algo en mi interior me frenó, de algún modo quería averiguar hasta dónde era capaz de llevarme aquel hombre, así que aguanté mordiéndome la lengua.

—Y por su decisión, imagino que es aceptable, ¿no? —pregunté queriendo provocarlo.

—Más que aceptable me atrevería a decir —dijo antes de levantarse para ajustarse la camisa que no tenía botones y colocarse la chaqueta—. La espero mañana a las diez en punto en mi despacho, es el único hueco que tendré en todo el día, por lo que sea puntual esta vez —reiteró.

¡Joder que solo habían sido dos minutos! Tres para él, pero en el reloj de mi móvil solo eran dos.

—Como un reloj —afirmé burlándome de él, aunque mi tono de voz fuese serio.

Ni siquiera contestó, sino que cogió su chaqueta que tan bien colocada estaba en una de las abrazaderas del sillón, se la colocó y sin volver la vista me dejó

sola en aquella habitación. Miré el teléfono en aquel momento, tenía un par de mensajes de Nadia insistiendo en que quería saber todos los detalles de lo que ocurriera, analicé por un momento la habitación y los platos que apenas habían sido tocados, de hecho algunos incluso tenían la tapa puesta para conservar el calor.

«Irina, ¿Dónde demonios te estás metiendo?», me pregunté antes de levantarme de la silla y dirigirme hacia la puerta para volver a casa.

Tiré los tacones conforme abrí la puerta del apartamento de un puntapié provocando que estos cayeran estrepitosamente en el parquet. Normalmente no llevaba tacones muy elevados, era lo suficientemente alta para darme ese lujo, pero en ocasiones como las de esa noche eran un elemento imprescindible del atuendo, aunque luego me dolieran horriblemente los pies durante tres días.

Me quité el vestido dejándolo sobre el sofá. No soy una persona muy ordenada que digamos, al contrario, el servicio siempre andaba detrás de mí por casa puesto que solía dejar las cosas en cualquier parte y luego nunca las encontraba. Tendría que cambiar ahora que no dispondría de nadie que me ayudara y pensando en ello volví a coger la prenda para ponerla en el cesto de lavado. Me apetecía darme una ducha rápida, pero por alguna razón no quise deshacerme tan pronto del olor a él, aún no podía creerme como había ocurrido todo. ¿Cómo habría llegado a aquella conclusión sobre mí? Imaginaba que las personas creen lo que quieren creer por más inverosímil que parezca.

El móvil vibró y fui rápida en cogerlo, me decepcioné levemente al comprobar que era un mensaje de Nadia en el que reiteraba que quería saber todos los detalles y la llamara en cuanto pudiera. ¿Acaso creía que iba a recibir algún mensaje de Alejandro?, ¿Con qué finalidad? No. Ese hombre solo quería una cosa y más me valía hacerme a la idea de ello si iba a jugar a

su juego.

—Espera, espera, espera, ¿Un acuerdo?, ¿Como un contrato con cláusulas y esas cosas? —exclamó la voz de Nadia al otro lado del teléfono que parecía estupefacta. Incluso yo misma estaba realmente algo sorprendida por haber aceptado aquello que parecía que solo pasaba en las películas.

—Sí, supongo.

—No firmes nada sin leerlo previamente y estar conforme Irina —afirmó.

No hacía falta que Nadia lo dijera, no era tonta. Mis notas académicas eran brillantes, incluso había cursado algunas asignaturas extra de derecho para estar algo más familiarizada con el tema. No, desde luego que no firmaría nada sin leerlo detenidamente y estar segura de ello.

—Tranquila Nadia, puede estar muy bueno, pero no lo suficiente para obnubilar mi juicio —tercié entre risas para calmar a mi amiga.

—Tengo que dejarte, algunas aún tenemos exámenes de la Universidad. Ten cuidado Irina, disfruta del sexo que te ofrece, pero no te enamores de él.

—No te preocupes por eso, dudo que pudiera enamorarme de un hombre como Alejandro. Además, después de Dimitrios empiezo a pensar que el amor no está hecho para mí —aclaré—. Suerte con tu examen, seguro que lo vas a clavar y sacas la mejor nota como siempre.

Nadia estudiaba medicina, éramos amigas desde la infancia cuando asistíamos juntas al mismo colegio. Nuestros padres se llevaban bien entre ellos y eso facilitó que la relación de amistad proliferara hasta convertirnos prácticamente en hermanas. Sí, no tenía hermanos y ella tampoco, pero la consideraba como si lo fuera aunque no nos unieran lazos de sangre.

—Entonces agota a ese hombre hasta la extenuación o hasta que te canses de

su juego y luego, deséchalo por tratar así a una mujer —contestó riéndose.

—Realmente esa era la intención inicial cuando acepté. A veces me das miedo, Nadia —dije comenzando a reírme al escuchar su risa al otro lado del móvil.

Me despedí de ella, aún no había hablado con mis padres desde que aterricé. Les había pedido expresamente que no me llamaran mucho durante los primeros días hasta que me instalara, ya que serían algo caótico.

«Les llamaré mañana sin falta» apunté mentalmente en la cabeza esperando que no se me pasara hacerlo o mi madre empezaría a pensar que me habrían secuestrado.

Me fui directamente a la cama a dormir o por lo menos intentarlo porque mientras daba vueltas sobre el colchón mis pensamientos solo podían centrarse en unos ojos que me miraban con deseo, en un hombre que emanaba sensualidad por cada poro de su piel, en aquellos labios que besaban como los ángeles..., le volvería a ver en pocas horas y mi pensamiento no dejaba de ser el mismo, ¿Intentaré follarme en su despacho? Con todas mis ganas deseaba que así fuera.

#### 4. Acuerdos con intereses beneficiosos.

Aún no había tenido tiempo de hacer algo de compra, sin falta la debía hacer ese día porque lo de desayunar de camino al trabajo no era lo mío definitivamente, además, mi sueldo no daba para comer diariamente en la cafetería de la empresa y no pensaba pedirle dinero a papá, ni tirar de las tarjetas. Cuando decidí ser completamente independiente a la hora de venirme a España, lo había pensado en el sentido más literal de la palabra. Solo había cedido con el tema del apartamento porque era eso o vivir en un cuchitril de habitación compartida, pero aun así, pensaba pagar los gastos que generase el piso.

Cogí una falda negra de una de las maletas. Ni siquiera había deshecho aún el equipaje que me había traído, menos mal que aquella falda era tan estrecha que no se marcaría ni una sola arruga, por la misma razón rebusqué entre la ropa una de esas blusas que nunca se arrugaban de color blanco. Me calcé las sandalias planas y cogí los tacones en la mano, no pensaba ir todo el camino andando con ellos, después metería las sandalias en el bolso y listo.

Fui directamente a la misma cafetería del día anterior y me atendió el mismo chico.

—Café largo, corto de leche y dos de azúcar —dije sonriente al chico mientras me lo daba en el típico vaso de cartón con el protector de yemas para no quemarme los dedos. Me encantaba el café caliente aunque hiciese calor, la sensación de casi quemarse la lengua mezclada con ese sabor y aroma era completamente indescriptible.

Ahora que tenía mi pase de entrada no hacía falta pasar por el mostrador, de forma que me dirigí hacia la zona de ascensores, el edificio tenía dos núcleos centrales con cuatro ascensores cada uno, es decir, ocho en total sin contar con los de área privada que seguramente habría alguno más.

Mientras esperaba que abriera las puertas alguno de ellos pensé si volvería a coincidir con Alejandro de nuevo, estaba nerviosa, impaciente y porqué no decirlo, expectativa. El ascensor abrió sus puertas pero él no había aparecido, debí suponer que no tendría un horario específico de entrada como el resto de abejitas obreras, él era el Director, podría permitirse el lujo de llegar más tarde o la responsabilidad de hacerlo más temprano.

Para mi sorpresa, cuando entré en la oficina ninguno de mis compañeros se encontraba en su mesa de trabajo, miré la hora y comprobé que eran las ocho y media en punto de la mañana, ¿Dónde estaban todos?

—Que madrugadora —exclamó la voz de Oscar que me sobresaltó mientras veía como él se dirigía a su mesa de trabajo porque acababa de llegar.

—¿Es normal que no haya nadie siendo la hora de entrada? —pregunté un tanto intrigada. ¿Tal vez allí todo el mundo llegaba tarde al trabajo? Menuda irresponsabilidad si era ese el caso.

—La empresa tiene horario abierto —contestó Oscar mientras observaba como encendía el ordenador—. Hay margen de entrada de ocho a diez de la mañana, solo que si entras más tarde, sales más tarde. Yo soy de los que prefiere madrugar para salir antes, pero la gran mayoría no. ¿No te lo mencionaron al firmar el contrato?

—No, solo sabía que debía estar a las ocho y media ayer... por lo que supuse que ese sería siempre mi horario de entrada, pero gracias por la información, lo preguntaré en recursos humanos —dije dejando la chaqueta fina y el bolso

en la pequeña mesa que me habían asignado y me fui hacia la sala que estaba segura de que sería mi gran amiga durante las próximas semanas; la zona de archivo y fotocopias.

Me habían asignado revisar todo un estante de documentación. Tenía que clasificarlos por fechas y relevancia, además de ordenarlos en carpetas. Eran informes detallados sobre estudios de inversiones de mercado que por alguna u otra razón no se habían realizado, pero no eran tan malos como para descartarlos, bien por no ser el momento adecuado o por el riesgo que implicaba alguno de ellos. Aquello me iba a llevar bastante tiempo, demasiado seguramente, pero era muy buena analizando el estudio de inversiones y estaba deseando demostrar la gran capacidad que tenía para ello.

Llevaba bastante tiempo sumergida en el trabajo cuando el teléfono vibró y probablemente si no llegara a tenerlo en la cinturilla de la falda, ni me hubiera dado cuenta por lo concentrada que estaba con uno de los informes hasta el punto de perder la noción del tiempo. Desbloquéé el móvil y vi que tenía un mensaje.

## **Alejandro**

*«Le recuerdo que tenemos una cita en cinco minutos señorita Suárez. No se retrase»*

—¡Mierda! —maldije en voz alta levantándome.

No me había olvidado de la cita, pero pensaba que no era tan tarde aún, así que salí a paso rápido o lo más rápido que me permitían ir los tacones hacia

los ascensores, solo me separaban tres plantas de la suya, podría llegar en cinco minutos, ¿no? Llamé a todos los ascensores y esperé impacientemente a que alguno llegara, justo cuando se abrieron las puertas salía Carla.

—¡Irina!, ¡Buenos días! —exclamó con una sonrisa.

—Buenos días, Carla, ¡Te veo luego! —grité entrando en el ascensor—. Me han citado para algo urgente.

El rostro de Carla fue de extrañeza por lo que supuse en su expresión, a ver qué excusa me inventaba luego si me preguntaba, por suerte nadie más iba en aquel ascensor así que pude subir sin interrupciones las tres plantas que me separaban del despacho de Alejandro.

Miré el reloj del móvil, faltaban dos minutos para las diez. Según la última vez, él lo tenía un minuto adelantado así que directamente corrí los ocho metros que me separaban de la puerta de su despacho y cuando llegué casi sin aliento, ésta se abrió antes de que siquiera pudiera mencionar mi nombre a la secretaria.

Alejandro me observaba con el ceño fruncido, casi podía jurar que parecía enfadado.

—No quiero interrupciones Laura —exclamó la voz de Alejandro dirigiéndose hacia su secretaria.

—Está bien, señor Álvarez —respondió la aludida mientras Alejandro ahora me observaba solo a mí.

—Adelante, señorita Suárez. Veo que hoy ha sido puntual —puntualizó mientras pasaba por su lado y él cerraba la puerta—. ¿Me equivoco al pensar que habría llegado tarde si no la hubiera avisado?

—Si —mentí descaradamente—. Ya estaba de camino cuando recibí el

mensaje señor Álvarez —dije mintiendo de nuevo y me sentí satisfecha por no dudar de mis propias palabras.

—Miente usted muy mal, Irina. —Su voz era suave y aterciopelada—. Por no decir que si lo deseo puedo comprobarlo, todo el edificio tiene video vigilancia las veinticuatro horas, puedo localizarla en cada momento si quisiera hacerlo.

Cerré los ojos inevitablemente puesto que él se había acercado lentamente hacia mi mientras hablaba, ¡Por dios bendito!, ¿Porque tenía que emanar tanta sensualidad ese hombre?

—Tranquila, no voy a tocarla. No en mi despacho —añadió sorprendiéndome. En ese momento abrí los ojos rápidamente, ¿No se lo iban a montar allí? Entonces ¿Por qué había pedido que no les molestaran?—. Nuestros encuentros siempre serán fuera de este edificio. No voy a correr ningún riesgo con usted —dijo alejándose hasta llegar a la silla que había tras su gran mesa de escritorio y se sentó en ella.

En ese momento me percaté de las grandes vidrieras que había tras él, la vista era fabulosa, se podía apreciar gran parte de la ciudad desde allí, ojalá tuviera esas vistas en mi área de trabajo, pero no podía tener tanta suerte.

—Tenga, aquí está el documento, léalo y si está de acuerdo, firme. Tengo una reunión en veinte minutos —afirmó entregándomelo.

—¿Ha hecho usted esto antes? —pregunté mientras cogía el sobre refiriéndome a firmar un acuerdo de confidencialidad de aquellas características.

—No —negó—. Como le dije ayer, no me gusta tener relaciones con el personal, tampoco me agradan las personas que desean conseguir las cosas de manera fácil.

Pude notar la rabia contenida en sus palabras, si tanto lo odiaba, ¿Por qué lo hacía entonces?

—Entiendo —contesté a pesar de que no entendiera nada realmente, absolutamente nada.

El sobre contenía dos copias, probablemente una para cada uno. Leí el documento rápidamente, mientras él contemplaba las vistas desde su despacho. El principio recogía básicamente los datos de ambos, ya estaba firmado en todas las hojas por él. Lo cierto es que para no hacer ese tipo de tratos se había dado prisa en realizarlo y recoger todas las cláusulas como si lo tuviera estratégicamente pensado. Llegué a la parte de las cláusulas y me sorprendió algo.

—Aquí dice que no puedo mantener relaciones sexuales con alguien que no sea usted —pregunté confundida, ¿Se trataría de un error? Lo dudaba, pero aún así lo tenía que preguntar.

—Así es —contestó de espaldas, de manera que no podía ver su rostro—. No deseo que esté agotada o cansada si mantiene relaciones con otra persona, la deseo en plenas facultades y si tiene apetito sexual seré yo quien lo sacie, nadie más. Así que espero que no suponga un problema.

—No será un problema si usted también mantiene la exclusividad respecto a mí, de lo contrario me parecería injusto —contesté tajantemente. Si no podía tener sexo con nadie más, él tampoco lo haría.

—No está en condiciones de negociar señorita Suárez, pero aceptaré su petición solo porque no tendré ganas, ni tiempo de buscar a alguien teniéndola a usted disponible.

—Bien —respondí satisfecha mientras seguía leyendo.

El documento recogía que siempre debería estar perfectamente depilada, acudir inmediatamente cuando él lo solicitara sin excusas, a cualquier hora y lo que me pareció más denigrante de todo; “La señorita Irina Suárez será plenamente consciente de que deberá acudir a los encuentros citados con el Señor Alejandro Álvarez siempre con buena disposición y realizar todas las actividades de índole sexual que le soliciten, le agraden éstas o no”.

«¿Qué demonios? No pensaba aceptar que me hiciera cosas que no me agradaran en absoluto, a saber qué tipo de perversiones le gustaban a ese hombre»

—¿Qué quiere decir con “actividades de índole sexual”? ¿Es que le gusta el sadomasoquismo o algo así? —pregunté sin rodeos, puesto que prefería saberlo de antemano.

—No, no me gusta implicar el dolor en el sexo, no es algo que vaya con mi estilo en cuanto a sexo se trate —respondió firme y tras decir aquello me relajé un poco más—. Ese punto solo significa que no pondrá malas caras, ni tendré que aguantar reproches de ningún tipo. Si hago esto es precisamente para evitar eso, tener sexo, cuándo, dónde y cómo yo quiera sin complicaciones.

—Está bien —contesté más relajada. No pensaba reprochar nada, yo no deseaba una relación precisamente ahora después de lo de Dimitrios, lo que él me ofrecía era justo lo que buscaba, sólo sexo sin compromiso.

El resto del documento recogía los múltiples cargos de los que se me acusaría en el caso de hacer pública la relación, rodé los ojos al ver las cifras millonarias por las que sería demandada si aquel acuerdo trascendía, sabía que era simplemente para infundir el miedo, pero tenía presente que una demanda así no llegaría ni a la cuarta parte de la cifra que indicaba en una indemnización. Además, era lo que menos me preocupaba porque

precisamente yo era la menos interesada en que aquello fuera público.

Cogí un bolígrafo de su mesa y firmé todas las hojas.

—¿Me marcho entonces? —pregunté levantándome mientras metía una copia en el sobre para llevármela.

—Tome —contestó ofreciéndome un papel alargado que se había sacado del bolsillo interior de la chaqueta, conforme se acercaba hasta mi aprecié que era un cheque. Lo cogí por curiosidad y vi que la cifra ascendía a cinco mil euros, ¿Por qué me daba esa cantidad? Era mi sueldo de casi cinco meses como becaria de la empresa.

—¿Para qué es esto? —pregunté adelantándome a él.

—Soy muy meticuloso con la ropa interior femenina, quiero que cada vez que nos veamos lleve un conjunto diferente, siempre encaje o seda, pero sobre todo que sea muy provocativa.

¿Me había dado cinco mil euros solo para comprar ropa interior? Ese hombre era cada vez más extraño, pero por otro lado a mi me encantaba la ropa interior femenina por lo que no pensaba discutir, si era su deseo, ¿Quién era yo para impedirlo?

—¿Algún color en especial? —pregunté ahora divertida mientras me mordía el labio.

—Colores oscuros, aunque creo que le quedaría muy bien el blanco. —Su mirada era intensa, tanto que bajé la mirada con la excusa de meter el cheque en el sobre que contenía el documento que acababa de firmar.

—Está bien —contesté lo más serena posible.

—Siempre me comunicaré por usted mediante mensajes de texto, así que esté pendiente del teléfono y acuda a la hora exacta en que la cite.

—Está bien —respondí—. Nos vemos señor Álvarez —añadí mientras me giraba para marcharme de allí, no pensaba decirle que se podía meter su puntualidad por donde le quepa, ¿Intentaría llegar a tiempo? Sí, ¿Lo lograría? Ya veremos...

## ***5 El pasado puede tener demonios que ocultar.***

### POV ALEJANDRO.

—Álvarez, ¿Me estás escuchando? —escuché la voz y volví en sí de aquel lapsus mental que me había llevado lejos, muy lejos de aquella sala de reuniones.

—Si, por supuesto —afirmé enseguida centrándome en la reunión que tenía con el equipo financiero para discutir sobre el presupuesto de uno de los proyectos.

Todo se debía a aquella foto que había recibido hacía dos noches, esa maldita foto que por alguna razón no me atrevía a eliminar del teléfono a pesar de que jamás tenía imágenes similares en mi terminal porque deseaba contemplarla cada noche y cada despertar.

Recordaba perfectamente estar sentado en el sofá de casa, lo suficientemente cansado como para ir al pub y buscar una presa para esa noche que satisficiera mis apetitos sexuales, menos aún lo que aquello implicaba. Últimamente estaba demasiado harto de tener que emplear demasiado tiempo para llevar a una mujer a un hotel que no volvería a ver nunca más.

No soy un hombre de relaciones largas, más bien, no soy un hombre de salir dos veces con la misma mujer y punto. No sirvo para eso, no soy capaz de sentir nada que no sea apetito sexual hacia una mujer por la simple y llana razón de que todas son unas interesadas; tenía un largo historial de ejemplo que lo alababa aunque solo había una mujer que se libraba de ese estigma y esa era mi hermana Teresa.

Estaba a punto de dar el último sorbo a la copa de vino y entrar en la ducha justo antes de meterme en la cama cuando el móvil vibró y me extrañó al tratarse de la hora que era. No podía ser nada referente de la oficina a aquellas horas, pero ¿Qué otra cosa sería si no, siendo ese teléfono de la empresa? Me acerqué hasta la mesilla de noche donde lo tenía cargando y vi que se trataba de un mensaje en la aplicación de Whatsapp, ni tan siquiera recordaba haberla instalado, pero entonces rememoré que lo hice haría cosa de un año para un proyecto ejecutivo. Se trataba de un número desconocido y lo que menos me imaginaba era que iba a encontrar la imagen más sensual, erótica y sumamente excitante que jamás había visto.

¿Quién demonios era la dueña de ese cuerpo?

Tras leer el mensaje deduje que se debía tratar de algún tipo de trampa. Sin duda alguna no iba a ser una equivocación tratándose de un teléfono al que pocos tienen acceso, con toda probabilidad debía tratarse de alguna trampa en la que desde luego, no pensaba caer... aunque reconozco que jamás pensé que la dueña de aquella foto, fuera la que estaba detrás del mensaje y sinceramente, aún no sabía si sentirme parcialmente complacido o por el contrario disgustado, porque era incapaz de dejar de pensar en cuántas posiciones follarme a esa rubia de piernas largas.

«¡Maldita sea esa mujer!» gemí mentalmente.

Al menos lo tenía todo bajo control y sin ningún cabo suelto, acababa de firmar un acuerdo que me permitiría poseerla las veces que quisiera y no sabía ni cómo había llegado a ese extremo cuando jamás me había planteado pagar a una mujer por acostarme con ella, es más, la simple idea me asqueaba, aunque no le estuviera pagando literalmente, sabía que aquella rusa de piernas infinitas sólo tenía un objetivo; ascender en la empresa rápidamente y para ello había recurrido a una estratagema en la que sin poder negarlo, reconocía

haber caído completamente muy a mi pesar, pero al menos pondría remedio a mi arduo apetito sexual y sería saciado por aquella arpía de cabellos platinos.

No me importaba usarla teniendo en cuenta que era lo que ella pretendía, si ella lo deseaba, ¿Quién era yo para negarlo? Tampoco es que lo considerase un pago como tal teniendo en cuenta que solo movería algunos hilos en la empresa para facilitarle ese ascenso y a cambio la tendría cada vez que quisiera.

Hacía siete años que entré a trabajar en Komarov, siete largos años de arduo trabajo y constancia hasta lograr ser lo que ahora era, el director de una de las principales sedes de Europa y socio capital de la empresa aunque en una parte proporcional minoritaria. Me había costado sudor y sangre conseguir aquello teniendo en cuenta de donde procedía, nadie me había regalado nada y desde luego, no me lo habían puesto nada fácil en el camino, sino que me lo había tenido que ganar a base de méritos propios y demostrar que era válido para el puesto.

Podía decir que estaba contento con mi vida, tenía un trabajo que adoraba, una hermana que pronto se casaría y formaría una perfecta familia junto a uno de mis mejores amigos y tenía mi velero para escaparme algunos fines de semana y desconectar del mundo. No necesitaba nada más en mi vida y desde luego, pensaba pasar el resto de mis días en solitario, aunque eso no implicaba buscar compañía femenina a la que sucumbir a sus encantos de vez en cuando siempre que no trascendiera más allá de lo que venía siendo solo sexo.

Nunca he tenido una relación más allá de unos cuantos polvos y tampoco he tratado de buscarlo, simplemente no funciona, algo en mi no conecta con la otra persona en ese sentido y desde luego puedo asegurar que jamás he sentido eso que llaman amor hacia una mujer. Probablemente sea porque soy incapaz de amar, incapaz de creer o tal vez incapaz de confiar como asegura mi

hermana pequeña, pero fuera cual fuera la razón, lo cierto es que no es algo que busque y menos aún desee.

No estaba seguro de que aquel acuerdo que había redactado con mi abogado fuera a funcionar, sobre todo porque probablemente me cansaría en el tercer encuentro de aquella joven por mucho morbo que me diera ese maldito trasero que tenía... de hecho en aquellos momentos podía asegurar de que estaba empalmado solo con recordar como se mordía el labio en mi despacho justo antes de marcharse, pero sabía que solo era la frescura y el apetito sexual los que hablaban por mí y que en cuestión de tres o cuatro encuentros, rompería aquel acuerdo y muy probablemente le prometiera ese ascenso igualmente para que no fuera a la prensa con el cuento o tratara de desprestigiarme en la empresa de algún modo, de hecho aún no sabía por qué demonios se me había ocurrido acceder a eso sabiendo las consecuencias desastrosas que podría acarrearle si se sabía que tenía un lío de oficina con una de las becarias.

Si es que desde que vi ese trasero en aquel ascensor aquella mañana por mucho que intenté no mirarlo, ya la deseaba. Es más, casi no podía creérmelo cuando la vi llegar a mi despacho después de citarla por las cámaras, reconociendo perfectamente esa vestimenta y esas largas piernas junto a su cabellera inconfundiblemente rubia que había visto a primera hora de la mañana en el ascensor.

Aquella mujer era deseo hecho esencia y puro erotismo en apariencia. Miré el reloj de pulsera que siempre llevaba conmigo y vi que faltaba un minuto para las doce y cuarto.

«Once horas exactas para volver a verla» pensé teniendo en mente que debía organizar aún la cita con el dueño del ático que había alquilado para el encuentro que mantendría esa noche junto a ella.

La sensación de tener de antemano un plan con una mujer por muy premeditado

que fuera, era nueva para mí. Normalmente me limitaba a acudir a alguna de las discotecas donde era socio y me llevaba a alguna presa fácil a un hotel donde pasaba un par de horas antes de volver a casa. Ahora la situación sería distinta, aunque la finalidad era exactamente la misma, pero me encontraba en una especie de abismo, sabiendo que tendría a una mujer para mi disposición cuando quisiera y que al mismo tiempo no era mía.

El teléfono comenzó a sonar, era mi teléfono personal por lo que a esas horas, suponía que solo debía de tratarse de una persona, ya que mis amigos estarían trabajando al igual que yo.

—Hola pecosa —contesté por inercia tras ver la foto en la pantalla de mi hermana.

—¡Hermanito! —exclamó al otro lado de la línea.

Teresa parecía alegre, aunque siempre ha sido alguien que parecía rebosar toda la alegría que a mí me faltaba y a ella le sobraba, últimamente parecía estarlo más desde que iba a casarse.

—Imagino que no me habrás llamado para preguntarme sobre qué flores deberías elegir para las mesas —respondí con cierto tono de seriedad.

Siendo franco me alegraba por ella, al menos uno de los dos tendría familia y sería feliz después del infierno del que habíamos salido.

—En realidad te llamaba porque estoy haciendo unos recados cerca de tu oficina y quería almorzar contigo, así te cuento algunas novedades.

«Y me pide unos cuantos favores que sabe que detestaré hacer, pero a los que no podré negarme porque es mi consentida» medité antes de aceptar.

—Claro —tercié—, saldré en una hora y nos vemos en el café que hace esquina.

—¡Perfecto!, ¡Nos vemos en una hora! —contestó antes de colgar.

No solía gustarme comer en la cafetería de la empresa, de hecho prefería comer fuera si podía hacerlo para no tener que tener trato con el personal o simplemente poder adelantar trabajo discutiendo algunos temas que la poca privacidad del lugar no los otorgaba, pero en aquella ocasión era la primera vez que me habría gustado almorzar en ese lugar solo por ver de nuevo aquellos ojos azules y cabellera rubia que me hacían imaginar lo que me esperaba cuando acabara la jornada de trabajo.

«¡Dios! No veía la hora en la que pudiera volver a hundirme de nuevo dentro de ella y perderme en el abismo de esas piernas largas tan suaves como el algodón»

Teresa estaba tan preciosa como siempre, de hecho me atrevería a decir que estaba incluso más guapa si cabe, pero era mi hermana. Los hermanos piensan siempre así, ¿no? Con ella sentía un instinto de protección inaudito y de hecho, si toleraba que se casara con Alberto solo era porque confiaba en mi mejor amigo y sabía que él la cuidaría igual o mejor que yo.

«Aunque aceptar aquella relación me había costado lo mío»

—Bueno... cuéntame, ¿Estás saliendo con alguien? —preguntó Teresa después de que pidiéramos al camarero los entrantes y segundos.

—Sabes que yo no *salgo* con nadie hermanita —negué con simpleza.

Teresa sabía que yo no mantenía relaciones largas, aunque de vez en cuando le daba a entender que salía con alguna chica para no preocuparla demasiado, pero últimamente estaba demasiado obcecada con el tema de que tuviera pareja, ¿Cómo le hacía ver que no existía ninguna mujer en el mundo que me hiciera cambiar de parecer con respecto a ellas?

—Eso es porque no ha llegado la adecuada —respondió llevándose el vaso de agua a los labios e hice un vago intento de sonrisa para no contrariarla.

Ninguna mujer sería adecuada para mi, era así de simple.

—Seguramente —contesté evitando mirarla.

—Si te centraras más en buscarla y menos en tu trabajo, quizá la encontrarías antes de lo que crees —insistió.

—Me gusta mi trabajo —contesté sincero.

De hecho era lo único que me satisfacía.

—Si... quizá demasiado —dijo con cierto atisbo de reprensión en su tono—. Me parece estupendo que intentes escudarte en tu trabajo para no enfrentarte a tus miedos, pero tarde o temprano deberás hacerlo, por mucho que cierres los ojos Alejandro, al final tendrás que aceptarlo.

—¿Aceptar el qué? —exclamé fingiendo desinterés.

—Que tienes miedo de enamorarte —afirmó sin miramientos.

—Que no tenga novia o la haya tenido, no significa que tenga miedo de enamorarme —contesté colocándome la servilleta en las piernas.

—No todas las mujeres son como el abuelo decía, Alejandro.

—Desde luego tú no lo eres —afirmé llevándome la copa de vino a los labios.

—Por favor... —rogó cogiéndome la mano en cuanto devolví la copa a su sitio—. Prométeme que lo intentarás, que al menos tratarás de darle una oportunidad a alguien que entre en tu vida.

No pensaba hacerlo, porque no era un hombre que quisiera precisamente perder el tiempo, pero ella no lo sabría.

—Lo intentaré —afirmé—. Pero no te prometo nada —añadí inmediatamente y observé como Teresa suspiraba.

No me gustaba que se preocupara por mí, sobre todo cuando no había nada por lo que preocuparse porque yo estaba muy bien así; solo, pero a ella no podía negarle mi pasado y menos aún ocultárselo cuando lo había vivido a mi lado, aunque era tan pequeña que probablemente solo tenga ciertos recuerdos escasos y no la veracidad de cómo fueron realmente las cosas.

—Está bien, me conformaré con eso —aclaró antes de que prosiguiéramos con aquel almuerzo y al fin cambiara de tema para hablarme sobre cómo iba la planificación de la boda.

## 5.

### Extasiados en la noche.

No había vuelto a tener noticias durante el resto del día de Alejandro. Tampoco le vi a la hora del almuerzo, ni coincidí con él en los ascensores o pasillos, seguramente el día anterior fue puramente casual, debía tener una agenda apretada como director de la sede Komarov en Madrid, sabía mejor que nadie la estrecha agenda que llevaba mi padre durante años, llena de constantes viajes que solía hacer casi siempre que podía con mamá, había sido la única forma de que no se divorcieran, aunque la peor perjudicada había sido yo por ser la que tenía que quedarse en casa.

A las cinco recogí mis cosas para marcharme, comprobé que el documento seguía en el bolso antes de ponerme la chaqueta que solo me duraría puesta hasta la puerta del edificio donde se acababa el aire acondicionado y me despedí de los compañeros que aún se quedaban un rato más. Apenas les había visto estando recluida en aquella sala a la que nadie entraba, iba a ser bastante monótono los próximos días. Óscar me invitó a tomar algo, pero deseché la idea, tenía que hacer varias coladas, la compra, sacar la ropa de las maletas... no, quizás otro día aceptaría, pero tenía que empezar a poner orden en mi vida y en el apartamento de una vez.

Me calcé las sandalias de nuevo justo antes de bajar las escaleras del metro, fue entonces cuando vibró el móvil, tenía un mensaje, ¿Sería de Alejandro? Un revoloteo en el estómago me indicó que quería que así fuera, lo abrí rápidamente y comprobé que sí, efectivamente era de él.

**Alejandro:**

*«Calle Las Bernardas 7, escalera A, 9º planta. Te espero a las 23.15h, ni un minuto más tarde»*

Era una dirección de un piso, apartamento o lo que fuera, pero no era un hotel, ¿Me estaba citando en su casa? Tendría que mirar donde estaba ese lugar nada más llegar a casa y también revisar en las maletas que ropa interior de encaje o seda podía ponerme, recordé en aquel momento el conjunto de satén que me había comprado mamá en un viaje a la India, era de encaje negro con satén dorado, no era seda, pero era muy provocador. Ahora que lo pensaba no recordaba si lo había metido en alguna de las maletas, pero aún no lo había estrenado esperando una ocasión especial y por alguna razón me apetecía querer llevarlo esa misma noche.

Bien, tenía cuatro horas para hacerlo todo, incluido arreglarme. Según google maps tardaría en llegar casi una hora en transporte hasta la dirección que me había facilitado Alejandro, por lo que pensé ir en taxi que solo implicaba veinticinco minutos y ese tiempo que me ahorraba, aunque eso quería decir salir por lo menos cuarenta y cinco minutos antes de casa por si había tráfico, cosa que en pleno centro de Madrid siempre ocurría sea cual sea la hora.

Fuí al supermercado más cercano que tenía, uno en unos grandes almacenes llamados “El corte Inglés”. Tenía una gran variedad de productos, incluso encontré una sección gourmet donde pude encontrar algunas especias sólo de mi país. Pese a estar bastante familiarizada con la comida española encontré que muchos productos a los que en un principio pensé que tendría que renunciar, estaban allí, tales como el Kéfir, té negro, los Blinís que allí se llamaban crepes o el vozka de mi país, ya que ninguno era tan fuerte como ese. No es que bebiera mucho, pero de vez en cuando sobre todo en invierno apetecía.

Guardé la compra en la nevera y en los estantes en cuanto llegué y posteriormente vacié todas las maletas sobre la cama, guardando estas ahora vacías bajo el colchón y sobre el armario. Me había traído mucha ropa, quizá demasiada ahora que la visualizaba amontonada sobre la cama, pero bueno, así no tendría que comprarme nada durante todo el tiempo que estuviera allí. Comencé a rebuscar entre las prendas para ver si daba con ese conjunto de encaje y satén, hasta que finalmente lo vi aparecer por fin, era una especie de body al estar unida la parte de la braguita con el sujetador, era semi-transparente en las partes del encaje. Pensé con qué podría ponérmelo y al final opté por un top negro ajustado junto a una falda de volantes en tono claro de un tejido caído algo voluminosa y bastante corta, eso daba la sensación de que mis piernas eran aún más largas.

Dejé las prendas sobre el sillón para no volver a mezclarlas, iba a tener un trabajo arduo cuando volviera de aquel encuentro para guardar todo aquello en el armario, dudaba que entrara todo, así que a ver cómo me las apañaba, probablemente tendría que comprar algún tipo de mueble si no quería terminar guardando los zapatos en los estantes de la cocina junto a los cereales. Me duché rápidamente, tenía que lavarme el cabello e iba a tardar la vida en secarlo porque era bastante largo, aunque por suerte no necesitaba mucho esmero para que luciera con unas ondas naturales y graciosas.

«Dios bendiga a la genética»

Eran las diez y media y aún no estaba ni vestida, mi maldita programación mental nunca funcionaba como quería, así que me vestí deprisa y corriendo intentando no manchar las prendas con el maquillaje. Eché un vistazo antes de salir por la puerta por si me olvidaba de algo, aún iba descalza con los tacones en la mano, el apartamento era un completo desastre y eso que llevaba allí dos días.

«En cuanto vuelva lo recojo» quise mentalizarme, aunque a saber a qué hora regresaba a casa ahora que lo pensaba...

Tal como había imaginado el tráfico me haría llegar tarde, pensé en enviar un mensaje a Alejandro, pero ¿Que le iba a decir? “Oye guapo, lo siento pero llegaré tarde porque hay un tráfico de la leche en el centro”. Ya me había dejado claro que no quería excusas, ni retrasos. Si era como mi padre, —cosa que empezaba a ver bastante parecido en su forma de comportarse—, me diría que era mi culpa no haberlo previsto con anterioridad. Afortunadamente para mi, al salir del centro de la ciudad no había tantos coches y el taxi me dejó en la puerta del gran edificio justo cuatro minutos antes de la hora a la que había quedado, aún no creía en mi suerte así que pagué al taxista y entré corriendo al edificio que estaba iluminado.

Sin lugar a duda eran pisos de lujo, se apreciaba por la calidad de los materiales nada más entrar al hall. Saludé al conserje, que muy amablemente me preguntó hacia dónde me dirigía y me acompañó hasta la escalera A, llamando al ascensor por mí.

Cuando el ascensor abrió las puertas de la novena planta y salí al pasillo, supe al instante que solo había un apartamento en esa ala del edificio, seguramente era un enorme ático. No me sentía abrumada puesto que papá tenía numerosas propiedades por todo el mundo y sin duda alguna, los rusos eran muchos más excéntricos para la decoración que los españoles a juzgar por lo que veían mis ojos, pero era evidente que Alejandro trataba de hacerme ver que era un hombre de dinero o simplemente era un tipo con buen gusto. Tenía que reconocer que la simplicidad me gustaba, aquellos colores neutros y elegantes podrían parecer *sosos*, pero armonizaban con el ambiente y eran más relajantes que el cargado decorado al que estaba acostumbrada en mi país natal.

Golpeé la puerta con los nudillos un par de veces y esperé pacientemente. Miré hacia la derecha donde había un gran ventanal al finalizar el pasillo cuyas vistas daban a una de las calles que rodeaba el edificio. Pensé en acercarme, aunque tal vez lo hiciera más tarde cuando me fuera de allí, a la izquierda había una especie de fuente que simulaba una cascada de agua que recorría toda la pared en su altura, pero que en aquel momento no se encontraba en funcionamiento. Volví a llamar más fuerte y entonces pude escuchar unos pasos seguidos de un clic. La puerta se abrió y allí estaba él, hablaba por teléfono vestido con el mismo traje gris azulado que llevaba esa misma mañana cuando le había visto en su despacho. Me hizo un gesto de silencio llevándose el dedo índice a sus labios e invitándome a pasar dentro.

Mientras Alejandro hablaba algo ofuscado y con tono autoritario al móvil, recorrí con la vista el grandioso apartamento. La entrada estaba directamente en el gran salón, todo el frente era acristalado y una doble puerta daba acceso a una habitación cerrada a la derecha. Todo el mobiliario era moderno, algo parecido a los que tenía en mi minúsculo piso, pero aquellos sin duda eran más elegantes. La cocina era americana, integrada en el salón, con encimeras de piedra pulida blanca y acabados de acero con algunos toques de madera de roble. Parecía todo bastante nuevo, pulcro y no había signos de que alguien viviera allí por la frialdad que desprendía a pesar de ser espléndidamente hermoso, tal vez no era su vivienda habitual o era demasiado ordenado. Observé que al final del salón a la izquierda se abría un pasillo, pero me llamó más la atención las escaleras en forma de caracol que nacían en el propio salón, eran de acero y madera laminada cosa que permitía ver a través de sus peldaños el resto de la estancia.

Hice un gesto a Alejandro que a pesar de que hablaba por teléfono parecía observarme y le indiqué si podía subir para investigar qué era lo que había en la planta superior, él me hizo un gesto afirmativo y subí dejando el bolso y la

chaqueta en el primer peldaño. Al llegar arriba me encontré con una pequeña sala en la que su decorado eran unos simples sillones, frente a ellos había un par de puertas de vidrio correderas que parecían dar paso a una gran terraza con unas vistas increíbles de la ciudad. El suelo era de madera, conforme salí comprobé que la terraza abarcaba todo el apartamento inferior, adornada con multitud de plantas y flores en el borde del peto para esconder la sobriedad del muro de protección. Había una pequeña piscina privada y al fondo un gran jacuzzi, ambos estaban iluminados e invitaban al observador a meterse en ellos, pude ver algunas hamacas sueltas, desde luego era perfecto para organizar una pequeña fiesta privada.

—¿Te gusta? —escuché en ese instante la voz de Alejandro a mi espalda de forma que me sobresalté al ser inesperado, al menos pensaba que le escucharía llegar y así estaría preparada.

—Si —contesté más calmada.

Noté que él se acercaba hasta dejar su cuerpo pegado al mío, sentía su calor, como emanaba de su cuerpo a pesar de la ropa y provocaba un atisbo de nerviosismo en todo mi ser.

—¿Por qué no me esperas en el jacuzzi mientras me doy una ducha rápida? —preguntó de forma que casi parecía una orden. Su voz sensual tan cerca de mi oído hizo que de inmediato se me mojaran las bragas, el body o lo que fuera que se definiera a la ropa interior que llevaba puesta.

—¿Desnuda? —pregunté provocativamente.

—No —negó—. Déjame quitarte la ropa interior —susurró antes de besarme el cuello y ascender hasta mi oreja donde se entretuvo en el lóbulo metiendo su lengua de forma que provocaba algo irracional en mi cuerpo. Me giré buscando su boca, necesitaba con urgencia que me besara pero él se apartó

rápidamente—. Vuelvo en cinco minutos —dijo antes de perderse tras aquellas puertas y dejarme completamente sola en aquella terraza.

Noté un escalofrío en la piel debido a que la fuente de calor que me lo proporcionaba se había alejado, por suerte el agua del jacuzzi estaba templada, así que me deshice de la blusa, la falda y los tacones para introducirme en el.

«Esta noche será inolvidable» me dije cerrando los ojos mientras arqueaba el cuerpo y me relajaba.

Las burbujas del jacuzzi me hicieron abrir los ojos para encontrarme con el dueño de esa mirada penetrante de nuevo, jamás me acostumbraría a que me mirase así, con ese deseo cargado en aquellos ojos azules. Llevaba el pelo mojado, provocando que se viera aún más oscuro de lo que de por sí era y llevaba una toalla atada a su cintura, aún se podían ver las gotitas por su más que musculoso abdomen bien definido y sin un solo rastro de vello. Ese hombre era un semi-dios, comenzaba a creerlo de verdad, porque nadie podía ser tan guapo y estar tan endiabladamente bueno físicamente si era humano, era eso o había hecho un pacto con el diablo ya que definitivamente no era normal.

Le vi descorchar una botella de vino blanco, fue entonces cuando aprecié un par de copas de cristal en el borde del jacuzzi, así que cogí las copas y me incorporé para ayudarle a servir las. El satén del body se me había pegado aún más al cuerpo, noté entonces la intensa y cargada mirada de él al verme y aprecié el bulto en la toalla pero simplemente emití una vaga sonrisa sin decir nada. Saber que ese hombre me deseaba hacía que me sintiera en las nubes, quizás allí en España podría destacar por mis rasgos poco comunes en comparación con el resto de chicas, pero en Rusia casi todas las mujeres poseían los mismos rasgos que yo. Aunque siempre habían dicho que era guapa nunca lo había sentido de verdad hasta ahora, hasta sentir cómo él me

miraba pese a reconocer que solo era pura atracción, deseo contenido y que sus intenciones solo eran meramente de índole sexual, con Alejandro me sentía verdaderamente deseada por primera vez y debía reconocer que ese había sido sin lugar a duda el motivo principal de que aceptara aquel dichoso acuerdo.

—¿Por qué brindamos? —pregunté cuando sirvió el vino y dejó la botella a un lado.

—Porque tú y yo, terminemos extasiados esta noche —contestó chocando su copa con la mía mientras aquella frase cargada de promesas se repetía en mi mente constantemente.

Alejandro se deshizo de la toalla a la vez que entraba en el jacuzzi, no podía evitar mirar la prominente erección de su pene. Se sentó frente a mí extendiendo los brazos a los lados, por un momento no sabía qué hacer, ¿Debía ir hacia él?, ¿Esperar a que él lo indicara? Se suponía que no tendría iniciativa propia, ¿O si podría tenerla?

—Ponte de pie —dijo justo en el momento en que estaba dejando mi copa y me animaba a sí misma a ir hasta él. Me coloqué de pié frente a él y noté como el frío que arreciaba a esa hora erizada mi piel, al igual mis pezones que no tardaron en pronunciarse—. Perfecta —gimió mientras me contemplaba.

¿Me consideraba perfecta? Él sí que era perfecto, pero no se lo diría, no quería engrandecer aún más su egocentricidad.

—Ven aquí, siéntate a horcajadas sobre mí —ordenó antes de que pronunciara palabra o queja alguna y lo hice encantada porque ello implicaba volver a meterme en el agua, lo que me hizo entrar en calor enseguida. Era la primera vez le observaba tan de cerca, mis pezones aún erizados chocaban con sus pectorales firmes, había colocado las manos en sus hombros para situarme y todo él estaba duro, estaba tocando músculo bajo la piel. Aquel hombre debía

trabajar bastante su cuerpo a juzgar por aquella tableta de chocolate que tenía en su abdomen. Noté su erección en el muslo, eso me hizo sentir un pequeño espasmo en el bajo vientre, seguido de una oleada de calor en el mismo lugar, ¡¡Joder! Le necesitaba tener dentro de mí o iba a morir de agonía.

Las manos de él comenzaron a subir por mis piernas bajo el agua hasta llegar a las nalgas y me apretó los cachetes del trasero a la vez que me pegaba aún más contra él para que no quedara ni un centímetro de distancia, no lo pude evitar, llevaba deseándolo desde esa misma mañana así que acorté la distancia y devoré su boca. Lejos de alejarse, él respondió con la misma intensidad con la que yo inicié aquel beso, arrasando cualquier resquicio de aquella cavidad con la lengua, luchando para ver quién de los dos ganaba aquella guerra.

Tenía mis manos enredadas en aquel cabello negro como el carbón, pero fui descendiendo cuando noté que él intentaba bajarme los tirantes de la prenda interior. Me alejé momentáneamente de él para darle mayor acceso al contemplar mis pechos, parecía extasiado con lo que veían sus ojos y comenzó a devorar los pezones dando pequeños mordiscos que provocaron gemidos de placer que salían sin poder evitarlo de mi garganta. Apresó uno de los pezones jugueteando con su lengua y me enrosqué con más fuerza en él, cerrando los ojos para deleitarme con aquel momento.

Una de sus manos se coló por debajo del body buscando la fruta del árbol prohibido y yo no pude evitar morder su hombro de puro placer cuando encontró mi clítoris y comenzó a masajearlo bajo el agua.

—Pequeña fiera...—susurró—, ¿También arañas? —preguntó en un tono entre divertido y pasional.

—Puede ser... —contesté devorando de nuevo su boca.

Nunca había practicado sexo bajo el agua, sería la primera vez y aquello me

mantenía expectante. Recorrí con una mano libre su pecho mientras bajaba con la otra hasta llegar a coger su polla, estaba dura pese a estar en el agua y comencé a masajearla mientras repartía besos por su cuello. Escuché el ruido que hizo con la boca al rasgar la funda del preservativo, así que le miré y me indicó que le dejara espacio suficiente para colocárselo.

—Ven aquí, colócate como antes —ordenó cuando volví a meterme en el agua.

—¿No quieres que me lo quite? —pregunté refiriéndome a la prenda de ropa interior que llevaba puesta.

—No, me gusta follar a una mujer que lleve la ropa interior puesta, tenlo presente para buscar prendas accesibles —contestó antes de correr con un par de dedos el body para tener pleno acceso con su polla.

Grité de placer al verme invadida, la sensación era algo extraña, diferente, pero sin duda me gustaba. Comencé a moverme a un ritmo suave al principio, hasta que poco a poco él fue marcando un ritmo más fuerte, donde le cabalgaba introduciendo su polla dentro de mí completamente. Notaba como el clímax se avecinaba, faltaba poco, era ese momento en el que deja de importar todo y solo buscas llegar al culmen máximo sin importar el resto del mundo. Así que cerré los ojos y clavé las uñas en sus hombros mientras sus movimientos fueron más y más rápidos a la vez que bruscos. Volví a gritar de placer cuando lo alcancé, ni siquiera fui consciente de que él también se había corrido hasta que no abrí los ojos y le vi reposando su cabeza hacia atrás, como si estuviera descansando.

—¿Tomas la píldora? —preguntó rompiendo cualquier patético momento romántico si es que éste hubiera existido.

—Si —afirmé porque de verdad la tomaba.

—¿Qué te parece si nos hacemos los exámenes médicos y nos dejamos de

condones? —preguntó con cierta serenidad.

¿Era una pregunta?, ¿No lo ordenaba sin más? Me parecía extraño que alguien como él aceptara mi decisión en cuanto a no utilizar medios anticonceptivos más que la píldora, pero iba a sentir su polla sin impedimentos, solo con pensarlo ya me volvía a humedecer.

—Me parece una idea estupenda —respondí mientras volvía a devorar su boca de nuevo. Me había vuelto repentinamente insaciable, ese hombre definitivamente iba a transformarme en una ninfómana sexual.

## 7. Primeras decepciones

Alejandro apretó mis nalgas contra él tomando impulso y levantándose con una gran agilidad del Jacuzzi, como si no pesara más que una pluma cuando mis sesenta y dos kilos bien distribuidos pesaban los suyos. Me enrosqué a él buscando el calor del cual me había visto privada por el contraste del aire fresco de la noche y para mi placer, no me soltó en ningún momento, salimos del jacuzzi empapados y me llevó en su regazo mientras recorría con pequeños mordiscos su cuello y sus hombros, lamiendo las gotas que caían constantemente de su cabello empapado y provocando la excitación de nuevo.

No era consciente de donde me llevaba, eso era lo de menos, solo quería permanecer en los brazos de aquel cuerpo musculoso durante mucho, pero mucho, mucho tiempo. Noté que entramos en la casa por la tibieza de la temperatura. Debíamos sin duda alguna estar dejando un rastro de agua a su paso conforme nos adentrábamos en la casa porque no nos habíamos secado, pero a él parecía darle igual y a mí aún más si cabe. Solo aprecié que llegamos a la habitación cuando Alejandro me soltó sin delicadeza alguna en aquella mullida cama.

Las sábanas debían ser de seda y al rozar mi piel me estremecí ante tal suavidad extrema. Observé que él parecía mirarme intensamente mientras comenzaba a gatear subiéndose a la cama. Comenzó a quitarme la prenda que aún llevaba puesta a pesar de que mis pechos estuvieran al descubierto y se deshizo de ella con delicadeza.

Colocó cada una de sus manos en mis rodillas y me abrió las piernas para

colocarse en medio de éstas ligeramente sobre mí sin llegar a rozarme con su piel.. El mero hecho del roce de su contacto ya me excitaba, ese hombre era puro fuego. No hablábamos, las palabras sobraban cuando el único lenguaje que se apreciaba era de índole sexual. Alejandro comenzó a lamerme los pezones de nuevo y fue bajando lentamente a través del centro de mi ser, deleitándose en mi ombligo durante demasiado tiempo... me estaba torturando, sin duda alguna quería que de una vez metiera su cabeza entre mis piernas y me devorara, pero allí estaba yo, ansiando más y más de un hombre que ahora me daba pequeños mordiscos en el interior de los muslos, tan cerca de la ingle que casi iba a explotar de deseo.

Me arqueé hacia él, invitándole a adentrarse con su boca, cosa que él no rechazó porque cuando sentí su aliento en la entrepierna un gemido escapó de mis labios y solo fue el inicio de mi fin. Sin duda alguna Alejandro era un experto en devorar clítoris, de eso no había duda. Comenzó de forma suave, con pequeños y juguetones lametazos de su lengua provocando que me arqueara aún más si es que eso era posible e inmediatamente después lo devoró por completo a la vez que introducía sus dedos dentro de mí con suavidad. No pude evitar colocar las manos en su cabello para apretarlo contra mí. Me iba a correr... estaba segura de ello y justo en ese momento noté que se apartaba, iba a protestar, pero mi gemido fue sustituido por uno de enorme placer cuando sentí su polla deslizándose dentro de mí. La reacción de protesta pronto se convirtió en una agonizante suplica de que se apiadara de mi pobre juicio, necesitaba que me follara duramente, salvaje y al parecer mi expresión lo dijo todo porque Alejandro comenzó un ritmo fuerte, tanto que notaba como sus huevos chocaban contra mis nalgas, la sensación era gloriosa, ahora sí iba a alcanzar el clímax sin interrupción alguna.

Estaba aun saboreando el orgasmo cuando definitivamente él debía de haberse corrido un poco más tarde porque noté el peso al lado de la cama cuando

Alejandro se desplomó con un suspiro de cansancio.

«Follar así es agotador» ¿Cómo íbamos a mantener el ritmo? «¡Oh! Será agotador, pero bien merece la pena» me dije sonriente.

—Ya puedes irte —dijo de pronto.

Le escuché y parpadeé un par de veces. ¿Había oído bien?, ¿Me estaba echando? Me incorporé lentamente sentándome en la cama de espaldas a él. No quería parecer una idiota si le preguntaba, seguramente se creería que era una excusa para ganar tiempo. Si no me preguntaba a dónde iba, significaba que mis oídos habían escuchado perfectamente.

Cogí la prenda interior empapada, me tendría que ir sin nada de ropa íntima debajo de la falda y la camiseta. Salí de la habitación en dirección a la terraza, viendo aún el rastro de agua, subí por las escaleras y me vestí en el frío de la noche. En aquel momento una parte de mí sentía cierta aprensión por su desprecio, era cierto que había quedado claro que solo sería sexo, ¿Entonces por qué estaba así?, ¿Por qué me había sentado mal que me echara de esa forma? Suponía que por que al menos esperaba un mínimo de él, que me tratara como a una persona y no como a un objeto, al igual que cuando había tenido aquella consideración de preguntarme si quería que no usáramos condones, en ese momento tuvo en cuenta mi opinión.

Bajé las escaleras de nuevo un poco más calmada, asimilando que si quería sexo con el dios griego, las cosas serían así. No le vi por ninguna parte, seguramente seguiría en la habitación descansando. Pues bien, peor para él, cogí mis cosas que seguían en el primer peldaño de la escalera, abrí la puerta y se marché de allí sin mirar atrás.

Pensaba que arreglar el desastroso apartamento era mejor que tirar toda la ropa al suelo o intentar dormir en el sofá. No por nada, sino porque sabía que

solo iba a poder pensar en lo mismo, «Alejandro» y sus formas nualmente educadas de echarme de su casa. Si pensaba en ello me enfurecería más y le daría más importancia de la que realmente tenía, así que la opción de agotar mi cuerpo aún más de lo que ya estaba era la mejor que podía hacer. Eran las tres de la madrugada cuando colgué la última percha en el armario y caí agotada en la cama.

Cuando la alarma sonó a las siete y media de la mañana y cogí el teléfono para apagarla, vi que no tenía ningún mensaje. Bien, ¿Que esperaba?, ¿Una disculpa? Ni en mis mejores sueños la iba a tener. Tenía que asumir que Alejandro sólo me quería para follar y punto, quizás era mejor así, jamás me pillaría de él y simplemente disfrutaría del sexo sin remordimientos que él me ofrecía.

Pensé en dormir un poco más, de todas formas podría entrar hasta las diez, así que volví a poner la alarma una hora más tarde y seguí durmiendo un rato más.

—Vaya, hoy se te han pegado las sábanas, ¿no? —dijo la voz risueña de Oscar que me hizo despertar de nuevo.

Había sido mala idea seguir durmiendo, fui al trabajo sin maquillar, con el cabello suelto que afortunadamente me caía algo gracioso en un lado del hombro y me había puesto lo primero que cogí del armario, unos simples pantalones grises, bailarinas negras y una camisa blanca. Cuando vi que eran las nueve y media y que no daba tiempo a llegar, pensar no era una opción.

—¿Tanto se nota? —exclamé con cierta ironía, pero notable evidencia.

—Debo reconocer que estas muy guapa sin maquillaje, incluso me gustas más así, al natural que cuando vas maquillada —terció Oscar y yo rodé los ojos.

—Bueno, pues no te acostumbres mucho porque hoy ha sido la excepción, aunque te lo agradezco —contesté con una sonrisa.

Cuando no me maquillaba la gente pensaba que no tenía más de diecisiete años, simplemente solía hacerlo para parecer más adulta.

—Vale, si te vas a poner así, mejor no digo nada —respondió haciendo un gesto con las manos en señal de prohibido.

—Perdóname Oscar, es que hoy no tengo un buen día —dije acercándome hasta él y le di un beso en la mejilla antes de irme hacia la habitación oscura como había determinado llamarla puesto que no tenía ventanas aquel cuartucho donde me habían asignado hasta que terminara de clasificar aquellos malditos informes.

Estuve toda la mañana repasando informes y archivando, al menos el tiempo pasaba rápido, salvo por las veces que solían interrumpirme para que fuera a realizar fotocopias y encuadernar documentos. Bajé a comer a la cafetería, esta vez fui acompañada por Oscar, al levantarme tan tarde no había tenido tiempo de prepararme nada para comer. Mientras me aliñaba la ensalada con frutos secos y mezclaba algunas especias, un aroma conocido me embriagó. Empezaba a reconocer ese perfume, vi una mano masculina rozar la mía para coger el bote de especias que había dejado y me fijé en su reloj de Cartier fabricado en acero con la correa de cuero en negro. Lo reconocí enseguida sin necesidad de mirarle, ¿Acaso quería ponerme nerviosa? Pues no lo conseguiría, agarré la bandeja y me giré buscando la mesa en la que estaría sentado Oscar, no miré hacia atrás reprimiendo mis deseos de hacerlo, simplemente sonreí a lo lejos a Oscar y me fui caminando hasta él aunque probablemente Alejandro ni se estaría fijando en que lo hacía.

—¿Solo vas a comer una ensalada?, ¿No te quedarás con hambre? Te recuerdo que hoy saldrás tarde...

¡Mierda!, no había pensado en eso.

—Sí, luego cogeré algo para merendar, no te preocupes —contesté a Oscar que parecía ser un amor de chico. Me preguntaba si tendría novia, no es que fuera un bellezón, pero tampoco estaba tan mal; castaño, ojos marrones, alto, buen físico, pero parecía ser muy buen chico, del que se porta bien con sus novias y suele ser atento a la vez que amable.

—¿Tienes novia? —pregunté directamente.

—No, hace un año que lo dejamos, ¿Y tú? —terció.

—No, hace casi dos semanas que lo dejé —contesté dando el primer mordisco a mi ensalada.

—¡Vaya! eso es muy reciente, ¿Fue porque te venías a España? —preguntó curioso.

—No, más bien fue porque me engañaba con otra —admití metiéndome en la boca un buen puñado de ensalada. Acababa de darme cuenta que tenía un hambre voraz.

—Perdóname que te diga una cosa, pero tu novio debía ser un auténtico gilipollas si no sabía apreciar lo que tenía delante. Eres preciosa y por lo poco que te conozco no tienes la cabeza hueca precisamente, así que él se lo pierde que quieres que te diga... —respondió con tanta franqueza que me sorprendió.

Comencé a reír estrepitosamente. Menos mal que justo había tragado antes de que Oscar terminara la frase porque de lo contrario estaba segura de haberle escupido la ensalada en la cara, me calmé cuando noté que acaparaba la atención de más de una mirada.

—Perdón —dije colocando una mano en el brazo de Oscar—. Es que nunca había oído esa expresión de cabeza hueca y me ha hecho mucha gracia, pero

agradezco tus palabras. Supongo que Dimitrios no era el hombre que pensaba que era —dije con cierta seriedad.

En ese instante mi teléfono vibró y lo saqué del pantalón. Tenía un nuevo mensaje así que lo abrí inmediatamente.

**Alejandro:**

*«En mi despacho. Ahora»*

«¡Mierda!, ¿En serio?» Lo busqué con la mirada por el comedor hasta que di con él y vi cómo me miraba intensamente, ¿Que ocurría?, ¿No decía que en la empresa debían actuar como si no se conocieran? Él apartó su mirada y se levantó de la mesa para marcharse, ¿Tendría que seguirle? Era evidente que sí.

—Me acaban de enviar un mensaje urgente, tengo que realizar una llamada. Enseguida vuelvo —mentí mientras me dirigí hacia la zona de los ascensores.

Había más gente esperando al ascensor, pero Alejandro aún estaba ahí. No le miré, sino que me limité a simular que esperaba al ascensor como el resto de personas. Nos montamos en el mismo y conforme fuimos ascendiendo la gente se fue bajando poco a poco en las plantas inferiores hasta que nos quedamos solos, pero ninguno de los dos dijo siquiera una palabra.

Alejandro salió erguido y serio en dirección hacia su despacho y yo lo seguí detrás, observando lo perfecto y pulcro que le quedaba aquel traje gris marengo con el corte ajustado, marcando su apretado culo que muy bien podía apreciar al no llevar chaqueta. La camisa azul clara era de corte Slim Fit porque no le hacía bolsas a los lados, sin duda todo era a medida para ajustarse a cada centímetro de su piel y que quedara así de perfecto en su

conjunto.

Le vi sacar una tarjeta que paso por la puerta y esta se abrió, se parecía a lo de las habitaciones en los hoteles, no sabía que el mecanismo de los despachos de dirección funcionara también así.

—Pasa —ordenó mientras permanecía con la puerta abierta. Cuando entré cerró inmediatamente y no supe qué hacer, ¿Me dirigía hacia la mesa y me sentaba?, ¿Me daba la vuelta y le esperaba? No tuve que hacer nada porque me cogió del brazo antes de que diera un paso más y me dio la vuelta para enfrentarme a él—. ¿A qué crees que estás jugando? —Exclamó y no entendí su reacción, yo no había hecho nada—. ¿Estás rompiendo una cláusula del acuerdo?

—No —respondí tajante—. No sé a qué viene esto, me dijiste que debíamos actuar como si no nos conociéramos y eso hago—. ¿Me estaba montando aquella escena por no haberle mirado en la cafetería?

—¿Ah, no?, ¿Y qué hacías con ese chico en la cafetería? —exclamó mientras con sus ojos azules me miraba fijamente.

—¿Oscar? —pregunté anonadada—. Es un compañero de trabajo, solo estábamos comiendo juntos, ¿O es que eso también estaba prohibido en el acuerdo? —ironicé.

—He visto cómo flirteabas con él —contestó tajante.

—¿Me estabas observando? —pregunté y no lo negó, no todavía.

—Así que no lo niegas... —me acusó.

—Yo no flirteaba, solo me dijo algo gracioso que no había escuchado antes y me reí, pero no sabía que reír era un delito en este país —dije recriminándole su comportamiento y soltándome de su agarre—. Entre Oscar y yo no hay nada,

ni lo habrá —aseguré aunque no sabía porque tenía que decirlo—. Y una vez aclarado este asunto, me voy —tercié.

Iba a marcharme de allí y cuando quise dar un paso hacia la puerta, él me lo impidió de un solo movimiento, me apresó entre sus brazos y devoró mis labios en un beso feroz, como si hubiera estado conteniendo una furia que debía desbocar de alguna forma y lo expresaba en aquel beso.

Me había cogido desprevenida, no lo esperaba, jamás pensé que Alejandro se atreviera siquiera tocarme si nos encontrábamos en alguna parte del edificio Komarov, así que tardé tres segundos en reaccionar, pero mi instinto solo fue el de pegarme aún más a él y a su candente cuerpo.

## 8. Celos inquietantes.

Alejandro estaba literalmente violando mi boca con su lengua y simplemente me encantaba que lo hiciera. Jamás había sentido tanta pasión demostrada en un hombre, no es que tuviera un largo historial con el que comparar, pero a todas luces él salía vencedor con creces.

Sentí como era elevada del suelo y me enrosqué a su cuerpo en lo que aquel pantalón que me había colocado esa mañana me permitía hacer. Si lo hubiera sabido me habría puesto falda para poder tener un mejor acceso a su entrepierna, aquel maldito pantalón no me permitía rozarle todo lo que buenamente quería. Se me escapó un gemido cuando él me apretó fuertemente las nalgas antes de dejarme sobre la mesa de su escritorio, provocando que todo lo que había encima se cayera al suelo. Lo supe por el ruido que provocaron todas aquellas cosas, porque estaba demasiado concentrada en su boca para prestar atención y perder el tiempo en aquello.

Empecé a desabotonar la camisa de Alejandro para tener un mayor acceso a su musculoso abdomen, cuando iba por el cuarto botón, el teléfono del despacho comenzó a sonar y noté como ralentizaba sus movimientos de manera que cada vez me besaba de forma más suave hasta que dejó de hacerlo.

—¿Si? —contestó.

Había alargado el brazo hasta coger el teléfono inalámbrico de la base donde estaba colocado pero, no se había movido, manteniéndose entre mis piernas mientras le observaba.

—Que no tomen ninguna decisión hasta que esté allí, salgo inmediatamente de

mi despacho —terció de forma implacable que casi daba miedo y colgó la llamada sin esperar respuesta para comenzar a abotonarse de nuevo la camisa que yo le había desabrochado parcialmente—. Ve a esta dirección cuando salgas del trabajo —dijo entregándome una tarjeta que se había sacado del bolsillo trasero del pantalón cuando terminó de acomodarse la ropa—. Son rápidos y están avisados de que irás hoy mismo a realizarte los exámenes. Te harán las pruebas y tendrás los resultados en dos horas, ya está todo pagado —confirmó.

Miré la tarjeta que me había entregado mientras bajaba de la mesa, le observé fijamente ya que al llevar el pantalón tan ajustado se notaba aún más su evidente erección, él pareció algo contrariado al respecto, debatiéndose entre salir así o no de su despacho, al menos era la sensación que daba.

—Tengo que irme —aclaró, a lo que no supe si se refería a que no podíamos terminar lo que habíamos empezado o que debía marcharme inmediatamente. Opté por acogerme a la segunda opción, aunque prefería que se refiriera a la primera.

—Sí, me voy —terció—. Tengo que volver al trabajo —dije mientras me separaba y salía del despacho.

No puso objeción, ni me frenó antes de que saliera aunque lo deseara. Imaginé que ya habría otra ocasión de continuar con lo que habíamos comenzado, aunque dudaba que fuera en su despacho. Aún no me creía que él hubiera estado dispuesto a follarme allí mismo, sobre su mesa, ¿No fue él quien dijo que no tendrían ningún tipo de acercamiento en la empresa? No había quien entendiera a ese hombre y menos aún, que le hubiera reprochado que fuera a comer con un compañero de trabajo, como si de un ataque de celos se hubiera tratado. Si no fuese porque Alejandro Álvarez jamás sentiría nada por ella, pondría la mano en el fuego porque estaba celoso de Óscar, pero no, eso jamás

ocurriría.

La clínica estaba a cuatro paradas en metro del trabajo así que cuando terminase la jornada saldría directamente hacia allí. Dado que ese día terminaría más tarde probablemente no llegaría a casa hasta las diez de la noche si la cosa se alargaba. Me reconforté sabiendo que al menos el piso estaba ordenado por primera vez desde que había llegado por lo que podría tumbarme en el sofá, cenar tranquilamente y ver alguna película. Si, necesitaba un plan tranquilo urgentemente.

Bajé a la cafetería y Óscar ya no estaba, seguramente habría vuelto al trabajo, así que cogí un par de snacks para no pasar hambre durante la tarde y subí de nuevo a la planta del edificio donde se ubicaba mi puesto, de nuevo a la habitación oscura. Justo antes de entrar vibró mi móvil. Un nuevo mensaje de Alejandro, eso seguramente implicaba una cita.

### **Alejandro:**

*A las 22.00 pm. Misma dirección de anoche.*

¿A las diez? Imposible. Si salía de trabajar casi a las siete y tenía que llegar a la clínica y esperar los resultados....

### **Irina:**

*Termino de trabajar tarde, si voy a la clínica y espero los resultados no podré llegar a tiempo. Tardo en llegar cuarenta minutos en transporte público.*

Sabía que le diría que eran excusas, se estaba adelantando a su respuesta pero si le conocía como comenzaba a hacerlo, sería lo que respondería.

**Alejandro:**

*Avísame cuando terminen de hacerte las pruebas. Te recogeré en la clínica.*

¿Me recogería él?, ¿Perdería su apreciado tiempo por mí? Por un momento creí haber leído mal y releí la respuesta. No, había leído bien desde el principio. Alejandro se estaba ofreciendo a llevarla. Vale que era para un mayor beneficio de sí mismo, pero jamás hubiera pensado que él estaría dispuesto a ofrecerse para hacerlo. Antes hubiera creído que me pagaba un taxi o enviaba un chofer que me llevara antes de ofrecerse él para dicha tarea.

Pasé la tarde encerrada en aquella habitación oscura, había encontrado un informe interesante y lo dejé apartado para revisarlo al día siguiente. Mi intuición me decía que era algo importante en lo que perder un poco más de tiempo para su investigación, podría decirse que tenía un sexto sentido para esas cosas, tal vez fuera herencia de mi padre.

El pasillo estaba levemente iluminado, todo el mundo se había marchado a casa. Esperaba no volver a llegar tarde nunca más, porque tenía un hambre voraz que casi me comía una vaca si me la ponían delante y eso que no era de comer mucha carne. Además de que me sentía más cansada que otros días, como si hubiera trabajado más horas cuando habían sido las mismas.

Tomé el metro hasta la clínica privada donde iba a realizarme los análisis. Me apetecía poco y nada tener que aguantar los pinchazos y menos justo ese día

que estaba agotada, pero al menos tendría un par de horas para ir a tomar algo mientras esperaba los resultados de las pruebas.

La clínica se encontraba en un edificio de aspecto clásico, seguramente antiguo pero reestructurado a juzgar por su fachada con un acabado de revoco esgrafiado que imitaba grandes bloques de piedra. Junto a las cornisas y molduras de yeso le daban un aspecto elegante que sin duda aumentaba el valor del edificio.

—Hola —saludé nada más entrar—. Soy Irina Suárez y creo que tengo cita para realizarme unos estudios médicos —mencioné a la recepcionista.

—Sí señorita Suárez, la estábamos esperando. Por favor, siéntese en la sala de espera y enseguida le atenderemos —contestó la chica amablemente.

No tuve que esperar mucho antes de que atendiera un médico joven, el doctor Ibáñez que por su aspecto debía pasar de los treinta pero sin rozar los cuarenta años. Al parecer no solo iba a hacerme los análisis, eso fue lo primero que me hicieron tras extraerme sangre para someterla al proceso mientras me hacían el resto de pruebas que supuestamente estaba incluido que debían realizarle en el informe.

«Maldito Alejandro por no advertirme de nada»

Me realizaron un examen ginecológico exhaustivo, aunque hacía cuatro meses que no me realizaba uno, justo desde que solicité la píldora para no sufrir dolor premenstrual, no puse objeción porque quería saber egoístamente que todo estaba bien, de hecho me quería realizar uno yo misma después de descubrir que Dimitrios me engañaba, solo que no había tenido tiempo de hacerlo.

Le envié un mensaje a Alejandro en cuanto me extrajeron sangre para que tuviera en cuenta la hora. Ilusa de mí que había pensado que tendría tiempo de

ir a tomar algo cuando evidentemente no fue así por el resto de pruebas que me hicieron y la larga charla sobre las píldoras anticonceptivas que había en el mercado siendo unas más beneficiosas que otras que me dio el doctor. Finalmente me recetó unas nuevas píldoras que serían más adecuadas por tener menos efectos secundarios que las que estaba tomando, aunque yo lo único que quería era largarme de allí y meterme en el primer restaurante que encontrara.

Mi estómago decidió sonar sin poder evitarlo en aquel momento y me avergoncé de ello.

—¿Puedo deducir que tienes hambre? —Me preguntó el doctor Ibáñez sonriente.

—Creo que sería capaz de comerme una vaca ahora mismo —contesté sincera—. Y le garantizo que no me entusiasma la carne.

Las risas por parte del médico me hicieron comenzar a reír a mi también por confesar en voz alta mis pensamientos.

—¿Que te parecería si te invito a cenar esta noche, Irina? —me preguntó de pronto haciendo que me quedase paralizada, ¿Se trataba solo de cortesía?

—No creo que sea adecuado... —respondí sin saber exactamente qué se supone que debía contestar en esos casos.

—¡Oh vamos! —exclamó—. Espero que no te cohíba el hecho de que te haya realizado una inspección ginecológica. Ese es mi trabajo y te prometo que no he tenido segundas intenciones al hacerlo, pero sé reconocer la belleza de una mujer cuando la veo —añadió mirándome fijamente a los ojos.

«¡Mierda!, el doctor Ibáñez me estaba proponiendo una cita»

—Es que tengo planes para esta noche —contesté con sinceridad puesto que era verdad que los tenía. Pese a que aquel médico me parecía atractivo no era

comparable con Alejandro, ni de lejos.

—¿Tal vez en otra ocasión?, ¿Quizá mañana? —Insistió.

—Yo... —susurré ciertamente cohibida.

—No hace falta que contestes ahora, te llamaré. Después de todo tengo tu teléfono en la ficha que rellenaste con tus datos —confesó antes de guiñarme un ojo mientras me acompañaba hasta la recepción para darle los papeles que había rellenado a la recepcionista—. ¡Alejandro!, ¡Que sorpresa verte por aquí! —exclamó quedándome paralizada al verle de nuevo allí.

—¡Marcos! —contestó Alejandro saludando al doctor Ibáñez que desconocía que se llamara así—. Vine esta mañana pero me dijeron que no estabas en tu consulta, me habría gustado verte.

Les observaba a ambos mientras hablaban como si de un partido de tenis se tratara, ¿El Doctor Ibáñez y Alejandro se conocían? Quizá por eso había ido allí, porque en la clínica estaba su amigo de confianza, ¿Se atrevía a exponerme ante sus amigos? Eso era cada vez más extraño, si tanto trataba de ocultar la relación secreta que manteníamos, ¿Por qué iba a llevarme a un lugar donde conocía al médico que me atendiera?

—Sí, discúlpame un momento —dijo el doctor Ibáñez dirigiéndose a mi que hasta el momento había permanecido cerca de ellos en silencio—. Laura te dará el impreso con la receta de la nueva píldora, tendrás suficiente para seis meses, pero si quieres seguir tomándola pide cita y te la daré de nuevo.

—¿Nueva píldora?, ¿Todo está bien? —preguntó Alejandro y no supe a quién se dirigía exactamente si al doctor que era su amigo o a mí.

—¿Os conocéis? —preguntó el doctor.

—Si —Se adelantó a decir Alejandro antes de que yo respondiera.

—¡Ah, vaya! —exclamó—. No lo sabía —declaró sincero el médico, cosa que agradecí porque eso significaba que Alejandro no había explicado la situación, aunque ahora entendía porqué había intentado tener una cita conmigo. Si lo hubiera sabido no habría insistido en ello—. ¿Estáis juntos? —preguntó directamente haciendo énfasis en la palabra juntos, refiriéndose claramente en si éramos pareja.

—Sí —afirmó la voz seria de Alejandro que hizo que hasta se me erizara el vello de los brazos. Nosotros no estábamos juntos, al menos no como el doctor Ibáñez lo imaginaba.

—Ahora entiendo porqué te negabas a cenar conmigo —dijo mirándome directamente y yo enrojecí de vergüenza, ¿Por qué demonios tendría que haberlo mencionado delante de él?—. Todo está bien Alejandro —afirmó—. Solo le receté una versión mejorada de la píldora que estaba tomando, pero no te preocupes, imagino porqué os habéis realizado los análisis y por parte de ella todo está correcto —añadió entregándole los documentos a la recepcionista—. Os dejo, tengo un par de pacientes más que atender antes de marcharme a casa. Te llamo uno de estos días y quedamos ya que hace tiempo que no jugamos, ¿Ok? —Marcos miraba a Alejandro que parecía haberse quedado estático.

—Sí, claro —contestó de inmediato—. Hace tiempo que estoy oxidado y no estaría de más jugar un partido.

Salimos de la clínica y seguí silenciosamente a Alejandro que caminaba un par de pasos por delante de mí. Suponía que nos dirigíamos hacia donde quiera que hubiera estacionado su vehículo, cuando llegamos hasta un elegante Audi A6 de color azul oscuro que parecía negro con asientos de cuero tapizados en beige claro no me sorprendió, aunque me habría gustado que no hubiese sido tan predecible.

Me senté en el asiento del copiloto en cuanto me indicó que subiera y esperé a que arrancara el coche. Noté que no lo hacía y entonces le miré, parecía serio como si intentara controlarse ante un ataque de furia o algo similar.

—¿Me puedes explicar por qué razón Marcos te invito a cenar? —exclamó con evidente tono de ironía en sus palabras, era como si me recriminara que había sido yo la culpable de que su amigo me hubiera realizado la propuesta.

—Tenía hambre, de hecho tengo hambre —afirmé sinceramente—. Te recuerdo que apenas pude comer en el almuerzo porque te seguí a tu despacho —le recriminé—. El doctor Ibáñez solo intentó ser amable tras escuchar los ruidos que hacía mi estomago mientras me examinaba. —Y probablemente había sido por eso, no quería dárme las de presumida, no admitiría que me había tirado los tejos intencionadamente.

—¿Amable? —exclamó llevándose una mano al cabello para peinárselo hacia atrás—. Conozco a los hombres como él, Irina. Quería follarte.

—¡Bueno! —grité—, ¿Y qué si es así? Le dije que no, así que no entiendo porqué tenemos que hablar de ello.

—¿Por qué te negaste? —preguntó mirándome fijamente.

—¿Es de obligado cumplimiento que responda? —pregunté—. Lo único que necesitas saber es que me he negado. Tenemos un acuerdo y no seré yo quien lo rompa.

Ni de coña admitiría que era porque por ahora solo tenía ojos para él. No. Ni hablar. Admitir al propio Alejandro que ardía en deseos por él solo serviría para engordar su ya de por sí magnánimo ego.

Fuimos todo el camino en silencio, quizá era mejor así porque estaba segura de que mantener una conversación civilizada con Alejandro era misión

imposible. Solo servía para tener sexo y para discutir. Intuía que él era un hombre de pocas palabras, ¿Habría tenido una relación seria alguna vez? Quizá su comportamiento fuera distinto si me considerara de otro modo y no como una oportunista que hacía aquello por beneficio propio. O tal vez no, quizá Alejandro era así y no sabía cómo tratar a una mujer, fuera cual fuese la razón nunca lo descubriría porque pasados los nueve meses me iría de allí y no volvería a verle.

—¿Puedo darme una ducha? —pregunté cuando entré en el apartamento una vez que él abrió la puerta.

—Sí, pediré algo para cenar mientras tanto —contestó pacientemente y me dirigí hacia el baño de la habitación principal.

Cerré la puerta del baño mirándome al espejo, tenía un aspecto desaliñado, pero teniendo en cuenta que no me había maquillado ese día tampoco estaba tan mal después de todo para lo cansada que me sentía.

«¿Qué estás haciendo Irina?» Me pregunté mientras comenzaba a desvestirme dejando la ropa sobre la encimera del lavabo.

El agua de la ducha salía a bastante presión, de forma que los chorros calientes me relajaban los músculos. Ni siquiera sabía cuánto tiempo llevaba allí debajo, pero perdía la noción del tiempo cuando me sentía tan bien, era como si me transportara a otro lugar, así que cuando sentí unas manos rodeando mi cintura me sobresalté.

—Cssh —susurró en mi oído mientras sentí una presión en la parte baja de la espalda de lo que sin duda alguna era la prominente erección de Alejandro. Me estremecí ante su contacto y me giré lentamente para encontrarme frente a frente con el dueño de mis delirios.

—Acabarás volviéndome loco —jadeó con voz ronca antes de que acortará la

distancia que separaban sus labios de los míos.

## 9. La carne es débil

Sentí la pared fría del azulejo chocando contra mi espalda y me vi apartada del chorro de agua caliente para ser presionada en su lugar por un cuerpo ardiente. Me alzó las piernas y las enrosqué a su alrededor mientras mi boca era avasallada por la lengua de Alejandro. Apenas podía respirar de la agitación que sentía. Le necesitaba, era consciente de que lo que había comenzado en el despacho esa misma mañana me había torturado mentalmente durante toda la tarde y mi cuerpo reclamaba que él acabara con aquel infierno de una vez. Solo ese dios griego tenía la cura para mi anhelo, quizás él acabaría loco, pero desde luego no sería el único si seguíamos así.

Agradecía los brazos fuertes y musculosos de Alejandro porque me mantenían firme mientras podía explorar con caricias su cuerpo, recorriendo la parte alta de sus pectorales, sus hombros... hasta finalmente enredar mis manos en su cabello ahora empapado para profundizar con una mayor pasión aquel beso, como si con ello demostrara la necesidad que tenía de que me poseyera.

Sentí como abandonaba momentáneamente mis labios para repartir una serie de besos hasta llegar a mi oreja.

—Llevo toda la tarde deseando hundirme dentro de ti —susurró mientras bajaba hacia mi garganta.

No pude evitar gemir al conocer ese detalle, el ardor que sentía en mi bajo vientre le aclamaba, los flujos que era incapaz de controlar delataban que estaba más que preparada para recibirle, la espera por que se adentrara dentro de mí era agonizante.

—Sé lo que quieres —volvió a susurrarme—. Pídemelo. —Me ordenó mientras seguía rozando con sus labios la piel de mi cuerpo provocando mi deleite.

Gemí de nuevo arqueándome hacia él, buscando el contacto entre ambos, tratando de que se adentrara dentro de mí, pero Alejandro me torturaba negándome su entrada, pellizcándome los pezones de por sí erectos por la embriaguez de excitación.

—Pídemelo —insistió—. Quiero que lo desees de verdad —volvió a repetir esta vez mirándome fijamente a los ojos.

Soy débil, mi carne era débil porque definitivamente me moría de ganas porque me poseyera.

—Quiero tenerte dentro de mí —susurré mientras besaba su cuello—. Quiero tu polla hundiéndose en lo más profundo de mi ser. Quiero que me folles y lo necesito ya —exigí justo antes de devorar sus labios.

Aquella confesión pareció surtir efecto porque al instante sentí como Alejandro se hundía y ambos gemíamos de placer al sentirlo de verdad.

«Esto era el paraíso, el puto paraíso». Gemí en mis pensamientos.

Noté las manos de Alejandro abriéndome aún más los muslos con sus dedos para penetrarme más profundamente y me extasiaba con cada una de sus embestidas rozando el puro placer con ello y casi rozando también el éxtasis. Mis gemidos eran acallados de vez en cuando por sus besos cuando no estaba elogiando alguna parte de mi cuerpo con sus labios. Iba a correrme de un momento a otro, sentía esa sensación previa al clímax que conocía perfectamente y lo estaba viviendo en aquel preciso instante hasta que exploté, y me dejé caer no siendo dueña de mi propio cuerpo por un instante. Notaba los leves espasmos del útero debido al estrepitoso orgasmo que acababa de

tener y escuché como Alejandro emitía un gemido gutural justo antes de abrazarse a mi cuerpo en una última embestida. Supe que se había corrido cuando noté el líquido caliente dentro de mí.

No pasó más que un instante antes de que se alejara, se diera la vuelta y comenzara a enjabonarse. ¿Qué se supone que debía decir después de protagonizar un encuentro sexual así de intenso?

«Ha sido apoteósico, maravilloso y estoy deseando repetirlo» No, demasiado halagador para Alejandro.

Le imité como una autómatas y volví a enjabonarme a pesar de que ya lo había hecho antes de que él llegase, pero alargué el momento gozando plenamente de las vistas que él me proporcionaba. Alejandro era como esas esculturas griegas marcadas por los músculos que se exponían en los museos de Italia o París y que tan bien salían retractados en los libros. Si, se parecía bastante teniendo en cuenta que también estaba tan duro y era igual de frío que esas figuras de mármol.

—Cenemos —exigió en cuanto se aclaró el jabón con agua.

Volvía a las exigencias, a las órdenes. Aunque comenzaba a acostumbrarme a su carácter y no me sorprendía era un tanto desquiciante.

Fuimos hacia la cocina envueltos en toallas de baño y con el cabello aún mojado. Había un par de bolsas en la encimera de la cocina, pronto entendí que se trataba de comida que habían traído a domicilio. Varias bandejas de Sushi se encontraban en su interior, adoraba el sushi así que se me iluminaron los ojos cuando vi la gran cantidad que había de comida teniendo en cuenta que solo éramos dos.

—¿Esperamos a alguien para cenar? —pregunté al ver las ocho bandejas que había sacado de las bolsas.

—Dijiste que tenías hambre —contestó mientras se dirigió hacia un botellero de la cocina y elegía una botella de vino del estante.

—¿Dónde están las copas? —pregunté inmediatamente.

No quería estar ociosa y ya había abierto todas las bandejas, al parecer íbamos a cenar en la encimera de la cocina que servía de office al tener unos taburetes.

—En aquel estante —respondió señalándome el lugar. Cogí las copas y las coloqué en la encimera mientras Alejandro descorchaba el vino.

Cenamos con palillos, limitándonos a hablar de vez en cuando sobre la comida y el vino. Empecé a sentirme incómoda por el muro impenetrable que suponía aquel hombre en su conjunto.

De toda la comida que representa el sushi, mis favoritos son los maki de salmón por lo que fui a coger el último que quedaba en la última bandeja, pero él se adelantó siendo más rápido que yo y lo alejó de mí. Exclamé un profundo quejido de nostalgia por perder el último de mis bocados preferidos, pero Alejandro no se lo comió sino que me miró con cierta diversión o al menos era la sensación que me daba por la expresión de sus ojos.

—¿Lo quieres? —preguntó en un tono que no supe identificar del todo.

—Sabes que lo quiero —aseguré siendo más que evidente porque me los había comido casi todos.

—¿Y qué harías para conseguirlo? —preguntó con la mirada fija en mis labios.

¿Qué haría?, ¿Qué clase de pregunta era esa?

—¿Qué es lo que quieres? —pregunté.

Estaba segura de que él ya tenía una idea sobre lo que quería a cambio.

—Follarme tu boca. —Fue toda respuesta.

«¡Joder!», grité interiormente. Menuda forma de pedirle sexo oral. Aunque reconozco que había sentido un calambre en la parte más íntima de mi ser tras escucharle decir aquello y más aún teniendo en cuenta en cómo parecía devorarme con aquella mirada intensa.

—Quítate la toalla y arrodíllate —ordenó con voz ronca y medio rota.

Observé cómo se ponía de pie y se deshacía de su toalla atada a la cintura dejando su enorme polla casi erecta al aire libre. Obedecí a su petición arrodillándome sin dejar de mirarle a los ojos, sabía y era plenamente consciente que hacerlo le excitaría aún más.

¿Por qué me lo pediría ahora y no anteriormente? Era consciente que a los hombres les gustaba que le practicaran sexo oral e incluso me había sorprendido que no me lo hubiera exigido con antelación.

—He deseado follarme esa boca desde que te vi en aquel ascensor —confesó repentinamente mientras me colocaba las manos en la cabeza para guiarme hacia su erección.

Abrí instintivamente la boca y lubriqué con saliva su miembro provocando que el deslizamiento tuviera mayor fricción y fuera aún más suave. Un gemido por parte de él me hizo fijar la vista hacia arriba y vi como inclinaba la cabeza hacia atrás, pero sus manos me apretaban para que hundiera aún más su polla en mi garganta. Coloqué una mano en su miembro para acompañar el movimiento de los labios y jugueteé con la lengua mientras que con la otra mano empecé a acariciar sus testículos.

—¡Oh, Dios! —exclamó cuando apreté los labios con mayor fuerza

metiéndome toda su polla en la boca. Estaba segura de que le faltaba poco para que se corriera, podía notar su dureza y en un segundo se apartó de mí antes de que pudiera reaccionar, de un solo movimiento estaba sintiendo el frío mármol de la encimera en mi trasero y justo después se hundía dentro de mí—. Pienso follarme tu boca cada día, tenlo por seguro —jadeó antes de fundir sus labios con los míos en un rudo y basto beso.

Mordí su labio inferior por el placer como contestación por el placer que me estaban provocando sus fuertes embestidas. Literalmente me estaba empalando contra la encimera de la cocina y ahogaba los gemidos en sus labios. Noté el sabor férreo de la sangre en su lengua y eso pareció provocar que Alejandro me besara aún con más pasión. Me aparté ligeramente de él para arquearme hacia atrás, dejando todo el cuerpo expuesto a la vista de él y sentí una de sus manos rozando mis pezones, los pellizco salvajemente ante mi respuesta y posteriormente siguió bajando con sus dedos buscando el lugar donde sabía que estallaría de placer. El suave roce de sus dedos eran pura magia, grité de placer al alcanzar el clímax y solo cuando recuperé el sentido de mi cuerpo comprendí que él había dejado de moverse suponiendo que también lo habría alcanzado.

Cuando me reincorporé observé una gota de sangre en su labio y la retiré con el pulgar tratando de ser delicada en el proceso.

—¿Te duele? —pregunté siendo consciente de que me había dejado llevar demasiado por la pasión, yo nunca hacía esas cosas, al menos no las hacía hasta ahora.

—No —negó sin dejar de observarme, aún le podía sentir dentro aunque sin duda alguna ya no me llenaba y su erección estaba menguando.

—Me iré a casa ahora, así no tendré que coger un taxi —dije inmediatamente recordando que la noche anterior me había echado literalmente de aquella casa

y no estaba dispuesta a que volviera hacerlo, prefería irme yo misma por mi cuenta.

—¿Iras en transporte público?, ¿A estas horas? —preguntó como si estuviera confuso.

—Sí —afirmé—. Si no quiero dejarme el sueldo en taxis, es mi única opción. Este piso no está precisamente al lado de mi casa.

—Vístete. Te llevaré a tu casa —ordenó con gesto serio.

¿Me iba a llevar él?, ¿Por qué? Estaba segura de que no movería un solo dedo para hacerme un favor o facilitarme las cosas, mucho menos perder el tiempo llevándome a alguna parte que no fuera en su propio beneficio, pero que se ofreciera a hacerlo me dejó anonadada.

—No hace falta, puedo ir en metro —aseguré—, aún faltan veinte minutos para que cierre —advertí mirando la hora en el reloj del móvil, por alguna razón no quería que Alejandro supiera donde vivía.

—He dicho que te llevo —dijo a modo de orden y con aquella frase entendí que no había lugar a discusión. No tendría más remedio que darle mi dirección.

—¿Vives aquí? —exclamó Alejandro mirando detenidamente el edificio desde el coche detenido en la puerta con las luces de emergencia accionadas. Estábamos en plena avenida de Gran vía, donde el tráfico continuo y la falta de aparcamiento siempre estaban latentes a cualquier hora del día.

—Sí —afirmé secamente sin dar explicaciones.

—¿Puedes permitirte con tu sueldo vivir aquí? —preguntó extrañado.

Ya empezaban sus sospechas. Nadie en su sano juicio aceptaría que una simple becaria viviera en pleno centro de Madrid. El alquiler del apartamento

costaba seis veces mi sueldo de becaria.

—Dijimos que no habría preguntas sobre nuestra vida personal, ¿Recuerdas?  
—contesté recordándole a él mismo sus propias normas.

No le podía decir que lo pagaban mis padres, eso haría que me investigara a conciencia y al final averiguase mi verdadera identidad y con ello, mi tapadera en la empresa se iría al traste.

Observé como frunció el ceño, no parecía gustarle mi respuesta, pero no tendría más opción que acatarla, eran sus reglas. A saber qué estaría pensando él para justificar que una chica sin recursos viviera en aquel edificio, seguramente la idea más simple, —que era que se lo pagaban sus padres— no había pasado por su perversa mente.

—Hasta mañana señor Álvarez —dije despidiéndome mientras abría la puerta del coche.

—Hasta mañana —respondió en un tono que me pareció algo extraño y distante.

Esa noche conseguí dormir temprano y del tirón, después de hablar con Nadia largo y tendido sobre la tóxica relación que estaba manteniendo con Alejandro, mi amiga insistió en que cuando su actitud ególatra superara mis ganas de tener sexo le enviara literalmente a freír puñetas y tuve claro que llegado el caso; lo haría.

## 10. ¿Qué está haciendo esa rusa conmigo?

### POV ALEJANDRO

Decidí poner algo de música clásica mientras volvía conduciendo a casa porque en aquellos momentos sentía una ira completamente irascible hacia todo hasta el punto de apretar el volante del coche y sentir como éste se hundía entre mis dedos a pesar de la rigidez.

«Qué cojones me está haciendo esa rusa» pensé mientras intentaba sacudirme la cabeza para dejar de pensar en ella.

Pensé que tras un par de polvos me habría cansado de ella, como siempre hacía cuando repetía con alguna mujer, algo que era muy infrecuente en mi caso, pero con Irina era diferente, cada vez que la veía sentía un irrefrenable deseo de hundirme en ella casi incontrolable. Por más que sabía que era una interesada, por más que conociera de sobra sus razones por las que solo estaba haciendo aquello para escalar en la empresa, no podía evitar que el deseo me cegara a pesar de detestarlo.

Era consciente de que lo que me hacía sentir estaba muy lejos de ser amor, lo que era puramente de índole sexual, pero por primera vez había experimentado algo parecido a los celos con una mujer que no era mi hermana, es más, era completamente diferente la sensación de posesión que me invadía respecto a Irina que el sentimiento fraternal que le profesaba a Teresa.

Cuando la vi esta mañana en la cafetería con ese cabello suelto y sin una sola gota de maquillaje, solo deseaba tocarla, de hecho lo hice disimuladamente al servirme el almuerzo, pero me había ignorado y aquello solo provocó que mi

deseo aumentara hasta el punto que no podía apartar la vista de ella, así que cuando la escuché reír junto al tipo con el que estaba, deduje que debía tener una aventura con él o buscaba tenerla, de lo contrario ¿Por qué estaría coqueteando de aquella forma con ese tío?

Había roto mi propia norma citándola en mi despacho. Me había impuesto no tener ningún encuentro con ella dentro de Komarov y de hecho me estaba jugando el cuello si aquello trascendía, era consciente de que el acuerdo al que ambos habíamos llegado por muy beneficioso que fuera para ambos, de saberse terminaríamos fuera de la empresa, pero aquella mujer conseguía nublar mi juicio y tomar ese tipo de decisiones irresponsables de las que yo siempre me he vanagloriado de no poseer.

¿Qué es lo que tiene Irina Suárez para que muera de deseo cada vez que la veo?, ¿Qué es lo que la hace diferente a las demás?

Era consciente de que ese rostro junto a las curvas perfectas de su cuerpo eran un gran aliciente, pero había algo en ella... algo cada vez que la miraba que no sabía cómo definir, pero me embriagaba y me hacía querer desear más, infinitamente mucho más de esa mujer con largas piernas.

Tal vez fuera ese aire de pureza que sabía sobradamente que era pura fachada porque de inocente no tenía absolutamente nada, probablemente tuviera un largo historial de amantes dada su experiencia en la cama. La chica era una fiera... una gata salvaje y desde luego pensaba vanagloriarme de ello hasta la extenuación si es que aquello era posible. Con cada encuentro me sorprendía aún más no sentirme hastiado de su cuerpo, de hecho, contaba las horas hasta que volviera a verla y probablemente tuviera que cambiar de apartamento para facilitarle las cosas porque no estaba dispuesto a ejercer de taxista continuamente, iba a concederle la mínima cercanía posible para que no confundiera las cosas, pero tampoco estaba dispuesto a asumir la culpabilidad

si le ocurría algo regresando a altas horas de la noche.

¿Desde cuándo me preocupaba a mí el bienestar de una mujer? Hasta la fecha nunca me había importado cómo llegaban a casa o si habían llegado ninguna de mis amantes, sobre todo porque no volvería a verlas.

Probablemente con Irina solo fuera distinto porque sí tendría lugar otro encuentro y solo me importaba que estuviera disponible cuando así lo quisiera, al menos era lo que quería creer. Además, esa chica llamaba la atención en cualquier sitio al que fuese, incluso Marcos no había perdido el tiempo invitándola a cenar probablemente incitado por sus encantos. Tal vez coquetear con los hombres era algo innato en ella, desde luego no tenía recursos para pagar el apartamento en el que acababa de dejarla y en el que aseguraba vivir, ¿Tal vez se lo pagaba un ex amante?, ¿Quizá una herencia familiar? Lo dudaba, no comenzaría a trabajar como una simple becaria si su familia ostentaba una buena posición económica, menos aún aceptaría aquel acuerdo si se trataba de una chica de recursos. No. Desde luego alguien con buen estatus económico no viajaría en transporte público, ni aceptaría acuerdos como el que ella había aceptado. Simplemente se trataba de una mujer astuta que sabía perfectamente lo que valía su cuerpo y lo suficientemente perspicaz para venderlo al mejor postor.

«Si... desde luego que se trataba simplemente de eso».

Pero no podía quitarme de la cabeza que ella viviera en un lugar así, tal vez porque me hacía pensar que existía otra persona en su vida, un hombre que desde luego se preocupaba por su bienestar, aunque no lo suficiente si no estaba allí o que le daba la suficiente libertad para mantener una aventura.

Lo mejor era alejar a Irina Suárez de mi mente y pensar en ella únicamente como lo que era; una mera transacción de negocios. Me importaba bien poco con quien se hubiera acostado o se acostaría en un futuro cuando aquello

terminara, ese sería únicamente problema de ella, por ahora lo único que me importaba es que estuviera siempre disponible y así tenía que seguir siendo, porque todas las mujeres son iguales; interesadas, manipuladoras y putas por naturaleza.

Aparqué el coche en el garaje y llamé al ascensor mientras sacaba el teléfono de la empresa por inercia como hacía siempre para revisar el correo sin perder el tiempo de espera, vi que tenía un aviso y me extraño, lo había recibido a última hora de la tarde y no había tenido tiempo de mirarlo hasta ahora, en él indicaba que debía acudir a una convención en Alemania al día siguiente.

«Joder» pensé y entré en la cabina del ascensor pulsando inmediatamente el botón del último piso y me dejaba caer en una de las paredes de aquel habitáculo.

Por primera vez no me apetecía del todo marcharme de la ciudad, una pequeña parte de mí decía que al hacerlo no vería a esa rubia de piernas largas y perfecto trasero al día siguiente porque por muy corta que fuera la convención, no regresaría en el mismo día, pero desde luego mi trabajo estaba por encima de cualquier mujer, incluyéndola a ella por muy perfecto trasero que tuviera.

Preparé el macuto para un par de días por si la cosa se alargaba y redacté una lista sobre las cosas que debería cancelar mi secretaría a la mañana siguiente en cuanto encendiera el ordenador de la oficina. Fui a dejar el teléfono en la mesilla de noche cargándose como siempre y el instinto me pudo de nuevo, así que abrí la galería y volví a deleitarme en la única foto que guardaba en ese teléfono, la insinuante espalda y el precioso culo de la rusa.

No sé qué tenía esa imagen para que me provocara tal nivel de excitación. Quizás fuera la pose, esa piel que podía apreciarse aterciopelada y que había podido comprobar por mí mismo que lo era, pero inauditamente esa fotografía

me desquiciaba y me volvía loco al mismo tiempo.

Eso me llevaba de nuevo a pensar que todo había sido premeditado, que indudablemente debió hacer una especie de investigación para dar conmigo e incluso averiguar mis gustos y por esa razón no debía descuidarme más de la cuenta, porque aunque ella tuviera las de perder al igual que yo si la cosa trascendía, desde luego terminaría perdiendo mucho menos que yo. Tenía presente que solo era una oportunista a la caza de un ascenso y quizá, a la caza de un amante con una cartera bien repleta que cubriera sus caprichos, lo extraño es que hasta la fecha no me hubiera exigido nada, aunque tampoco estaba en condiciones de hacerlo ahora que lo pensaba, pero eso no le habría detenido a más de una mujer en su situación.

Sin duda alguna, ella era todo un misterio por resolver y no sería precisamente yo quien lo resolviera. Irina Suárez solo tenía una cosa que me interesara; su cuerpo. Todo lo demás no era relevante.

Cogí el avión a primera hora de la mañana rumbo a Hannover donde se celebrarían las reuniones mientras repasaba el itinerario que tendría durante los próximos días en la ciudad alemana. A veces odiaba la fusión entre departamentos europeos porque no sabía si tendría que pasar dos días o una semana allí mientras llegábamos a un acuerdo.

No quería pensar que mi reacción ante ello fuera por cierta influencia femenina. No. Solamente era un hombre de costumbres al que le entusiasmaba el orden, la rutina y lo estrictamente controlable.

Odiaba no tener el control de cada situación que afectaba a mi vida, de hecho, si había llegado a ese acuerdo firmado y acordado previamente con Irina fue precisamente para mantener el control sobre ella en cada momento; sin discusiones, sin alteraciones, sin un solo atisbo de manipulación. Yo dictaba las órdenes y ella las cumpliría como hacía con el trabajo, con mis empresas y

con mi vida en general.

Hacía años que era empresario, tenía varios negocios en la noche que me daban buenos beneficios y había empezado a crear inversores y socios para mantenerlos sin la necesidad de dedicarles tanto tiempo a ellos. No es que el mundo de la noche fuera concretamente lo mío, pero había pagado mis estudios trabajando durante años de camarero y sabía perfectamente cómo funcionaba y como ganar mucho dinero gracias a ello. Eso me había permitido dar el salto, ser socio minoritario de una de las empresas que más ambicionaba y mayor repercusión en el mercado estaba teniendo en aquellos momentos. Podía vanagloriarme de ser el director general de la única sede Komarov en Madrid y casi podía decir que había rozado la gloria, pero aún quería más, ambicionaba más... y llegar a pertenecer a la junta directiva del consorcio Komarov, aunque para ello sabía que aún me quedaban años de dedicación e inversión para conseguirlo.

Admiraba a Luciano Komarov por lo que había sido capaz de lograr desde cero. Había fundado todo un enorme imperio de la nada y en cierta forma me sentía identificado sin saber porqué, era como si en el fondo de mi mismo supiera que ese hombre y yo teníamos algo en común, algo que nos hubiera impulsado a ambicionar más, a desear más, a exigir más... Tal vez por esa razón seguía en la empresa, quizá fuera eso lo que me había llevado a apostar por Komarov y no intentar fundar la mía propia; bueno... eso y la ausencia de los miles de millones que el presidente de Komarov ganaba con sus empresas petrolíferas causantes de darle finalmente el impulso de invertir en tecnología punta.

Llevaba dos días en Alemania y a pesar de que el clima era mucho más fresco que en Madrid por aquel entonces, estaba deseando volver. Decidí bajar al bar del hotel a tomar una copa para despejarme la mente después de pasar

aquellos dos días encerrado en una sala de conferencias. Tenía la cabeza a punto de explotarme y de paso tenía que añadir que mi polla también, porque la necesidad de tener sexo estaba más que latente.

Degusté el primer sorbo de coñac que acababa de servirme el camarero, esperaba de alguna forma despejarme de aquel maldito dolor de cabeza. No había demasiada gente en el lugar, pero tampoco eran horas de que lo hubiese, aunque sinceramente me importaba un comino quien estuviera o no, lo único que deseaba en aquellos momentos era regresar para meterme entre las piernas de cierta rusa.

—Hola guapo —escuché en un inglés acentuado.

Levanté la vista para encontrarme con una mujer de impresionantes rasgos latinos, morena, con labios carnosos pintados de rojo, rostro ovalado y silueta con curvas de las que solían gustarme. Saltaba a la vista lo que estaba buscando por su atuendo con un escote más que destacable.

—Hola —contesté en un tono seco.

—¿Puedo preguntar qué haces aquí tan solo? —preguntó acercándose aún más.

—Podría hacer la misma pregunta —dije llevándome la copa a la boca para dar otro sorbo a la bebida.

—Reconozco que estoy buscando compañía para esta noche. Estoy en la ciudad por trabajo y no me apetece pasar la noche en solitario —afirmó sonriente y en aquellos momentos no sabía si bendecir mi suerte porque podría desfogarme con aquella mujer o lamentarme porque no me atraía lo suficiente.

—No es mi caso —respondí apartando la vista de aquella dama en cuestión que probablemente fuera prostituta y miré al frente.

—¿Estás seguro? —insinuó—. Yo diría que estás buscando exactamente lo

mismo que yo si andas aquí bebiendo solo —añadió en el momento que sentí una de sus manos tocando mi pierna y apreté los dientes porque por una vez en mi vida, aquel gesto lejos de incitarme, me asqueó.

—Creo que no ha entendido que estoy lo suficientemente satisfecho tal y como estoy —contesté sin llegar a mirarla—. Y si no le importa, busque a otro que sí este dispuesto a darle lo que usted le ofrece.

—Debe ser muy afortunada —dijo justo antes de bajarse del asiento.

—¿Cómo dice? —exclamé girándome para mirarla.

—Su mujer, tiene suerte de tenerle —insistió y frunció el ceño.

—Yo no tengo mujer —contesté secamente—. Ni novia, ni nada —añadí apurando la copa de coñac.

—Pues es evidente que a alguien sí tiene —añadió aquella morena antes de alejarse sin esperar a que contestara.

Mientras subía de nuevo en el ascensor no dejaba de preguntarme si había rechazado a aquella mujer solo por Irina. Es cierto que había acordado no acostarme con ninguna otra mientras aquel acuerdo existiera, pero ni tan siquiera había pensado en ello cuando me negué, simplemente esa mujer de cabello negro no era... ella. No tenía esas largas piernas, esa melena rubia, ese aire de inocencia y ese olor que desprendía Irina...

—¡Joder! —grité dando un portazo a la pared en cuanto llegué a la habitación.

Algo me estaba pasando y no sabía definir lo que era, pero me resultaba incapaz no ser imparcial respecto a Irina Suárez y sea lo que sea, no podía frenarlo. Solo deseaba que aquel infierno de viaje terminara, porque estaba literalmente desesperado por volver a verla.

## 11. La limitación no es una de mis virtudes.

Aquella mañana me levanté con suficiente tiempo para prepararme el almuerzo. Una rica ensalada de pasta bien condimentada y con mucho queso. Adoraba el queso a pesar de que mi madre siempre estuviera eliminándolo de la dieta por las calorías que tenía. Metí el tupper de vidrio que había comprado para llevar la comida al trabajo en el bolso y cogí una botella de agua pequeña de la nevera antes de salir de casa.

Me pasé toda la mañana enfrascada en el cuarto oscuro. Tal como había intuido aquel informe sobre una aplicación para terminales móviles que me había llamado la atención me entretuvo. Se trataba de una aplicación de ofrecimiento de servicios específica. El mercado que la constituía en la fecha de presentación de la candidatura no era tan demandado como ahora. Había estudiado las posibles variantes y estadísticas de inversión si decidían apostar por la propuesta. Me fijé en la fecha y tan solo faltaban veinte días para que se cumpliera el plazo de vencimiento sobre los derechos de privilegio de la propuesta. Si no se decidían en esos días los diseñadores del proyecto se lo venderían al mejor postor y estaba segura de que otra empresa apostaría por la propuesta.

Con aquel convencimiento fui hacia mi superior, una mujer de apariencia algo antipática y estirada con nariz prominente y ojos saltones. No era muy agradable de mirar que digamos.

—Lucia, ¿Puedo hablar contigo un momento? — dije tras dar un par de golpes a la puerta llamando su atención ya que esta permanecía abierta.

Allí todo el mundo se tuteaba, solo llamaba señor a Alejandro porque no me

atreví a tutearlo.

—Si dime, aunque tengo un poco de prisa —contestó apagando el ordenador.

Eran casi las cinco así que intuía que la mujer se quería marchar a casa.

—He estado revisando las propuestas ya que me han pedido archivarlas por fechas, pero he descubierto ésta y creo que sería muy interesante invertir en ella.

—Irina, límitate a hacer lo que te han pedido. Te dijeron que simplemente ordenaras y archivaras los proyectos ¿no? Pues créeme, si mereciera la pena esa propuesta no estaría perdida en esa habitación —respondió levantándose de su asiento y cogiendo su bolso.

—Pero es que creo que... —repliqué.

—No —dijo interrumpiéndome—. Entiendo tus ansias de demostrar que vales, pero se consciente de que tu tarea no requiere hacer nada importante. No intentes ganar méritos Irina, límitate a hacer lo que se te dice y ganarás más respeto.

¿Limitarme? Eso no entraba en mis planes.

—De acuerdo Lucia, gracias por atenderme —contesté con una fingida sonrisa y me fui de allí inmediatamente hacia el despacho de Susana Ortiz, la mujer que conocí en recursos humanos el primer día, quizás ella podría ayudarme.

—Lo siento Irina, pero si has hablado con tu superior y ya te ha dado una orden, no veo que pueda hacer yo al respecto —contestó cuando le expliqué la situación, al parecer no iba a poder ayudarme o darme una idea al respecto.

¿Qué podía hacer? Todo el mundo acababa diciéndome lo mismo. Que lo dejara estar, como si no fueran capaces de entender que hubiese descubierto algo que realmente merecía la pena. Sabía que me podía caer una buena por

aquello, pero le hice una fotocopia al informe y me llevé los cálculos a casa. Si nadie me hacía caso ya me encargaría de que mi padre me escuchara.

Me extrañó no tener noticias sobre Alejandro, todos los días me citaba y solía encontrarlo en la cafetería, aunque justo ese día había salido con los compañeros a comer a los jardines que había en el exterior dentro del recinto. Era raro estar ociosa en casa, de hecho era el primer día que no tenía una cita, ¿Me enviaría un mensaje más tarde? Decidí darme una ducha y ponerme algo ligero mientras ponía música. Eché una ojeada de nuevo al móvil. Nada. Sin duda hoy no iba a verle, así que aproveché el tiempo para comenzar la traducción a ruso del informe que me había traído de la oficina.

Al día siguiente tampoco tuve noticias de Alejandro, ni le vi durante la comida, ni recibí ningún mensaje citándome, ¿Es que había acabado todo?, ¿Se había cansado de mí? De ser así podría al menos decirlo. Hice el intento de enviarle tres mensajes; al principio estaba intrigada, después preocupada y por último enfadada. Si había alguien que rompiera aquel “acuerdo” debería ser yo, no él. Pagué mi frustración terminando de traducir el informe por lo que me acosté bien entrada la madrugada. Ya me acostaría temprano al día siguiente para compensar, pero al menos podría enviarle el informe a papá ese mismo día.

Al tercer día sin tener noticias de Alejandro decidí pasar olímpicamente de él. Bien era cierto que seguía mirando el móvil, pero con menor frecuencia. Me centré de lleno en el trabajo y cuando salí acepté tomarme algo con Oscar. No pensaba coquetear con mi compañero de trabajo, pero tras la insistencia de otros días pensé que sería buena idea desconectar un poco y darle el gusto. Un par de cervezas dieron para hablar sobre temática cinéfila largo y extendido, al parecer, compartíamos un gusto especial por las películas más frikis de la gran pantalla y un emocionado Oscar me propuso incluirme en la próxima

quedada que hiciera con sus amigos para ver algún maratón de pelis.

El cansancio por trasnochar hizo mella en mí y decidí marcharse a casa. Nada como una buena ducha reparadora y una cama para deshacerme de él.

Los golpes incesantes en la puerta me despertaron junto al sonido del que debía ser el timbre puesto que como nadie había venido a visitarme no tenía ni idea de cómo sonaba. Desperté algo aturdida, todo estaba oscuro por lo que supuse que debía ser de madrugada. Más golpes en la puerta hicieron que trastabillara y casi me cayera al suelo. ¿Quién llamaría con esa insistencia? Pensé que de ser un ladrón directamente no llamaría, además, había conserje las veinticuatro horas, no dejaría que nadie se colara en el edificio con mala pinta, ¿no?

Silenciosamente me acerqué a la puerta y miré por la mirilla, ¿Qué narices hacía Alejandro en la puerta de mi casa? Giré las dos vueltas de llave de la cerradura y abrí. No sabía si estar enfadada o directamente decirle que se fuera por donde había venido.

—Te envié un mensaje hace cuatro horas. —Fue su excusa mientras se adentraba sin que le invitara en mi apartamento.

—Ni siquiera sé qué hora es —contesté secamente—, me acosté temprano.

—Son las dos de la mañana —respondió mientras le observé como comenzaba a quitarse la ropa.

—¿Que estás haciendo? —exclamé atónita.

—Creo que es obvio, ¿no? —dijo desabrochándose los botones de los puños de la camisa.

—Llevo tres días sin saber nada de ti y te presentas en mi casa, en mitad de la noche como si fuera lo más normal del mundo ¿Y me dices que es obvio?

—He estado fuera de Madrid, no pensé que tardaría tanto en volver. Te avisaré la próxima vez si es lo que quieres —contestó recorriendo con su mirada mi atuendo.

—Eso no justifica que te presentes aquí, ¿No se suponía que “esto”? —exclamé englobando con un gesto la estancia en la que nos encontrábamos—, ¿No ocurriría? —añadí recordando sus propias reglas sobre no meternos en la vida privada del otro y eso incluía mi casa.

—No podía esperar —argumentó mientras llegaba hasta donde estaba y me arrancaba un beso devastador—. Me iré en cuanto te haga mía, llevo tres días pensando en esa dulce boca acariciando mi polla —jadeó en mis labios.

Debería echarle de allí, decirle que en mi casa no pensaba tener sexo con él, ¿A quien quería mentir? Había echado de menos en esos tres días aquel sexo apasionado que compartía solo con él.

—No es lo que acordamos, Alejandro —dije atreviéndome a llamarle por su nombre.

—Está bien —dijo sin alejarse y comenzó a acariciar con su nariz mi cuello—. ¿Qué quieres a cambio? —preguntó secamente.

¿Qué quería?, ¿Me estaba ofreciendo pedirle algo a cambio de tener sexo en mi casa?

—¿Un bolso de marca?, ¿Joyas?, ¿Quizá dinero? —preguntó sin apartarse del cuello como si diera por hecho que le pediría algo a cambio. Su tono no era con ironía, era como si aceptara el hecho de que funcionaría así. Ese hombre demostraba cada vez más lo poco que conocía a las mujeres o al menos a mi en concreto.

—Serás mi guía —contesté porque fue lo primero que se me ocurrió. Sabía

que él detestaría hacer aquello.

—¿Tu guía? —exclamó confundido apartándose de mí para mirarme directamente.

—No conozco Madrid y alguien tiene que enseñarme la ciudad —respondí encogiéndome de hombros.

Alejandro pareció contrariado en ese momento, sin duda no se esperaba una petición así y menos por mi parte que seguramente tenía un concepto mucho más que errado de mi persona.

—Puedo contratar al mejor guía de la ciudad —contestó en un intento de relegar la petición en otro.

—No. Si no vas a ser tu quien lo haga, no sirve —dije retándole con la mirada y a conciencia me mordí el labio mirándole con esa atrevida y seductora mirada sensual que tantas veces había ensayado junto a Nadia frente al espejo imitando a la chica del anuncio de un perfume.

—Está bien.

Las palabras sonaron tan apresuradamente que casi no pude escucharle, puesto que se inclinó sobre mi boca en un beso ardiente, casi desesperado que irradiaba pasión y ansia de frenesí. Era como si quisiera devorarlos sacándoles el jugo.

Las prendas fueron desapareciendo en el trayecto desde la cocina hasta el dormitorio. Cuando solo me quedaba como única prenda el culote rosa de encaje semitransparente, me alzó y me enrosqué en su cintura. Suavemente me tumbó en el mullido colchón mientras él no se apartaba proporcionándome su calor en todo momento.

El roce de mis pezones en punta con la piel de su torso provocaba pequeños

espasmos en mi cuerpo. Definitivamente tres días de abstinencia en lo que se refería a ese dios griego habían hecho mella en mí hasta el punto de que reclamara apasionadamente sus caricias y rogara su contacto tocando mi piel. No era normal sentirse así solo con un leve roce de sus dedos.

Noté cómo con un dedo hacía a un lado la prenda interior que llevaba puesta y sentí como se adentraba en mi interior. La invasión me sorprendió exclamando un gemido de excitación por verme llena de nuevo. Abrí los ojos en ese momento para verle, me observaba fijamente, con una de esas miradas oscuras que denotaba tanta pasión y ardor que parecía que el fuego se relucía en aquellos ojos. Habría pagado una fortuna por saber que pensaba él en aquel instante. Sus movimientos al principio suaves fueron cogiendo ritmo convirtiéndose en casi una desesperación por alcanzar el clímax. Le acompañaba en sus embestidas alzando la caderas y encontrándome con él a mitad del camino y cuando iba a gritar como una posesa por alcanzar mi propio orgasmo colocó sus dedos estratégicamente en mi boca haciendo que los mordiera, cosa que al parecer hizo que el dios griego también alcanzara el clímax a juzgar por sus gemidos de placer.

Noté el peso a mi lado cuando se dejó caer en la cama con una respiración algo agitada, aún me estaba recuperando al mismo tiempo que la somnolencia comenzaba a sacudirme plenamente.

—Me iré enseguida —escuché que susurró a mi lado pero apenas era consciente de ello.

Ni siquiera se lo había pedido, daba por hecho que lo haría y aunque en cierto modo me sentí tentada a invitarle para que se quedara, no lo hice. No quería estrechar lazos con ese hombre. Era mejor no generar ningún tipo de sentimiento hacia él, bastante tenía ya con anhelar su cuerpo hasta límites insospechados y volverme un flan en su presencia, como para comenzar a

pensar en él de otro modo que no fuese estrictamente sexual.

—Hay algo de lo que me gustaría hablar mañana en tu despacho si es posible —dije recordando repentinamente el informe, quizá por tratar de pensar en otra cosa que no fuera Alejandro. Además, tal vez había una posibilidad antes de enviárselo a mi padre.

—Es mejor que no nos veamos por Komarov, ya te dije que no deseo que nos relacionen, no nos conviene a ninguno de los dos. ¿De qué se trata? —preguntó sin un atisbo de curiosidad o eso aparentaba.

No creía que fuera el mejor momento para hablar de ello, pero si no me dejaba otra opción que mencionarlo en plena madrugada, lo haría puesto que el tiempo empezaba a agotarse.

—Se trata de un informe que encontré mientras archivaba, creo que es algo interesante y que podría dar grandes beneficios a la empresa.

—Te dije que no me contaras problemas de trabajo, Irina. Menciónaselo a tu superior —contestó seriamente mientras se ponía los boxer y buscaba sus pantalones por el suelo.

—Lo hice, pero no quiso escucharme —contesté rápidamente—. Créeme, sino fuese algo importante no insistiría en el tema.

—Irina, dudo que el trabajo que te hayan asignado como becaria sea importante o meramente relevante —dijo demasiado arrogante—. Deja de confundir tus ganas de llamar la atención y céntrate en hacer lo que te piden. Te puedo asegurar que sea cual sea ese informe no es valioso —sentenció Alejandro.

¿Es que nadie podía siquiera darle una posibilidad a ese informe? Había hecho todo el trabajo de campo. Solo estaba pidiendo diez minutos para

proponerlo y enseñarlo.

—Pero es que es una gran oportunidad y el...

—No, es no, Irina —atajó interrumpiéndome—. Estoy seguro de que si ya se ha negado tu superior es precisamente porque sabe que no merece la pena. Deja trabajar a los que saben y límitate a hacer lo que sea que estés haciendo que no creo que sea relevante para la empresa —añadió terminando de colocarse la camisa y caminó firme hacia el salón donde recogió su chaqueta del suelo y la sacudió pulcramente—. Hasta mañana —contestó firme sin volver la mirada atrás.

Cuando cerré la puerta del apartamento y eché la llave, solo podía pensar en una cosa; empresas Komarov invertiría en aquella aplicación, aunque fuera un mero capricho de niña consentida que le pidiera a mi padre, porque si de algo estaba segura en esta vida, era de que esa aplicación iba a generar muchos beneficios.

Me desperté temprano a la mañana siguiente y preparé el almuerzo, me di una ducha y me vestí de forma elegante; necesitaba sentirme poderosa para lo que iba a hacer.

Telefoneé a mi padre de camino al trabajo cuando salí del metro para no perder la cobertura.

—¡Papá! —exclamé en cuanto escuché que respondió. Hacía varios días que no hablaba con él, aunque seguramente mi madre le mantenía al tanto puesto que sí conversaba con ella casi a diario.

—Me sorprende que me llames querida, ¿Debo intuir que algo va mal en el trabajo y por eso me llamas personalmente? —preguntó directamente. Como siempre, ni un ¿Qué tal hija?, ¿Cómo van las cosas? De todos modos mi padre tenía olfato para todo.

—Todo va bien, papá —contesté pacientemente—. Realmente te llamaba porque quiero que revises urgentemente un documento que te he enviado al correo esta mañana —dije mientras atravesaba las puertas de la torre Komarov en aquel momento, hablar en ruso me daba la seguridad de que nadie de allí me entendería.

—¿Tan urgente es? —preguntó mi padre extrañado.

—Sí, el plazo cumple dentro de pocos días y se debe tomar una decisión de inmediato —contesté pulsando el botón del ascensor—. Aquí no lo consideran importante, pero yo sí, por eso he realizado un estudio de viabilidad y comprobado las estadísticas. Te lo he enviado todo en ruso para que puedas verlo cuanto antes.

—Sí, lo estoy viendo ahora mismo de camino al despacho desde el ipad —contestó serio. Sabía que si era cosa de negocios, papá no perdería el tiempo en retrasarlo —. Déjame que lo consulte con un par de directivos y analistas para contestarte algo, aunque probablemente si en la sede española lo han descartado será porque no es importante —añadió como si intentara ser cauto.

—Lo es papá, créeme que he estudiado cuidadosamente los datos y las probabilidades. Te aseguro que es una buena inversión —asegué completamente convencida.

—Te tengo que dejar —contestó papá y escuché la voz de Sergei que era el chofer de mi padre—. Llama a tu madre Luciana, está preocupada por ti y te echa de menos —dijo antes de colgar.

—Si papa. Luego la llamaré, no te preocupes.

A veces ser hija única era un fastidio, seguramente si tuviera hermanos mi madre estaría más entretenida al preocuparse por más de un hijo.

Ese día era viernes, ¡Al fin! Y por suerte solo trabajaría hasta el medio día, después sería libre para hacer lo que quisiera, aunque tampoco tenía planes por otro lado. La mañana se pasó rápida, incluso terminé con todos los informes y ya estaban colocados en sus carpetas por fechas tal como me habían pedido.

Por ser mi primer viernes desde que trabajaba en la empresa, convencí a mis compañeros de oficina para tomar algo a la salida, obviamente Oscar fue el primero en acceder. Esperaba sinceramente que ese chico no mostrara interés alguno por mí, era agradable, pero nunca tendría una relación más allá de lo estrictamente laboral o una sana amistad con él, sin contar con que mientras existiera el dichoso acuerdo con Alejandro prefería no inmiscuirme en situaciones que no me llevarían a ningún lado.

Mi teléfono vibró en aquel momento, Marta se estaba riendo de un chiste malo que había contado Oscar y yo me reía más de la irrisoria risa que tenía Marta que del chiste en sí. Era de esas personas que con la falta de respiración al reír gruñen como un cerdo y los demás acaban riéndose de su risa y por contra ella no puede evitar seguir riendo.

—¿Si, papa? —dije al coger el teléfono.

—Solo quería avisarte de que has hecho un gran trabajo Luciana, presentaremos una oferta el lunes, ya están redactando el documento para enviarlo a primera hora. Aun no entiendo cómo han podido pensar que no valía la pena invertir en esa aplicación. Empiezo a creer que las cosas no funcionan tan bien al mando de Álvarez —refunfuño mi padre.

—No sé papa, tal vez se les haya pasado, un error lo puede tener cualquiera —dije por inercia. Ni siquiera sabía por qué narices lo excusaba, ¿Tal vez fuera para no delatarme? Si, probablemente—. Papa, recuerda que me prometiste que no dirías que soy tu hija —le recordé.

—Sí, Luciana. Será como tú quieras. —Noté el abatimiento en el tono de voz de papá como el que sabe cuando una causa está perdida.

—Gracias papa —contesté amablemente—, te tengo que dejar, estoy con los compañeros de trabajo y...

—Estoy orgulloso de ti, Luciana —dijo interrumpiéndome.

No supe si fueron las cervezas que había tomado o la emoción de que mi certeza e insistencia en que aquel proyecto merecía la pena fuese a realizarse por Komarov gracias a mi, que sentí una especie de hormigueo en el cuerpo.

—Me alegro, papa —dije con cierta nostalgia compungida.

Cuando colgué vi que tenía un mensaje sin leer, esperaba que fuera de Nadia, pero era de Alejandro.

### **Alejandro:**

*Te espero esta noche a las 20.00 pm Las Bernardas 7, escalera A, 9º planta.  
No te retrases.*

Era la misma dirección de las otras veces, imaginaba que la habría puesto por si lo dudaba. Decidí contestar enseguida.

### **Irina**

*Ok, allí estaré como un reloj.*

Añadí el emoji de un reloj justo al lado y le dí a enviar. Me sentía poderosa,

excitante, nerviosa y al mismo tiempo emocionada. Mi padre estaba orgulloso de mi, estaba consiguiendo lo que quería demostrar viniendo hasta aquí lejos de él, que valía en lo que hacía. Era cierto que me habría gustado no tener que recurrir a él para hacerlo, pero no me habían dejado más remedio tras no escucharme. Gracias a mí, un gran proyecto se realizaría en Komarov y estaría encantada de poder trabajar en el equipo que lo llevara a cabo.

Esa noche me vestí con un elegante, pero suelto vestido gris perla, llevaba toda la espalda al descubierto por lo que no me coloqué ningún sujetador. En el metro me encontraba con todo tipo de personas, pero al ser viernes pude comprobar que algunas iban más arregladas que otras, lo pintoresco de aquella ciudad era que podía encontrar diversidad fuera donde fuera. Por las mañanas podía encontrar desde el típico oficinista con traje y corbata, hasta el mendigo que iba pidiendo limosna por los vagones con la ropa sucia y desgastada.

Llegué diez minutos antes de las ocho, así que no esperé y llamé.

—Llegas pronto —reclamó Alejandro nada más abrir la puerta.

—Existe un mundo en el que las horas precisas no siempre se cumplen, ¿También te molesta que llegue antes? —exclamé. Aunque intenté no sonar molesta, realmente me molestaba que también se quejara de la impuntualidad temprana.

—Sal inmediatamente.

—¿Qué? —exclamé sin creer que lo había escuchado bien.

—He dicho que salgas —insistió y para más efecto abrió la puerta, ¿Me estaba echando? Aún permanecía incrédula, pero hice lo que me decía, no pensaba quedarme en un sitio donde no era bien recibida—. Esperarás en la puerta hasta que sean las ocho en punto, entonces llamarás y dejarás ese aire de condescendencia antes de entrar —dijo mientras me cerraba la puerta en

las narices.

## 12. Durmiendo con un dios griego.

En aquel momento me controlé, inspiré profundamente porque de lo contrario sabía que aporrearía la puerta para gritarle cuatro frescas a ese imbécil ¿Yo condescendiente? ¿Y qué carajos era él entonces? Me paseé por el pasillo mientras pensaba si largarme definitivamente de allí y ponerle punto y final a aquello. Si hacía eso sería como rendirme ante él, creer que había ganado aunque no fuera así. No, yo no era una cobarde, no me iría. Tal vez gritarle en su cara de quién era hija y que se le cayera la cara de vergüenza por lo equivocado que estaba al respecto era otra opción, pero si hacía eso y conociendo como empezaba a conocer el carácter de Alejandro, me tomaría por una niña de papá mimada y consentida que intentaba llamar la atención acostándose con el director de la empresa. Ni hablar, esa opción tampoco era válida.

«Nunca tomes decisiones en caliente, Irina» evoqué las palabras que tantas veces me había dicho mi padre cuando me enfadaba por cualquier tontería.

Me acerqué a aquel ventanal del pasillo y me quedé observando por la ventana. Estaba comenzando a calmarme, ¿Cual era la mejor opción cuando todo mi cuerpo solo quería darle un guantazo y largarme de allí? Sabía que así no iba a herir el orgullo de Alejandro y se merecía pagarle con la misma moneda. Iba a devolvérsela, aún no sabía cómo, pero en el mejor momento se la devolvería con intereses incluidos.

Estaba tan ensimismada planeando mi venganza que no noté como unos brazos me envolvían estrechándome contra un cuerpo duro y firme. Cerré los ojos

para resistirme.

—Te advertí que no quería discusiones, Irina. Además de que quería que vinieras siempre bien dispuesta —advirtió y guardé silencio mientras sentía como apartaba el cabello que llevaba suelto hacia un lado y posteriormente me besaba la nuca comenzando a repartir besos por el cuello—. Vamos, entra —dijo ordenándome entrar pero permanecí quieta donde estaba.

Sentí como me elevaba por la cintura y me echaba sobre su hombro, en dos segundos podía divisar el perfecto y bien formado culo de Alejandro.

—¿Pero qué haces?, ¡Bájame! —grité.

Comencé a patalear, pero para mi desgracia me tenía bien sujeta de las piernas, entonces empecé a darle pellizcos en su espalda y en el trasero.

—¡Quieta! —exclamó dándome un pequeño azote en el trasero que hizo que me quejara y por respuesta, hincé los dientes en su culo a través de la única prenda que llevaba en aquel momento puesta, unos boxer de un blanco nuclear que parecían sacados de un anuncio de revista—. Iba a compadecerme de ti, pero ya no.

Había visto cómo subía las escaleras y ahora estaba abriendo la puerta de la terraza, ¿Qué iba a hacer? Cuando vi el filo de la piscina lo supe.

—¡No!, ¡Alejandro, no! —grité, pero fue tarde. El muy capullo se tiró a la piscina conmigo al hombro.

Cuando conseguí salir del agua por la extrañeza de intentar nadar con zapatos supe que hacía pié. Mi pelo era una maraña, el maquillaje seguramente se habría corrido y el vestido suelto flotaba sobre la superficie del agua dejándome semidesnuda, pero lo más chocante fue la estrepitosa risa de Alejandro. Nunca le había visto sonreír, menos aún escuchar su risa y ahora

parecía que le había dado un ataque.

—¡No le encuentro la gracia! —exclamé—, ¿Cómo se supone que voy a volver a casa con el vestido empapado? —pregunté en un tono entre indignación y conmoción.

Alejandro comenzó a acercarse lentamente, aún conservaba parte de aquella sonrisa y eso me aceleraba el pulso.

—Tendremos que ponerle remedio a eso... —susurró acercándose lo suficiente para darme un suave beso en los labios mordiendo uno de ellos en el proceso—. Tendrás que quedarte aquí a pasar la noche —dijo terminando la frase mientras esta vez sí, unió candentemente sus labios a los míos fusionándose en un ardiente beso.

¿Pasar la noche con Alejandro?, ¿Eso implicaría dormir? ¿O estar toda la noche teniendo sexo desenfrenado? Tal vez su pensamiento era marcharse a su casa y dejarla allí sola...

El vestido desapareció al compás que lo hacían las prendas interiores que eran lo único que nos cubrían. Antes de darme cuenta, estaba contra una de las paredes de la piscina mientras Alejandro se hundía en lo más profundo de mi ser y yo devoraba sin cesar sus labios como si mi vida dependiera de ello.

Mientras el vestido se secaba en una de las hamacas de la terraza, cenamos tranquilamente en la terraza, Alejandro había pedido comida asiática y todo estaba excelentemente bueno. Finalmente nos metimos dentro del jacuzzi para relajarnos mientras terminábamos de degustar el vino con largas copas en silencio estudiando las estrellas y escuchando el ruido que acompañaba a la ciudad a pesar de estar un poco a las afueras, pero sobre todo nos observábamos mutuamente.

—Ven, déjate caer sobre mi —dijo invitándome a acogerme entre sus piernas

y acepté con la certeza de sentirme envuelta de nuevo por aquellos brazos firmes. Sus dedos mágicos comenzaron a acariciarme lentamente los brazos mientras me dejé caer en uno de sus hombros experimentando aquella agradable sensación.

Las caricias de Alejandro se centraron de pronto en los pezones de mis pechos, que permanecían erectos por el efecto que provocaban sus dedos.

—Colócate a horcajadas sobre mi —susurró a mi oído. Iba a darme la vuelta cuando me lo impidió—. No, de espaldas —insistió.

Nunca había probado esa postura así que me abrí de piernas en la posición en la que me encontraba y conforme fui bajando su enorme y erecta polla fue entrando dentro de mí.

—Si... —Oí su jadeo de excitación en mi espalda—, vamos nena, cabálgame —. Su deseo era innegable por su tono de voz y eso me impulsó a moverme instintivamente en un movimiento de cintura ondulante a la vez que subía y bajaba acogiéndolo en mi interior cada vez con mayor intensidad.

Cuando alcancé el orgasmo, me arqueé hacia atrás con un último y profundo movimiento consiguiendo acoger todo su miembro en mi interior y noté como él se derramaba dentro de mí. Los músculos de mi cuerpo se aflojaron debido al esfuerzo, sumado al agotamiento y la somnolencia tras el orgasmo, así que me dejé caer sobre él que por alguna razón no pareció quejarse por tenerme entre sus brazos.

—Vayamos a dormir, es tarde. Me susurró al oído mientras me ayudaba a levantarme. Al parecer no se marcharía, sino que íbamos a dormir en la misma cama juntos.

Sentí el calor mientras poco a poco iba despertando por esa sensación y noté una mano jugueteando con mi pecho, acogiéndolo, dándole forma y después

propinándole pequeños golpecitos en el pezón. Esa misma mano fue descendiendo por mi vientre, intentando abrirse paso entre mis piernas. Me había dormido de lado con las piernas juntas y flexionadas, así que me giré dejando la espalda contra la cama y aprecié la leve sonrisa de Alejandro que supuse que sería por verme despierta.

—¿No íbamos a dormir? —pregunté.

—Está claro que contigo en mi cama es imposible. Eres una tentación que desvela mi sueño —terció antes de colocarse sobre mí.

La facilidad con que Alejandro conseguía excitarme con tan solo una frase o una mirada estaba completamente segura de que ningún otro hombre lo conseguiría. Cuando se hundió de nuevo en mi interior, volví a sentirme llena, completa e indudablemente saciada por completo.

Abrí los ojos y una leve luz se filtraba por la ventana del dormitorio. Sentía una fuente de calor a mi espalda y de pronto me acordé de donde estaba. Esa fuente de calor era Alejandro y me tenía apesada contra su cuerpo con uno de sus musculosos brazos. Tenía que admitir que la sensación era agradable, aunque no quería acostumbrarme a ella porque sería demasiado doloroso teniendo en cuenta que entre él y yo no había ningún tipo de futuro.

Intenté zafarme de su brazo para ir al baño, pero me tenía demasiado apretada contra él y no podía escapar.

—¿Dónde vas?

Su voz parecía adormilada, ¿Cómo sería verle con la cara somnolienta?, ¡Oh! Seguramente me derretiría, quizás era mejor no verlo.

—Intento ir al baño, pero tu brazo me tiene prisionera —repliqué y en ese momento me dejó libre. Me di la vuelta para verle y me encontré con un

Alejandro diferente; su cabello estaba revuelto, sus ojos parcialmente abiertos y un leve rastro de barba le hacían parecer el hombre más sexy sobre la faz de la tierra. Era peor de lo que pensaba, si hubiera tenido unas bragas estaba segura de que se habrían mojado en ese momento. ¿Por qué tenía que ser tan endiabladamente guapo aquel dios griego?

—Buenos días —dije esquivando su mirada mientras bajaba de la cama.

—Buenos días —contestó cortés y me perdí tras la puerta del baño.

—Recogeré el vestido y me iré a casa —dije nada más salir del baño. Tenía que alejarme de allí, poner distancia entre él y yo. Además, probablemente él me echara de un momento a otro así que de esa forma me adelantaba.

—¿Tienes algo que hacer? —preguntó sentándose en la cama y dejándose caer en el cabecero cruzando los brazos mientras me observaba.

—Sí —afirmé enseguida—. Tengo que hacer algunas cosas en casa y también debería salir a comprar... —me callé porque no tenía que darle explicaciones banales de nada y además, tampoco tenía nada que hacer que fuera relevante para que mentir.

—Quizás sea hoy un buen día para ser tu guía —dijo con un atisbo de sonrisa.

—¿Hoy? —exclamé. Aunque lo que más me sorprendía es que él se ofreciera sin tener que recordárselo.

—¿Por qué no? Hoy es un perfecto día para ver la ciudad como lo sería mañana o en cualquier otro momento —afirmó encogiéndose de hombros.

—De acuerdo, iré entonces a casa a cambiarme —respondí aún un tanto extrañada y me fui hacia el pasillo.

—Te recojo en dos horas —dijo antes de que saliera de la habitación—. ¡Y no te vistas con algo que lleve falda! —gritó, aunque pude oírle perfectamente

desde el pasillo.

¿Por qué no podía llevar falda? Lo primero que pensé es que era demasiado maniático, pero después le di una oportunidad y tal vez solo lo hubiera dicho porque tendría programada alguna actividad para lo que llevar falda o vestido no resultara cómodo o práctico.

Me vestí con unos shorts rotos y una camiseta blanca suelta, se suponía que iba a conocer la ciudad y tendría que ir cómoda así que aproveché para estrenar las converse nuevas que había comprado antes de llegar. Me preparé un café puesto que no había desayunado y cogí un par de galletas para acompañar, no sabía si iríamos a tomar algo hasta el almuerzo. La idea de que Alejandro se prestara a enseñarme la ciudad era contradictoria a pesar de que se hubiera comprometido a hacerlo, en el fondo no creí que se prestara a ello, es más, pensé que tendría que insistir.

Recibí un mensaje avisando que bajara, así que cogí mis cosas y bajé por las escaleras para no tener que esperar al ascensor. Casi me desmayo al ver a ese dios griego con vaqueros y una camiseta blanca que se marcaba demasiado en ese musculoso cuerpo atlético, llevaba una cazadora negra y las gafas de sol completaban el look perfecto para parecer el típico chico malo de una película de los años ochenta. Reparé en el casco que llevaba en la mano y la Harley - Davidson en la que estaba apoyado, jamás hubiera pensado en Alejandro llevando esa clase de moto.

—¿Vamos? —preguntó—. Es más fácil moverse en moto por la ciudad y lo verás todo mejor.

Asentí y me coloqué el casco no creyéndome aún que iba a montar en moto con Alejandro. Me ajusté a su cuerpo y me abracé a su cintura, sin duda aquel aroma que emanaba sensualidad tan típico de ese dios griego comenzaba a filtrarse en mis poros como un elixir.

Desde la moto me fue enseñando algunos sitios claves de la ciudad. La Cibeles, la puerta de Alcalá, la estatua de Colon... algunos edificios bastante característicos de la capital. Comimos en un pintoresco restaurante donde servían las mejores tapas de la ciudad con los pinchos más tradicionales, pero que habían sido fusionados para provocar una confusión colosal de sabores en el paladar. Todo estaba absolutamente riquísimo y la gastronomía debía reconocer que me había enamorado. Por la tarde visitamos el museo Reina Sofía y finalizamos la jornada cenando en un tradicional restaurante Italiano que según Alejandro, era el mejor de todo Madrid.

—Aún te quedaría por conocer la noche madrileña como la llamamos aquí para completar el día —puntualizo Alejandro.

Le miré fijamente mientras me llevaba la copa de vino a los labios. Era extraño, aunque mientras íbamos montados en la moto apenas podíamos hablar, durante todo el día se dedicó a hablar únicamente sobre la ciudad como si su papel de guía se lo hubiera tomado muy en serio. No ver al Alejandro dominante, posesivo y autoritario resultaba conmovedor y debía reconocer que me había complacido. Empezaba a creer que había una parte de él que escondía bajo aquella apariencia de arrogancia y tenía la increíble certeza de que esa parte que tanto se empeñaba en esconder, era absolutamente conmovedora.

Pensé que me dejaría en casa tras terminar la cena, pero cuando divisé el edificio donde habitualmente quedábamos, supuse que no iba a ser así. Alejandro giró con la moto rodeando el edificio para entrar en el garaje.

Me bajé de la moto una vez aparcó en el garaje y me deshice del casco dando un paso hacia atrás mientras escuchaba como el ruido del motor se apagaba.

—Ven aquí —dijo con una voz rota mostrando claras intenciones de querer besarme rodeándome con uno de sus brazos la cintura.

Fuimos interrumpidamente entre besos, restregones y caricias hasta el ascensor donde dimos más rienda suelta al deseo, pero nos controlamos hasta llegar al apartamento porque éramos conscientes que todo el edificio tenía cámaras de seguridad. Nada más cerrar la puerta, Alejandro se deshizo de un tirón de los shorts que llevaba puestos junto con el precioso tanga negro que me había puesto esa mañana y se bajó los pantalones hasta que su erección quedó libre.

—Date la vuelta, inclínate hacia mi —jadeó paseando sus manos por mi cintura.

Exactamente como la primera vez que follamos, incliné mi trasero hacia él y sentí como era invadida de nuevo, llenándome, colmándome y desde luego; excitándome como solo él sabía hacer.

No nos quedamos en aquel apartamento, sino que en cuanto terminamos Alejandro me dijo que me llevaría a casa alegando que estaría ocupado al día siguiente, por lo que supuse que no recibiría ninguna citación y que directamente le vería el lunes en el trabajo si es que coincidíamos o cuando me volviera a citar. Cada vez comenzaba a gustarme menos el hecho de que no tuviera ni voz, ni voto en todo aquello, pero lo había aceptado desde un inicio y no era momento de ponerme sentimental.

«Recuerda irina, es solo sexo. Nada más» me dije a mí misma antes de conciliar el sueño.

Aproveché el domingo para descansar, limpiar un poco la casa, prepararme la comida del día siguiente e incluso ver alguna película por la tarde de las que tanto adoraba. Resultaba extraño que después del magnífico día que había pasado con Alejandro no fuera a verle, ¿Volvería a ser ese patán ególatra de siempre conmigo después de tratarme como una persona normal durante todo un día? Probablemente sí.

Entré a las ocho y media a trabajar como venía haciendo siempre, al haber terminado la tarea asignada de archivo me mandaron a recopilar información para un estudio medioambiental que estaban desarrollando, lo agradecí infinitamente ya que al menos pasaría las horas sentada en una mesa con luz natural pese a estar delante de un ordenador.

—Me han pedido que te comunique que subas inmediatamente a dirección —dijo Marta acercándose hasta mi mesa y mirándome de forma extraña, como si creyera que había cometido algo grave.

—¿No te han dicho por qué? —pregunté extrañada—. La última vez fue para una traducción —mentí porque no era esa la verdadera razón, pero tal vez si Alejandro había pedido que subiera a través de un empleado, quizá hubiera dado la misma excusa. Miré el teléfono mientras subía en el ascensor y no tenía ningún mensaje, ¿Para qué me citaba en su despacho si no quería que nadie pudiera relacionarnos en la empresa?

Llegué hasta el despacho de Alejandro y su secretaria informó por teléfono de que había llegado.

—Puede pasar —dijo enseguida la joven.

Eran casi las doce según mi reloj, ¿Era posible que Alejandro me hubiese citado para tener un encuentro en su despacho? Recordé que la última vez nos quedamos a medias. Aquella opción fue descartada en cuanto entré y vi a mi superior allí sentada, ¿Qué hacía Lucía allí?, ¿De qué iba aquello?

—Siéntese señorita Suarez. La estábamos esperando —dijo Alejandro dirigiéndose a mí en tono formal y autoritario.

Obedecí sentándome en la silla contigua a la de mi jefa.

—Ortiz —Comenzó a decir Alejandro dirigiéndose hacia Lucía. No entendía

la manía de llamar por apellidos cuando nadie lo hacía en la empresa—. ¿Fue la becaria aquí presente señorita Suarez a su despacho para explicarle que había hallado un informe y que pensaba que sería conveniente un estudio del mismo? —preguntó en un aparente tono calmado que desde luego no lo era.

Ahora entendía porqué me había citado, era evidente que el informe de papá había llegado y ahora que lo recordaba, era cierto que me comentó que el mismo lunes a primera hora llegaría la propuesta.

—Bueno... —dijo Lucía dubitativa—, ella dijo que le pareció encontrar algo interesante, pero yo le dije que se limitara a hacer su tarea puesto que era el trabajo que se le había asignado.

—¿Y no le solicitó, ni le pidió el informe?, ¿Tampoco pensó en verlo usted misma por descartar si podía tener razón por remota que fuera esa posibilidad? —exclamó Alejandro algo más furioso.

—No lo creí necesario, si los informes estaban allí debía ser porque habían sido descartados en su momento —aseguró la mujer.

—Señorita Suarez, que le dijo exactamente a la señora Ortiz respecto al informe? —preguntó mirándome a mi cruzándose de brazos.

—Yo simplemente le dije que se trataba de algo urgente y que creía que merecía la pena, que si podía echarle un vistazo —confesé sincera.

—¿Y qué le contestó ella? —insistió.

—Que me limitara a hacer mi trabajo —añadí sin indicar que también me dijo que ganaría más siendo estúpida y obedeciendo en todo, aunque no lo hiciera con esas palabras.

—Es decir, que no se molestó en pedírselo, ni tan siquiera en preguntar de que se trataba el proyecto —afirmó más que preguntó.

—No, no lo hizo. Se marchó inmediatamente —respondí sincera.

—Señora Ortiz, recoja sus cosas. Está despedida —contestó tajantemente Alejandro dirigiéndose hacia Lucía.

—¿Qué?, pero ¿Por qué?

—Porque si no llega a ser por la insistencia de la señorita Suarez en ese informe, esta empresa hubiera perdido treinta millones, por eso y por su incompetencia para el puesto —escupió evidentemente cabreado.

—Pero yo... ¿Cómo iba a saberlo? —grito contrariada.

—Su trabajo es supervisar la labor de los becarios, ¿Acaso necesita que se lo recuerden? Si no está capacitada para ello no es bienvenida en Komarov y acaba de demostrar que no lo está —afirmó Alejandro sin que le temblara la voz.

Me sentí mal por aquella pobre mujer, incluso me dio lástima y quise intervenir por ella, pero ¿Con qué argumento podía defenderla? Tal vez fuera una mala persona, pero no quería a personas como Lucía Ortiz trabajando en mi empresa por la forma en la que me había tratado. Por otro lado, lo que Alejandro había hecho con aquella señora también era aplicable a él, es más, en aquel momento me estaba regodeando en mi propio fuero interno porque debía estar maldiciendo no haberme escuchado aquella noche.

Cuando la puerta se cerró observé la furia en su mirada.

—¡Como demonios se te ocurre enviar el informe a la sede central de Rusia!  
—gritó fuera de sí—. ¡He tenido que soportar como el propio Luciano Komarov criticaba la forma en la que dirijo su empresa porque una simple becaria me ha puesto en evidencia!, ¿En qué estabas pensando Irina?, ¿No era suficiente meterte en mi cama?, ¿No es suficiente lo que te ofrezco? No... eres

mucho más ambiciosa ya veo, pero debí imaginarlo. Dime, ¿Con quién te has acostado esta vez para que te realice ese análisis de datos económicos que has presentado? —exclamó con furia mientras se había estado acercando poco a poco hasta mí y podía notar la ira que albergaba en su interior.

«Plaff»

Le di una sonora bofetada que se escuchó en el silencio que albergaba el despacho y que por ello pareció que había sido más fuerte de lo que en realidad fue aunque la mano me picara.

—¡Yo te lo dije! —grité en su cara—, ¡Te advertí que era urgente!, ¡Que era importante! Y tu no solo no me escuchaste sino que me trataste de idiota. ¡Acepta que la culpa es tuya y que si estás en esta situación es porque te lo has buscado tu solo! Es más, tendrías que estar agradecido que te haya salvado el culo porque si ese informe hubiera cumplido su plazo, ten por seguro que estarías despedido tu también de esta empresa en cuanto se hubieran dado cuenta —añadí fuera de sí. Estaba harta, ¿Encima de todo me echaba la culpa a mí y me acusaba de haberme acostado con alguien para hacer aquel estudio que tantas horas me había llevado?, ¡Y un cuerno!—. Esos datos analíticos los hice yo y si no vas a tener una disculpa en condiciones para todo lo que acabas de decir, aceptar que yo tenía razón y que fuiste un imbécil por no escucharme, no quiero volver a saber nada de ti— dije sin esperar una respuesta, me fui caminando hacia la puerta con paso firme y no me despedí, simplemente salí de la oficina y me marché de allí con la cabeza bien alta.

### **13. Una escapada mucho más que placentera.**

Las piernas me temblaban mientras bajaba del ascensor, pero aquel arranque de prepotencia por parte de Alejandro había superado con creces mi autocontrol. Además, no pensaba amedrentarme cuando se trataba de un asunto de trabajo. No estábamos hablando del papel que jugaba una becaria en la empresa, sino de perder una cuenta que generaba millones de euros para la empresa, para *mi* empresa.

Aquella tarde seguí con la labor que me habían asignado tranquilamente, aunque no pude evitar mirar el teléfono varias veces para comprobar que efectivamente no tenía ningún mensaje de Alejandro.

Hablé con Nadia de camino a casa para contarle lo que había ocurrido, me sentí bastante mejor cuando me apremió por la actitud que había tenido frente a él. Si aquel misógino no quería ceder en su terquedad era problema de él y no mío.

Definitivamente Alejandro no parecía tener intención alguna de pedir disculpas al menos ese día puesto que no daba señales de vida. Lejos de acobardarme, me di una ducha tranquila de al menos media hora, la necesitaba para relajar la tensión que había cargado todo el día. Me puse un pijama fresco algo ligero y decidí preparar la cena. Empezaba a sentirme algo extraña por estar en casa sin ningún plan después del trabajo, pero francamente necesitaba aquel descanso después de tanta intensidad.

El jueves tuve la certeza de que Alejandro jamás se disculparía, aquel hombre era imbécil, definitivamente lo era si no era capaz de ver que toda la culpa

había sido única y enteramente suya, pero no pensaba ceder. No en eso. Le vi de lejos en el comedor de la cafetería pero no pareció reparar en mi presencia por lo que me limité a coger una botella de agua y una pieza de fruta ya que era a lo que había ido hasta allí y me fui.

El viernes estaba contenta, sobre todo porque tendría todo el fin de semana y no trabajaría hasta tarde. No tenía plan alguno, pero había pensado en quedar con Oscar para ir al cine si él podía, quizá se lo dijera más tarde en el descanso que solíamos hacer a media mañana para tomar un café.

—¿Irina Suarez? —preguntó alguien en voz alta desde el pasillo.

—Aquí —exclamé viendo como un chico traía un paquete envuelto en papel marrón con una gran cinta roja alrededor formando un lazo.

—Esto es para ti, lo ha dejado la empresa de reparto —contestó el chico dejando el paquete sobre mi mesa. No tenía ni idea de qué sería, ¿Tal vez me había enviado algo mi madre?

Pese a las miradas de algunas compañeras que furtivamente esperaban que abriera el paquete allí mismo para cotillear que era, me fui al baño de señoras para hacerlo. Estaba casi segura de que mi madre no me enviaría nada al trabajo, de hacerlo sería a casa que para algo había un conserje que se encargaba de esas cosas entre otras, pero por si acaso contenía algo que relatara mi verdadera identidad preferí abrirlo a escondidas.

Cuando desenvolví el papel marrón vi lo que parecía una caja de regalo, quité la tapa y lo primero que encontré fue un sobre encima del papel de seda color rojo que ocultaba el contenido del interior de la caja. Abrí el sobre que estaba sellado imaginando que en su interior hallaría la explicación de aquel regalo, era una tarjeta escrita a mano con una sola frase.

*A las 14.00pm te esperará un coche en la puerta. Súbete y no hagas preguntas, será una sorpresa.*

*A. Álvarez.*

Eso no era una disculpa precisamente, pero se suponía que lo haría en persona, ¿No? La emoción hizo que abriera la caja y en ella encontré un precioso bikini de color azul y un par de prendas de encaje de ropa interior, ¿Qué se suponía que significaba aquello? No lo descubriría hasta dentro de tres horas que es cuando sería la hora citada según la nota.

Volví a mi puesto de trabajo y guardé la nota en el bolso por si en algún descuido como ciertamente ocurrió más tarde, alguien preguntaba casualmente por el paquete y con cierto descaro abría la caja.

—¡Vaya!, ¡son preciosos!, ¿De donde son? —exclamó Marta viendo el contenido sin pedir permiso alguno.

—Jolidon —contesté sin darle importancia y mordiéndome la lengua para no decirle que la próxima vez podía preguntar al menos.

—No conozco la firma —aseguró tapando la caja de nuevo.

—Es que es poco conocida por aquí, en mi país es bastante reconocida —aseguré sin añadir que era una marca de lujo exclusivo en cuanto a lencería.

Efectivamente cuando salí de la oficina a las dos en punto, un coche esperaba con chofer en la puerta, imaginé que sería él cuando no vi ningún otro coche alrededor. En la nota decía que no hiciera preguntas, pero llevaba más de tres horas metida en aquel coche y solo divisaba la carretera, ¿Cuánto tiempo más tendría que estar allí dentro?

—¿Falta mucho para llegar? —pregunté hastiada sin aguantar más. No haría

preguntas, pero al menos que me dijera cuanto faltaba.

—No señora, solo media hora —contestó educadamente el conductor—, ¿Necesita que paremos?

—Sí, lo cierto es que lo agradecería —confesó. Necesitaba ir al baño. El coche iba bien preparado con agua, algunas golosinas, comida y un ipad donde encontré música, películas y algunos juegos para entretener al viajero que en este caso era yo.

Paramos diez minutos en un restaurante de carretera y aproveché para lavarme los dientes ya que por suerte siempre llevaba el cepillo en el bolso. Inmediatamente después retomamos el camino.

Estaba en una ciudad costera, a juzgar por el angosto mar que se divisaba a lo lejos desde la ventanilla del vehículo, ¿Por qué me hacía Alejandro venir tan lejos de Madrid? Cada vez estaba más intrigada.

Cuando el coche se detuvo en la playa me extrañó que lo hiciera justo allí, pero por indicaciones del conductor vi que estábamos en el puerto y que debía seguir el camino que llevaba a los amarres de los barcos. Sorprendida por la noticia de que lo más probable era que se tratara de un paseo en barco, inicié el camino en solitario, realmente no tenía ni idea de donde debía detenerme o en qué barco estaría Alejandro, me sentí un poco perdida hasta que su inigualable figura apareció.

Iba ataviado con unos vaqueros gastados y sin camisa, me observaba desde lejos y comencé a caminar lentamente hacia él hasta llegar a su encuentro. Teniendo en cuenta los días que habían pasado sin vernos y sin mantener el contacto resultaba extraño encontrarnos ahora de aquel modo después de la discusión que habíamos tenido en su despacho.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mientras seguía observándome fijamente con

cierto atisbo de sonrisa.

—Largo, ¿Que se supone que es todo esto Alejandro? —pregunté sin poder evitarlo abarcando toda la situación en general.

—Dijiste que debía tener una disculpa que estuviera a la altura de lo que te dije y ésta es mi manera de hacerlo —aclaró quitándome la caja de las manos y el bolso que llevaba al hombro para dar un salto y montarse en un barco de vela que estaba justo a mi derecha bastante grande—. Vamos, sube, ya está todo listo para que zarpeamos —añadió con un gesto incitándome a subir.

—¿Iremos solos?, ¿Los dos? —pregunté al ver que no había nadie más por el barco. Estaba acostumbrada a veranear en el barco de mi padre, pero siempre había tripulación a bordo que se encargaba absolutamente de todo.

—Sí, estaremos solos. Tu, yo y este magnífico velero durante todo el fin de semana.

«¿Solos?» A solas con Alejandro durante más de cuarenta y ocho horas en un velero. No había que ser un genio para saber lo que iba a pasar, pero la incomodidad de no poder escapar de él estando en alta mar me hacía estar nerviosa ante lo desconocido.

—Vamos, salta —volvió a decirme.

Estaba habituada a utilizar pasarela para subir al yate de cuarenta metros de papá, claro que aquello no era un yate. No tenía ni la más remota idea de navegación, intuía o más bien esperaba que por el contrario Alejandro si la tuviera. Di un salto desde el amarre al barco y Alejandro me apresó de la cintura para evitar que me cayera, estar tan cerca de ese hombre de nuevo después de tantos días en plena sequía sexual era demasiado abrasador.

Noté como sus manos acariciaban lentamente mi cintura y bajaban hacia mis

nalgas atrayéndome hacia él. Se acercó pausadamente hasta que sentí el roce de sus labios con los míos suavemente, nada que ver a lo que estaba acostumbrada de él que siempre me embriagaba con aquellos abrasadores besos. Se apartó con la misma lentitud con la que se había acercado y le oí respirar fuertemente, cualquiera diría que le costaba hacerlo. Me cogió de la mano y me arrastró por el barco hasta la proa donde se encontraba el timón.

—Quédate aquí, voy a soltar el amarre y enseguida vuelvo —dijo inmediatamente y asentí agarrándome a aquella rueda de metal. En menos de dos minutos Alejandro había regresado y se escuchaban los ruidos del motor.

—¿Dónde iremos? —pregunté curiosa.

—Vamos a fondear por las costas de Ibiza, con este viento, llegaremos al atardecer, antes de que se ponga el sol.

—Mientras lleguemos... —susurré no muy convencida y vi que le parecía graciosa mi respuesta porque evocó una sonrisa.

—Hago este recorrido varias veces al año —aseguró—, me gusta navegar —añadió confesándome algo de su vida privada y le miré sorprendida porque lo hubiera hecho. Aquello me tranquilizó, así que me acomodé en el asiento que había tras el timón mientras veía como salíamos lentamente de puerto mientras el viento me acariciaba el rostro.

—Ven un momento —escuché la voz de Alejandro que parecía llamarme. Me había limitado a mirar el mar mientras él estaba bastante concentrado llevando el barco. Me levanté y me coloqué a su lado—. Sujétalo así y mantén el rumbo fijo en la dirección que vamos. No pasara nada, tengo que arriar las velas —dijo colocándome las manos en el timón y desapareció dejándome sola dirigiendo el barco.

Escuché el ruido de las velas y como el velero cogía más fuerza cuando las

soltó. Le estaba cogiendo el gusto a eso de dirigir el barco, comenzaba a sentirme poderosa y de un instante a otro sentí el calor en mi espalda y su cuerpo pegándose al mío. Podía notar algo firme y duro frotándose contra mi trasero y no necesitaba ser un genio para saber que era. Alejandro me apartó el cabello que caía suelto por la espalda y comenzó a darme pequeños mordiscos en el cuello. Aquella mañana me había puesto un vestido de tirantes con falda entubada y ajustada en un tono crema, afortunadamente el tejido cedía y noté que la prenda subía por mis piernas gracias a los dedos hábiles de ese dios griego.

—Mantén el rumbo y no te distraigas —susurró en mi oído mientras él bajaba los tirantes de mi vestido y seguía dando pequeños mordiscos que me provocaban leves gemidos.

«¿Que mantuviera el rumbo?» Que fácil era decirlo cuando todo mi cuerpo se estremecía por su contacto.

Me arrancó el tanga de encaje negro que llevaba y con sus dientes comenzó a mordisquear mis nalgas. Me sobresalté con aquel contacto, pero solo fue por puro enloquecimiento. No podía verle en acción, estaba mirando al frente, al mar que se abría ante mí mientras él jugaba con mi cuerpo dándome placer.

—Ábrete para mí.

Me excité solo con oír aquella frase y sin duda alguna abrí las piernas expectante a lo que estaría por acontecer a continuación. Sentí su lengua lamerme por completo de una sola vez y me deleité con aquel gesto inclinando mi cuerpo para proporcionarle un mayor acceso. Me aferré fuertemente al timón y traté de no cerrar los ojos con aquella recreación que ese dios griego hacía con su succulenta lengua, pero cuando sentí sus dedos abriéndose paso a través de mí, no pude evitar gritar de puro placer contenido.

—Ni se te ocurra cerrar los ojos —susurró riñéndome como si supiera exactamente lo que iba a hacer—. Te recuerdo que tienes nuestra vida en tus manos —jadeó a pesar de que estábamos en mar abierto, sin ningún tipo de obstáculo a la vista y de hecho probablemente no me habría dejado llevar el timón de no ser así, pero aquello me hizo sonreír, él trataba de hacerme creer que me había cedido el mando y que era quien tenía el control de la situación de ambos. Muy generoso por su parte pese a no ser verdad.

—No los cerraré —aseguré divertida.

—Eso espero —contestó mientras colocaba las manos en mis caderas para alzar más mi trasero hacia él y sin esperar lo se hundió completamente dentro de mi volviendo a llenarme de nuevo.

—¡Oh Dios! —gemí sin poder evitarlo por la invasión que al mismo tiempo era tan jodidamente placentera.

—Si... —jadeó Alejandro—, grita cuanto quieras preciosa que nadie podrá oírnos aquí.

Su voz rota por la carga de deseo y sensualidad provocó que me ajustara aún más a su movimiento. Indudablemente lo necesitaba, ahora me daba cuenta de que la falta de sexo con ese dios griego había hecho estragos en mi cuerpo, porque estaba completa e insaciablemente loca de pasión por lo que solo él conseguía provocarme.

Mis gritos eran acompasados por sus embestidas certeras y antes de que me desplomara sobre aquel timón del velero en una última estocada alcanzando el éxtasis, Alejandro me atrajo hacia él para que no lo hiciera manteniéndome entre sus fuertes brazos bien sujeta.

Aquel fin de semana iba a ser apoteósico... de eso estaba más que segura.

Divisamos la costa de la isla en menos de dos horas y nos quedaron a escasos metros donde podíamos obtener la privacidad sin estar demasiado lejos de tierra firme. El goce del agua fresca era agradable, además conseguía bajar un poco la temperatura del ambiente y la que de por sí tenía mi cuerpo solo con contemplar el bombón andante de Alejandro.

Pudimos contemplar la preciosa puesta de sol desde aquel sitio y era absolutamente hermosa al poder divisar como se perdía el último rayo entre el agua cristalina del mar.

—¿Tienes hambre? —preguntó Alejandro tocándome el hombro para captar mi atención. Hasta ese momento no había sido consciente de mi apetito, pero ahora que lo mencionaba tenía un hambre voraz.

—Sí, debo reconocer que bastante —confesé sonriendo.

—Perfecto —dijo incorporándose y dejándome allí sentada sin decir nada más.

La cocina del barco era pequeña, teniendo en cuenta que era un velero era de suponer, sólo los barcos grandes podían permitirse el lujo de tener más de un fuego en el que cocinar.

Observé cómo Alejandro se desenvolvía en aquella minúscula cocina preparando en una pequeña sartén lo que parecía un condimento con aceite, almejas, perejil, tomates secos y una especie de polvo amarillo que no supe descifrar, pero que olía fatal. El resultado de eso añadido a la pasta que coció después era exquisito, un sabor diferente que jamás había tenido el placer de probar con anterioridad.

—¿Es un plato típico español? —pregunté al no reconocer el sabor ni ser consciente de que mi madre lo hubiera preparado en alguna ocasión. Yo conocía bastantes platos de la gastronomía española por ella, pero aquello

desde luego no era ni remotamente parecido a lo que recordaba o había llegado a probar.

—Por supuesto que no —reconoció—. La pasta se la dejamos a los Italianos puesto que es su especialidad y este en concreto es un tipo de pasta que se suele consumir en zonas costeras —me confesó pacientemente.

—¿Y esto amarillo que le da ese sabor peculiar que es? —pregunté curiosa.

—Bottarga —aclaró como si con aquel nombre hubiera definido todo—. Es la hueva de pescado.

—Pues le da un toque singular —dije tomando un sorbo más de vino blanco que acompañaba al plato.

—¿Tienes más hambre? —preguntó cuando dejé el tenedor sobre el plato vacío y podía sentir su mirada fija sobre mí a pesar de no alzar la vista.

—No. Así estoy bien, gracias —contesté un poco cohibida.

—Come un poco más, esta noche gastarás demasiada energía —dijo en un tono rudo que provocó una oleada de cosquilleos en mi interior que casi me hicieron temblar.

—¿Por qué? —pregunté inocentemente y alcé la vista para mirarle a los ojos.

—Porque voy a follarte duro durante toda la noche hasta agotarte —contestó sin apartar la vista.

Su intensa mirada parecía devorarme y solo podía sentir como la caldeante humedad entre mis piernas me empapaba. Nunca había pensado que cuando un hombre me dijese aquellas palabras tan obscenas, en lugar de propinarle una bofetada, me derritiera tanto por dentro como por fuera. «¡Diablos!» reconocí. Estaba sin duda alguna deseando que me empalase contra lo primero que encontrara y se hundiera tan dentro de mí con infinita brutalidad, lo necesitaba

casi tanto como respirar. Aquel hombre había conseguido que me volviera insaciable.

—Ve a ducharte —me ordenó—. Y quiero que te pongas el conjunto rojo que había en la caja —dijo antes de indicarme que pasara al único camarote del barco donde había un pequeño aseo minúsculo, pero que tenía una ducha.

Por descontado el agua no salía caliente, pero no importaba, me agradó refrescarme y deshacerme de la sensación de sal impregnada en el cuerpo y sobre todo, en el pelo. No tenía qué ponerme más allá de las prendas interiores y el bikini que me había proporcionado Alejandro, aparte del vestido que había llevado puesto durante todo el día, así que salí únicamente ataviada con aquel tanga de cintura ancha y encaje en los lados de un rojo vibrante a juego con el sujetador. Era sutilmente elegante definitivamente estaba fabricado para incitar el pecado como en aquel caso.

Busqué a Alejandro por la cubierta del velero hasta que le divisé en la proa cuando conseguí adaptarme a la oscuridad de la noche. El frescor hacía que mi piel se erizara, corría demasiada brisa y eso provocaba que tuviera frío con tanta humedad.

—Siéntate sobre la manta, enseguida vuelvo —dijo en cuanto me acerqué hasta donde él estaba.

En lugar de sentarme sobre ella, más bien me enrolle en aquella manta calentita y aguardé su regreso. Supuse que habría ido a ducharse, pero en menos de cinco minutos escuché unos pasos y pude apreciar su silueta. Parecía llevar una botella y dos copas en la mano. En cuanto descorchó la botella y me ofreció una de las copas que al tocarla supe que era de plástico, me llevé el líquido a los labios para apreciar el sabor de aquel inconfundible cava.

—¿Tienes frío? —pregunto casi sorprendido.

—Un poco —confesé

—Tendremos que poner remedio a eso —advirtió mientras se sentaba a mi lado y me atraía hacia él de forma que me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo al mismo tiempo que metía sus manos entre aquella manta que me envolvía para tocarme. En aquel instante noté su evidente erección a través de la tela de los finos bóxer que llevaba puestos. Mi cuerpo se tensó ante la excitación y antes de poder gemir por su contacto su boca atrapó la mía.

En el momento que Alejandro se abría paso entre mis muslos penetrándome y devorando al mismo tiempo con su lengua mi cavidad bucal, me sobraba la manta y todas las prendas interiores que llevaba puestas, hasta la mismísima piel si es que era posible arrancarla me sobraba del puro ardor que emanaba de mi cuerpo y que había sido invadido por la pasión que aquel dios griego me provocaba.

Alejandro no había mentido con sus palabras durante la cena, cuando fui consciente de los primeros rayos de sol, él volvía de nuevo a tomarme con la facilidad de quien mete una llave en una cerradura, siempre lista, siempre preparada y siempre húmeda para él.

El fin de semana voló entre sexo salvaje o suave, pero en definitiva; pasional. Pensé mientras volvíamos de regreso a Madrid que jamás había tenido tanto sexo con un hombre como lo tenía con Alejandro y eso que apenas habían pasado dos escasas semanas desde que le había conocido. Volvíamos en su coche y cualquiera que nos viera podría pensar que éramos una pareja normal, salvo que no existían arrumacos, ni tampoco besos en público o cogidas de mano... ni tan siquiera un leve acercamiento y siendo sincera, comenzaba a resultarme extraña su bipolaridad. Esas reacciones que contrastaban de un extremo al otro siendo a momentos un hombre amante y pasional en privado, al frío y distante en el que se convertía cuando ese momento había finalizado y

que mantenía estando en público.

Cuando llegué a casa y me quité al fin aquellos zapatos junto al vestido, me di una larga y más que merecida ducha de agua caliente por aquellos dos días en los que no había podido dármele. Solo podía pensar en una cosa mientras el agua caía sobre mi rostro invadiendo mi piel...

—Alejandro —susurré

Ese hombre comenzaba a afectarme de un modo trascendental. Por un lado adoraba el sexo que tenía junto a él. El placer que solo él me proporcionaba era inaudito, pero por otro lado... empezaba a querer más de algo, ese algo que sin duda no podía tener, aunque era plenamente consciente de que mi corazón no estaba involucrado en aquel acuerdo, de alguna forma deseaba dar un paso más en lo que fuera que tuviera con Alejandro.

Tenía dos llamadas perdidas de mi padre cuando apagué la alarma del teléfono y comprobé la pantalla. Me parecía extraño que me llamara, pero primero decidí estar lista y salir de casa antes de devolvérsela para hablar con él. Sabía de sobra conociendo a mi padre como le conocía, que si fuera algo grave habría usado los medios necesarios para que alguien me despertara o acudiera al apartamento. No. Seguramente querría hablar conmigo sobre mi madre o algo referente a la empresa... quizá solo me dijera que tenía pensado pasar por la sede de España y pretendía verme.

—¡Luciana! —exclamó mi padre al tercer tono. Le encantaba llamarme por el nombre que debía llevar al ser su hija, aquello parecía hacerle sentir cierto orgullo paternal según decía.

—Papa, me sorprendió tu llamada, ¿Ocurre algo? —pregunté sin rodeos puesto que en breve llegaría a la oficina.

—Olvidé el cambio de hora, por eso no insistí, realmente pensaba que me ibas

a llamar este fin de semana por alegrarte de la noticia, pero como no lo hiciste por eso te llamé.

—¿Por qué tenía que llamar papá?, ¿Y de qué se supone que debo alegrarme?

—pensé en la propuesta, pero ya me había avisado de que la aprobarían, así que, ¿De qué se trataba?

—Advertí a Álvarez que si no te ponía al frente del equipo que llevara la propuesta a cabo le despediría por su incompetencia —contestó mi padre tajante—. Evidentemente no le dije que eras mi hija, solo mencioné a la becaria que había remitido el análisis —añadió y supuse que lo mencionó por si preguntaba respecto a ese tema.

—¿Y cuándo le dijiste eso? —pregunté mordiéndome el labio.

—El miércoles. Justo cuando se cerró el acuerdo, ¿No lo sabías? —preguntó mi padre extrañado.

En ese momento solo tenía ganas de estrellar el teléfono contra el suelo y gritar de furia e impotencia, ¿Con que una disculpa?, ¿Lo de pasar el fin de semana en barco se suponía que había sido una disculpa?, ¡Aquello solo fue una encerrona para que estuviera complacida y así no me negase a la propuesta! Sin duda sería evidente que hoy me citaría en su despacho para mencionarlo y que después de aquel fantástico fin de semana no me negaría.

—Pues no, de hecho es la primera noticia que tengo, pero probablemente hoy me informen. Gracias por avisar papá —respondí intentando parecer alegre aunque por dentro estuviera ardiendo de rabia.

Colgué el teléfono y caminé hacia la torre Komarov que estaba a menos de diez metros.

Si tuviera a Alejandro delante, estaba segura que le arrancaba la cabeza, no

me molestaba que me hubiera intentado sobornar de aquella forma, sino que lo hubiera camuflado como una disculpa cuando en realidad solo primaba su interés porque si no aceptaba estar al frente del equipo, él estaría de patitas en la calle.

«Alejandro querido, ahora vas a saber de verdad lo que es no tener el poder»

## 14. Los puntos sobre las íes.

Había cogido un café para llevar de la cafetería a la que solía ir algunas mañanas cuando me apetecía o no me daba tiempo a prepararlo en casa. Además, el chico que siempre me atendía era muy simpático y cada vez que me veía en la cola cuando llegaba a caja lo tenía preparado con una gran sonrisa. No sabía si es que daba un buen servicio o que tal vez era demasiado amable conmigo

Más animada bebiendo pequeños sorbos de café que aparte de ayudarme a espabilarme me encantaba su aroma y sabor, pulsé el botón del ascensor. Siempre he odiado los lunes, pero aquel concretamente lo odiaba más por comprender que el delicioso fin de semana que había pasado solo era una auténtica patraña para ocultar la verdadera razón.

—Buenos días.

Escuchar esa profunda voz casi hizo que el café se me resbalara de los dedos, por suerte no fue así o hubiera armado un estropicio.

—Buenos días señor Álvarez —contesté sin dignarme a mirarlo siquiera.

—¿Se encuentra bien?, ¿Que tal ha pasado el fin de semana? —preguntó como si nada, como el que mantiene una conversación normal con un compañero de trabajo, solo que Alejandro nunca hacía aquello y hasta me resultaba extraño que lo estuviera haciendo ahora

«Tal vez quería tenerme bien complacida hasta el final» pensé inmediatamente.

—Podría haber estado mejor —respondí mordaz.

—¿No estuvo a la altura de sus expectativas? —exclamó.

Aunque no le mirase, sabía que debía estar alzando una ceja y preguntándose el porqué de mi respuesta. El muy ególatra se creía un dios del sexo; vale, lo era... pero uno no puede ser tan creído de sí mismo.

—En efecto —contesté a secas. No pensaba darle conversación. Estaba más que enfadada como para hacerlo y además, estábamos en la empresa y se suponía que allí no debíamos dar lugar a ningún tipo de rumor.

El ascensor abrió sus puertas ambos entramos acompañados de algunos trabajadores más que fueron llegando. Saqué el teléfono para distraerme, aunque no miraba nada especialmente, solo me dediqué a pasar fotos sin prestar atención de la red social de Instagram.

—Buen día —dije en cuanto las puertas se abrieron en la planta que correspondía bajarme y no esperé obtener una respuesta, ni aparté la vista del teléfono para tener una excusa de no mirar a nadie.

Eran alrededor de las once y media cuando recibí el aviso de que tenía una reunión con el director en su despacho.

«Bien, que empiece la función» pensé mientras subía las pocas plantas que nos separaban. Di mi nombre a la secretaria que ya comenzaba a familiarizarse con mi rostro por tantas veces como había acudido y entré en el despacho de Alejandro. No me sorprendió que estuviéramos a solas de nuevo, de hecho era lo que esperaba.

—Siéntate Irina, ¿Quieres un café?, ¿Un vaso de agua? —preguntó de lo más atento.

—No, estoy bien gracias, ¿Para qué se supone que me has citado?, ¿Trabajo o placer? —pregunté en un tono de voz condescendiente y me daba

absolutamente igual que fuera así.

—Si te mando llamar a mi despacho, es por trabajo —aclaró como si no hubiera otra posibilidad que no fuera esa.

Preferí no sacarle de su error como aquella vez en la que me citó allí solo porque me reí de un comentario que Oscar hizo en la cafetería.

—Pues tú dirás, porque hasta donde yo sé, una becaria tiene poco que hacer en el despacho de dirección —respondí secamente.

—¿Se puede saber qué te pasa? —exclamó—. Pensé que después del fin de semana habrías olvidado la discusión que tuvimos precisamente aquí la última vez que estuviste —añadió refiriéndose al hecho de que él me tratase como una cualquiera, además de estúpida e ignorante por supuesto.

—Si soy sincera, no escuche una disculpa de tus labios *precisamente* —recalqué siendo consciente de que textualmente él no mencionó ninguna clase de perdón.

Alejandro soltó un gruñido por respuesta.

—¿Es eso? —gritó—. ¿Estás así porque no te pedí expresamente disculpas? Pensé que serías más madura Irina, te lo demostré con hechos mejor que con palabras, pero si es lo que quieres ahí va. Me disculpo, cometí el error de no escucharte cuando tenías razón, ¿Es suficiente? —añadió como si pareciera hastiado por hacerlo.

Así que el ególatra era capaz de arrastrarse cuando veía peligrar su puesto de trabajo y su posición de poder... No, definitivamente no era suficiente pero al menos había conseguido que se disculpara, aunque fuera bajo coacción desde luego.

—Para qué estoy aquí —respondí para ir al grano.

—Después de mucho meditarlo y analizar tu informe, he pensado que no hay nadie mejor que tú para liderar el equipo que desarrollará la aplicación. Tu estudio fue bastante completo, parece conocer el mercado y creo que estás bastante interesada en ello viendo el esfuerzo que pusiste para que se invirtiera en el proyecto —dijo como si aquel discurso lo tuviera estudiado.

Su voz era calmada y seria, como si me estuviera vendiendo de verdad la oferta de que había llegado a esa conclusión por sí mismo.

—¿Me estás diciendo que quieres que lidere el equipo de una aplicación que va a generar millones de euros? —exclamé—, ¿Yo?, ¿Una simple becaria que no lleva aquí ni dos semanas? —añadí en evidente tono de mofa dándole a entender que ni él mismo se creía sus propias palabras.

—Sí —afirmó sin añadir nada más.

Evidentemente no tenía una respuesta más que añadir porque era obvio que no había sido su idea, pero claro, él no podía ni intuir que de todo aquello ya estaba más que informada gracias a mi padre.

—Vale, no acepto —dije cruzándome de brazos.

No pensaba hacerlo, que suplicara si quería que liderara el equipo aunque sabía que solo lo haría para no perder su puesto como director. Deseaba de verdad hacerlo, no había aspirado a liderarlo, pero sí a estar dentro del mismo para ver cómo se desarrollaba.

—¡Que! —exclamó. No era una pregunta, parecía más bien una exigencia.

—Considero que no estoy preparada y por tanto no puedo aceptar —reiteré negándome por segunda vez.

—Lo harás y punto —sentenció Alejandro como si fuera su última palabra.

—¿Y por qué tanto interés en que lidere este equipo? —pregunté intentando

ver hasta donde sería capaz de admitir que estaba presionado por arriba para que lo hiciera.

—Por qué lo digo yo —aclaró—. Y no hay más que decir señorita Suarez, vuelva a su puesto de inmediato. Se le informará de su nuevo trabajo en las próximas horas.

—¿Y ya está?, ¿No tengo derecho a quejarme siquiera?, ¿Qué clase de empresa es esta?

—Si no quieres ser despedida hoy mismo, te recomiendo salir por esa puerta y hacer lo que se te pide —contestó firme—. Te lo propuse como algo que pensé que aceptarías gustosamente tratándose de un ascenso, en vista de que no es así y eres una becaria a la que se le asignan labores que deba requerir la empresa, ésta es una de ellas. Ahora sal —atajó no pareciendo esperar una respuesta y apartando la vista para centrarla en sus papeles.

Rechiné los dientes conteniendo mi ira. Aquél patán tenía razón, no podía negarme al puesto que me asignaran desarrollar, menos aún si este era aun mejor que lo que había hecho hasta ahora, estaba bajo supervisión.

Me levanté del asiento y caminé hacia la puerta, cuando salí di un portazo. Era una niñatada, pero al menos me sentí a gusto conmigo misma. Había querido gritarle a la cara cuatro cosas, pero no podía hacerlo sin revelar mi verdadero apellido porque de lo contrario no podría tener acceso a la información que tenía para reprochárselo en su cara. Estaba contra la espada y la pared, pero era el precio que tenía que pagar por camuflar mi apellido y ahora tenía que apechugar con mi enfado.

Me crucé con un tipo en el pasillo que me miró con lascivia, pese a ser bastante guapo, había perdido todo su encanto con aquel gesto. Parecía bien trajeado por lo que supuse que sería algún ejecutivo de alto rango, más aún

cuando se perdió tras el despacho de Alejandro, esperaba no tener que tratar con ese tipo, no me había gustado nada esa mirada y mucho menos las intenciones que había en ella. No parecía trigo limpio.

Aquella tarde no recibí ningún mensaje de citación de Alejandro, si era sincera aún no sabía exactamente en qué punto se suponía que estaba ahora el acuerdo inicial, pero desde luego tenía claro que si pensaba citarme no acudiría, al menos no ese día cuando estaba tan cabreada y menos aún después de haberme dejado bien claro que mi opinión para él valía lo mismo que un chicle pegado en el zapato.

El miércoles me presentaron al equipo de trabajo, estaba compuesto de seis personas incluyéndome a mí. Dos ingenieros expertos en la materia; Carlos e Ignacio, una publicista; Amaya, una analista de estadística; Paula, un informático que había que reconocer que era bastante guapo; Jaime y yo que me encargaría de coordinar y supervisar todo.

Era un equipo joven, estaba segura que el mayor debía ser Ignacio y no pasaría de los cuarenta a juzgar por su apariencia. Todos congeniamos bastante bien y lo cierto es que ninguno pareció estar en contra de que fuese yo quien dirigiera el equipo, claro que ninguno sabía que hasta ayer mismo había sido la chica de las fotocopias.

—Irina, te llaman de desde dirección —mencionó Paula pasándome el teléfono que al ser inalámbrico no hizo falta que me desplazara a ninguna parte.

—¿Si? —contesté no sabiendo exactamente quien se encontraría al otro lado.

—Señorita Suarez, necesito que me haga un informe sobre los avances del proyecto y se reúna a última hora en mi despacho —contestó esa voz ruda, potente y tan sexy que daban ganas de correrse en las bragas.

—Sí, señor Álvarez —contesté mirando a mi alrededor por si me estaban escuchando.

No sabía que era última hora, pero supuse que sería un poco antes de marcharme del trabajo, ¿no? Era un fastidio tener que verlo a solas de nuevo, aunque ahora que comenzaba a trabajar con el equipo reconocía que estaba contenta con la idea, pero seguía cabreada por las formas de proceder de Alejandro, además de sus mentiras.

Cuando llegué al despacho del dios griego su secretaria ya no estaba, de hecho no había casi nadie por el pasillo, así que llamé a la puerta con los nudillos.

Escuché un ruido de apertura de puerta y empuje permitiéndome el acceso.

—Siéntese, la estaba esperando —comentó de manera formal sin mirarme a los ojos. Intuí que volvía a tratarme de usted por haber discutido así que dejé la carpeta sobre su mesa cuando me acerqué hasta ella.

—Bien, explíqueme detalladamente sobre los avances, debo informar al consejo respecto a esta inversión. —comentó Alejandro prestando atención ahora a los documentos que había dejado sobre la mesa.

Me concentré en explicar básicamente lo que habíamos hecho durante el día que era un estudio previo de la situación y cómo íbamos a proceder, detallé como había organizado el equipo y las tareas asignadas a cada uno de ellos, en realidad el día no había dado más de sí.

—Bien, quiero un informe cada dos días sobre el avance del proyecto. No voy a correr más riesgos con este asunto y lo supervisaré yo mismo personalmente para que no haya problemas —dijo finalmente mientras cerraba la carpeta.

—Muy bien —contesté levantándome del asiento para irme.

—¿Donde crees que vas? —exclamó de pronto.

—Pensé que habíamos terminado, que podía marcharme —respondí confusa.

—Hemos terminado de hablar de trabajo, pero no de lo que haremos tu y yo después —atajó mirándome fijamente.

En ese momento me entró un repentino acaloramiento por la sensualidad de sus palabras.

—¿Que se supone que vamos a hacer? —pregunté irónicamente.

—Que ahora lideres un equipo no cambia nuestro acuerdo Irina, te quiero dentro de dos horas en el apartamento —dijo sin dar lugar a réplicas.

—¿Y si no quiero ir? —pregunté amenazándole sensualmente.

—Creo que vas a perder mucho si no vas —afirmó—. Liderar un equipo no te garantiza un buen puesto como te prometí cuando acabaras tus prácticas. —Vi como se levantaba y se acercaba hasta donde yo estaba lentamente—. Además, te aseguro que vas a disfrutarlo —sentenció terminando de acortar la distancia devorándome labios.

Tras sentir de nuevo aquellos labios, ansié devorar su boca, pero me controlé poniendo todo mi empeño, fuerzas y porqué no decirlo autocontrol a mí misma para separarme de aquél cuerpo del deseo.

—Solo iré con una condición —dije seriamente mientras miraba a aquellos ojos de ese color del mar más profundo y de los que parecía que brotarían llamas en cualquier momento.

—¿Cuál? —preguntó inquisitivo y pude notar cierta sorpresa en sus palabras, como si estuviera sorprendido de que me hubiera separado de él, lógico teniendo en cuenta que cada vez que me rozaba la piel, mi cuerpo se convertía en pura mantequilla entre sus dedos.

—Quiero establecer nuevas condiciones en el acuerdo —afirmé seria.

—No —negó rotundamente mientras se separaba aún más.

—Entonces no iré —determiné intentando ser lo más firme posible.

—¿Es que acaso quieres que te despida de esta empresa? —Me amenazó como si aquello fuera posible.

Independientemente de que él no supiera quién era, sabía de sobra que justo ahora no me podía despedir y podía jugar con esa baza a mi favor.

—Inténtalo —respondí sonriente sabiendo que le estaba retando con la mirada.

—Dos horas. —Volvió a repetir él antes de darle la espalda.

Entendí el mensaje de que la conversación se había terminado y me dirigí a la puerta mientras la cerraba, esta vez sin dar ningún portazo. No estaba irritada, al contrario, nunca había estado más segura de mí misma en toda mi vida. Que esperara pacientemente sentado porque no pensaba ir, por más ganas que tuviera de que aquel egocéntrico y magnánimo jefe que tenía me follara hasta la saciedad pensaba aguantarme; una ducha fría, mucho helado de chocolate y mi fiel amigo el consolador para saciar la sed de sexo. Sí, eso era lo que me esperaba aquella noche.

Decidí no irme inmediatamente a casa o la tarde sería eterna si lo hacía, por lo que aproveché para ir de tiendas a un centro comercial que me pillaba de paso, después de probarme varias prendas sobre todo con la idea de ropa de trabajo, así que me centré en colores neutros de la gama de blancos, beige, grises y negros terminé por entrar en una tienda de ropa interior femenina para darle color a mi triste vestuario. Si no podía llevar algo atrevido por fuera, lo llevaría entonces por dentro, así que compré unos cuantos conjuntos de ropa femenina sexy que había de nueva temporada. Me encantaba utilizar el corte tipo culote, me parecía mucho más sexy que un tanga y me sentía más cómoda

con esa prenda, vi un conjunto que parecía una especie de body completo de un tono verde jade precioso que era de lo más provocador, realmente no supe si tendría o no ocasión de ponérmelo para alguien, pero también me lo llevé.

Las compras agotaban y quien dijera lo contrario mentía como un bellaco, estaba muerta del cansancio y eso que apenas había estado dos horas en el centro comercial. Eran las ocho y cuarto cuando llegué a casa y me reí conmigo misma al comprobar la hora sabiendo que hacía exactamente diecisiete minutos y catorce segundos debía estar aporreando la puerta del apartamento de Alejandro.

—Bueno, creo que le habrá quedado bastante claro que no pienso ir —dije en voz alta hablando conmigo misma.

Después de una ducha fresca, me puse un camisón algo transparente y ligero para estar por casa sin pasar calor y me preparé la cena; arroz blanco con curry, pollo y almendras, una de mis especialidades culinarias que no tardaba mucho tiempo en cocinar.

Coloqué el plato sobre la pequeña mesa de centro que tenía en el saloncito y encendí la televisión mientras terminaba de colocar la mesa que consistía en un par de servilletas, tenedor, cuchara, helado y una copa de vino blanco que había comenzado a degustar mientras preparaba la cena. Tenía que reconocer que estaba que me subía por las paredes, ¡Dios! Ahora no estaba del todo segura de si había sido buena idea no haber ido. Mi cuerpo estaba excitado, inspirando deseo por cada poro de mi piel y anhelaba sin duda alguna el cuerpo de Alejandro.

El timbre de la puerta me sobresalto justo en el momento en el que pensaba en la última vez que lo habíamos hecho en aquel barco, me levanté descalza caminando despacio hacia la puerta cuando volvió a sonar el timbre. Al parecer debía ser alguien impaciente, un pensamiento se instaló en mi mente,

solo había alguien que pudiera impacientarse así... y ese sin duda sería el dios griego de Alejandro. Además de que era el único que sabía donde vivía aparte de mis padres.

Abrí la puerta y allí estaba él, dejado caer en el marco de la puerta de mi apartamento, con los dos botones de la camisa desabrochados, sin cortaba y con el pelo revuelto. Todo él transmitía una sola palabra; *sexo*.

—Renegociemos —Fue lo único que dijo provocando que todo mi cuerpo se estremeciera de placer.

## **15. Una batalla perdida.**

### POV ALEJANDRO

Aún no me podía creer que hubiera dicho esas palabras y que estuviera allí, en su apartamento, pidiéndole que renegociáramos las condiciones del acuerdo dispuesto a aceptar las suyas. Había tenido la firme creencia de que iría, a pesar de haberse negado porque ella lo deseaba de igual manera, podía verlo en sus ojos, pero era evidente que no lo había hecho y por la misma razón yo estaba allí. En cualquier otra situación lo habría dejado estar, no habría movido un solo dedo por recuperar lo que teníamos, pero tuve que aceptar mi derrota ante lo evidente e ir hasta su apartamento para llegar a un maldito acuerdo porque necesitaba tenerla bajo estricto control tanto dentro como fuera de la empresa después de lo que había pasado.

Ni siquiera era consciente de cómo esa mujer estaba consiguiendo lo que quería y a pesar de hacerlo, no parecía satisfecha con sus logros. Aún no lograba entender porqué rechazó el puesto de liderar el equipo si tanto había insistido en la propuesta para su desarrollo. Se suponía que dada su inquietud ante el proyecto sería la más interesada en participar, pero se había negado en rotundo, ¿Quién en su sano juicio lo haría? Más aún tratándose de una simple becaria con un sueldo mediocre, pero al parecer Irina Suárez no era ninguna becaria común y corriente y comenzaba a pensar que lo había rechazado porque esperaba obtener una mejor propuesta, ella aspiraba a ser mucho más y no dudaba de que lo conseguiría con sus artimañas, además de su inteligencia.

Sí. Debía admitir que tenía ante mí no solo a una belleza de mujer, sino a

alguien lo suficientemente inteligente y perspicaz como para saber jugar sus cartas a su debido tiempo. Conseguía persuadirme de tal forma que me dejaba confuso con sus peticiones o respuestas y eso solo lograba hacerme dudar más de sus verdaderas intenciones, como si quisiera perder de vista la verdadera razón de porqué se acostaba conmigo y porqué existía aquel acuerdo que manteníamos aún en vigor, solo que era el hombre equivocado para que jugara conmigo de aquella forma y desde luego era algo que jamás iba a permitirme pasar por alto.

Aún podía recordar la última vez que había estado en su departamento tal y como estaba ahora, justo cuando volví del viaje a Hannover y ella no contestó a mis mensajes, ni se presentó a la hora acordada, pero supuse que tras tres días sin tener noticias mías, probablemente no había visto los mensajes y en lugar de enfadarme porque era uno de los requisitos que le había exigido, estaba lo suficientemente necesitado de sexo como para no reprimir un día más mi apetito y presentarme en su casa con la imperiosa necesidad de hacerla mía de nuevo a pesar de saltarme mis propias condiciones, aunque en realidad esas reglas solo existían para proteger mi intimidad. Lo que menos deseaba era que Irina supiera donde vivía... en cambio yo mismo no había respetado su privacidad y era la segunda vez que aparecía en su casa sin avisar importándome un comino lo que me pidiera a cambio... aunque lo que menos esperé fue que me solicitara ser su guía por la ciudad por tener sexo en su casa... pero, ¿Quién pide algo así pudiendo obtener una compensación económica por ello? Eso me descolocaba y no dejaba de pensar que quizá formaba parte de un complot para obtener un fin aún mayor. Estaba seguro de que tarde o temprano, Irina revelaría sus verdaderas intenciones y solo estaba aguardando a que llegara el momento mientras observaba intrigado cada uno de sus movimientos.

Lo cierto es que tenía que reconocer que me lo había pasado bastante bien

enseñándole la ciudad en moto, por un momento olvidé quién era y qué representaba, de hecho cualquiera podría decir que parecía una chica normal y corriente como lo era mi hermana, tan curiosa por descubrir cosas nuevas que en cierta forma me hacía creer que era vulnerable, pero esa cara angelical no podía engañarme, menos aún cuando había sido la artífice de que el propio Luciano Komarov cogiera el teléfono para llamarme él mismo y me dijera que no parecía llevar lo suficientemente bien la dirección de la empresa cuando una simple becaria había descubierto aquel informe que nos generaría ingresos por varios millones de euros, ¡Jamás en toda mi carrera me había sentido tan impotente!

No pensaba aceptar que gracias a ella habíamos salvado una cifra astronómica, menos aún que gran parte de aquella reprimenda por parte de Luciano Komarov fue merecida por no escuchar a Irina cuando trató de avisarme a su debido tiempo, pero ¿Cómo iba a saberlo?, ¿Quién en su sano juicio pensaría que una simple becaria podría ser capaz de hacer aquel estudio metódico? A mí mismo me hubiese costado bastante tiempo lograr hacerlo y en cambio ella lo había hecho en cuestión de horas. Aún lo dudaba, tenía mis sospechas de que realmente lo hubiera realizado ella misma a pesar de propinarme una bofetada cuando se lo recriminé e incluso me exigió una disculpa que estuviera a la altura de las circunstancias haciendo que me sintiera aún más intrigado por esa mujer.

Reconozco que rebajarme no estaba en mis planes, menos aún pedir perdón, así que llevármela todo un fin de semana en mi velero me parecía la mejor opción tras recibir la llamada desde la junta directiva donde indicaba que querían a Irina Suárez al frente del equipo del proyecto o de lo contrario tendría que presentar mi dimisión. No podía creerme que mi puesto dependiera de que ella aceptara, ¡Una simple becaria! Y no cualquier becaria, sino una con demasiada ambición y con la que tenía un acuerdo estrictamente

sexual.

Mirase por donde mirase, estaba acorralado entre la espada y la pared. Tenía que de algún modo apaciguar el enfado de la rusa y nada mejor que un buen vino, acompañado de buen sexo y espléndidas buenas puestas de sol en alta mar para conseguirlo. Tal vez de esa forma creería verdaderamente mi arrepentimiento como para aceptar en cuanto regresáramos la propuesta que le ofrecería de buen agrado como idea propia, no dudaba de ello, le haría creer que era idea mía e incluso lo consideraría como una recompensa por su buen procedimiento en nuestro acuerdo tras aquel fin de semana. No quería reconocer que yo era el primer interesado en estar a solas todo aquel fin de semana junto a ella después de pasar varios días sin tener ningún contacto, incluso estuve tentado de presentarme en su casa para exigirle cumplir con el acuerdo solo por mi persistente apetito sexual hacia esa mujer de piernas largas que me estaba volviendo loco, pero me contuve al intuir que solo empeoraría las cosas si lo hacía. La espera tuvo su recompensa porque desde luego fue un fin de semana apoteósico, uno que jamás olvidaría durante el resto de mi vida y probablemente lo recordaría cada vez que navegara en el velero... aún podía saborear cada instante en aquel barco donde incontables veces la hice mía y sobre todo de la última noche donde creía que jamás me cansaría de ese venerado cuerpo creado para saciar mi más ínfimo apetito. Podía asegurar poniendo la mano en el fuego y no me quemaría, que nunca había disfrutado más de ese velero que aquel fin de semana con ella, por unos instantes había deseado que el tiempo se detuviera y nos quedáramos allí para siempre, no necesitaba más que aquello para sentir algo parecido a la plenitud; su olor, el mar, el silencio únicamente interrumpido por sus jadeos de placer cada vez que hundía mi polla dentro de ella... si, sin duda eso era melodía para mis oídos, conseguía excitarme solo con recordarlo y ansiaba de nuevo volver a repetirlo. Había descubierto que me gustaba, Irina me gustaba de

verdad y disfrutaba de su compañía por más que intentara negármelo.

Seguía sin saber como ella había sido capaz de filtrar el proyecto dentro de la sede central para que llegara hasta el propio Luciano en cuestión de horas, pero cada vez era más evidente que debía tener algún tipo de contacto interno, quizá un antiguo amante antes de venirse a Madrid que le pudiera haber filtrado el documento o facilitarle el correo, ¿De qué otra forma sino iba a lograr que llegase hasta el propio presidente en persona? Porque dudaba que lo hubiera logrado de forma rutinaria, tendría que pasar demasiados procesos y ella lo había conseguido en apenas unas horas.

No. Desde luego que Irina tenía a alguien dentro... es más, me incitaba a creer que probablemente tuviera información confidencial de la empresa que habría obtenido de algún modo puesto que hasta su teléfono estaba cifrado para no localizarla. Sin duda era una mujer de recursos hasta el punto de que en su día había conseguido mi propio teléfono, ¿Qué le impediría conseguir el del propio Luciano en persona? Eso me llevaba a pensar en numerosas ocasiones si me habría investigado antes de enviarme aquella imagen que aseguraba haber sido un error. Lo dudaba, pero la única razón por la que seguía con todo aquello es porque tenía su firma en aquel acuerdo confidencial del que ambos saldríamos perdiendo si salía a la luz. Irina no había sido la primera en intentar obtener privilegios por meterse en mi cama, muchas otras lo habían intentado antes de ella y ninguna había llegado lo suficientemente lejos como para lograr llamar mi atención, algo que ella había conseguido con una simple fotografía. Todo en ella me intrigaba, pero al mismo tiempo me negaba a mí mismo a averiguarlo porque estaba seguro de que no me gustaría lo que encontraría si lo hacía. Además, ella se iría dentro de unos meses cuando acabara su contrato en prácticas y para ese entonces ya me habría cansado de ella.

Muy a mi pesar no podía negar que pese a todo su hazaña tenía mérito, quizá demasiado, porque Irina estaba demostrando tener destreza dentro de la empresa y eso podría suponer que aquel acuerdo que manteníamos pronto no tendría interés alguno para ella y por mucho que me fastidiara reconocerlo, era consciente de que yo sí quería mantener ese acuerdo que me garantizaba su control, su poder, su cuerpo... sin nadie más de por medio.

Quería creer que solo lo anhelaba por asegurar el bienestar de la empresa y sobre todo de mi posición en ella, pero la verdad era otra bien distinta. Si. Soy consciente de que quizá necesito más de ella que probablemente ella de mí, pero era plenamente capaz de reconocer que su cuerpo se estremecía cada vez que la tocaba y aquello no se podía simplemente fingir, es más, empezaba a sospechar que disfrutaba verdaderamente de aquella condición y que probablemente a pesar de su ambición, se había dejado arrastrar por aquel placer que incomprensiblemente nos invadía a ambos cuando estábamos juntos.

Había sido la primera mujer con la que había dormido en años, más bien diría la única si descarto a mi hermana y aquella vez en la que me quedé dormido después de una fiesta universitaria de la que apenas recordaba nada. Fue la primera vez que conscientemente pasé la noche en la misma cama con alguien sin ningún tipo de restricción porque me apetecía, simplemente no me importaba como tantas veces sí lo había hecho con anterioridad y me dije que lo hacía para no tener que acompañarla a casa a altas horas de la madrugada estando cansado después de todo el día.

Nunca me quedaba a pasar la noche con ninguna de las mujeres con las que me acostaba porque simplemente evitaba lo que aquello implicaba. No me gustaban las preguntas, ni establecer ningún tipo de contacto que implicara volver a ver a esa persona o simplemente el hecho de dormir al lado de una

completa desconocida que solo me generaba desconfianza, por eso jamás lo hacía y siempre buscaba lugares de los que después de tener sexo podía marcharme sin dejar un número de teléfono. Necesitaba ser libre, independiente y sin ataduras, sin contar con que detestaba demasiado las complicaciones que por consecuencia tendría iniciar una especie de relación. Era consciente de que una mujer siempre exigía más y nunca sería suficiente para ella, había crecido con ese pensamiento desde pequeño puesto que mi abuelo me lo repetía de forma tan constante que aún podía escuchar su voz repiqueteando en mi cabeza, pero lo peor de todo quizá no era que él lo dijera, sino comprobar por mi mismo la razón de aquellas palabras.

«Escúchame bien mocoso. Ninguna mujer, óyeme bien, ninguna de esas putas con tetas te querrá por algo que no sea interés. Solo quieren una cartera repleta de billetes verdes para abrirse bien las piernas y dejar que la folle cualquiera que pueda pagar su precio. Mira tu madre, se vendía por una miseria o tu propia abuela que se largó con el primero que tenía la cartera llena. Todas son iguales... son así desde que nacen y hasta esa zorra inútil de tu hermana será igual que ellas. Solo querrán tu dinero para robarte y después largarse con el primero que pase, así que grábatelo en la cabeza, ¡Todas son putas! Y así es como se merecen que las trates».

A pesar de saberlo, allí estaba buscándola de nuevo, como un drogadicto a por su dosis sabiendo el daño que aquello hacía, pero en mi caso quizá no me importaba. Sabía que Irina tenía precio, solo era cuestión de pagarlo y la volvería a tener de nuevo, únicamente necesitaba ser consciente de ello y no dejar que me afectara. Me decía a mi mismo que podría terminar cuando quisiera, que quizá sería conveniente no seguir con aquel acuerdo, que tal vez, —solo tal vez—, Irina estaba filtrándose bajo mi piel de una forma lenta pero certera, solo que no quería creerlo porque yo tenía el poder en aquella situación, yo tenía el control y ella solo sería un títere en mis manos jugando

en mi propio campo.

. En cuanto abrió la puerta y vi esas piernas largas que se perdían bajo aquel fino camisón casi transparente, deseé arrancarlo de su cuerpo para deleitarme con lo que había debajo de aquella prenda, ver de nuevo sus insinuantes pechos de pezones rosados y deleitarme con ellos jugueteando con mi lengua.

¡Joder! Me volvía loco ese cuerpo, me parecía que había pasado una eternidad desde la última vez que habíamos tenido sexo y ciertamente ahora al verla así vestida con la sensualidad que siempre emanaba de su cuerpo, aquellos labios increíblemente carnosos que incitaban al pecado y esos ojos llameantes, solo quería cogerla en brazos y llevarla de nuevo al velero donde me aseguraría que no pudiera escapar a ninguna parte.

No entendía en base a qué tenía aquellos pensamientos o porqué razón eran fundados, pero lo único cierto en todo aquello es que Irina era la causante, únicamente la rusa era la culpable de que estuviera volviéndome desquiciado de aquella forma incontrolable y no razonara juiciosamente o antepusiera mis creencias antes de mis apetitos o deseos hacia ella.

Esperaba que no estuviera con nadie a pesar de estipularlo en el acuerdo, sinceramente no sabía que esperar al respecto, si respetaría de verdad aquellas cláusulas aunque hubiera afirmado que lo haría, pero sabía que no era alguien de fiar, ninguna mujer lo era... todas engañaban a pesar de asegurar que no lo harían o dirían cualquier cosa con tal de salirse con la suya y desde luego ella no era menos, no debería sorprenderme que lo hiciera, solo que algo dentro mí esperaba o más bien deseaba que no fuera así a pesar de poseer esa incertidumbre que me desconcertaba.

No quería compartirla y no precisamente porque la quisiera para mi disponibilidad cuando así lo requiriera como insté en un principio, sino porque verdaderamente la deseaba únicamente para mí. Solo imaginar otros

brazos tocando aquella suave piel, haciéndola estremecer de la misma forma que cuando estaba en los míos me desquiciaba, me volvía loco, me desesperaba. Irina era mía... quería que fuera solo mía y que por alguna siniestra razón ella solo me deseara a mi.

Di un paso sin esperar a que me invitara, adentrándome en aquel apartamento observando todo el conjunto a mi alrededor y descubriendo que ella estaba sola, que no había nadie allí con ella y que a pesar de no saber exactamente en qué punto nos encontrábamos de aquel acuerdo, no había infringido la clausula. En ese momento respiré con mayor tranquilidad, era como si algo dentro de mi se hubiera calmado... necesitaba volver a sentirla de nuevo, aspirar su olor que me embriagaba por completo y que me llevara de nuevo al éxtasis como cada vez que teníamos un encuentro.

No tenía ni idea de cuáles serían sus peticiones, pero en aquel momento mi excitación era tan contundente que estaba más que dispuesto a aceptar lo que fuera con tal de volver a poseerla.

## 16. Mis condiciones

Cerré la puerta sin decir palabra alguna en cuanto él entró a pesar de que no le diera permiso para hacerlo. Observé como repasaba con una sola mirada su alrededor, tal vez esperase encontrar a alguien en casa conmigo, pero debió desistir de aquella idea en cuanto fijó la vista en la mesa en la que solo se encontraba una copa casi vacía y un solo plato.

—¿Cuáles son tus condiciones? —exclamó una vez que volvió la vista después de aquel repaso por el salón de mi casa hacia mí.

—Se acabaron las exigencias de puntualidad —dije sin rodeos.

Sabía que preguntar qué demonios hacía él allí no tenía sentido, era más que obvio que tenía tantas ganas de follar conmigo, cómo yo con él. Su sexo definitivamente era adictivo y en el fondo me alegraba de que para él fuera también así.

—Sabes que no me gusta esperar. —Gruño por respuesta.

—Pues es lo que hay. Tengo una vida aparte de ti, Alejandro —dije observándole refunfuñar, como si estuviera a punto de soltar un improperio, pero finalmente me miró con aquellos ojos que conseguían derretirme por completo.

—Está bien, pero intentarás llegar relativamente puntual —contestó arrastrando las palabras.

—Eso puedo hacerlo —dije cediendo parcialmente.

—¿Algo más? —preguntó acercándose lentamente hasta donde me encontraba

como si pretendiera apresar a su presa entre sus garras, siendo en este caso yo la presa.

—Si —afirmé—. Me gusta ese apartamento que alquilaste, pero lamento decirte que está demasiado lejos, así que no pienso ir hasta allí cada día, tardo demasiado tiempo en transporte público y me arruinaría si fuese en taxi.

—¿Prefieres que venga yo hasta aquí? —gimió en un tono seductor que evidenciaban las ganas de posesividad que tenía en aquel instante.

—No, por supuesto que no —dije negándome a la idea de que Alejandro viniera cada día a mi casa, aunque si lo pensaba era mucho más cómodo, pero no. Eso no me daría la privacidad y la distancia que debía mantener respecto a él.

—Está bien —susurró en mi oído—. Buscaré algo que esté más cerca de aquí para que no tengas ese problema. —Terminó diciendo al tiempo que mordía suavemente mi oreja, provocándome un incesante hormigueo de sensaciones en el estómago—. ¿Tienes algo más que añadir? —preguntó recorriéndome ahora con suaves besos el cuello.

—Sí, tengo una última condición —añadí echando hacia atrás la cabeza para darle un mayor acceso al recorrido de besos que estaba proporcionándome en aquel momento.

—Dilo —contestó apresando mis pezones con su boca sobre la tela de aquel camión transparente que tan poco dejaba a la imaginación.

—No nos citaremos solo cuando tú quieras, si a mí me apetece tener sexo a cualquier hora, de cualquier día, también vendrás —añadí.

Estaba harta de que solo lo hiciéramos cuando él quería, yo también tenía derecho a opinar al respecto y si me apetecía tener sexo, lo tendría.

—¿Es que no te dejo lo suficientemente satisfecha que aún deseas tener más?  
—preguntó alzando una ceja.

—Siempre quiero más —contesté directamente. Más bien tendría que decir que era insaciable de él porque realmente no me apetecía tener sexo con otro que no fuese Alejandro.

—Soy un hombre ocupado, Irina —dijo como si fuera un pretexto

—Harás todo cuanto esté en tu mano para venir si así lo deseo —contesté agarrándole del cabello fuertemente para que me mirase fijamente a los ojos.

—No te prometo nada —contestó y cerré los ojos.

Al menos no se había negado, era la mitad de la batalla ganada. Tal vez solo lo decía por asegurarse tener sexo conmigo en aquel momento, pero no me importaba, ya había accedido a sus anteriores peticiones y casi había aceptado aquella. Podía soportarlo, ahora no sería él quien salía ganando exclusivamente con aquel acuerdo.

—Está bien —dije mientras acortaba la distancia para devorar aquella boca que me volvía completamente desquiciada. Los labios de Alejandro no tardaron en responder, buscando con su lengua la mía y al encontrarse, se fusionaron en una danza campal por ver quién salía vencedora.

Las manos de Alejandro subían por mis muslos rozando las caderas, encontrando el filo del culote que llevaba puesto de encaje y rodeando las nalgas de manera que me deleitaba con su toque. Me alzó para sentarme sobre la encimera de la cocina mientras abría las piernas y le acogía entre ellas al tiempo que comenzaba a desabrochar su camisa.

La pasión nos consumía al punto que él me ayudó a desnudarme apresuradamente, se denotaba el ansía que teníamos el uno por el otro y

cuando se bajó los pantalones de un solo movimiento, ni siquiera los sacó de sus piernas para deshacerse de ellos, sino que se abalanzó sobre mí de un solo movimiento para hundirse en mi interior mientras saboreaba de nuevo el placer de sentirme poseída por ese dios griego.

Me deshice del camisón fino que llevaba puesto para darle mayor acceso y privilegio a mi cuerpo y sobre todo a los rosados pezones que danzaban libres ahora y que Alejandro comenzó a devorarlos a la misma vez que el ritmo de sus embestidas aumentaba provocándome gritos de placer y saliendo a su encuentro agarrándome firmemente a la encimera en la que estaba apoyada. Sentía la profundidad de cada una de sus estocadas y era sumamente excitante, simplemente era como morir lentamente de puro éxtasis. .

Alejandro sabía lo que era follar con todo el sentido de la palabra. Noté como me alzaba con sus manos sin salir de mi interior y se deshacía de sus pantalones. Me encaramé a su cuerpo mientras repartía besos por su cuello y le daba pequeños mordiscos no tan suaves en el hombro. La respuesta de él fue morderme a mi también al tiempo que me alzaba un par de veces en el aire para hundirse de nuevo en mi interior en un agonizante placer infinito.

En cuanto llegamos a la habitación se abalanzó aún conmigo en brazos sobre la cama y salió lentamente de mi cuerpo. Sin perder el roce de su piel me dio la vuelta de un movimiento y me coloqué de espaldas a él de rodillas sobre la cama esperando recibirle de nuevo. Sentía el calor de Alejandro en la espalda, sus manos recorriendo mi piel tan candente como el fuego. No podía dejar de agonizar de placer con cada una de sus penetraciones mientras me saboreaba y finalmente sus dedos llegaron hasta mi entrepierna donde comenzó una danza en movimientos circulares que me hizo creer que estaba en el mismísimo edén.

Me arqueé hacia atrás dejándome caer en el calor de su cuerpo y sintiendo ese

cúmulo de sensaciones que me harían explotar de un momento a otro acompañado por sus jadeos en mi oído, en el calor de su cuerpo y en sus constantes embestidas acompañadas de los jadeos. Aquel apoteósico orgasmo no tarde en llegar, tan brutal como ningún otro y mientras experimentaba ese sublime placer, sus palabras llegaron a mis oídos como si se tratara de un sueño.

—Eres mía Irina, recuérdalo... únicamente mía.

Alejandro se marchó inmediatamente después de darme un ardiente y profundo beso. Me dejó somnolienta en mi propia cama mientras salía desnudo de mi habitación y poco después podía escuchar el sonido de la puerta cerrarse. Ni tan siquiera se había despedido, pero ¿Por qué razón lo haría? Aquella relación solo se basaba en tener sexo, aunque las palabras que había mencionado hacía unos instantes aún resonaban una y otra vez en mi cabeza.

«Mía... únicamente mía»

¿Alejandro me considera solo suya? Bueno, realmente no había cambiado las condiciones del acuerdo en las que mantendríamos una relación monógama entre ambos, realmente no se me había pasado por la cabeza siquiera mencionarlo, entre otras cosas porque después de probar el sexo con él ¿Qué mujer en su sano juicio querría tener a otro en su cama? No... solo necesitaba a un hombre, ese con aspecto de dios griego y ojos azules que era una fiera en la cama, solo quería el placer que él me proporcionaba y comenzaba a pensar que aquello iba a ser un peligro, sobre todo cuando tuviera que marcharme de nuevo a casa, pero aún quedaba mucho tiempo para eso, ¿no? Hasta entonces pensaba disfrutarlo. Sí, desde luego que lo disfrutaría.

El equipo comenzaba a trabajar muy bien aunque el trabajo que tenía que desempeñar ahora era mucho más agotador que el de los últimos días, pero compensaba con creces el esfuerzo sabiendo que estaba haciendo algo de

verdad que daría frutos para la empresa. Aquel proyecto trataba sobre una aplicación de servicios, era capaz de localizar por gps la ubicación y proporcionar los servicios que el usuario necesitara; desde coche, hotel, restaurante, comida a domicilio, servicio de catering, citas, todo. Se trataba de interconectar la multitud de servicios disponibles para proporcionar toda la información analizando el perfil y gustos de la persona que interactuaba. Además creaba un avatar con la agenda programada del día para que los servicios se integraran en la actuación de la persona, dada la evolución social por la tecnología, era el momento oportuno de aprovechar los servicios que ofrecían el resto de aplicaciones e integrarlas como complementos en la propuesta, pero aquello requería un duro trabajo y sabía que no iba a ser fácil. Eran casi las ocho cuando salí de la oficina, al final el tiempo se me había echado encima y había estado un par de horas más del horario establecido de trabajo, pero sospechaba que sería así de ahora en adelante. Saqué el teléfono del bolso para llamar a Nadia de regreso a casa y encontré un mensaje sin leer.

### **Alejandro:**

*A las 22.00pm en Calle de la luna, portal 7, última planta. He pedido sushi.*

Aquello significaba dos cosas; la primera es que le había aceptado la petición de cambiar de lugar de encuentro, esa dirección estaba mucho más cerca de mi apartamento. La segunda es que me estaba invitando a cenar aunque fuera de forma indirecta y además me hacía recordar la última vez que cenamos sushi, lo que implicaba que un calor recorriera mi cuerpo al evocar cómo le practiqué sexo oral a Alejandro. Sin duda alguna esa noche estrenaría el

conjunto verde jade que había comprado ayer mismo.

Al llegar a casa, me di una ducha larga de esas que tanto me encantaban aprovechando que el nuevo sitio que Alejandro parecía haber encontrado estaba casi al lado de mi apartamento y ya que solo tendría que vestirme porque sinceramente, no me apetecía en absoluto maquillarme, aproveché para entretenerme aún más bajo los chorros de la ducha.

El agua caía por mi piel recorriendo todo mi cuerpo y en aquel momento un deseo incontrollable de que Alejandro estuviera justo allí me invadió. No entendía porqué, puesto que le vería en cuestión de una hora más o menos, pero sin pretenderlo pensé que me encantaría que invadiera de pronto aquella ducha y me tocara con sus manos que solían llevarme a la gloria. Corté el grifo y me sacudí la cabeza momentáneamente.

«Deja de pensar estupideces, Irina» me dije a mi misma mientras me liaba en la toalla y comenzaba a desenredar el cabello instantáneamente.

Me puse aquel body tan sexy de color verde que contrastaba con mi piel blanquecina, cuando me miré al espejo para ver cómo me quedaba quise ser traviesa, así que pese al calor que hacía en aquel tiempo, busqué un abrigo de tela fina y manga al codo. No sería tan descabellado teniendo en cuenta que por la noche refrescaba. Me vestí únicamente con aquella prenda y unos zapatos de tacón alto aprovechando que no tendría que caminar demasiada distancia.

Eran casi las diez cuando salí de casa. Me reí de mi misma al comprobar que haría uso de la primera condición que le había exigido cambiar. Llegaría tarde y por primera vez desde que firmé aquel acuerdo, me daba absolutamente igual.

Terminé llegando aún más tarde por tratar de seguir el navegador del móvil

entre las calles, aunque finalmente lo logré, era un edificio de estructura antigua, pero reformado y por su aspecto parecía que había sido reestructurado recientemente, teniendo en cuenta el estado de la pintura que estaba ciertamente impoluta. Observé desde la calle de enfrente la última planta, tenía balcones y mi instinto me hizo dudar que Alejandro hubiera buscado algo así, puesto que siempre parecía primar la privacidad en él.

La puerta estaba cerrada así que busqué el botón correspondiente al piso que me había indicado y presioné esperando respuesta. No escuché ninguna voz, sino directamente el sonido de apertura para que entrara. Al parecer Alejandro no pensaba preguntar quién era porque debía dar por hecho que sería yo, así que empujé y después caí en la cuenta que el portero tenía cámara...

«Idiota» me dije mentalmente... claro que no iba a preguntar quién era porque sencillamente me estaba viendo.

Al parecer solo había un piso por planta, me pareció bastante insólito, pero podría ser normal tratándose de un edificio antiguo. Cuando llegé a la última planta solo divisé una puerta a la derecha del ascensor, quizá Alejandro tenía ciertas manías con eso de tener vecinos y ya puestos, con estar siempre en el último piso, ¿Tal vez fuera la razón de alquilar esos apartamentos?, ¿Para que los gritos de placer no fueran escuchados? Me preguntaba cómo sería el lugar donde él vivía, después de todo, Alejandro había estado en mi casa y sabía perfectamente cómo era.

Fui con paso decidido hacia la puerta y cuando iba a llamar al timbre ésta se abrió dejándome apreciar la perfecta silueta de Alejandro en traje.

—A mi favor diré que me he perdido con el navegador del móvil —dije no sabiendo porqué me estaba justificando puesto que ahora no tendría porqué dar explicaciones. Él había accedido a ser más tolerante con la hora y no me había exigido nada a pesar de mirarme con cara de pocos amigos.

—¿Eso quiere decir que serás más puntual la próxima vez? —preguntó mirándome inquisidoramente.

—No —respondí a secas mientras divisaba lo que parecía ser bandejitas de sushi bien colocadas en una mesa y dos copas de vino llenas junto a una botella.

Al parecer había estado preparando la mesa mientras llegaba, saqué el móvil del bolsillo y comprobé que eran las diez y media, ¡Me había retrasado media hora! vaya... sí que debía estar molesto, aunque parecía controlarse bastante.

—Comamos —sentenció.

Fue extraño que no tratara de discutir o soltar algún comentario mordaz. Me mordí el labio y comencé a desabotonar el abrigo, ahora me sentía un poco estúpida por haber tenido aquella idea, pero no había vuelta atrás, así que aprovechando que él se había dado la vuelta me lo quité y lo tiré al sofá que estaba justo detrás de mí. Ni tan siquiera me había percatado de la decoración del apartamento, era bastante clásica y a la vez moderna. La entrada daba directamente a un salón, no tan grande como el de la otra casa, con una mesa de cristal para cuatro personas, un sofá de piel en color beige haciendo esquina frente a un gran aparador con una televisión de tamaño gigantesco que hasta me dio pena no utilizar y al fondo a la izquierda se divisaba lo que parecía una cocina americana que se integraba en el salón jugando con el blanco, marrón y gris de los colores neutros que había por la estancia.

La luz natural se filtraba por unos grandes ventanales que daban a una terraza, lo cual supe al instante que la última planta que se veía desde la calle no era en la que me encontraba precisamente ahora.

—¡Joder! —exclamó Alejandro y dejé de observar los ventanales para mirarle a él y ver qué había ocurrido, pero parecía mantener la mirada fija en mí, lo

suficientemente concentrado como para devorarme con su mirada.

Después de todo, había sido una buena idea ir así vestida... todo fuera por deleitarme con la expresión que tenía Alejandro ahora mismo en su cara al verme.

—¿Comemos, no?—pregunté indiferente a su reacción mientras me acercaba a la mesa y separaba la silla para sentarme.

—No —negó firme y le vi coger su copa para dar un sorbo y saborear el líquido que contenía.

—¿No?, ¿No tienes hambre? —pregunté seductoramente imitando el gesto que él había hecho previamente con su copa.

—Vas a tumbarte sobre la mesa y voy a comer de ti —dijo tan firme que casi parecía una orden. Además, me observaba tan intensamente que sentía que iba a derretirme de un momento a otro,.

¿Comer de mi?, ¿A qué se refería? Me pregunté en cuanto la pregunta llegó finalmente a mi cerebro.

Con un par de movimientos, Alejandro abrió la mesa convirtiéndose en una para albergar al menos a diez personas, cogí las copas antes de que pudiera peligrar su caída ya que el resto de lo que había sobre ella eran bandejas de plástico que no corrían peligro alguno. Ahora había mucho más espacio vacío en la mesa y esperé indicaciones para ver qué era lo que pretendía hacer conmigo aquel dios griego.

—Súbete a la mesa y tumbate —dijo con tono autoritario.

Por momentos me hacía sentirme febril y en otros le detestaba. Ahora mismo estaba sintiendo lo primero. Me subí a la mesa expectante por lo que pretendía hacerme y me tumbé al tiempo que él me colocaba las piernas en la posición

adecuada, con los brazos sobre mi cabeza de forma que el pecho se mantuviera más erguido. Vi que se quitaba la corbata y la anudó en mis muñecas para que no pudiera hacer movimiento alguno, pensé en quejarme, pero después sentí que me apetecía jugar a ese juego, el deseo de descubrir lo que acontecía era superior a cualquier otra cosa en ese momento.

Alejandro pareció concentrarse en la tarea de llenar mi cuerpo de sushi, apenas notaba el peso de la comida sobre aquel body algo transparente, pero sí sentía los pequeños roces que con sus dedos esparcía en lugares estratégicos.

—¿Y yo no voy a comer? —pregunté cuando supe sus intenciones y entendí lo que significaba comer de mí.

—Comerás lo que yo te dé con mi propia boca. A partir de ahora, solo te tocaré con los labios —afirmó y con ello hizo que agudizara el resto de sentidos expectante a las sensaciones que aquello me provocaría.

Alejandro no solo se limitó a coger cada bocado que había sobre mi cuerpo, sino que atrapaba al mismo tiempo parte de la piel a través de la tela de la prenda que llevaba puesta con sus dientes, provocando que mi apetito creciera. Quería su boca succionando ciertas partes de mi anatomía y me estaba matando lentamente con su despiste, provocando que con cada uno de aquellos lentos y seductores bocados le anhelara más. Cuando me daba de sus propios labios aquel bocado de placer envuelto en algo apetitoso que degustar, notaba sus labios rozarse con los míos. Sin duda alguna esa forma de cenar sushi no la iba a olvidar jamás.

Sentí sus manos subir por las piernas y entendí que ya se había terminado toda la comida, quería liberarme para poder tocarlo, ansiaba devorarlo, necesitaba sexo salvaje, directo y que se hundiera tan profundamente dentro de mí que consolara toda la apetencia contenida que había acumulado.

—Desátame —supliqué al tiempo que me incorporaba mientras él me desabrochaba por el cuello el body y lo bajaba lentamente revelando mi desnudez.

—No —contestó al mismo tiempo que apresaba uno de mis pezones provocando que gimiera y me arqueara hacia él deseando más.

Me bajó el body hasta la cintura y luego me levanto como si no pesara nada para terminar de bajármelo y lo arrojó al suelo. Me acerqué al borde de la mesa arrastrándome con las piernas y fui a acercar las manos al cuerpo de Alejandro pero me detuvo alejándolas y colocándolas sobre su cuello, apoyando mis muñecas aún atadas sobre sus hombros, justo detrás de su cabeza, haciendo que su boca quedara cercana a la mía.

Aproveché la cercanía para devorar sus labios mientras sentía las manos de Alejandro desabotonando su pantalón. Aquel hombre besaba como los ángeles, devorándome la boca con su lengua, jugando con mi labio inferior mordiendo lenta y pausadamente sin demasiado fervor haciendo que ansiara más.

—¿Lo quieres? —preguntó jadeante.

—Si —afirmé—. Lo quiero —respondí sabiendo exactamente a lo que se refería.

—Pídelo, vamos pídemelo —añadió incitándome, aunque por sus jadeantes palabras sabía que él lo quería tanto como yo.

—Follame —susurré en su oído mientras sentía inmediatamente como se hundía profundamente perdiéndose entre mis piernas, invadiendo cada palmo de mi ser, llenándome como solo él lograba hacer.

Su ardiente miembro entraba y salía mientras no cesaba de devorar mi boca al

mismo tiempo con su invasora lengua. Me cogió de las nalgas atrayéndome hacia él y sentándose en una de las sillas conmigo encima. Capté la indirecta y comencé a moverme sobre él mientras que sus manos me guiaban en los movimientos ayudándome a ello.

Me acerqué a su oído para susurrar cada jadeo que emitía con cada uno de los movimiento logrando hundirlo más dentro de mí. Deseaba tener las manos libres para tocarlo, pero en vista de que no era así, agarré su cabello y tiré hacia atrás para morder su cuello en un arranque de pasión al mismo tiempo que me movía más rápido apremiada por la fuerza de sus manos. Podía escuchar su respiración jadeante sobre mi piel y el sudor que transpiraban nuestros cuerpos.

Aquel éxtasis se acercaba como el león a su presa, sabía que llegaba y con el ese liberador frenesí que me embriagaba aceleré el movimiento para alcanzarlo. Cuando supe que iba a liberarme, que mi orgasmo iba a explotar como fuegos artificiales, devoré de nuevo su boca mientras me corría agonizante en gemidos que morían en los insaciables labios de mi dios griego.

«No» Me negué a mí misma mientras aún sentía los espasmos de aquel orgasmo. «No iba a saciarme de Alejandro por más sexo que tuviera con él, ahora estaba segura»

—Creo que tendré que volver a casa completamente desnuda bajo ese abrigo —dije divertida al comprobar el body verde tirado en el suelo que parecía haber quedado inservible y además estaba manchado del jugo que había soltado cada bocado de sushi que Alejandro me había colocado en el cuerpo.

—Quizás no deje que te vayas —respondió levantándose conmigo enroscada en su cuerpo y rodeándole con las piernas.

—¿Ah, no? —exclamé en el mismo tono de diversión que antes mientras el

balanceo de su cuerpo al caminar solo hacía que mi desfogado apetito sexual comenzara a aunar fuerzas.

—No —negó—. Definitivamente no.

Alejandro me acalló con un voraz beso entreteniéndose bastante en mi labio inferior que sin duda alguna debía estar más que hinchado.

Tenía el cuerpo pegajoso por la comida, ya que la prenda que había llevado puesta era tan fina que el liquido del alga que solía envolver el arroz del sushi había traspasado a mi piel y lo sentía sobre todo al pegar mi vientre plano contra el duro y firme pecho de Alejandro. Por tanto no me sorprendió que en lugar de ir al dormitorio, me llevara directamente hacia el baño.

Se trataba de un baño demasiado moderno, tanto como para tener una ducha con mamparas completamente transparentes en mitad del habitáculo, — literalmente en la mitad—, al punto que cualquiera que entrase podría apreciar en todo su esplendor al que se estuviera duchando en aquel momento.

Una fugaz idea paso por mi cabeza, casi podía apostar a que Alejandro se había inclinado por ese ático solo por aquella magnífica ducha. Me dejó en el suelo mientras comenzaba a girar una serie de botones que había en una fina columna metálica y el agua comenzó a caer desde el propio techo empapándonos a ambos.

—Solo tenemos esto —dijo enseñándome una pastilla de jabón. Al menos era mejor que ducharse solo con agua.

Fui a coger la pastilla de jabón de sus manos, pero él hizo un gesto negativo y me indico que me diera la vuelta. En cuestión de segundos las manos enjabonadas de Alejandro se centraban en frotar mi vientre empleándose a fondo en aquella tarea y después ascendían con suavidad al pecho, acariciándolos a la vez que los pellizcaba de vez en cuando. Me pegué a su

cuerpo para obtener una mayor cercanía y al mismo tiempo proporcionarle mejor acceso. Cuando apartó sus manos un pequeño gesto de suplica basto para que volvieran de nuevo y esta vez bajaron para lavar la parte más íntima de mi ser. Abrí las piernas solo para facilitarle la tarea a la vez que el agua se encargaba de arrastrar el jabón de la piel.

Podía sentir la erección de Alejandro en el trasero desde el momento en que volvió a renovarse. Me excitaba solo con rozarla y la tenía prácticamente entre mis nalgas, emergiendo su poder sexual, indicándome que aquel hombre era tan insaciable como empezaba a serlo yo.

Con el brazo derecho Alejandro comenzó a levantarme la pierna, aún conservaba la flexibilidad de todos mis años de ballet, así que la alcé por completo y aprecié como mi dios griego abría los ojos anonadado por la sorpresa de aquel gesto, incluso emitió un pequeño gruñido de su garganta que había aprendido a identificar como síntoma de placer.

Giré la cabeza todo lo que le permitía hacerlo aquella postura para besarlo mientras aquel hombre con cuerpo de infarto volvía a introducirse dentro de mí en un solo movimiento. Incliné entonces el torso hacia delante pese a alejarme del calor que producía el pecho de Alejandro, pero así sus embestidas serían aún más profundas. El agua había dejado de caer y yo solo podía concentrarme en el placer que estaba sintiendo en aquel momento. Alejandro cambió repentinamente de postura y me coloqué frente a él, esta vez subí la otra pierna colocándola sobre su hombro para que reposara allí, aprovechando que estaba completamente abierta y expuesta volvió a introducirse de nuevo esta vez con mayor posesividad. Me aferré a su cuerpo duro y fuerte para soportar aquellas placenteras estocadas que él me provocaba en la parte más íntima de mi cuerpo sin caerme. La sensación de explosión se acercaba... quería correrme al mismo tiempo que él, no sabía

porqué razón lo deseaba pero anhelaba experimentar el éxtasis junto a mi dios griego.

—Me voy a correr —susurré jadeante y comencé a frotarme los pechos para aumentar aquella sensación.

—Vamos, córrete conmigo preciosa —respondió aumentando su fuerza al penetrarme.

Ya fuese por las palabras o por sus embestidas tan placenteras grité alcanzando el por completo éxtasis, saboreando aquel desorbitado orgasmo que traspasaba cada poro de mi piel. Alejandro salió rápidamente y con un solo gesto me indicó que me arrodillara, supe inmediatamente lo que quería y abierta de piernas con las rodillas en el suelo mirándole fijamente desde abajo en esa postura, abrí la boca para acoger todo su miembro, saboreando mi propio sabor a la vez que el suyo. No hizo falta mucho más para que Alejandro se viniera en mi boca mientras no dejaba de observarme con aquel deseo que me hacía sentir poderosa.

Volvimos a enjabonarnos, solo que esta vez lo hice con mis propias manos y aunque estuve tentada de enjabonarle la espalda solo para tener la excusa de tocarle, me contuve. Alejandro salió primero y volvió con un par de toallas para que me secara. Me envolví en una de ellas mientras él se secaba el pelo con la otra y se la liaba sin secarse el torso a la cintura.

Observé aquel esculpido torso marcado con esos músculos llenos de gotitas de agua que apetecían saborear lentamente, ¿Cuando le quedaba tiempo a ese hombre para acudir al gimnasio? Sin duda ese cuerpo no era natural, era fruto de un esfuerzo físico a diario.

—Debería marcharme —dije cuando volvimos al salón para terminar de tomarnos la botella de vino que apenas habíamos probado durante la cena

—Quédate —susurró con lo que parecía ser una promesa en sus labios.

—¿Por qué? —pregunté sabiendo que él nunca quería que me quedara, solo habíamos dormido juntos una noche y lo cierto es que había sido maravilloso.

—Mañana tendré que viajar a Londres y lo más probable es que no vuelva hasta el lunes.

¿Iba a estar sin verlo tantos días? Un ligero sentimiento de nostalgia se alojó en mi interior, ¿Le echaría de menos? No... solo era mi cuerpo el que le echaría en falta porque sabía que iba a acumular todo el apetito sexual que él me provocaba.

—¿Hasta el lunes? —pregunté un poco atontada.

—Si sé que me vas a estar esperando con algo similar a eso —dijo señalando el body tirado en el suelo—. Tal vez pueda escaparme antes —susurró mientras acariciaba con su nariz mi oreja.

Tomé un sorbo de la copa de vino blanco y pensé detenidamente la respuesta.

—Tendrás que venir para comprobarlo —dije mordiéndome el labio.

## **17. Cuando la distancia no es un obstáculo.**

Era viernes y se me planteaba un fin de semana demasiado aburrido y solitario sin Alejandro, tal vez fuera la ocasión perfecta para hacer planes con mis compañeros de trabajo ahora que comenzábamos a formar un buen equipo y nos llevábamos bastante bien.

Dejé dicho si les apetecía ir a tomar algo a la salida del trabajo y todos excepto Paula aceptaron ir, también se lo comenté a mis antiguos compañeros de oficina que aceptaron porque estaban deseando desconectar del trabajo. Yo no deseaba desconectar de la oficina, sino más bien de Alejandro. Pensar en él solo me incitaba coger un avión y presentarme por sorpresa en Londres, ¿Estaba loca por querer hacer eso? Probablemente si, comenzaba a pensar que el deseo por ese hombre traspasaba mis límites y rozaba mi propio juicio mental. Sin duda alguna, ese dios griego con aquel cuerpo que debería estar prohibido me estaba enloqueciendo hasta límites insospechados.

En realidad no tenía hambre, pero sí mucha sed por lo que la cerveza corría sin apenas alimento alguno en mi estómago, eso hizo que pronto estuviera con un humor chispeante por culpa del alcohol. Pese a ello, podía ser consciente del evidente coqueteo de Jaime el informático, aquel chico era endiabladamente guapo pero después de Alejandro, ¿Quién tenía ojos para nadie más? No... estaba sedienta, pero de un cuerpo en concreto, por más cerveza que bebiera mi sed no iba a calmarse y la agonía de la espera hasta el maldito lunes me estaba matando. Probablemente me quedase encerrada todo el fin de semana en casa con el consolador como mi mejor amigo e imaginándome a cierto dios griego que me hacía enloquecer.

Saqué mi teléfono con la humilde esperanza de tener alguna noticia suya, pero no tenía ningún mensaje. ¿Que esperaba? Alejandro no era de detalles, ni de mensajes que no fueran puras citas o exigencias, no iba a mendigar atenciones, mucho menos darle a entender que mi cuerpo le reclamaba, ¡Por dios! Si habíamos pasado toda la noche haciéndolo una y otra vez, ¿Cómo era posible que quisiera más? Cuando vi las claras intenciones de Jaime, decidí que era hora de desertar. Sintiéndolo mucho, no pensaba darle falsas esperanzas al pobre chico que pese a ser majó no tenía ninguna posibilidad.

Cuando salía por la puerta me volví a encontrar al tipo del pasillo que vi el día que salí del despacho de Alejandro, ese que me miró con cierta lascivia que me produjo escalofríos. Volvió a mirarme de la misma forma que solo me producía asco, pese a estar trajeado y tener cierto punto de atractivo, había algo en aquel hombre que me resultaba repulsivo. Tal vez fuera su melena parcialmente larga y lisa, o su perilla que indudablemente debía creer que le daba un aspecto sofisticado, le sobraban un par de kilos y estaba segura de que no tenía un físico ni rematadoramente parecido al de Alejandro, más bien sería un ejecutivo fofo de los que tanto abundaban en la oficina. No supe porqué pero intuí que aquel hombre era alguien importante dentro de la empresa, la duda estaba en si lo sería por encima o por debajo de Alejandro Álvarez.

—¿Ya te vas preciosa? —dijo deteniéndome a la salida. Hasta su voz era repulsiva.

Quise hacerme la sorda, como si no fuera conmigo la frase, pero me cogió del brazo para rodearme.

—Suéltame —dije tajante. No quería que me tocara, su aliento apestaba a tabaco.

—¡Oh vamos! No te voy a hacer nada —contestó soltándome y alzando las manos en signo de paz—. Te he visto por la oficina y me he fijado en ti, solo

quería invitarte a tomar algo antes de irte.

—Gracias, pero tengo que irme —respondí secamente.

—Venga... solo una más —insistió y por su tono de voz intentaba ser jovial. Había algo en él que me resultaba rastrero, como si aquel tipo tuviera algo que ocultar.

—No, lo siento. He quedado —dije cortante.

—Tal vez en otra ocasión —respondió y con su mirada supe que no me dejaría en paz.

Tome el metro hasta casa y cuando entré en el portal donde el conserje estaba en su habitual silla en la entrada me sentí segura, ¿Porque me daba tan mala espina ese tipo? Solía tener cierto instinto para captar esas cosas, evitaría al individuo a toda costa. Salude al conserje y me indicó que tenía un paquete. Me extrañó, pero pensé que sería de mi madre aunque al ver la caja roja cuadrada con un lazo, me intrigué aún más. No aguanté las ganas y abrí la caja en el ascensor, dentro había una tarjeta con una pequeña nota.

*No reemplaza la prenda que estropee ayer, pero espero que lo tengas puesto la próxima vez que nos veamos.*

*A. Álvarez.*

Era un body de lencería negro, casi transparente salvo por los pezones y la parte más íntima. Además de ser endiabladamente sexy y provocador, fabricado para el pecado, eso estaba claro.

Aquella noche pedí pizza a domicilio, no me apetecía cocinar y estaba ansiosa

de comida basura, probablemente para calmar mi otro apetito que no se veía saciado con comida.

El teléfono comenzó a sonar alrededor de las once y media de la noche cuando estaba viendo tranquilamente una película que echaban en uno de esos canales perdidos de que nadie se acuerda que existen. Cuando vi en la pantalla que la llamada era de Alejandro casi se me cae el teléfono entre las manos, ¡El nunca llamaba!, ¿Sería algo grave?, ¿Tal vez trabajo?

—¿Si? —respondí un poco desconcertada.

—Hola —contestó con esa voz sugerente que logró que mi cuerpo temblara—. ¿Donde estas? —preguntó con voz autoritaria.

Cogí el mando y baje el volumen del televisor. ¿Y qué le importaba a él saber donde estaba?

—¿Importa acaso donde este? —respondí en el silencio de mi apartamento.

—Si —contestó a secas

—Estoy en mi casa —dije refunfuñando por tratarme como a una niña pequeña que tuviera que responder.

—¿Estás sola? —respondió y rodé los ojos... ¿Es que creía que de estar acompañada le hubiera cogido el teléfono acaso?

—No, estoy con cincuenta hombres desnudos —bufé—. Si, estoy sola —añadí ahora con menos ironía.

—¿Es una fantasía erótica? —preguntó serio.

—¿Cómo? —gemí. Aquella conversación era cada vez más absurda.

—Estar con cincuenta hombres a la vez —dijo por toda respuesta.

—No, no es una fantasía, era una ironía.

—¿Alguna vez has estado con varios hombres a la vez, Irina? —preguntó haciendo que la temperatura de mi cuerpo ascendiera con aquella pregunta.

—No —susurré

—¿Y te gustaría? —preguntó, ¿Que se supone que debía responder? Si era sincera conmigo misma tampoco es que fuera una fantasía hacerlo con más de un hombre a la vez, pero también era algo que ni me había planteado hacer.

—Realmente no —contesté sin más. Mi instinto me decía que Alejandro no era de los que le gustaban compartir precisamente, aunque quizás podría sorprenderme.

—Me alegro, porque no pienso compartirte —anunció aclarando mis dudas.

—¿Para qué me has llamado realmente Alejandro? —pregunté intrigada.

—Para saber si llevas puesto el conjunto negro que has recibido esta tarde.

¿En serio? Y para que me lo iba a poner, ¿Para estar por casa?

—No... —susurré

—Póntelo —exigió entonces.

—¿Para qué? —exclamé por no decir, ¿Para quién?

—Para mí —afirmó sin duda.

—No lo entiendo, si no estás aquí —dije como si aquella conversación me pareciera de lo más estúpida.

—Tú póntelo, te llamo en cinco minutos —dijo antes de colgar y me quedé mirando el móvil como una idiota.

¿Y que mas daba si me lo ponía o no? No me iba a ver... en todo caso me lo puse, de todos modos quería probármelo para ver si me estaba bien y se me

había olvidado hacerlo tras ducharme, así que me desnudé rápidamente y me coloqué aquel body de finísima calidad. Debía ser caro... muy caro. El teléfono comenzó a vibrar de nuevo, mire la pantalla y esta vez Alejandro no me estaba llamando mediante una llamada convencional, sino una video llamada, ¡Dios mío me iba a ver!

Descolgué el teléfono y acepté activar la cámara, en dos segundos la cara de Alejandro se veía al otro lado de la pantalla.

—Hola preciosa —dijo nada más verme. Estaba algo nerviosa, ¿Porque me ponía nerviosa aquello? Sentía todo mí cuerpo a flor de piel expectante y ni tan siquiera lo tenía delante, es más, estaba en otro país a kilómetros de distancia.

—Hola —contesté con un poco de timidez.

—¿Te lo has probado?, ¿Lo llevas puesto? —preguntó directamente.

—Si —afirmé.

—Enséñamelo —contestó expectante—, coloca el teléfono en algún lugar y aléjate para que te vea.

Dejé el teléfono sobre el aparador que había en la entrada donde solía dejar las llaves y me alejé.

—Tal como me lo imaginaba —escuché que decía—. Date la vuelta, quiero verte por detrás.

Me sentí como una muñeca de exposición, era como sentirse evaluada, pero aquella situación comenzaba a excitarme porque sabía que a él le gustaba lo que estaba viendo y eso me hacía sentirme deseada aumentando la sensación de placer.

—¿Tienes un consolador?, ¿Algo con lo que masturbarte? —preguntó cuando

aún estaba de espaldas al teléfono.

—¿Cómo?— exclamé ante semejante pregunta.

—Vamos... seguro que tienes algo para darte placer en algún cajón escondido —insinuó.

—Bueno... sí que lo tengo —reconocí un poco avergonzada por la situación de reconocer aquello. Claro que tenía un consolador, ¿Qué mujer hoy en día no lo tendría? Aunque reconocía que desde que le había conocido lo había dejado un poco de lado... por no decir que lo tenía en desuso.

—Pues búscalos y ve a la cama, quiero ver cómo te masturbas para mí —dijo con voz sugerente.

¡Oh dios mío! ¡Iba a tener sexo telefónico con el dios griego! Bueno aquello era más que sexo telefónico porque íbamos a vernos en todo momento

—¿Y tú vas a...? —insinué.

—A mirarte y masturbarme mientras lo haces. —confesó sin tapujos.

Aquello me excitó. Vale, no era lo mismo que estuviera allí y me penetrara, pero desde luego podría ver su cara mientras el consolador lo hacía por él.

Coloqué el teléfono sobre la mesita de noche y cogí el consolador que también lo guardaba ahí. Me subí a la cama ofreciéndole una panorámica de mi culo en todo su esplendor.

—Quédate así —escuché la voz de Alejandro y estiré la cabeza para observar mi postura en la minúscula pantalla. Estaba a cuatro patas ofreciéndole una vista espléndida de mis nalgas.

—¿Solo voy a ver tu cara? —pregunté y Alejandro se quitó la camiseta que llevaba puesta y se alejó de la cámara, estaba sentado sobre una silla y

llevaba puesto una especie de pantalón gris de chándal.

—¿Quieres que me lo quite? —preguntó.

—Sí, déjame verlo todo —contesté mordiéndome el labio.

Alejandro se inclinó y se bajó los pantalones del chándal y los bóxer al mismo tiempo dejando su evidente erección a mi vista.

—Aparta el body, no quiero que te lo quites solo que te abras para mí

Hice lo que le pedía mientras observaba como comenzaba a mover su mano entorno a su erección, me moví de atrás hacia delante un par de veces y sin poder evitarlo comencé a tocarme.

—Si... —jadeó, ¿Estas mojada para mí? —preguntó.

—Si —jadeé.

—Déjame meterme dentro de ti, vamos...quiero ver cómo te follas pensando en mi.

Cogí el consolador y jugueteé con el mientras no perdía de vista la pantalla del móvil, viendo como Alejandro aumentaba su ritmo con su mano. Comencé a introducir el consolador dentro y activé la vibración. ¡Dios! Aquello era más excitante que cuando lo hacía sola.

No pude evitar gemir de placer y más aún cuando escuché el jadeo de Alejandro por respuesta.

—Vamos preciosa —apremió—. Piensa que soy yo quien te está follando, quiero que te corras conmigo.

—Si —jadeé mientras me cambiaba de postura y me ponía frente a él abriéndome de piernas completamente y volviendo a introducir el consolador perdiéndose en mi interior con los movimientos de la mano.

—Joder...—exclamó Alejandro—. Cuando vuelva te voy a follar en esa posición, ten por seguro que lo haré —afirmó.

Por toda respuesta me arqueé hacia atrás, abandonándome al placer al mismo tiempo que le daba una vista excepcional en primera plana de mi cuerpo.

—¡Oh dios!, ¡Sí!, ¡Sí!, ¡Sí! —comencé a gritar cuando el orgasmo me invadía sin poder abrir los ojos mientras el placer me embriagaba

Me incliné hacia delante cuando finalmente abrí los ojos y vi como Alejandro parecía estar limpiando con un pañuelo su muslo. Me había perdido el momento en el que eyaculaba viendo como me corría para él. Saqué el consolador y lo tiré a un lado para coger el teléfono con las manos y colocarlo delante de mi cara

—Vas a ir directamente al aeropuerto y vas a coger el primer vuelo que salga hacia Londres. Me da igual lo que cueste —dijo tajante como si estuviera dando una orden.

—¿Quieres que vaya hasta Londres ahora?, ¡Son las doce de la noche! —exclamé como si estuviera loco.

—Hay un vuelo a las dos de la mañana, estarás aquí a las cuatro y media y a las cinco estaré tan dentro de ti que vas a gritar mi nombre hasta que te escuche toda la ciudad.

## 18. Perdiendo el juicio.

Aquello era una locura, definitivamente estaba loca para hacerlo, pensaba mientras metía un par de prendas interiores en una mochila y el primer vestido que encontré en el armario de estos sueltos, pero informal. Me puse unos shorts vaqueros, una camiseta básica blanca y las zapatillas mientras fui al baño a coger el cepillo de dientes y el neceser de maquillaje.

¿Algo más que fuera imprescindible? Si, el pasaporte por si acaso y la documentación. Desconecté el cable del cargador del móvil y lo metí todo en la mochila que me colgué al hombro mientras salía y cerraba con llave.

Había llamado a un taxi que me esperaba en la puerta, ¿Realmente iba a hacer aquella locura? Era cierto que resultaba emocionante y excitante al mismo tiempo, pero ¡Demonios! Me estaba largando solo del país por unas horas para encerrarme en una habitación de hotel con Alejandro y saciar mis más fervientes deseos hasta el límite o mejor dicho... hasta el domingo que tendría que regresar de nuevo.

A esas horas apenas había tráfico al salir del centro de Madrid por lo que llegué al aeropuerto en escasa media hora. Fui directamente al mostrador de la compañía aérea que tenía el vuelo directo hacia Londres a las dos de la mañana y para mi suerte quedaba un asiento libre aún. Teniendo en cuenta que apenas faltaban unos minutos para el cierre de venta de billetes, había sido todo un milagro.

No tenía que facturar equipaje así que aboné la cantidad que costaba el billete y me fui directamente hacia la zona de control de equipaje para pasar dentro. Realmente no iba tan sobrada de tiempo teniendo en cuenta que el embarque

iniciaba media hora antes del vuelo.

Envié un rápido mensaje a Alejandro.

***Irina:***

*He conseguido el último asiento. Voy hacia la zona de embarque, avisaré si hay retrasos en la salida.*

*Pd: ¿Que hago cuando llegue?*

La respuesta de Alejandro no tardó en llegar y apenas un minuto después recibí su mensaje.

***Alejandro:***

*Avísame cuando estés sentada en el avión.*

*Pd: Te estaré esperando en la salida.*

El hecho de que él mismo me esperase a la salida del aeropuerto hizo que mis nervios se aflojaran, después de todo estaba cometiendo aquella locura por petición expresa de él, aunque desde luego lo hacía por propia voluntad. Tenía la seguridad de hablar el idioma del país al que iba perfectamente y aunque por algún motivo Alejandro me dejase tirada tenía dinero suficiente como para alojarme en el mejor hotel de Londres si quisiera porque pese a no utilizarla, tenía la tarjeta visa asociada a una cuenta propia donde mi padre me había transferido una pequeña fortuna, pero no pensaba utilizar ese dinero salvo que fuera estricta y absolutamente necesario. Además, no tenía porqué pensar que

Alejandro se esfumara de buenas a primeras, él parecía el más interesado en que fuese hasta allí.

No hubo retrasos y el vuelo salió con hora, avisé a Alejandro con un último mensaje justo antes de apagar el teléfono y relajarme, lo mejor era que durmiese todo el vuelo y más si lo que mis pensamientos imaginaban que me esperaba a la llegada se hacían realidad.

Desperté a tan solo veinte minutos del aterrizaje, cuando el sonido que el megáfono del piloto anunciaba que faltaba ese tiempo. Hacía tiempo que no volaba en un avión comercial, de hecho casi no recordaba cual era la última vez que lo hice, estaba acostumbrada al jet privado y los asientos eran infinitamente más cómodos, aunque para mi suerte había podido dormir un poco.

Sentí un mariposeo en el estómago cuando bajé y me dirigí hacia la salida, no debía recoger equipaje alguno así que me fui directamente. Por las horas que eran, apenas había gente a la salida. Miré el teléfono y no vi ningún mensaje nuevo, ¿Tal vez no tuviera datos allí?

Me quedé parada en medio de aquel hall, con la mochila en una mano mirando el teléfono y pensando si llamarle o esperar un poco más de tiempo, al menos diez minutos de cortesía, cuando di un salto por el susto que me dio sentir unas manos rozando mi cuerpo. En ese momento noté que lo hacían con suavidad y sentí el peculiar olor que me embriagaba de nuevo desde atrás

—No sabes lo largas que se me han hecho las horas esperándote —susurró a mi oído con aquel tono grave, casi ronco que solo podía descifrarse entre líneas el deseo y pasión contenidos.

Me giré lentamente para verle, llevaba el pantalón de chándal que le había visto justo hacía unas horas por la video llamada y una simple camiseta negra.

Verle con aquella ropa me hizo sentirlo más cercano, más accesible, más... humano, pensé de pronto. Noté como él sin dudarlo se acercaba rodeándome con sus brazos y se inclinaba sobre mí para besarme, algo que respondí de buen agrado y aprecié el ansia con la que me devoraban sus labios, como si lleváramos demasiado tiempo sin saborearnos.

Alejandro me cogió de la mano entrelazando sus dedos con los míos, cualquiera podría decir con solo verlos que éramos pareja; nada más lejos de la realidad, pero la sensación resultaba agradable.

Nos dirigimos hacia donde estaban los vehículos en la salida y fuimos hacia un coche en concreto, Alejandro me abrió la puerta y entramos, al parecer nos estaba esperando el chofer.

Nada más montarnos el vehículo arrancó sin necesidad de darle una dirección. Estaba algo absorta por la situación, ahora que miraba en retrospectiva se me hacía extraño estar allí, en Londres, con aquel Alejandro que parecía diferente sin saber definir porqué, al menos muy distinto al que había visto por última vez. Demasiado atento teniendo en cuenta que no me soltaba la mano durante el trayecto, que incluso jugueteaba con los dedos por mi brazo, eso solo hacía que me sintiera como en una nube.

Sin previo aviso Alejandro me giró un poco hacia él y robó un fugaz beso, casi un roce de labios a la vez que sonreía, ¿Donde estaba el autoritario y exigente director de Komarov?, ¿Es que al abandonar España había también abandonado su personalidad estricta?

—Estoy deseando hacerte mía, preciosa —susurró en mis labios provocándome una oleada de sensaciones y mariposeo en el estómago. Lo deseaba, no sabía qué clase de droga me daba Alejandro para estar siempre deseando más de él, de forma insaciable y prácticamente incansable.

Para mi suerte no tardamos en llegar al hotel, Alejandro le dio un billete al conductor y bajamos del vehículo. La mano de él volvió a entrelazarse con la mía, apremiándome a seguirle, aún con la confusión por el comportamiento de ese dios griego en aquella faceta demasiado romántica teniendo en cuenta sus antecedentes, le seguí hacia los ascensores del hotel sin pasar previamente por recepción, suponía que él tendría la llave de la habitación y desde luego no le haría falta pasar para recogerla.

Las puertas del ascensor se abrieron y entramos, para suerte o desgracia estábamos solos, teniendo en cuenta las horas era algo normal y desde luego Alejandro no lo desaprovechó, en cuanto las puertas comenzaron a cerrarse tras pulsar el botón de la séptima planta, se abalanzó sobre mi provocando que la mochila cayera al suelo ante aquel ataque y quedara prisionera entre las paredes del ascensor y el cuerpo de ese hombre que parecía consumido por la pasión.

Apresé los labios de Alejandro llenos de deseo contenido, como si hubiera estado días, meses o incluso años sin probarlos, ansiando más de ellos, violando con la lengua su boca vorazmente. Su impulso fue responderme de igual manera, aquel gesto sólo conseguía que quisiera más de él, que mi cuerpo lo reclamara de nuevo como si fuera su dueño y respondiera irracionalmente a sus movimientos.

Cuando llegamos a la séptima planta y las puertas volvieron a abrirse, aún seguíamos en el ascensor con aquel interminable beso. Iban a cerrarse y Alejandro se separó momentáneamente, se agachó para recoger la mochila y me arrastró tras él como un animal en celo hacia la habitación

En cuanto abrió la puerta oí como tiraba la mochila a un lado y me encerró contra la puerta entre sus brazos, apresándome de nuevo entre sus labios. Tal como había hecho segundos antes en el ascensor, era como si estuviera casi

desesperado por poseerme, pero francamente yo también lo estaba.

Mi ropa desaparecía entre los hábiles dedos de Alejandro y cuando se deshizo de mis shorts y la camiseta se separó para contemplar el body que me había regalado y que me hizo ponerme hacía escasas horas antes de la video llamada, probablemente esa prenda era la culpable de que estuviera ahora mismo allí precisamente. Ni tan siquiera me la había quitado antes de salir corriendo del apartamento.

—Es más increíble ahora que te tengo delante —susurró adentrándose en la habitación y estirando de mí hasta situarme sobre la cama mientras él se desnudaba sin dejar de observarme.

Me mordí el labio contemplando aquel físico de gimnasio que sin duda nunca me cansaría de admirar, cuando se acercó de nuevo como un lobo feroz tratando de cazar a su presa entre sus garras, me derretí al notar sus músculos tan calientes rozándome la piel.

—Llevo horas deseando hundirme dentro de ti —dijo antes de que sintiera sus dedos en la parte más íntima sin quitarme la prenda y con un movimiento apartó a un lado el tejido para que notara su erección rozando mi sexo. No hubo más preliminares, se hundió tan profundamente que no pude evitar gritar de la conmoción ante tal gesto.

—Quiero escuchar mi nombre cuando te corras, recuérdalo —dijo en un tono ronco mientras salía levemente para volver a hundirse nuevamente aún más profundo.

Recibí sus embestidas y alce las caderas con cada uno de sus movimientos saliendo a su encuentro mientras me abrazaba a aquella musculosa espalda como si aferrarme a ella fuera lo último que hiciera en la vida, aquello era sexo por pasión contenida, por ansias... y sobre todo por desesperación.

Cuando vi venir aquel inmenso orgasmo, noté como podía acariciarlo, me arqueé un poco más para saborearlo, quería sentirlo en todo su esplendor.

—Mi nombre Irina —me recordó él—. Quiero escucharte gritar mi nombre cuando haga que te corras.

En respuesta enredé las piernas alrededor de su cintura y lo atraje hacia mi para que me penetrara fuertemente.

— ¡Sí! —Exclamé—, ¡Alejandro!, ¡Joder si! —grité.

—Vuelve a decirlo —jadeó él

—¡Alejandro! —grité justo antes de culminar ese orgasmo y encontrar el paraíso junto a mi dios griego.

Desperté desorientada entre unos fuertes brazos, mi cuerpo estaba pegado a algo duro, más bien a un cuerpo definido y recordé de pronto todo, estaba en Londres, en una habitación de hotel de ni sabía qué zona de la ciudad, rodeada por los musculosos y firmes brazos de Alejandro que me tenían presa entre ellos y su cuerpo. La sensación era agradable a más no poder, no me quería mover para no despertarlo, pero lo cierto era que tenía ganas de verle dormido.

Recordé como nos duchamos juntos... las duchas con Alejandro nunca eran normales, y volví a ser presa de aquel deseo y lujuria de nuevo, pero después de aquella ducha ambos necesitaban dormir y el hecho de que él me atrajera hacia su cuerpo rodeándome con aquellos brazos me conmovió. Me gustaba sentirme entre ellos como si de algún modo estuviera protegida.

Las manos de Alejandro se movieron, haciendo que mi cuerpo se uniera más al suyo, me giré lentamente para contemplar aquellos profundos ojos azules que tantas cosas me transmitían al mismo tiempo perdiéndome en ellos, quedando

anonadada por la increíble belleza que emanaba aquel dios griego.

—Buenos días preciosa —dijo con voz ronca por el sueño.

—Buenos días —contesté sonriente, aquello era extraño, de hecho era de lo más extraño en aquella inusual relación con Alejandro y no sabía cómo comportarme.

—¿Qué quieres hacer hoy? Soy tuyo hasta las cuatro —dijo apoyando la cabeza sobre su brazo e hincando el codo en la almohada.

—¿Solo hasta las cuatro? —exclamé sonriente.

—Si... hay una reunión importante de directivos a las cinco y no puedo llegar tarde, el presidente de Komarov estará ahí.

Permanecí en silencio y esperaba que no se apreciara mi palidez, ¡Mierda!, ¿Mi padre estaba en la ciudad? Bueno, que no cundiera el pánico, en esos viajes mi padre no salía del hotel y si mi madre le acompañaba se dedicaba a ir de tiendas. Londres era demasiado grande como para coincidir, ¿no? Definitivamente no iban a enterarse de que ella estaba allí, no había por qué preocuparse.

—¿El presidente? —pregunté como si estuviera interesada.

—Sí, Luciano Komarov ha venido expresamente para esta junta, es un proyecto importante, pero bueno eso no te interesa, dime, ¿Qué te apetece hacer? Porque te aseguro que esta noche te encerraré de nuevo en esta habitación —dijo antes de que se acercara hasta mi cuello y me hiciera cosquillas con su nariz lo que provocó que me encogiera y riera al mismo tiempo.

—Me apetecería mucho ir a tomar el brunch —dije expectante mientras él abría los ojos sorprendido.

—¿Tienes hambre? Creo que por lo poco que he visto, siempre estás hambrienta, eso explica tu apetito sexual...

—¿Explica mi apetito sexual? —pregunté confundida.

—Sí —afirmó—, una mujer que siempre tiene hambre y que le gusta la comida por norma general es muy buena en la cama.

—¿Soy buena en la cama? —pregunté en tono provocador.

—Estás aquí, ¿no? Creo que no hace falta que responda, es más que obvio —dijo mientras apartaba la sábana que nos tapaba y dejaba a la vista su desnudez sin tapujos—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Lo pasé francamente bien aquella mañana, incluso conocí la faceta más divertida de Alejandro, hasta me gastó una pequeña broma y todo, por lo que estaba bastante sorprendida. A las cuatro volvimos al hotel y Alejandro comenzó a prepararse para la reunión, verle de nuevo enfundado en un traje solo hizo aumentar mi lívido, para mi sorpresa no hubo más que besos durante toda la mañana y me sorprendía, era como si estuviéramos actuando tal como lo hacía una pareja convencional

—¿La azul o la verde? —escuché de pronto. Estaba haciendo zapping en la televisión del hotel para pasar el rato y ver si encontraba algo digno que captase mi atención.

—La azul —dije sin dudarle al verle y vi como él soltaba la verde sobre el sillón y comenzaba a colocarse la corbata azul en el cuello. Llevaba un traje azul oscuro, la camisa era blanca con finísimas líneas verticales de un tono grisáceo, sin duda alguna era el hombre más atractivo que jamás había visto y había conocido a muchos hombres por el trabajo de mi padre.

—Volveré sobre las nueve o diez, si tienes hambre pide algo a recepción —

dijo acercándose hasta mi para darme un beso. Lo hizo de forma lenta y apasionada, cuando intenté profundizar un poco más con la lengua él se alejó repentinamente.

—No puedo entretenerme, llegaría tarde —dijo mirándome a los ojos—. Espérame despierta y preparada... no te he tocado en todo el día porque quiero que esta noche no lo olvides. —La promesa en sus labios solo hizo que sintiera un incesante y burbujeante hormigueo en el estómago.

¡Ay madre! Estaba deseando que volviera... quería conocer de primera mano esa promesa en su mirada y sellada con sus labios.

El teléfono comenzó a vibrar, pensé que sería probablemente Nadia ya que llevaba un par de días sin hablar con ella y allí sería de noche, probablemente se estuviera arreglando para salir de fiesta. Cuando comprobé en la pantalla que era mi madre tiré el teléfono como si quemara entre mis dedos.

—¡Joder! —grité—. ¿Sabrá que estoy en la misma ciudad? No... definitivamente no tendría forma de saberlo.

—¡Hola mama! —exclamé demasiado alegre al descolgar.

—¡Irina! Acabo de comprarte un vestido ideal en Harrod, ¿Que tal estas? —contestó mi madre y suspiré por el consuelo de saber que no sospechaba nada, así que comencé a hablar libremente relatándole sobre el proyecto que estábamos llevando a cabo y lo mucho que estaba aprendiendo en las prácticas.

—¿No has conocido a nadie? —preguntó mi madre—, hablas mucho de ese informático y el tal Oscar...

—No mamá —la corté—. No quiero ninguna relación por ahora —mentí descaradamente no admitiendo que sí tenía un tipo de relación, aunque solo

fuera de sexo con alguien.

—Está bien... por cierto, es muy probable que el lunes pasemos por Madrid a la vuelta, escuché a tu padre decir que quería tratar unos asuntos, así que pasaré a verte.

—Sacaré un hueco, mamá —contesté más tranquila y colgué despidiéndome, me di cuenta en ese momento que si mi padre iba a la sede de Madrid y me veía, tendría que actuar como si fuera una desconocida... sería muy extraño, pero ya pensaría en ello llegado el momento.

No tenía nada que hacer así que envié un par de mensajes a Nadia mientras una película en un canal perdido comenzaba... era la famosísima de Pretty Woman que probablemente no existía una sola persona en el mundo sin que la hubiera visto... la dejé por pereza de cambiar de canal mientras intercambiaba mensajes con Nadia y la escuchaba de fondo sin prestarle atención.

Cuando llegó mi momento favorito en el que él la acompañaba para ir de tiendas por la ciudad, le presté un poco más de atención y mi instinto se propagó cuando vi a una Julia Robert desnuda, con tan solo una corbata como adorno esperando en el hotel a su apuesto Richard Gere con la mesa preparada...

La idea de hacer aquello mientras divisaba aquella corbata verde que Alejandro había descartado no hacía más que crecer en mi pensamiento y aumentaba a cada minuto.

A las nueve y media ya había pedido la comida al servicio de habitaciones y la había instalado en una pequeña mesa auxiliar, me desnudé completamente y tras darme una ducha me coloqué la corbata verde mientras esperaba sentada en la única butaca que había al lado de la mesa poniendo las piernas cruzadas sobre la cama. Solo esperaba que Alejandro no tardara una eternidad en llegar

porque lo cierto es que tenía hambre...

Cuando escuché el sonido de la puerta abrirse tiré el móvil a un lado y fijé la vista en la entrada, había un minúsculo pasillo hasta llegar a la habitación, pero fue el tiempo suficiente para colocarme en una posición provocadora.

Vi el rostro de Alejandro al verme recorriendo con su mirada mi cuerpo desde las piernas hasta llegar a mis ojos. Tal vez debería haberme puesto lencería teniendo en cuenta sus gustos.

—Si me vas a recibir así cada vez que vuelva de una reunión, pienso tener reuniones todos los días —dijo antes de soltar el maletín sin mirar donde caía y dirigirse hacia donde estaba sentada. En dos zancadas había llegado y con un movimiento su lengua entraba en mi boca ávida y lujuriosa. Alejandro comenzó a desvestirse arrancándose la ropa, incluso podía asegurar que algún botón de la camisa había saltado y probablemente ahora estuviera en algún lugar difícil de encontrar. Mientras tanto comencé a desabotonar su pantalón de traje, las ansias de apetencia por su contacto eran más que evidentes tanto como la necesidad de su roce. Alcé las piernas para que se adentrara y sentí su desesperación con la primera embestida, su anhelo y el deseo de posesión que tenía.

—Consigues nublar-me el juicio preciosa —dijo cuando la respiración de ambos comenzó a ser menos fatigada tras aquel encuentro.

—¿Yo? —exclamé sorprendida ante tal admisión.

—Tú —respondió mientras destapaba una de las fuentes dejando a la vista unos emparedados de distintos sabores—. ¿Has cenado? —preguntó Alejandro ante el evidente silencio que mantenía.

—No, te estaba esperando y muriéndome del hambre al mismo tiempo —dije antes de coger uno de los emparedados de atún y devorarlo como si llevara

años sin comer.

—Pues come, esta noche te quiero toda para mí —advirtió con un brillo especial en sus ojos.

Estaba expectante ante aquella promesa así que devoré los emparedados y después atacé las mini hamburguesitas que había pedido.

Alejandro se duchó mientras colocaba de nuevo todo en el carrito y lo sacaba al pasillo, cuando volví y vi al dios griego con el torso mojado, mis ganas de lamer el agua de su cuerpo se acrecentaron, pero me contuve como siempre hacía cuando le veía así.

—Tumbate —ordenó el Alejandro autoritario.

Me tumbé y él se agachó y sacando un maletín negro bajo la cama depositándolo sobre ésta. Miré expectante y cuando lo abrió y contuve el aliento, pude divisar unas esposas, una especie de pluma, un ¿Látigo? Entre otras tantas cosas que no supe definir que eran.

—Esta noche vamos a jugar, preciosa —dijo antes de vendarme los ojos con una especie de cinta que me hizo perder el sentido de la vista—. Y voy a hacer que ardas de placer —me susurró al oído.

## 19. Un dios griego muy diferente.

Me excité solo con escuchar esa frase. Estaba desnuda con tan solo una corbata verde como prenda que no cubría nada indecente de mi anatomía, pero que me rozaba el cuello y provocaba que se me erizaran los pezones ante el inminente contacto que sabía que tendría por parte del dios griego.

Expectante sentí como algo frío se cernía a las muñecas, eso sin duda debía ser las esposas porque además escuché el click después de ajustarlas. Mis brazos estaban estirados y confinados sobre mi cabeza a media altura, imposibilitándome también otro de mis sentidos; el tacto. Alejandro enredó algo suave en mi tobillo izquierdo y posteriormente el derecho, de forma que segundos después estaba completamente abierta de piernas y expuesta ante él, imaginaba cuál sería su vista y me sentí demasiado indefensa, no sabía definir si la sensación era agradable o no.

No podía moverme, estaba maniatada de manos y piernas. Sin duda él podría hacer conmigo lo que quisiera, aunque mi boca estaba libre para gritar, si... sin duda gritaría, pero esperaba por mi bien que fuera de placer.

Nunca me había entusiasmado el BDSM. No... el sadomasoquismo no era lo mío, aunque tampoco es que lo hubiera probado, pero eso de sufrir dolor para obtener placer no es que fuera de mi agrado, por eso quizá estaba demasiado receptiva, esperando sin saber realmente qué esperar.

Los labios de Alejandro se abrieron paso en los míos, devorándome la boca de nuevo. No me estaba tocando ninguna parte del cuerpo salvo aquella, de hecho sentía su peso en la cama, pero no sobre mi, ni tan siquiera rozaba

mínimamente su piel con la mía. Intentaba imaginarme su posición para poder besarme de aquella forma y no lo entendía. Mi instinto era tocarle, pero no lo conseguía y deseaba que él me tocara, aunque tampoco lo hacía. Mi yo interior se debatía constantemente por querer y no poder hacer lo que realmente deseaba

—Ahora límitate a sentir —susurró en mi oído cuando dejó de besarme.

Fueron instantes de expectación, pero pronto comencé a sentir un cosquilleo que comenzaba en los pezones, aquello hizo que me sorprendiera al principio y después erguí el pecho hacia delante buscando aquel cosquilleo suave, noté el roce de aquella pluma que bajaba lentamente por mi ombligo concentrándose en esa parte y provocándome algunas risas por el cosquilleo que producía, risas que posteriormente fueron sofocadas por el aire que Alejandro había soplado en mi parte más íntima y expuesta. Aquello lejos de provocarme una sonrisa provocó un gemido audaz de mi garganta.

Podía sentir su aliento cerca, pero no fue su boca lo que comenzó a tocar mi clítoris... fue aquella dichosa pluma de tacto suave, que me acariciaba tan delicadamente que provocaba oleadas de placer en lo más profundo de mi ser. Me mordí los labios conteniendo aquellas sensaciones y retorciéndome por aquel gesto, apenas tenía libertad de movimiento y aquello solo provocaba que el placer lejos de alejarse aumentara constantemente.

—¿Te gusta? —preguntó de forma susurrándose. Parecía estar cerca por su voz, de hecho podía apreciar su perfume.

—Si —jadeé.

—Quiero que supliques que te posea, Irina —dijo con la voz rota—. Que ardas en deseos porque te haga mía —añadió con el sonido de su voz cada vez más cerca de mi oído—. Que seas consciente de que me perteneces.

Cuando dijo esa frase sus labios rozaban mi oído. No me paso inadvertido el tono de aquella voz cargado de deseo y pasión contenida además de grandes dosis de posesividad.

Mi respuesta fue morderme el labio expectante y de pronto sentí un líquido frío en el estómago. Aquello contrastaba con la temperatura que tenía en ese entonces mi piel, provocando que me estremeciera de placer, no sabía que era aquello, pero entendí que era comestible cuando la lengua de Alejandro comenzó a lamer aquel líquido frío.

«¡Oh, Dios!, ¡Joder!», grité mentalmente.

Con cada lametada que Alejandro me daba, solo quería que se hundiera con mas ímpetu dentro de mi y ni tan siquiera podía expresarlo con el cuerpo.

Mientras su lengua seguía recorriéndome el abdomen, algo extraño comenzó a rozar mis brazos, ¿Que era? Su textura al contacto era mucho más ruda que la pluma anterior, pero no sabía definir de qué se trataba, bajaba por las axilas, rozándome los pezones y de repente sentí un leve manotazo de aquella cosa en el pezón. No podía decir que aquello doliera, desde luego no hacía daño, pero resultaba excitante, ¿Que era aquello? La expectación de aquella cosa que seguía recorriendo mi cuerpo dando pequeños toques mientras la lengua de mi dios griego seguía igualmente su curso cada vez más abajo al igual que ese objeto, sentía que de un momento a otro iba a explotar en mil pedazos. En el momento que la lengua de Alejandro se hundió en mi clítoris, agoniqué de placer. Sentí el golpe de aquella cosa en las nalgas y me estremecí.

—¡Joder! —grité sin poder evitarlo.

—¿Quieres más? —preguntó en un tono divertido.

—Si —jadeé.

Quería volver a sentir eso de nuevo, desde luego que lo quería volver a sentir y para mi agonizante deseo, Alejandro lo hizo de nuevo.

—¡Oh dios! —exclamé—. ¡Hazme tuya! —grité sin poder contenerme un segundo más.

—Dilo —dijo con voz dura a la vez que seguía deleitándose con los dedos en mi parte más íntima haciendo que casi muriera de placer, como si me estuviera extorsionando para conseguir que confesara.

—Quiero que me poseas —jadeé. Desde luego que lo deseaba, creía que moriría de hecho si no lo hacía inmediatamente.

—¿Eres mía Irina? —preguntó—, ¿Solo mía? —añadió posesivamente.

—Solo tuya, Alejandro —confesé en un susurro.

Y lo cierto es que no mentía, era solamente suya porque solo él me hacía sentir de ese modo.

Gemí en cuanto él se abrió paso a través de la estrechez haciendo que volviera a estar completa de nuevo y desde luego siendo consciente de mis propias palabras. Era de Alejandro... en ese sentido desde luego que era únicamente de él.

El regreso hacia Madrid en el avión de vuelta para volver a la realidad de mi piso solitario me hizo sentirme un tanto desorientada. Después de aquel magnífico fin de semana donde mi dios griego no solo había sido inexplicablemente atento, amable e incluso carismático, solo me hacía preguntarme si su comportamiento seguiría siendo el mismo cuando regresara o por el contrario volvería a ser el hombre tosco, serio y taciturno de siempre. ¿Tal vez sea mi imaginación y esta relación estaba avanzando dando un paso más allá de ese acuerdo? Realmente no me quería ilusionar, aunque mi corazón

estaba en la horrible barrera de querer traspasar la fina línea que separaba el sexo del amor. En el fondo de mí misma sabía que estaba sintiendo cosas por Alejandro que quería ocultar en lo más profundo de mi ser y es que tenía que admitir que estaba completamente atrapada por ese hombre, que ocupaba todos y cada uno de mis pensamientos.

—¡Oh dios mío! —exclamé sin darme cuenta.

«Me estoy enamorando» dije esta vez para sí misma, ¿Qué se supone que iba a hacer? Tal vez Alejandro estuviera sintiendo lo mismo, ¿no? A la vista estaba como habíamos pasado el fin de semana.

Mis pensamientos fueron en el mismo sentido durante todo el vuelo y trayecto en taxi hasta casa. Sin equipaje que deshacer me dispuse a hacer algo de colada y preparar la comida que me llevaría al trabajo al día siguiente, realmente solo quería ocupar la mente con trivialidades para no seguir dándole vueltas al asunto.

Cogí el teléfono para llamar a Nadia, sabía que era tarde, pero necesitaba con urgencia para desahogarme con alguien y comprobé que tenía un mensaje de texto sin leer, era de Alejandro.

**Alejandro:**

*¿Llegaste bien? Sé que aterrizaste hace treinta y cuatro minutos.*

¿Cómo narices sabía cuando había llegado el vuelo?, ¿Es que me había puesto un gps en el culo?

Incrédula comencé a teclear hasta que recordé que existían webs y aplicaciones que daban ese servicio... Alejandro tan controlador como

siempre, pero al menos me contenté con la idea de que estaba interesado en saber si me encontraba bien y si había llegado a casa sana y salva, ¿Se estaba preocupando por mi? Eso solo hizo que mis sentimientos hacia él aflorasen aún más.

—¡Contrólate Irina! —me grité a mi misma en voz alta—. No te ilusiones en vano, no hasta saber si tienes alguna posibilidad por remota que ésta sea.

**Irina:**

*Todo bien, gracias.*

Parecía una respuesta algo seca, pero no sabía si me podía tomar la libertad de preguntarle que tal estaba ahora que se había quedado solo en el hotel.

**Alejandro:**

*Perfecto. Nos vemos mañana en la noche.*

**Irina:**

*Hasta mañana, que descanses.*

No recibí respuesta, aunque vi un par de intentos comenzar a escribir no llegué a recibir ningún mensaje, ¿Alejandro estaba dudando de enviarme algo más?, ¿Qué podría ser? Quizás solo se tratara de darme igualmente las buenas noches... no entendía porque ese hombre era tan frío en algunas ocasiones.

Cuando sonó el despertador rogué estar cinco minutos más en la cama, realmente estaba muerta de cansancio y solo era lunes, pensé. Esos cinco minutos se fueron posponiendo convirtiéndose en media hora... tenía que levantarme ya o luego saldría demasiado tarde y no me gustaba la idea. Además, tenía muchas cosas que preparar en la oficina.

Me levanté somnolienta y cogí el primer vestido que encontré al azar de una percha del armario, era un azul celeste bastante veraniego, no era un color serio, pero el corte del vestido si lo era por tanto no creí que fuera necesario coger otro, tenía más pereza que otra cosa la verdad.

Me duché velozmente y me solté el cabello, espolvoreé algo de maquillaje en polvo y colorete mientras cogía el brillo de labios de color y máscara de pestañas para aplicármelos en la oficina. Salí corriendo sin desayunar, solo me paré a coger la comida de la nevera que había preparado la noche de antes y la metí en el bolso al igual que el móvil.

La mañana se me paso volando y prácticamente ni miré el teléfono, en la pausa de la comida comprobé que tenía varios mensajes de mi madre, al parecer iban a llegar esa misma tarde y habían reservado mesa en un restaurante para cenar. Me apetecía ver a mis padres después de todo el tiempo que llevaba allí, aunque solo habían sido un par de semanas como quien dice si me paraba a pensarlo, pero acostumbrada a no separarme de ellos tanto tiempo, les echaba de menos.

Salí casi a las siete y me fui directamente a casa para cambiarme. Al parecer ya habían aterrizado y se alojarían en un hotel para pasar la noche. Elegí un vestido sobrio, pero elegante puesto que sabía que mi madre iba a criticar los gramos que había o no engordado nada más verme, era algo que hacía por simple costumbre.

Eché el teléfono al bolso y justo antes de hacerlo vi que tenía dos mensajes sin

leer, pensé que quizá podría ser mi madre así que abrí la aplicación.

**Alejandro:**

*Ya estoy en Madrid, te espero a las 21.30pm en el apartamento.*

*Esta vez procura no retrasarte.*

—¡Mierda! —exclamé, se me había olvidado avisarle de que hoy no podría quedar.

**Irina:**

*Lo siento, hoy no puedo. Asunto familiar.*

Le di a enviar y salí corriendo de casa tras cerrar la puerta y echar las llaves al bolso.

Cuando iba saliendo por el portal del edificio escuché la vibración del teléfono, lo miré y era de nuevo un mensaje del dios griego.

**Alejandro:**

*Te recuerdo que tenemos un acuerdo en el que dice tácitamente que acudirás cuando lo pida. No fue una cláusula que cambiaste, por tanto, te espero a la hora citada en el apartamento.*

*Sin excusas.*

¿Qué? Definitivamente el aire de Madrid le sentaba como una patada en el culo a este hombre, se podía haber quedado en Londres, pensé.

**Irina:**

*No voy a ir.*

Me negaba a ir y más ahora que me lo había exigido como una orden, ni tan siquiera se había dignado a preguntar si se trataba de algo grave, cierto que no lo era, pero él no lo sabía. Mis padres me estaban esperando, además, ¡Qué narices! Esas no eran formas de tratarme... y menos aún después del fin de semana maravilloso que habíamos pasado juntos.

**Alejandro:**

*Si no estás a esa hora en el apartamento, daré por terminado el acuerdo.*

Cuando leí aquel mensaje de texto no lo podía creer, ¿Qué demonios?

—Que se fuera al infierno ese engreído posesivo —dije en voz alta por la calle refunfuñando casi sin poder creerlo.

Estaba por llamar a Nadia para contárselo pero no iba a tener cobertura en el móvil al entrar en el metro subterráneo, por lo que me aguanté las ganas y se lo envié todo por mensaje de texto.

Llamé a mi madre para decirle que estaba llegando al hotel, ni tan siquiera me

digné a mirar la hora, no quería saberlo, intuía que estaba rompiendo con Alejandro aunque de todos modos ¿Qué había que romper? Ni tan siquiera tenía una relación con él, solo un estúpido acuerdo que aquel patán creía que me beneficiaba.

Subí a la cuarta planta donde se alojaban mis padres, sentir el reconfortante abrazo de mi madre me hizo olvidarme momentáneamente de lo que estaba pasando, ¿Tal vez a Alejandro se le pasara el enfado y todo volvería a ser igual? Lo dudaba, pero de todos modos, no tenía sentido, mis padres eran lo primero de la lista en aquel momento y si Alejandro no era capaz de verlo, ese era su problema.

—¡Irina!, ¡Has adelgazado! —exclamó mamá en un tono que no sabía si era un halago o un reproche.

—Es que el trabajo me absorbe demasiado —aclaré. Bueno... el trabajo y el esfuerzo extra que hacía en la cama con aquel dios griego después de la jornada laboral, pensé.

—Luciano... tu hija va a enfermar si sigue así —reprochó a papá que justo en aquel momento apareció en la habitación vestido de traje como siempre.

—Papá —dije nostálgica después de no verlo en tanto tiempo.

—Mi Luciana querida, ven aquí —contestó atrayéndome a sus brazos con una sonrisa.

Cené con mis padres tranquilamente, aunque el tema principal fue el proyecto en la empresa que estaba desarrollando y en el que me habían asignado estar al frente del equipo. Al parecer mi padre iría a las instalaciones Komarov al día siguiente, pero no coincidiríamos, aún así le hice asegurarme que no revelaría que yo era su hija, pero el hecho de no tener que verlo para hacerme la aludida me tranquilizo. Sería muy extraño tener que hacerme pasar por una

simple empleada y no saludarle delante de los demás, pero estaba en la posición justa donde iba a demostrar mi valía y si se sabía, probablemente todos me mirarían desde otra perspectiva. '

—Apenas has probado bocado Irina, ¿Ocurre algo? —preguntó mi madre aprovechando que papá había recibido una llamada.

—No mamá —mentí—. Es solo que es algo tarde y estoy cansada, el proyecto me tiene bastante absorbida y por eso salgo más tarde de la empresa, pero es muy gratificante así que no te preocupes por mí, no hay nada que unas buenas horas de sueño no repongan —dije sonriente, como siempre decía ella, una buena siesta es una cura en belleza.

Me acompañaron en coche hasta el apartamento y pese a que mi madre insistía en que me alojara al menos aquella noche en el hotel, lo rechacé con el pretexto de que tendría que estar temprano en la oficina, pero en realidad solo pensaba en la posibilidad de que Alejandro se presentara aquella noche en casa o recibiera un nuevo mensaje de él.

Evidentemente aquello no ocurrió. Ni llamadas, ni mensajes, ni una nota al conserje del edificio. ¿Que esperaba?, ¿Verle esperando en la puerta a mi regreso? Era evidente que él no era de ese tipo de hombres.

Me di una larga ducha de agua templada porque necesitaba aclarar las ideas antes de irme a dormir. Cerré los ojos pensando en qué ocurriría cuando volviera a verle, cuando le encontrara por la oficina... ¿Hablaríamos del tema?, ¿Debía dar por terminada toda relación que estuviera estrictamente fuera de lo laboral? No supe porqué, pero un sentimiento de congoja y pérdida se instaló dentro de mi, de algún modo supe que todo había terminado.

El despertador sonó a la misma hora de siempre, lo apagué de un movimiento y me desperecé estirando los brazos y las piernas. Me había costado llegar a

dormirme, pero finalmente lo había conseguido y hoy era un nuevo día. Además, tendría que verle en su despacho quisiera o no para presentarle un informe y hablar sobre la progresión del proyecto, allí descubriría cuál sería ahora la situación. Decidí vestirme más apropiadamente sabiendo que iba a verle, así que elegí un sencillo vestido beige ajustado al cuerpo con un generoso escote y unas sandalias con algo de tacón en color negro. Me maquillé con un toque de color en los ojos y decidí echar el perfume y el labial al bolso puesto que la reunión con Alejandro sería a última hora del día. Afortunadamente la mañana pasó rápida, mi madre me llamó para comer juntas antes de que se marcharan en cuanto papá terminara con la junta directiva, suponía que el dios griego estaría también en aquella reunión, así que salí para almorzar con ella. Comimos en uno de los restaurantes que estaban cerca del edificio Komarov para no perder demasiado tiempo.

—Insisto Irina, se que te pasa algo, te conozco lo suficiente para saber que me estás ocultando algo que te preocupa, ¿Es que no te tratan bien aquí? —insistió mi madre que desde luego, instinto maternal no le faltaba precisamente.

—No mama, lo cierto es que no me puedo quejar, aunque tengo el puesto que tengo por papá —le recriminé como si aquello fuera la base de mi comportamiento.

—Pero por lo que me dijo tu padre te lo merecías, fuiste tú quien descubrió el informe, no entiendo esa manía por demostrar lo que vales por tu cuenta, de todos modos vas a ser la presidenta de Komarov algún día, ¿Por qué te importa tanto?

—Porque cuando llegue ese momento, sabrán que yo también empecé desde cero en la empresa y demostré que pude hacerlo por méritos propios y no concedidos por nacimiento —dije antes de dar un sorbo a la copa de vino.

—Como quieras, sé que de todos modos no te voy a convencer, eres tan

cabezota como tu padre. Cambiando de tema, te he enviado algunos conjuntos que compré esta mañana junto a las compras que hice en Harrods a tu edificio, lo debe tener tu conserje —terció y agradecí infinitamente que habláramos de otra cosa al fin.

No recibí ningún mensaje de Alejandro diciendo a qué hora quería reunirse conmigo para llevarle el informe me hizo creer que quizá también pensaba evitarme en el trabajo, pero mis teorías se fueron al traste cuando recibí el aviso por parte de una de las compañeras del equipo diciéndome el señor Álvarez había llamado cuando estaba fuera del despacho para citarme a las siete en su despacho y presentara el informe.

Quince minutos antes de la hora estaba subiendo en el ascensor hacia la última planta del edificio, estaba nerviosa por lo que iba a ocurrir, así que me aferré a la carpeta que llevaba entre las manos. Llegué a la puerta y di un par de golpes puesto que su secretaria no estaba. Cuando sentí el click de que se había abierto empujé para entrar.

—Pase y deje el informe señorita Suarez —escuché nada más dar un paso dentro de aquel despacho y vi que ni tan siquiera había levantado la vista de la mesa para verme. ¿Para eso me había rociado de perfume y pintado los labios?, ¿Para eso me había puesto aquel vestido? Vale, lo hacía porque quería y me gustaba sentirme hermosa cuando me arreglaba, pero en el fondo era también para impresionarlo.

Llegué hasta la mesa y dejé el informe sobre ésta, Alejandro lo cogió sin mirarme aún revisando por encima las estadísticas y progresos.

—¿Algún detalle que añadir? —preguntó secamente.

Pues sí, me gustaría decir muchas cosas, pero no son respecto al proyecto desde luego.

—No, todo marcha según lo previsto —contesté en el mismo tono que había hablado él. Si se iba a comportar como un patán, recibiría el mismo trato.

—Está bien, puede irse —contestó dejando la carpeta a un lado y girando la vista hacia su ordenador.

¿Eso era todo? Ni tan siquiera había levantado su vista de la carpeta, de la mesa, del ordenador... ¡No se había dignado a verme!

¡Maldito Alejandro y maldito su temperamento! Me di media vuelta y sali con paso decidido de aquel despacho.

## 20. No estoy en venta.

No tardé en comprobar que Alejandro parecía haberse tomado muy en serio lo de romper el acuerdo, el resto de la semana fue igual, incluso llegué a coincidir con él en el ascensor una mañana al llegar a la oficina y ni siquiera saludó con un buenos días como mismamente hizo antes de conocerme.

«Patán engreído», ¿Pero que se habrá creído? O sea... no había significado nada para él, definitiva y absolutamente nada. Solo fui un revolcón, está bien, más de uno y de lo más increíble, pero nada más al parecer.

El viernes iba a comerme la ciudad. Había convencido a Nadia para que viniera a visitarme, ella había terminado los exámenes y era libre, por lo tanto no tenía nada mejor que hacer y sabía que yo la necesitaba. Llegaría esa misma tarde para pasar unos días y venía dispuesta a prestarme su hombro en el que llorar o más bien a acompañarme en mi transición para pasar mi pena.

Al menos el hecho de que ella viniera me ayudaba a sobrellevar el tema, llevaba demasiados días sufriendo la agonía por la falta de Alejandro y necesitaba una buena dosis de alivio emocional al respecto.

—¿Qué vais a hacer este fin de semana? —preguntó Jaime en la oficina poco antes de que fuera la hora de salida.

Al no contestar prácticamente nadie, le hablé de que vendría una amiga y saldría por la ciudad. Para mi sorpresa Jaime me invitó a una discoteca donde solía ir él con sus amigos, al parecer era de uno de sus colegas y por eso solían ir siempre allí, me prometió invitarnos a unas copas y nos pondría en lista por si decidíamos asistir. Nadia llegó demasiado cansada del vuelo para

salir, así que nos quedamos en casa comiendo helado y poniendo a Alejandro a parir. Si. Insultar en presencia de otra compañía femenina al dios griego que me hacía suspirar me levantaba el ánimo. Nos acostamos super tarde haciendo planes para los próximos días y debían ser alrededor de las dos de la mañana cuando miré por última vez el teléfono sin la presencia de un mensaje.

«¿Y si era mejor que todo hubiera ocurrido así?» Pensé antes de dormir. Tal vez si esa relación hubiera seguido no habría podido evitar enamorarme de Alejandro y habría sido peor el resultado final. Ahora al menos podía congraciarme porque no estaba enamorada de él, ¿Porque no lo estaba, verdad? Solo debía ser una agonía por la falta de sexo la que hacía que me sintiera así.

Fuimos de compras el sábado por la mañana y terminamos comiendo en un sitio de comida rápida de la gran vía. Lo cierto es que resultaba extraño que todo el mundo nos mirase por la calle, ¿Tanto llamaban la atención dos rubias altas? Al parecer en aquel sitio sí. Cargadas de bolsas llegamos a casa y comenzamos a bailar al ritmo de la música mientras el vino corría por las venas y comenzábamos a arreglarnos para salir esa noche. Debían ser aproximadamente las diez cuando salimos a cenar por los bares de la zona, Nadia no hablaba nada de español así que yo hacía siempre de traductora, la suerte de aquello es que nadie comprendía nuestro idioma y para reírnos comenzamos a criticar a algunos chicos que intentaban acercarse a nosotras sin que se dieran cuenta e incluso creyendo que podrían gustarnos.

Definitivamente cuando llegamos a la discoteca que me había mencionado Jaime el viernes, podría resumirse que estábamos demasiado *contentas*. Al parecer era la discoteca que estaba de moda del momento a juzgar por la larga fila que había para entrar y que llegaba hasta el final de la calle, ¡Era increíble!, pero como mi compañero de equipo nos había puesto en lista,

entramos sin tener que esperar.

Había demasiada gente allí dentro como para encontrar a Jaime, aunque para mi sorpresa, él nos encontró a nosotras.

—¡Has venido! —gritó en cuanto mis ojos le vieron.

—¡Sí! —exclamé—. ¡Te presento a Nadia! —grité para que me escuchara entre el ruido y la música alta señalando a mi amiga. No me pasó desapercibido el gesto de aprobación de Jaime al verla como si le gustara lo que estaban viendo sus ojos.

—Es muy guapo —dijo Nadia observándolo.

—Sí, ya te dije que lo era... —confesé.

Jaime nos llevó hasta un reservado y nos presentó a sus amigos. Lo cierto era que el más guapo de todos ellos era mi compañero de equipo, pero todos parecían simpáticos a simple vista. Conforme avanzaba la noche empecé a notar que Jaime no dejaba de intentar flirtear conmigo, en uno de aquellos intentos de robarme un fugaz beso, cogí a Nadia del brazo y salí a bailar a la pista para salvar la situación

—Pero ¿Qué te pasa? —preguntó—. Es guapo y parece gustarle, ¿Por qué no te vas con él lejos de aquí? —insinuó incitándome a que acostara con Jaime como si fuera tan fácil.

—Voy a pedir algo a la barra —respondí para no tener que contestarle y al girarme me di de bruces con el pecho de un hombre lo suficientemente firme como para que me acordase de mi dios griego. Me disculpé, pero dudaba que por el ruido del ambiente el sonido de mis palabras hubiera llegado hasta sus oídos, así que alcé la vista para decirle con un simple gesto que lo lamentaba y me enfrenté a los ojos de Alejandro que me observaban de una forma

extraña, como si estuviera enfurecido. No supe donde esconderme en aquel momento, me quedé completamente anonadada.

Intenté hacerme a un lado cuando fui consciente de la situación para pasar de él, pero sentí como su mano se cernía a mi brazo y me arrastraba hacia la salida. Me giré entonces hacia Nadia, pero había vuelto hacia el reservado con los otros chicos por lo que no pudo ver como Alejandro me llevaba a rastras.

—¡Suéltame! —grité cuando ya estábamos saliendo, pero él parecía no escucharme—. Pero ¿Quién te crees que eres?, ¡He dicho que me sueltes! —insistí.

—No —negó serio con la voz tan rotunda que no daba lugar a objeciones.

¿No? ¿Y qué clase de respuesta era esa?

Cuando llegamos a la calle no me soltó hasta que caminamos a unos metros de distancia donde había una calle estrecha algo más oscura. Me apoyó contra la pared de un edificio y colocó sus manos a ambos lados de mi cuerpo para apresarme entre aquellos fornidos brazos.

—¿Qué hacías, Irina? —preguntó mirándome fijamente con esa tonalidad oscura que podía apreciar en sus ojos.

—¿Cómo que qué hacía? —exclamé confundida.

—Te he estado observando toda la noche, he visto como coqueteabas con ese chico —aseguró—. Me costó reconocerle, pero sé que es el informático de tu equipo, ¿Tan poco has tardado en meterlo en tu cama?

—¿Y a ti que te importa a quien meto o dejo de meter en mi cama? —respondí furiosa.

Había sido él quien había roto el acuerdo, no yo. Así que no tenía derecho a

exigirme nada.

Por toda respuesta Alejandro acortó la distancia devorando mis labios. Por desgracia mi traicionera lengua no tardó en salir a su encuentro bailando con la suya en una fusión devastadora que denotaba la ausencia de su encuentro durante demasiados días para mi agonía.

Saboreé con intensidad aquellos labios pese a ser consciente de que no debería hacerlo, de que revelarles a aquel egocéntrico ingrato que me volvía loca era como apuntarme con un arma en la sien, pero mi razón no controlaba mis impulsos cuando Alejandro me tocaba, era droga para mis sentidos, el más puro de los deleites del cual me resultaba meramente imposible negarme.

—Eres mía, ¿Recuerdas? —dijo separando levemente sus labios de los míos aunque su frente estaba en contacto con la mía mientras me acariciaba las mejillas con los dedos.

—No —negué empujándole, intentando separarme de él aunque no conseguí que se alejara ni un milímetro de donde estaba, como si fuera literalmente una roca incapaz de mover—. No soy tuya, ni de nadie —advertí de nuevo provocando que los ojos de él brillaran intensamente de no sabía exactamente que, si rabia, impotencia o frustración.

—Irina —espetó como si estuviera dándome una advertencia de que le estaba sacando de sus casillas.

—¡Rompiste el acuerdo!, ¿O ya no lo recuerdas? No te debo nada, no tenemos nada, no te pertenezco, ni tienes derecho a reclamar que hago o dejo de hacer porque tú mismo lo decidiste así —grité.

Lo cierto era que ni antes de que lo rompiera tenía ese derecho, pero al menos me podía basar en un acuerdo en el que ambos así lo habíamos decidido, ahora ya no me podía reprochar ninguna falta.

El silencio de Alejandro hizo que intentara marcharme de allí dando por finalizada la conversación, ya comenzaba a cansarme de aquella actitud.

—Dime que es lo que quieres —escuché que decía y esta vez su tono casi parecía una súplica, algo que no supe comprender porqué.

—¿Que es lo que quiero? —gemí anonadada.

—Dime el precio que tengo que pagar para pasar la noche contigo, dime una cantidad —contestó haciéndome sentir como una prostituta que vendiera su cuerpo, como si realmente tuviera un precio para pasar la noche con un hombre.

La decepción de mi rostro no pudo pasar inadvertida para él, en aquel momento me sentí sucia, despreciable, la más pueril e ingrata de las mujeres al sentirme rebajada de aquella forma. El hecho de que Alejandro quisiera comprarme solo me decía que para él seguía siendo un simple objeto sexual, que jamás me vería como otra cosa.

—No lo puedes pagar, Alejandro —contesté en el tono más serio que pude. No queriendo que las lágrimas asomaran por mis ojos porque lo único que quería hacer en aquel momento era llorar.

—Pruébalo —respondió como si la cifra desorbitada que fuese a decirle no le asombrara.

—Está bien —contesté cruzándome de brazos enfrentándome a él—. Quiero que admitas que eres un gilipollas por tratarme como a una prostituta y me pidas perdón, ese es mi precio.

La cara de desconcierto al no recibir la respuesta que esperaba no me pasó desapercibida.

—¿Qué? —exclamó sorprendido.

—No estoy en venta, Alejandro —tercié.

—Lo estabas hasta la semana pasada —me recriminó por lo que consideré que se refería al acuerdo que teníamos.

—Pues asume que ya no es así —admití sin decir que en realidad, nunca lo estuve, solo había aceptado porque me apetecía tener sexo con él y disfrutar de aquella experiencia sin revelar mi verdadera identidad.

—Lo debí suponer —dijo con fastidio—. Esperas sacar una oferta aún mejor, ¿no?

Como siempre Alejandro tenía que pensar lo peor de mi, que era una simple oportunista y que solo quería escalar puestos en la empresa, que solo me movía por el más puro interés.

—¿Sabes qué? —grité harta por sus estúpidas conjeturas—. ¡Piensa lo que quieras sobre mí!, ¡No me importa en absoluto! —volví a gritar llena de rabia con los ojos brillosos a punto de derramar las lágrimas que intentaba contener.

Pero sí importaba, me importaba demasiado que pensara que era así.

—No son interpretaciones —dijo en un tono demasiado grave—. Es lo que me dejaste claro desde el primer momento cuando te ofrecí el acuerdo y aceptaste.

Y en eso el jodido de Alejandro tenía razón, había sido mi culpa por no sacarle de su error, por conforme con aquello y aceptar aquel acuerdo que supuestamente tenía un beneficio para mi.

—Pues ya no es así —respondí porque no podía admitir la verdad sin decirle quien era.

—¿Es por ese niñato? —preguntó de pronto acercándose peligrosamente.

La idea de darle celos con Jaime se me pasó por la cabeza, pero no quería que

el trabajo de mi compañero corriera peligro por mi culpa.

—¿Ves? —exclamé—. ¡Siempre haciendo suposiciones!

—No son suposiciones Irina, te he visto hace unos instantes como casi te besabas con ese estúpido niño.

—¡No me interesa Jaime! —grité aunque lo que verdaderamente tenía ganas de gritarle es que dejara de hacer una estúpida escena de celos, pero estaba segura de que lo negaría hasta la saciedad diciendo que él no era un hombre celoso y menos aún posesivo.

Alejandro entrelazó sus dedos en su cabello, parecía exasperado y de pronto me miró fijamente, provocando que me encogiera en mi misma sintiéndome pequeña.

—¿Entonces si te pido disculpas por tratarte como una puta y admito que soy un imbécil por pensarlo serás mía esta noche? —Su tono de voz era grave, demasiado grave.

—Si —susurré estando segura de que Alejandro jamás haría algo así.

—Está bien —dijo acercándose de nuevo, atrapándome de nuevo en aquella pared y arrinconándome entre sus brazos—. Soy un idiota por tratarte así, te pido disculpas —me susurró cerca del oído.

Sus palabras habían sonado demasiado fáciles, como si realmente las hubiera dicho para conseguir una finalidad, pero lo había admitido, ¿No?

Le miré a los ojos y él apretó sus manos entre mis nalgas alzándome para apretarme contra su cuerpo.

—Vayámonos a un hotel, estoy deseando hundirme dentro de ti, preciosa —confesó mientras me mordía el lóbulo de la oreja con voracidad, como si me quisiera devorar allí mismo en aquella calle poco transitada.

Apreté mis manos clavándome las uñas en la palma de las mismas para no tocarle, sabía que si lo hacía sería mi perdición.

—No —dije negándome por segunda vez aquella noche. Sentí como rompía el contacto de sus labios en mi oreja que empezaba a descender por el cuello alejándose parcialmente de mi pie—. No hasta que me demuestres tus palabras Alejandro —reiteré para que entendiera a que me refería.

—¿Que pretendes Irina? —dijo algo hastiado—. Me he disculpado, era lo que querías, deja de comportarte como una cría.

Sus palabras solo me ayudaron a afirmar lo que ya pensaba, que Alejandro solo me había dicho aquello para conseguir un fin, *meterme en su cama*.

—Me voy —dije soltándome de su agarre y comenzando a caminar de vuelta hacia la discoteca—. Cuando dejes de ser un cerdo egoísta, me llamas y tal vez piense en coger el teléfono —añadí antes de rodear la esquina sin mirarlo, por suerte no volvió a agarrarme y frenarme el paso o habría descubierto las lágrimas que ahora se derramaban por mi rostro. Solté todo el aire que había estado conteniendo una vez entré de nuevo en la discoteca tratando de calmar mi ansiedad. Por suerte Nadia seguía allí ajena a lo que había pasado, probablemente pensaba que todo ese tiempo solo había estado en la barra pidiendo una copa, más tarde se lo contaría todo.

Por una parte me sentía bien conmigo misma, puesto que le había dejado claro a Alejandro que no pensaba estar bajo su dominación, que se había acabado el ser un mero objeto sexual sin sentimientos ni opinión, que si quería algo conmigo iba a tener que trabajárselo un poco. Dudaba que lo hiciera, sinceramente conociendo como empezaba a conocer a Alejandro, apostaba a que él jamás había intentado complacer a una mujer, su máximo esfuerzo había sido aquel fin de semana en el velero y lo hizo por un motivo oculto, no por mí, sino para asegurarse que aceptaba liderar el equipo y su trabajo dependía

de ello, por tanto empezaba a asimilar que lo mío con Alejandro había terminado para siempre y que aquella noche le había puesto punto y final.

—¡Vamos Irina! —exclamó Nadia cuando me vio dar vueltas al café con la cuchara pensativa—. Ese tal Alejandro será muy bueno en la cama, pero es un completo idiota por tratarte así, tú te mereces algo mejor, es más, si yo estuviese en tu lugar, le habría dicho que era la dueña de la empresa para que se arrastrara y me besara los pies con tal de no despedirle.

—Es socio de la empresa, Nadia —contesté muy a mi pesar.

—Me da igual que lo sea, el puesto de director no lo tiene asegurado —afirmó vengativa y en eso había que darle la razón a mi amiga.

—No voy a decirle quien soy —admití.

Ni hablar... por nada del mundo le iba a decir a Alejandro quien era, no pensaba darle ninguna excusa para recriminarme que todo lo había hecho por un simple juego o peor aún, que por esa causa comenzara a tratarme bien solo por ser la hija de su jefe. Yo quería que lo hiciera por mi misma y no por mi apellido.

—Pues tú te lo pierdes, porque yo le torturaría con amenazarle en contárselo a tu padre —contestó mientras le daba un gran mordisco a su tarta de arándanos.

—Si... ¿Antes o después de que le enseñara la foto que le envié por equivocación? —exclamé recordando cómo había comenzado todo aquel lío.

—No sería capaz... —dijo sin darle importancia.

—No conoces a Alejandro, por salvar su culo es capaz de hacer lo que sea, hasta de vender su alma al diablo —admití sabiendo que para Alejandro lo primero era el trabajo y después si acaso... vendría el resto. En ese sentido era igual que mi padre.

Cuando Nadia volvió a Moscú me sentí de nuevo sola y el vacío comenzaba a hacer mella en mí sin rellenarlo con aquel parloteo de mi amiga. Fui mas consciente que nunca del sentimiento que empezaba a alojarse dentro de mí por la falta de Alejandro y no, no era solo por la falta de sexo, sino por lo que extrañamente él me hacía sentir cuando estaba a su lado.

—¡Puñetero hombre! —grité dando un fuerte manotazo en la encimera de la cocina y me fui a mi habitación a buscar entre la ropa algo elástico con lo que hacer deporte.

Encontré unas mayas y me puse un top deportivo, cogí las zapatillas y salí del apartamento mientras metía todo lo necesario en el bolso. Me iría al primer gimnasio que encontrase más cercano a casa y me desfogaría intentando hacer algo de deporte, cosa que jamás hacía pero la gente solía decir que funcionaba para pagar frustraciones, bien... yo tenía mucha frustración.

Resultó que había uno bastante cerca, así que me apunté y posteriormente fui hacia los vestuarios para dejar las cosas. Me miré en el espejo y vi que quizá iba demasiado provocativa solo con ese top, pero ya era tarde para cambiar de opinión así que me hice una cola alta para despejarme el pelo de la cara y salí a la sala de máquinas.

Me subí a una de las cintas de correr, así que con el móvil y mis inseparables cascos, puse la música a todo volumen y aumenté la intensidad hasta ser moderada de forma que corría paulatinamente. Después de una hora y media de gimnasio, podía asumir que mi cuerpo estaba cansado, mucho más que una noche con Alejandro.

«¡Mierda Irina!, ¿Otra vez? ¡Deja de pensar en él!» Me repetí mientras salía del gimnasio en dirección a casa para darme una merecida ducha.

—Señorita, tiene un sobre —dijo el portero nada más verme entrar, ¿Un

sobre? pensé frunciendo el ceño mientras mi portero me ofrecía lo que parecía un sobre blanco, alargado y sellado con mi nombre detrás.

—¿Quién lo ha dejado? —pregunté, puesto que al salir no me había mencionado nada al respecto así que suponía que habían debido de dejarlo en mi ausencia.

—Ha sido el joven que ha venido a visitarla otras veces, le dije que había salido y me entregó esto para que se lo diera.

El joven que había venido otras veces... solo había un hombre que había ido a mi casa y ese era Alejandro.

—Gracias Francisco —contesté por su nombre y me dirigí hacia el ascensor, nada más cerrar las puertas no pude evitar abrir el sobre, había lo que parecían ser dos entradas y una especie de tarjeta.

*Tú ganas, déjame demostrarte que soy un idiota.*

*A. Álvarez.*

Observé las entradas que parecían ser para una obra de teatro el viernes por la noche, ¿Alejandro me estaba invitando a salir?, ¿Una cita?, ¿íbamos a hacer algo que no fuera solo sexo?

Mi corazón se aceleró... por primera vez, Alejandro me estaba demostrando que no era un capullo egoísta y aunque fuera una ingenua, no pude evitar sonreír y llevarme aquella tarjeta al pecho como una adolescente entusiasmada.

## 21. Confesiones.

### POV ALEJANDRO

—¡Vamos hermanito!, ¡Alegra esa cara! —escuché la voz de Alberto a mi lado.

—Como vuelvas a llamarme hermanito te parto la cara —gemí en un gesto medianamente divertido aunque el tono de voz evidenciaba que no me gustaba que me llamara así.

En unos meses se casaría con mi hermana y formaría parte de la familia, aunque ya le consideraba como a un hermano a tenor de todo lo que habíamos pasado juntos, de hecho sabía más cosas sobre mi vida que la propia Teresa.

—Sabes que solo te lo digo para traerte de vuelta al planeta tierra —confesó llevándose el botellín de cerveza a los labios para dar un buen trago.

Mi hermana y su novio habían decidido hacer una pequeña barbacoa en casa para inaugurar el piso antes de casarse y habían invitado a todos sus amigos, solo que nadie solía ser puntual en esos casos salvo yo. Mi hermana rondaba por la cocina ultimando los detalles mientras Alberto y yo estábamos hablando fuera, bueno... hablaba más bien él porque yo tenía la cabeza en otra parte.

—Lo sé —admití cogiendo el botellín de cerveza que me había ofrecido nada más llegar para dar un trago—. Es que tengo bastante lío en la oficina y estoy algo distraído —mentí sabiendo que yo nunca mezclaba el trabajo con la familia salvo que fuera estrictamente necesario y no era el caso.

—Eso cuéntaselo a tu hermana, que tal vez se lo crea —contestó levantándose —, pero a mí no. Te conozco lo suficiente para saber que algo te está pasando,

últimamente te veo aún menos que antes y ya es decir.

—He tenido bastantes reuniones en fines de semana —dije sin darle importancia.

No me apetecía hablar de Irina, de hecho me negaba a hacerlo por lo que aquello implicaba.

—¿Y la rubia que llevaste en el velero hace un par de fines de semana? —gimió Alberto y casi escupí el contenido de cerveza que tenía en la boca.

—¿Tú como coño sabes eso? —exclamé retándole con la mirada.

—Gestiono tus cuentas Alejandro, aunque no es por eso que lo sé —terció Alberto—, llamé a Carlos para hacerle el abono del amarre y me dijo que habías estado por allí muy bien acompañado.

«Maldito Carlos chismoso» gemí.

—Bueno sí —admití porque no podía negar lo evidente—. Me llevé a una chica a pasar el fin de semana en el velero, tampoco es para tanto...

—¿Qué no es para tanto? —exclamó—. Tú ni siquiera pasas la noche con la misma mujer y te llevas a una todo el fin de semana donde sabes que no tendrás escapatoria. Sí que debe ser un bellezón esa rub...

—¡Ni se te ocurra mencionárselo a Teresa! —grité.

—¿Por qué? —contestó encogiéndose de hombros—. Seguro que se alegraría más que tu, está tan obsesionada con que encuentres a alguien y seas feliz que yo creo que le haría más ilusión que la propia boda.

—Pues no será Irina —tercié.

—¿Irina?, ¿Se llama Irina? Ese nombre no parece muy español.

—Es rusa y no estoy saliendo con ella, solo tenemos un acuerdo beneficioso

para ambos —admití sabiendo que no podría ocultarlo mucho más tiempo.

—¿Un acuerdo? —preguntó alzando una ceja extrañado.

—Digamos que solo tenemos sexo y ambos sacamos algo a cambio —confesé sin entrar en detalles.

—¿Tienes sexo con ella a cambio de dinero? —gritó.

—Cshh —siseé—. Baja la voz que te va a escuchar —tercié—. No, no le pago para que se acueste conmigo, pero casi.

—¿En qué estás metido Alejandro? —preguntó intrigado.

—Es una becaria de la empresa, digamos que le ofrecí un buen puesto de trabajo a cambio de que estuviera a mi disposición.

—¡Te has vuelto loco! —gritó—. ¿Sabes lo que pasará si te pillan?, ¿Te has parado a pensar en las consecuencias?

—No lo harán —negué a pesar de reconocer que yo mismo vivía con esa incertidumbre—. Ella tiene tanto o más que perder.

Yo era socio minoritario y en el peor de los casos únicamente me harían dimitir del puesto de dirección, pero mi parte de la empresa por pequeña que fuera, no podrían arrebatármela, en cambio ella perdería el empleo y toda ambición dentro de Komarov, algo que desde luego no creía que le interesara, eso sin contar que divulgando a la luz aquella relación, le interpondría una demanda en la que por mutuo acuerdo, tendría las de perder. No, desde luego que aquello no vería nunca la luz.

—Aún así... no me parece que sea muy ético lo que estás haciendo —insistió Alberto.

«Él y su moralidad, aunque si no fuera por eso, no le dejaría casarse con mi

hermana»

—No lo haría si ella no hubiera estado de acuerdo en todo este asunto, pero lo estaba —admití.

—¿Estaba?, ¿Ya no estás con ella? —preguntó mirándome a los ojos como si buscara la verdad.

—No... hace unos días que rompí el acuerdo —aclaré evitando su mirada.

Y había sido la peor decisión de toda mi vida porque estaba completamente obcecado con Irina. La deseaba, la quería de vuelta cada noche en mi cama, anhelaba tocar de nuevo su piel sedosa y escuchar su voz gimiendo que la poseyera de nuevo.

—¡No me jodas! —le oí exclamar—. ¡Tú estás así por ella!, ¡Te has pillado de esa rusa! —gimió y por ilógico que pareciera estaba sonriendo.

—No me he pillado de nadie —dije apretando la mandíbula.

—¿No? —exclamó—. Reconoce que no la echas de menos, que te da igual poner a otra en el lugar que ella ocupaba hace unos días.

«Mierda» me dije a mí mismo.

La echaba de menos... desde luego que la echaba de menos y la había pifiado una tras otra... podría haberla tenido cuando la encontré en la discoteca esquivando a aquel tipo que intentó besarla, podría haber sido mía de nuevo esa noche, pero ella me desconcertaba, me hacía creer que era de una forma y luego sus reacciones me descolocaban. Quería que le pidiera disculpas, que le demostrara que había sido un imbécil por tratarla como a una simple puta y quizá tenía razón... pero lo que ella no entendía es que a mí me habían educado para que tratara así a todas las mujeres, incluso a mi propia hermana y me había costado años no verla de aquella forma.

Tenía que hacer lo que fuera por recuperarla, aún no tenía muy claro que haría, pero esperaba o más bien rogaba porque ella volviera de nuevo a mis brazos, que se entregara de nuevo a mí como en tantas ocasiones había hecho. Incluso estaba dispuesto a ser más benévolo, a ofrecerle lo que ella me pidiera... a pagar una fortuna si hacía falta solo porque regresara otra vez a mi vida.

Nunca había sentido lo que ella conseguía provocarme, jamás en todos mis años y con un número infinitamente elevado a mis espaldas de amantes que habían pasado por mi cama, he sentido algo remotamente similar a lo que ella conseguía cada vez que me deleitaba en su cuerpo. No, no quería reconocerlo hasta ahora, pero era evidente que Irina poseía algo que me hacía vibrar cada vez que me hundía dentro de ella y que probablemente se había adentrado tanto dentro de mí, que sería imposible sacarla.

—No lo sé —dije llevándome una mano al pelo para peinarlo hacia atrás de forma inconsciente—. No sé qué es lo que ella tiene, pero me vuelve loco.

—¡Pues vuelve con ella Alejandro! Si ella te hace de algún modo feliz, la debes tener en tu vida de la forma que sea.

¿Feliz?, ¿Ella me hacía feliz? Me pregunté ante la inquieta afirmación de Alberto y pensé que de algún modo, con ella había sentido ira, rabia, celos... pero también me había reído, divertido, gozado y por primera vez me había olvidado del trabajo para centrarme únicamente en disfrutar de estar a su lado.

«Definitivamente sí. Irina Suarez me hacía de algún modo feliz»

No solo era sexo, había más en ella, mucho más que el simple hecho de follar y pasar de largo. Ella me colmaba, me apaciguaba de algún modo incomprensible y ahora que nada nos vinculaba, que no podía reclamarla, no sabía cómo reaccionaría, ni si volvería a aceptarme de nuevo en su vida.

Yo necesitaba tener el control, necesitaba esa seguridad de saber que solo

estaría conmigo, que solo me pertenecía a mí y lo requería tanto como el aire que respiraba en aquel momento para vivir.

Escuché voces que se acercaban y sabía que aquella conversación con Alberto no había acabado, pero al menos sí lo haría por el momento.

—No quiero que Teresa se entere de nada, sabes que si lo hace no cesará en acribillarnos a preguntas a ambos y lo que menos deseo ahora es que se ilusione con algo que probablemente no llegue a ninguna parte —admití.

—Está bien —dijo antes de que se abriera la puerta—, pero a mí me mantendrás informado.

Tal vez me viniera bien tener un confidente después de todo, alguien a quien confesarle todo aquel remolino contradictorio que no dejaba de afectarme con respecto a Irina y quizá aclarara alguna de mis ideas o me pudiera ofrecer un punto de vista alternativo que yo no era capaz de ver.

Aún recordaba el fin de semana pasado en Londres donde la había tenido solo para mí encadenada a la cama en esa habitación de hotel, jamás creí que podría enloquecerme tanto como para hacerla viajar de madrugada tras aquella video llamada en la que lejos de saciar mi apetito, lo había aumentado con creces hasta el punto de decirle que cogiera el primer vuelo cuando estaba negocios.

¡Dios!, ¡Verdaderamente estaba pillado de esa mujer! Y más aún después de encontrarla desnuda esperándome en la habitación únicamente ataviada con una de mis corbatas, si... estaba pillado o simplemente había perdido la cordura.

Sin duda Irina era diferente, era única y oírle gritar mi nombre cuando alcanzaba su orgasmo no fue solo excitante, sino estremecedoramente posesivo. La sentía mía de verdad aunque no fuera así y lo había jodido todo

exigiéndole que acudiera a la cita después de decirme que tenía una urgencia familiar porque me moría de ganas por volver a tenerla. No supe ver más allá de mi absoluta primacía a la hora de compartirla, no tenía ni idea de cuál sería ese asunto familiar por el que se había excusado para no acudir a la cita, pero al principio me pareció una simple excusa teniendo en cuenta que su familia estaba en Rusia.

Por un momento pensé que vería a otro hombre, a algún amante que había tenido con anterioridad y la ceguedad de aquel hecho me hizo negarme en rotundo a que no asistiera. No pensé que fuera verdad por un simple instante, solo que estaba mintiendo, pero después de que no se presentara a la cita y cabrearme aún más por ello, la iluminación llegó a mi cerebro y maldije que no lo hubiera hecho con anterioridad. Irina tenía apellido español, no ruso y eso significaba que debía tener familia aquí en España también, por eso hablaba sumamente bien el idioma sin apenas acentuación.

Lo había jodido todo yo solo y era el único culpable de la situación en la que ahora me encontraba. No tenía ni idea de cómo le demostraría que era un capullo integral, yo no sabía de esas cosas, menos aún de citas o planes de conquista... pero de algún modo debía contentarla, de alguna manera tendría que conseguir que ella me aceptara y por nuestra última conversación sabía que fijando un precio, no lo conseguiría porque según ella misma; ya no estaba en venta.

## 22. Tensión a flor de piel.

Era viernes y llevaba dos días sin ver a Alejandro porque al parecer estaba con unas reuniones muy importantes y no tenía tiempo para recibirme, pero sí me había hecho enviarle los informes por correo interno de la empresa, ¿Me estaría evitando?, ¿O serían ciertas esas “reuniones” que decía tener? Realmente no lo sabía, ni tan siquiera me había enviado un mensaje para confirmar la cita que supuestamente teníamos. Porque teníamos una cita, ¿no? Se me había ocurrido que tal vez me había enviado las entradas, pero que no implicaba tácitamente que él fuera a venir conmigo, sino que quizá podría invitar a otra persona, ¿Tendría que preguntárselo? Porque realmente no me había enviado una invitación, sino dos y ahora dudaba que él fuese a acudir a esa obra de teatro.

Revisé la nota que llevaba en el bolso junto a las entradas, no sabía porqué las había metido en el bolso, quizá para no dudar de que existían, releí la nota otra vez «Tu ganas, déjame demostrarte que soy un idiota», ¿Eso que podía significar junto a unas entradas?

Decidí salir de dudas, no aguantaba más la espera y desde luego no me iba a presentar sola a aquella obra de teatro, así que cogí el teléfono rebuscando en el bolso y comencé a teclear mientras desviaba la vista de los informes.

**Irina:**

Gracias por las invitaciones, aunque no te salven de ser idiota, ha sido un detalle ¿Puedo llevar a quien yo quiera?

Le di a enviar y comprobé que su respuesta no se hizo esperar.

**Alejandro:**

*Son un regalo, puedes invitar a quien quieras, aunque me decepcionará no ser tu acompañante. Tenía ganas de ver esa obra.*

¡Estúpido!, pensé... así que ganas de ver la obra, nada de disculparse o querer verme.

**Irina:**

*¿Es eso un vago intento de que te invite a ti?*

No pude evitar contestarle aquello, aquel hombre me tentaba hasta límites insospechados.

**Alejandro:**

*Dado que eso dependerá de ti, diré en mi defensa que no. No es un intento de que me invites.*

**Irina:**

*Bien, porque no lo haré.*

¿No deseaba que le invitase? Pues no lo haría... es más, ya encontraría a alguien que me acompañara y que él se fastidiase y si no, iría sola porque pasaba de quedarme encerrada en casa por su culpa.

Aquel viernes todos mis compañeros parecían tener planes, ¡Que fastidio! Ni tan siquiera fuimos a tomarnos algo al bar de enfrente como solíamos hacer cada viernes para despejarnos de la semana. Como llegué más temprano de lo normal y la comida de los viernes siempre solían ser los cuatro pinchos que picaba en el bar, decidí coger algo de camino a casa, así que pasé por un burger y pedí un menú infantil para llevar puesto que no tenía demasiada hambre. Además, añadí como extra una ensalada y con eso quedaba satisfecha hasta la noche.

Para mi desgracia, solo había porquería en la televisión, novelas, programas de cotilleos y prensa rosa, menos mal que no era habitual volver directamente desde el trabajo los viernes o me pegaba un tiro si fuera siempre así. Al final opté por dejarlo en el canal de música, al menos vería los videoclips de los artistas mientras comía, echaba de menos a Nadia, definitivamente si no se hubiera marchado podría ir con ella a la dichosa función de teatro.

Para matar el tiempo hasta la noche, me fui al gimnasio, no había vuelto a ir desde el día que me había apuntado y todo porque aún no me había comprado un macuto donde meter las cosas, pero me había hecho con uno a la salida del trabajo y aproveché para comprar un par de mallas y sujetadores deportivos más para poder tener de repuesto mientras los lavaba.

Nunca me habían atraído los chicos super musculosos, aquel gimnasio parecía estar lleno de ellos, pero solo con verlos me imaginaba tanques de hormonas y vete tú a saber cuántas porquerías más que se inyectaban para tener aquellos voluminosos músculos. Prefería algo más realista, definido y con músculo,

pero trabajado sin exagerar... exactamente como ¡Alejandro! Tuve que agarrarme a la cinta de correr para no caerme de ella cuando le vi aparecer. Pero ¿Qué narices hacía allí?

Mire hacia otro lado antes de que me viera y me centré en las pantallas de televisión que tenía enfrente.

—¿Es interesante? —Su voz llegó hasta mi provocando que mi piel se erizara. ¡Mierda! Me había visto.

Me giré hacia donde venia la voz y allí estaba él, sobre la cinta de correr de mi izquierda, dándole a los botoncitos, ¿Es que pensaba correr a mi lado?

—¿Como dices? —pregunté sintiéndome un poco estúpida.

—La novela —dijo señalando a la pantalla que tenía enfrente—. ¿Es interesante? —volvió a preguntar.

¿Y qué puñetas sabía si era o no interesante? Miré enfrente como si hubiera mirado hacia el suelo solo para no fijarme en él.

—Tiene su punto —dije por decir algo—. ¿Es que me estás siguiendo? —pregunté inquisitivamente y así cambiaba de tema.

—Vengo a este gimnasio desde hace cinco años, pero podría hacerte la misma pregunta a ti —contestó mientras comenzaba a correr.

—Es el más cercano a mi casa —respondí como si con aquello le hubiera dejado claro que no le seguía.

—Lo sé —respondió sin mirarme.

Estuve a punto de parar la cinta e irme, pero no, él no tenía porque tener ese poder sobre mí, así que evitando mirarle en todo momento, continué con el ritmo, ¡Porque mierdas me había tenido que olvidar los cascos en la taquilla!

—¿Ya tienes acompañante? —preguntó de pronto.

¿Qué le decía? Si respondía afirmativamente quizás sería capaz de ir solo por comprobar que no había mentido y si le decía que no, podría creer que no tenía a nadie con quien ir.

—No creo que eso deba importarte —dije pensando que era la mejor respuesta que podía encontrar.

—Tienes razón, no me importa —contestó mientras paraba su máquina y se colocaba la toalla al cuello—. Nos vemos —añadió antes de marcharse y dejarme confusa.

¿Por qué me sentía tan mal?

«No Irina», me repetí, «El cerdo, capullo y egoísta es él».

Después de una ducha más larga de lo normal para relajar los músculos en los vestuarios del gimnasio volví a casa, me enfundé en un vestido ajustado al pecho con bastante escote y algo suelto a partir del mismo de tirantes que resultaba bastante fresco, era largo hasta la rodilla y con mucho vuelo, de un divertido color verde agua marina. Me hice una coleta alta para poder ir cómoda y trencé el resto del cabello que caía para darle un toque más formal. Me maquillé ligeramente y me calcé unas sandalias altas de color oro rosa.

Cambié las cosas a un bolso de mano del mismo color que las sandalias y me marché de casa, la función era a las diez y el teatro quedaba bastante cerca, quería llegar temprano por si acaso. Cuando entré y me senté en el asiento aproveché para poner el teléfono en silencio, no tenía ningún mensaje, ninguna llamada y de hecho, dudaba que la fuese a tener, pero por si acaso le quité el sonido y lo volví a meter en el bolso dejándolo en el asiento de al lado, de todos modos nadie lo iba a ocupar, una pena la verdad. Centrándome en la programación de la obra un aroma masculino me embriagó, ¡Oh dios! Ese

aroma era el mismo que usaba el dios griego.

—¿Me permites? —preguntó una voz demasiado masculina, de esas graves que hacen que te corras solo de escucharla, alcé la vista y allí estaba de nuevo, el seductor Alejandro, no vestía en chándal como le había visto hace unas horas, sino con un pantalón formal y camisa. Sin nada que objetar me levanté y él se sentó a mi lado mientras volví a sentarme en el asiento. Tenía tal desconcierto que era incapaz de hablar, pero ¿Qué narices?—. Compré tres entradas, por si decidías no invitarme a acompañarte —afirmó antes de que pudiera hacer cualquier pregunta—. Corrí el riesgo de que invitaras a otra persona, pero bien te ha fallado en el último momento o es que no lo hiciste, en cualquier caso me alegro de que hayas venido sola —añadió mientras colocaba su brazo en el reposabrazos del asiento rozándome la piel con aquel gesto.

—¿Preferías comprar tres entradas antes que invitarme? —pregunté alzando una ceja.

—Era la única forma para que vinieras sin rechazarme —contestó.

El muy capullo era inteligente, demasiado listo comenzaba a admitir.

—¿Y si hubiera decidido no venir? —exclamé.

—Sabía que vendrías —respondió demasiado seguro de sí mismo.

—¿Qué te hace pensarlo?

—El mero hecho de que te hayas apuntado a un gimnasio para intentar desfogar tu apetito sexual dice bastante al respecto. Sé que no te habrías quedado sola en casa.

¡Valiente puñetas!, ¿Cómo demonios sabía ese hombre los motivos por los que me había apuntado al gimnasio?

—Bueno, tal vez me pareció una buena idea que me diera el aire —dije sin aparentar sentirme ofendida—. Y me apunté al gimnasio para ponerme en forma y hacer deporte —añadí.

—A mi me da igual tus razones Irina —susurró con aquel tono de voz grave y sexy que provocaba espasmos contraídos en mis nalgas—. Disfruto viendo tu trasero enfundado en esas ajustadas mallas.

«¡Ay madre! Contrólate... inspira, expira... otra vez, inspira... expira».

Ese hombre era sexo en el más puro sentido de la palabra y después de tantos días sin catarlo estaba que me subía por las paredes, ¡Porque no se me había ocurrido jugar un rato con mi amiguito del cajón de la mesilla de noche antes de venir a la función! Seguro que no estaría tan acalorada como ahora de ser así. Bueno, tampoco sabía que Alejandro se presentaría allí y con aquella fragancia masculina que olía a paraíso carnal.

«Céntrate Irina», me dije mientras desviaba la vista al escenario donde parecía haber movimiento y tal parecía que la función iba a comenzar.

No volvió a decirme nada, por el rabillo del ojo vi que parecía bastante concentrado en la obra así que me relajé para disfrutar de la función. Para mi asombro, Alejandro había elegido una obra teatral romántica, demasiado ñoña para él, pero pronto entendí porque la había elegido, las altas escenas cargadas de erotismo y sexo no tardaron en llegar, provocando que mis ganas de mirar hacia donde él estaba fueran cada vez más apremiantes. Sin querer o queriendo noté el roce de la camisa remangada de Alejandro en el brazo, después sus dedos chocar levemente con los míos y finalmente dejó su mano caer rozando con la punta de estos la pierna descubierta por el vestido.

Ese gesto hizo que dejara de respirar, estaba en tensión, no sabía si Alejandro me tocaría o no y el solo hecho de estar expectante me provocaba un ardor

inconfundible.

—Admítelo —susurró de pronto.

¿Admitir? ¿Que había que admitir?, ¿Que estaba deseando que me tocara?, ¿Que me deshacía como la mantequilla cuando lo hacía?

—Estás tan caliente como yo —volvió a susurrar mientras sus dedos seguían rozándome la pierna.

Dejé escapar un leve, pero audaz gemido contenido y él aprovecho para girar su cabeza hacia mi devorándome los labios en un rápido movimiento.

—Aquí no —susurré mirando a mi alrededor, pero por suerte todo el mundo parecía demasiado atento a la función.

—Está bien, preciosa, pero esta vez cuando salgamos de aquí no te dejaré marchar —susurró con una promesa contenida en sus ojos.

¿Qué estaba haciendo?, ¿Qué puñetas estaba haciendo con ese hombre! Me iba a condenar y lo sabía... tal vez ya estaba condenada después de todo.

Cuando la función terminó y la gente comenzó a aplaudir, Alejandro se levantó, me cogió de la mano entrelazando sus dedos con los míos y estiró apremiándome a salir antes de que todo el mundo comenzara a hacerlo.

Sonreí conmigo misma porque cualquiera que le viera diría que había visto un fantasma solo por la premura con la que quería salir de allí y solo yo sabía cuáles eran las razones por las que lo hacía. Definitivamente no me había demostrado que no era un cerdo egoísta, probablemente en el fondo de mi ser sabía que jamás se disculparía como yo quería, porque Alejandro por muy a mi pesar que fuera, era así por naturaleza; así de egocéntrico, así de autoritario, así de estúpido, idiota, capullo y con todo eso, aún así lo deseaba más que a ningún hombre en el mundo, ¿Era eso ser masoquista?, ¿Ser una

completa imbécil y sentirme como un juguete en sus manos?

Joder... si Alejandro no fuera tan bueno en la cama como lo era, le habría mandado a freír espárragos hace tiempo. El problema era que me enloquecía las neuronas hasta niveles extremos, provocando que mi juicio se fuera al traste y quedara a la altura de un chicle pegado al zapato.

—¿Vamos a tu casa? —preguntó una vez que estábamos fuera del teatro.

—Lo cierto es que tengo hambre —dije mordiéndome el labio.

¡Ah! Deseaba tirármelo más que nada en el mundo, pero primero le haría esperar para que sufriera...

—Podemos pedir algo a domicilio —contestó rodeándome la cintura con una mano y emprendiendo el camino hacia mi casa.

—Siempre pedimos comida a domicilio, nunca hemos cenado en un restaurante —dije ahora que lo pensaba.

—Porque yo no hago esas cosas, Irina, no salgo a cenar con mujeres, ni las llevo a ninguna parte que no sea a un hotel.

—Acabas de ir conmigo a una obra de teatro —respondí sacándole de su error.

—Por si no lo recuerdas, hemos coincidido, yo no te he traído, ni he venido contigo —alegó en tono serio.

—¿Por qué? —dije frenándome en seco.

—Soy así —respondió sin más, no dando lugar a preguntas que entendí de sobra que no respondería.

—Ya no hay ningún acuerdo Alejandro, ¿Qué pretendes de nosotros?, ¿Qué crees que pasara después de esta noche? —pregunté inquisitivamente.

—Que podremos establecer otra clase de acuerdo, uno en el que ambos salgamos beneficiados.

—¿Y si lo que yo quiero no es algo que estés dispuesto a darme? —exclamé.

—Puedes probar —afirmó—, ¿Tenemos que discutir esto en la calle? —preguntó mientras volvía a rodearme la cintura la cintura para que siguiera caminando.

—¿Te das cuenta de que todo tiene que ser como tú quieres? —exclamé deshaciéndome de su agarre y provocando que suspirase como si estuviera controlándose.

—¡Está bien! —gritó—. ¿Te parece bien un mexicano? —dijo señalando el restaurante que teníamos justo al lado y supuse que la opción de Alejandro era no perder el tiempo buscando donde cenar.

—Si —contesté para no discutir y dado que las puertas estaban abiertas, me adentré imaginando que él lo haría justo después.

—Mesa para dos —anunció Alejandro cuando la chica de recepción nos dio la bienvenida.

Pedimos las bebidas y algunos entrantes para picar, aparte de un plato para cada uno.

—¿Que te hemos hecho para que hayas decidido tratar así al género femenino Alejandro? —pregunté una vez que habíamos pedido de la carta los platos y la camarera se fue con el pedido.

—No me han hecho nada —contestó de forma evasiva, pero su tono indicaba claramente que sí le habían hecho algo.

Me imaginé a una morena de ojos verdes, con una silueta de perfectas curvas engañando a Alejandro o aprovechándose de él, realmente no sabía muy bien

qué tipo de dolor habría sufrido, pero desde luego su actitud no era solo por tener ese carácter agrio y serio que podrían tener muchas personas en numerosas ocasiones, sino que había un trasfondo, algo oculto en su pasado... y acabaría averiguando de qué se trataba tarde o temprano.

«Para, para, para, ¿Te estás escuchando?» Me reproché a mí misma. «¿Desde cuándo te importa lo que le hayan hecho?, ¿Es que acaso te has enamorado de él?»

Le observé detenidamente, con aquella tenue luz del restaurante en el que nos encontrábamos lleno de coloridos típicos del país y me pregunté como ese dios griego, con aquel cuerpo, esos ojos azules y desde luego esos embriagadores labios que tanto deseaba besar había conseguido filtrarse de aquella forma bajo mi piel, había logrado hacerme enloquecer y desde luego suspirar, llorar y sentirme por primera vez realmente deseada.

Si, si no lo estaba poco me faltaba para estar completamente enamorada.

### 23. Sin límites y sin control.

—Está bien —respondí rodando los ojos y fijándolos en alguna parte que no fuese él, si no me quería decir lo que le había hecho alguna odiosa mujer era cosa suya, no podía insistir en el tema —. Cuéntame algo de ti —dije ante su silencio repentino sin llegar a mirarle.

—No hay mucho que contar —afirmó—. Además te dije en su día que nada de cosas personales —añadió recordando aquellas absurdas normas.

—Pero eso era cuando teníamos un acuerdo, ahora no lo tenemos —dije sonriente.

Alejandro suspiró, sinceramente no entendía porque aguantaba aquello si era evidente que no estaba conforme, como si no se sintiera a gusto con la situación, ¿Entonces por qué lo hacía?, ¿Por qué había entrado?, ¿Por qué seguía allí?

—Tú pregunta y veré si respondo —dijo cruzándose de brazos.

Aquello era mejor que nada...

—¿Tienes hermanos? —pregunté siendo lo primero que se me ocurrió.

—Sí, una hermana pequeña, bueno... más pequeña que yo quiero decir —rectificó en el último momento.

—¿Os lleváis muchos años? —dije ahora curiosa.

—Seis años —contestó secamente y supe que no era tan joven, de hecho sería mayor que yo, unos cuantos de hecho. Si aún la consideraba pequeña significaba que era demasiado protector con su hermana, quizás lo fuera con

todas las mujeres de su familia

—¿Y te llevas bien con tu familia? —pregunté teniendo en cuenta que siempre estaba trabajando, no sabía cuando veía a su propia familia, ni de donde sacaría tiempo para ellos.

—Teresa es mi única familia —aclaró dando un trago a la cerveza que la camarera acababa de traernos.

—¿Teresa es tu hermana? —pregunté para que no hubiera dudas.

—Sí —afirmó y noté que no le apetecía hablar de su familia. Si solo la tenía a ella como familiar suponía que o bien todos habían muerto o simplemente no se hablaba con ellos, fuera como fuese decidí cambiar de tema.

—¿Qué hacías el otro día en la discoteca? —pregunté dando un sorbo a mi bebida.

—Lo mismo que tu, imagino —contestó mirándome fijamente.

—¿Sueles salir por Madrid de fiesta? —insistí.

—¿Cuando van a terminar tus preguntas? —exclamó de pronto.

—Si quieres nos quedamos en silencio el resto de la noche —respondí mordaz.

—Sí, suelo salir por Madrid de fiesta —aclaró—. ¿Y tu Irina? —preguntó aprovechando que no le contesté enseguida.

—¿Si salgo por Madrid? —exclamé—. Lo cierto es que no mucho, salí porque vino a visitarme una amiga de mi país, pero era la primera vez que salía por la ciudad. Desde que vine a vivir aquí alguien me tuvo demasiado ocupada como para tener tiempo de poder salir —respondí atrevida.

—¿Y te gustaba el entretenimiento con esa persona? —preguntó acercándose a

la mesa y noté diferencia en su voz que indicaba el grado de implicación en algo que sí era de su incumbencia, era como si volviera a estar cómodo de nuevo y no tan tirante como hacía escasos minutos. Todo se debía a que aquel tema de conversación no era de índole personal y ahí deduje que Alejandro no solo estaba incómodo hablando de él, sino que más bien parecía que quería ocultar su vida privada.

—Quizás —respondí mordiéndome el labio.

—¿Solo quizás? Yo diría que disfrutaste con ese entretenimiento.

—Bueno... ahora puedo buscar otros —respondí atreviéndome a mirarle a los ojos.

—No me mires así, Irina. —Su voz sonaba grave.

—¿Por qué? —pregunté inocente.

—Porque te juro que te follaré sobre esta mesa si lo haces —respondió con aquel tono grave y ronco.

—¿Ah sí? —exclamé provocadoramente.

En ese momento comenzaron a traer los entrantes y al ver la comida me lancé literalmente a devorarla como si llevara años sin probar bocado.

—Eres la primera mujer que conozco que disfruta tanto comiendo —comentó expectante.

—Es uno de los mayores placeres de la vida —respondí dando un mordisco y llenándome toda la boca con la quesadilla.

Si mi madre me viera en aquel momento me ganaría una terrible reprimenda por no comportarme como una señorita, pero en aquel momento me daba igual.

—Juro que si esta noche no te hago mía, te violaré... no lo soporto más.

Escuché aquella confesión y alcé los ojos para ver esa mirada intensa que hizo que me costara tragar el enorme bocado que había dado a la comida. ¿Violarme? Como si eso pudiera ser posible cuando mi ropa interior era testigo de lo mojada que ya estaba ante su presencia

—¿Por qué rompiste el acuerdo, Alejandro? —pregunté.

Si tanto me deseaba como aparentemente hacía, ¿Por qué romper un acuerdo que le garantizaba tenerme cuando quisiera?

—No me gusta no tener el control Irina, por si aún no te has dado cuenta —me confesó y supe que había sido completamente sincero.

—Pues ahora no lo tienes —aseguré.

—Y me está costando infinitamente aceptarlo —respondió dando otro sorbo.

—Está bien —tercié dando otro bocado a la comida.

—¿Qué está bien? —preguntó confuso.

—Luego te lo diré, primero déjame comer — respondí traviesa.

Cuando la camarera vino a ofrecernos el postre lo rechacé, tenía otra idea en mente, así que me acerqué hasta Alejandro para que me escuchara puesto que lo que iba a decir, lo haría en voz baja.

—Te espero en mi casa, pero debes traer algo... —susurré.

—¿Qué? —preguntó con esa voz que tanto me hacía humedecerme y me removía el instinto más salvaje que había en mí. Me moría de ganas por volver a tener una noche de pasión con Alejandro y aquella sería inolvidable

—Quiero tanques de helado —dije mientras me levantaba.

—¿De dónde quieres que saque helado a estas horas? —exclamó sonriente.

—Ese es tu problema, pero si no hay helado, no te dejaré entrar... —dije dejándole allí sentado observando como me marchaba de aquel lugar y comencé a mover las caderas sabiendo que no me perdería de vista hasta que atravesara las puertas del local.

—¡No tardaré! —gritó antes de que saliera por la puerta.

Desde luego no esperaba que tardara, era capaz de atracar un supermercado cerrado con tal de conseguirlo o al menos eso creía dado el interés que parecía tener.

Decidida, llegué a casa y me desnudé completamente, me di la ducha más fugaz de mi vida, a pesar de haberme duchado antes de salir necesitaba sentirme limpia y me coloqué un culote negro a juego de un sujetador de encaje. Cuando estaba indecisa por soltarme o no la larga cola trenzada que me había hecho antes de salir, el timbre sonó.

«No es posible» pensé mientras me dirigía hacia la puerta de puntillas y escuché el sonido de los golpes aporreando la madera. Miré por la mirilla y en efecto, allí estaba él, mi dios griego y el objeto de mis más fieles deseos.

Abrí la puerta y le vi cargado con dos bolsas enormes de lo que parecían ser botes del famoso helado hugeen-duzz.

En una zancada entró en el apartamento y me rodeó con las bolsas en las manos por la cintura provocando que el frío del helado rozara en mis piernas y di un grito al sentirlo, pero me acallaron sus labios con fiereza.

Escuché que la puerta se cerraba, seguramente Alejandro le habría dado una patada para hacerlo.

—Creo que no me va a entrar tanto helado en la nevera —dije divertida.

—Dijiste tanques de helado, ¿Qué esperabas? No sabía que sabor querías, así

que los traje todos —contestó mientras los dejaba sobre la encimera de la cocina.

—No pensé que podrías encontrar tanto a estas horas.

—Les pondré un monumento a los supermercados que abren veinticuatro horas —dijo alzándome para sentarme sobre la encimera y volvía a deleitarme de nuevo con sus labios adentrándose con su lengua y devorando cada recóndito lugar de mi boca mientras me acercaba a él para frotarme con su más que evidenciada erección.

Coloqué los talones de mis pies desnudos en sus nalgas para acercarlo aún más a mi y eso no solo provocó un gemido proferente de la garganta de aquel dios griego al presionar su entrepierna entre mis muslos, sino que sentí como me mordía suavemente el labio en señal de anhelo.

—Tengo que guardar el helado —gemí separándome de sus labios.

—Me importan un comino los helados —terció mientras se desabotonaba el pantalón y se bajaba la cremallera sin dejar de besarme el cuello, ascendiendo de nuevo hasta mi oreja—. Llevo deseando esto demasiado tiempo, no me van a detener esos malditos de ahí —dijo refiriéndose a los helados como si tuvieran vida propia.

Mordí su hombro por respuesta para ver si así lograba detenerle, pero solo provoqué que Alejandro me alzara para posicionarme justo donde él quería.

No deseaba detenerlo, yo también anhelaba aquello ¡Joder si lo quería! Le rodeé con las manos el cuello, enredándolas en su cabello, eso hizo que Alejandro dejara de besarme por el cuello para mirarme directamente a los ojos.

El silencio impregnaba en la estancia, nos mirábamos con deseo, con ansia,

con pasión y lo que interpreté como algo más que no supe definir exactamente, pero era un sentimiento más profundo.

—Ven aquí —dijo atrayéndome más aún hacia él.

Después de tantos días sin su contacto, sin su piel... estaba más que preparada para recibirle de nuevo.

Me acercó a él y de un solo movimiento, Alejandro apartó el culote negro haciéndose hueco, junto su frente con la mía, sin dejar de mirarme en ningún momento y se hundió profundamente de una sola estocada provocando que me faltase el aliento conteniendo la respiración y suspirase posteriormente de placer.

Las manos de Alejandro se aferraron a mis nalgas, alzándome hasta el borde de la encimera mientras él se movía provocando con sus embestidas el deleite de ambos. Sabía de sobra que aquello que me provocaba mi dios griego era único, diferente a cuanto había probado y que desde luego comenzaba a estar segura de que jamás encontraría en otro hombre.

—Vamos preciosa. —Me apremió mientras comenzaba un ritmo más fuerte y esto hizo que apoyara las palmas de las manos en la encimera y los pies en la encimera de la isla que había justo enfrente de donde nos encontrábamos. Gracias a mis largas piernas podía abarcar aquel pasillito que había en la cocina y con la elasticidad que poseía comencé a mover las caderas encontrándome con Alejandro a medio camino. Aquello pareció volverle loco porque en sus ojos se vislumbraba el frenesí. Sus embestidas comenzaron a ser cada vez más fuertes, más profundas hasta que lo vi venir... aquel clímax comenzó a embriagarme hasta que estallé y grité arqueando la cabeza hacia atrás, degustando y saboreando aquel extasiado orgasmo.

Por suerte para mi, Alejandro me tenía bien sujeta cuando mis piernas

comenzaron a flaquear por el bajón de adrenalina tras alcanzar el clímax y me dejó de nuevo sentada sobre la encimera mientras me daba suaves y dulces besos por el cuello ascendiendo lentamente hasta llegar a mis labios.

—Eres preciosa —susurró después de darme un dulce beso que hizo que me diera un vuelco el corazón.

Lo había dicho de una forma diferente. Aquel apelativo de preciosa no sonó indiferente o con falta de propiedad como solía hacerlo siempre que lo mencionaba, sino que parecía haberlo dicho sintiéndolo de verdad.

—Gracias —respondí dejando entrever mi sonrisa. Una más que evidente sonrisa de satisfacción por aquella pequeña muestra de cariño de su parte.

Comencé a guardar el helado en la nevera cuando Alejandro me permitió hacerlo, puesto que no me había dejado desprenderme de él fácilmente y eso me hacía sentirme extasiada de un sentimiento halagador. No solo parecía desearme para un polvo inmediato, me había demostrado con aquel gesto que me había echado de menos por si aún no me había quedado claro. Mientras intentaba jugar al tetris para meter todas las botes en el congelador como podía, puesto que no era muy grande que digamos, Alejandro parecía querer incordiarne y me rodeó con los brazos la cintura mientras jugaba con el pelo y parecía aspirar el aroma de mi piel en la nuca haciéndome cosquillas con la nariz.

—¿Qué haces? —pregunté entre risas.

—Es que me encanta como hueles —confesó dándome un pequeño mordisco —. Me dan ganas de comerte. .

Cerré los ojos ante su contacto, ¿Es que no podía ser siempre así de dulce? Así de halagador, de romántico... Si no tuviera ese carácter tan agrio y temperamental que tenía la mayor parte del tiempo sería alguien fascinante.

—Pero si no llevo perfume —jadeé.

—Lo sé, huelo tu propia esencia. —Su voz sonaba animal, como si estuviera estudiando a su presa.

—¿A qué huelo? —pregunté curiosa.

—Tu olor es dulce y a la vez exótico —contestó con voz ida—. Hueles a lujuria, a deseo, a sexo cada vez que te poseo y a mí, cosa que me encanta.

—¡Ah! —exclamé sin poder dar una respuesta que fuera coherente al notar sus dientes en mi piel y sus manos recorriendo mi cintura acercándose hacia él—. ¿Quieres helado? —pregunté para cortar el silencio que nos había envuelto a ambos.

—Solo si lo tomo de tu cuerpo. —Se apresuró a contestar.

—Eso será divertido —dije sonriente mientras cogía las dos tarrinas de helado que no tenían sitio en el congelador y un par de cucharas.

—No será divertido, será excitante —contestó con su voz grave cuando estaba cargada de ardiente deseo contenido.

Aún no entendía como ese hombre podía estar listo para la faena tan rápido cuando acabábamos de hacerlo hacía unos instantes, desde luego era todo un dios griego en el sentido estricto de la palabra.

—¿Caramelo con cookies o Vainilla con nueces de madacadamia? —pregunté al tiempo que leía el contenido de los botes de helado.

—El que tú quieras —dijo siguiéndome hasta el sofá donde ambos nos acomodamos.

Alejandro se deshizo de su camisa dejándola en una silla y se quedo solo en sus típicos boxer que se había vuelto a poner y que en lugar de ser blancos

como casi siempre eran de color negro en esta ocasión. Le observé en todo su esplendor, desde luego jamás me cansaría de hacerlo, tenía un físico de revista, ¿Tal vez habría sido modelo? Sin duda con su cara y cuerpo podría hacerlo.

Me sentó a su lado y cuando metí la cuchara en el bote que había de vainilla en primer lugar, Alejandro me alzó por la cintura para que me sentara a horcajadas sobre él.

Saboreé la primera cucharada del helado, ¡Oh, sabía a gloria! y escuché la risa procedente de Alejandro.

—¿De qué te ríes? —dije abriendo los ojos.

—Parecía que acababas de tener un orgasmo —contestó mirándome con los ojos oscurecidos.

—Tal vez lo he tenido... —susurré.

Noté los dedos de Alejandro en la espalda y como desabrochaban el sujetador, le ayudé a desprenderse de la prenda dejando mis pechos libres frente a él. Descaradamente me observó, recreándose con la vista y un gesto pícaro en su mirada me hizo saber que iba a cometer una travesura.

Alejandro metió uno de sus dedos en el helado, que para mi bendita suerte estaba más cremoso de lo normal por el tiempo que había estado fuera del congelador y observé como depositaba el contenido de su dedo en mi pecho, justo encima del pezón derecho haciendo que me estremeciera con su frío contacto. Cuando lo hizo me dio su dedo para que chupara el resto del contenido y lo hice encantada mientras el helado comenzaba a bajar lentamente por mi piel.

«¡Dios bendiga al que inventó el helado!» pensé en ese instante.

Cuando se acercó hasta mí para lamer descaradamente el helado que se derretía bajando por mi piel, me contraí al diferenciar el frío del helado con su candente lengua. En mi vida había comido el helado de aquella forma y ahora deseaba probarlo también en él.

Hice el mismo gesto que había hecho él conmigo, hundiendo el dedo índice en aquel bote de helado y depositándolo en su esternón, justo en el centro de su pecho, incluso me atreví a darle también el dedo para que lo lamiera y él lo introdujo en su boca mientras me devoraba con la mirada, eso solo provocó que mi ímpetu de hacer aquello creciera. Me acercó a él provocativamente y lamí el helado de su cuerpo, saborearlo de aquella forma era mucho más placentero sin duda alguna.

—Delicioso —dije sonriente cuando no dejé ni una gota en su cuerpo y le miré a los ojos.

—Por suerte para mí, tenemos mucho helado que gastar —dijo con una leve sonrisa mientras volvía a meter su dedo en el bote y repetir la operación.

En un determinado momento el helado pasó a segundo plano cuando estaba demasiado extasiada como para seguir y devoré los labios de Alejandro deseosa de probarlos de nuevo, de deleitarme con su lengua y provocarle su más fiel instinto animal de nuevo. Notaba su entrepierna clavándose a través del bóxer en mis nalgas, tan dura y firme que desde luego necesitaba imperiosamente sentirme llena de nuevo por ella.

Me levanté para deshacerme al fin del culote y vi como él aprovechó para eliminar la única prenda con la que vestía su cuerpo, quedando ambos completamente desnudos y libres para proseguir con la ardiente pasión que nos consumía.

Volví a situarme a horcajadas sobre él mientras Alejandro fue de nuevo hasta

mi boca para apresar mis labios y respondí con necesidad, como si de estos emanara la fuente de la vida, intentando transmitir con voracidad cuánto le necesitaba. Baje poco a poco las caderas, mientras él se adentraba, deleitándome en cada momento, no apresurando el momento... teníamos toda la noche para nosotros y pensaba disfrutarla cada segundo.

Las manos de Alejandro me guiaban, bailaba sobre él como si de una danza se tratara mientras le observaba. Nos mirábamos por primera vez en mucho tiempo y nos besábamos porque parecía que ninguno deseaba abandonar la boca del otro

Los jadeos de Alejandro no tardaron en llegar y le acompañé con los míos. La sensación era fascinante sintiéndome en la octava maravilla. Aceleré el ritmo ayudada por su movimiento y comencé a sentir como se avecinaba aquel magnifico placer, cuando estaba a punto de sentir como me abrasaba y embriagaba aquel orgasmo, escuché su voz.

—Eres mía —jadeó.

—¿Solo tuya? —pregunte a punto de correrme.

—Sí —afirmó—. Te quiero solo para mí.

No supe si fue por la afirmación, por la voz autoritaria o por el simple hecho de que de alguna forma Alejandro me quisiera, pero tuve el mayor orgasmo que había tenido en toda mi vida y eso que mi dios griego me había dado muchos y muy buenos.

## 24. El dios griego también sabe ser dulce.

—Creo que deberíamos ducharnos —mencionó Alejandro cuando nos incorporábamos del sofá y él me seguía.

Estábamos pegajosos y además, las duchas con el dios griego nunca eran aburridas, aunque en aquella ocasión, nos limitamos a enjabonarnos, o más bien a dejar que él me enjabonara. No buscó ningún contacto más allá que el de limpiar bien mi cuerpo y para mi sorpresa, cuando intenté hacerlo con él, se dejó. Así que aproveché para untar mis manos en jabón y frotar su duro pecho, le hice girarse para aprovecharme de tocar sus firmes nalgas en todo su esplendor.

—Te estás aprovechando, ¿no? —exclamó mientras se giraba.

—Totalmente —dije con una sonrisa mientras él se acercaba peligrosamente y me alzaba para apoyarme contra la pared.

Mi ducha era algo estrecha en comparación con otras en las que habíamos estado juntos, pero aquella estrechez nos proporcionaba una mayor cercanía.

Alejandro me besó vorazmente al principio y después fue lentamente convirtiendo aquel beso en algo dulce, deleitándome con su boca de nuevo.

Cuando me dejó de besar y me soltó de nuevo en el suelo, terminamos de aclararnos. Alejandro fue el primero en salir, cogiendo la primera toalla que encontró a mano para secarse y yo utilicé la que usaba habitualmente envolviéndome en ella.

—¿Tienes que marcharte? —pregunté con nerviosismo.

Sabía que Alejandro no era de los que se quedaría, en realidad pocas eran las

veces que habíamos dormido juntos, aunque en nuestro último encuentro en Londres sí lo hiciéramos.

—Lo cierto es que no —susurró mirándome fijamente.

—¿Entonces te vas a quedar a pasar la noche? —pregunté.

No quería que mi tono de voz pareciera esperanzador, pero deseaba que no se marchara, si se quedaba significaba que quería algo más que solo sexo.

—Nada me gustaría más —dijo consiguiendo derretirme con aquellas palabras —. Aún no he tenido suficiente de ti.

—¿Estás esperando que te invite? —dije mordiéndome el labio.

—Soy consciente de que no tengo ningún derecho sobre ti y hasta que le ponga remedio a eso, sé que eres libre para echarme si quieres, al igual que para rechazarme.

—Me alegra que seas consciente de eso, aunque diré que yo tampoco he tenido suficiente de ti —respondí para confirmar que deseaba que se quedara a pasar la noche.

Para mi sorpresa, no solo se quedó a pasar la noche sino que el sábado pasamos el día juntos en casa, aunque la mañana estuvimos durmiendo recuperando las horas de sueño que no habíamos dormido durante la noche. Pedimos comida a domicilio y escogimos una película que ver, aunque elegir peli con Alejandro fue toda una odisea porque a él le gustaban las películas profundas sin ningún tipo de romance y al final optamos por ver una de terror, pero para mi desgracia me pasé la mayor parte del tiempo encogida y apartando la mirada hacia el pecho desnudo de Alejandro.

Cuando llegó la noche del sábado Alejandro no mencionó en ningún momento la idea marcharse, yo tampoco se lo propuse, había algo en el comportamiento

de él distinto. Reconocía que aún no se abría para romper esa barrera impenetrable y que su carácter autoritario seguía estando ahí, pero desde luego estaba descubriendo una nueva faceta de él, una que me gustaba demasiado.

Después de una ducha en conjunto, Alejandro me envolvió minuciosamente en mi toalla, me secó sin decirme ni tan siquiera una palabra, después me cogió en brazos y me llevó hasta la cama donde me dejó delicadamente sobre el colchón mientras se apoyaba sobre mí para besarme dulcemente.

Sus besos comenzaron a repartirse por todo mi cuerpo no dejando ni un mísero hueco que cubrir. Extasiada me concentraba en cada una de las sensaciones que sentía con el roce de sus labios.

Alejandro fue tan delicado en cada uno de sus movimientos, tan suave en cada uno de sus besos y tan sumamente tierno con cada uno de sus roces que no pude evitar que unas pequeñas lágrimas de extasiada felicidad me invadieran.

—Cssh —siseó mientras me acariciaba el rostro delicadamente.

Sonreí para demostrarle que no pasaba nada, que estaba bien.

—Esta noche, quiero hacerte el amor —susurró al mismo tiempo que notaba como se adentraba suavemente, deslizándose en mi interior y llenándome por completo como solamente él podía hacer y cumpliendo su palabra... esa noche no fue solo sexo, esa noche fue amor.

Alejandro se marchó aquella mañana de domingo y me sentí extrañamente vacía y nostálgica por su ausencia después de aquel día y medio en los que no nos habíamos separado ni un minuto.

Conforme pasaban las horas comprendí que estaba segura de dos cosas. La primera era que Alejandro no era quien realmente aparentaba ser y que su apariencia era pura fachada y la segunda es que estaba perdidamente e

irremediablemente enamorada de él.

Ante aquella confesión me encontraba al mismo tiempo asustada, pero por otra parte infinitamente feliz de saber lo que era el amor por primera vez.

Pasé el día vagueando porque realmente no me apetecía salir ni hacer nada que no fuera estar en el sofá con el culo aplastado después de aquel día y medio intenso con mi dios griego. Decidí cocinar un poco para dejar de lado tanta comida basura o rápida de los últimos días y me preparé un buen plato de pasta y ensalada.

Lo cierto era que estaba hambrienta, imaginaba que por tanto sexo salvaje que habían tenido en las últimas horas; es lo que tiene la acumulación por no verse en tantos días, al final acaba explotando por alguna parte.

Recibí una llamada de Nadia y mientras cocinaba le fui relatando el último encuentro con Alejandro sin entrar en muchos detalles.

—¡Ay no! —gritó al otro lado del teléfono— ¡Tu te has pillado, pero a base de bien por ese tío!, ¡Te has enamorado de él!

—¿Pero qué dices? —exclamé intentando fingir para no contarle la verdad sin llegar a negarlo.

—Irina —me reprendió mi amiga como si fuera mi madre.

—¡Esta bien! —Afirmé mientras alzaba la paleta con la que removía la salsa de la pasta—. Puede que si lo haya hecho —confirmé.

—Ten cuidado, Irina. Los tíos como él no se enamoran.

«Ni que ella conociera a los tíos como él» pensé, pero en el fondo tenía razón, sabía que la tenía y solo esperaba que se equivocara.

Conforme fue pasando el tiempo cada vez miraba más frecuentemente el

teléfono, ¿Porque no me llamaba?, ¿Por qué no me enviaba ni un triste mensaje? Me moría por hacerlo yo misma, pero me reprimía al mismo tiempo por no parecer desesperada.

Decidí acostarme pronto, no iba a mirar más el móvil o entraría en depresión, después de todo ¿Por qué iba él a enviarme un mensaje? No habíamos acordado nada a fin de cuentas, ¿O es que “te voy a hacer el amor” y no “te voy a follar” era una declaración de amor? No, desde luego no lo era.

Cerré los ojos e intenté dormir, aunque mis pensamientos fueron de nuevo a él, ¿Desde cuándo Alejandro se había vuelto el centro de mi vida?, ¡Yo me fui allí por trabajo!, ¡Para demostrar de lo que era capaz!

—Céntrate Irina —dije en voz alta intentando dejar de pensar en él por más inútil que fuera.

Empecé a contar ovejitas como me decía mi madre de pequeña, ¿En serio que eso le funcionaba a alguien? Porque a mi nunca... y mira que lo había intentado veces. Cuando miré el reloj por última vez eran las dos de la mañana y después, en algún momento de la noche conseguí dormirme pensando en todo el trabajo que tendría que hacer al día siguiente, aunque mis sueños no los pudiera controlar y sabía que acabaría soñando con mi dios griego.

El despertador del móvil sonó y le di un golpe para apagarlo provocando que se diera estampara contra la pared y acabara en el suelo.

¡Joder que sueño!, ¡No podía ser ya la hora de levantarse! Me estiré para coger el teléfono del suelo arrastrándome por el colchón con medio cuerpo casi en el suelo gateando con las manos hasta que lo alcancé y cuando le di al botón para que se iluminara no lo hizo.

—¡Que mierda! —grité al comprobar que no funcionaba.

Era un móvil de esos modernos que no se le puede sacar la batería, ¡Un fastidio! Probé a mantener el botón de encendido pulsado, pero nada... lo puse a cargar y tampoco iba ¡Había muerto!, ¡Me había quedado sin teléfono!

—¡Genial!, ¡Una buena forma de comenzar el lunes! —grité mientras me levantaba de mal humor porque ahora ni siquiera sabría qué hora era. Si, era una de esas tantas miles de personas que no usaban reloj porque, ¿Para qué? si ya tenía el teléfono que me la decía a cada momento.

Me duché a la velocidad de la luz y me puse un vestido fresco, pero de color sobrio, algo ajustado y ceñido al pecho con tacones bajos. Me maquillé un poco y me atusé el pelo para darle volumen. Salí de casa cogiendo el bolso e inexplicablemente cogí también el móvil, tal vez algún alma caritativa de la oficina —dícese Jaime el informático—, pudiera salvar la vida de mi agonizante teléfono

Hasta que no llegué a mi mesa y encendí el ordenador no supe la hora que era, empezaba a sentir esa falta que suponía tener un teléfono, era como sentirse desprotegido e incomunicado al mismo tiempo y eso que no tenía muchos contactos con aquel número español.

—Que madrugadora —me dijo Jaime al verme cuando entró.

Si, había sido la primera en llegar pero claro... con la idea de que llegaría demasiado tarde pese al horario flexible de entrada en su lugar había llegado más temprano de lo normal.

—Tenía muchas cosas que hacer —mentí—. Oye Jaime, ¿Me puedes echar una mano?

—O dos —afirmó atento y sonriente provocando que también me riera.

—Mi teléfono no funciona, ¿Podrías saber si le ocurre algo? —pregunté

ofreciéndoselo.

—Lo miro en un momento —dijo mientras lo cogía y se dirigía a su sala de operaciones como definía así a su despacho.

La mañana pasó volando, al final iba a ser bueno eso de no tener teléfono porque de lo contrario estaba segura de que lo miraría cada tres minutos para ver si había algún mensaje de Alejandro.

A primera hora de la tarde me avisaron de que tenía una llamada de la dirección en el gabinete donde estábamos, mi reacción fue confusa puesto que las cosas marchaban bien como para recibir una llamada desde arriba. Me dieron el teléfono inalámbrico y me cerraron la puerta.

—¿Si? —dije cogiendo el teléfono.

—¿Se puede saber porque no me contestas a los mensajes? —exclamó la inconfundible voz de Alejandro.

Era aquella voz autoritaria de nuevo, exigente y como no... tan llena de matices sensuales que con solo escucharla hacía que mis bragas se mojaran de nuevo.

—¿Se me ha roto el móvil? —respondí en un tono de pregunta irónica.

—¿Cómo que se te ha roto el teléfono? —preguntó inquisitivo.

Suspiré ¿Es que acaso un teléfono no podía romperse?, ¿Era a prueba de golpes?

—Se me ha caído esta mañana y se lo he dado a Jaime para ver si consigue arreglarlo.

—¡Estás loca! —Gritó al otro lado del teléfono hasta tal punto que lo tuve que apartar de la oreja—. ¡Si lee los mensajes lo nuestro será público!, ¡Recupera ese teléfono inmediatamente y por tu bien espero que no haya descubierto nada

o tu cargarás con las consecuencias —me advirtió antes de colgar.

Mis ojos estaban empañados en lágrimas por la reprimenda. Vale, podía asumir mi error, pero ¡Qué demonios!, ¡En lo que menos pensé fue en eso! Además, ¿Tan grave era hacer público que teníamos algo?, ¿Tanta vergüenza ajena le provocaba?

Fui hasta la sala de ordenadores de Jaime y le vi bastante ocupado, concentrado en algo que había en la pantalla.

—¿Estás muy ocupado? —le pregunté sacándolo de su concentración.

—Para ti no —contestó sonriente—. ¡Ah toma! —me dijo ofreciéndome de nuevo mi teléfono—. Tienes que enviarlo a fábrica, el sistema de seguridad que le han implantado no me permite acceder a él para recuperarte los datos y le falla la placa.

—Entonces ¿No tiene arreglo? —pregunté.

No sabía si estar contenta por una parte o triste de seguir incomunicada por otra, aunque me inclinaba más por la segunda opción, así Alejandro no podría localizarme.

—Si lo envías a fábrica si, te arreglaran la placa y listo, yo intenté sacar tus datos para ponerlos en otro dispositivo, pero está muy bien cifrado y me ha resultado imposible, veo que eres de las que protege bien sus datos, quizá se lo deberías llevar al que te lo hizo si necesitas recuperar algo.

—Gracias, lo haré —respondí para no añadir nada más volviendo a mi despacho.

—Irina, han avisado de que acudas al despacho de dirección a última hora para entregar el informe —me comunicó Amaya entrando en mi despacho.

Sabía perfectamente quien había sido, ¿Ahora no me lo pedía directamente?,

¿Mandaba a otros que lo hicieran por él?

—Gracias Amaya —respondí con una sonrisa y volví a fijar la vista en la pantalla.

Apenas quedaba nadie a última hora de la tarde. Además había muchos empleados que estaban fuera por vacaciones y se notaban las ausencias.

Me paseé por el silencioso pasillo hasta llegar a la oficina de Alejandro y llamé a la puerta. A esas horas nunca estaba su secretaria y sin embargo el seguía trabajando, ¿Cuántas horas le dedicaría a la empresa? Demasiadas... pensé, y eso que no era suya, bueno, era accionista minoritario después de todo y supondría que le beneficiaba dedicarle tanto tiempo.

El sonido me hizo reaccionar y empujé hacia dentro. Alejandro parecía estar bastante concentrado en los papeles que tenía delante como si los estuviera estudiando, ¿Es que no le apetecía verme después de haber estado juntos casi todo el fin de semana? Mis ilusiones se desmoronaron cuando llegué hasta la mesa y ni tan siquiera alzó la vista.

—¿Ha visto el contenido del teléfono? —preguntó sin mirarme.

—No —respondí secamente.

—Espero que no vuelvas a repetir una estupidez semejante. —Esta vez sí alzó la vista y me miró de forma distinta, despectiva—. Aunque tal vez sea lo que a ti te gustaría, ¿no?

—Aquí tienes tu informe —dije soltándolo sobre la mesa provocando ruido al dejarlo caer desde gran altura y con vehemencia—. ¡Me voy! —le dije malamente mientras me daba la vuelta y comenzaba a marcharme.

—¿Dónde crees que vas? —exclamó en voz alta y con tono autoritario, de esos que te hacen estremecer y no precisamente de placer.

Permanecí en silencio, respirando profundamente para no decirle lo que pensaba de su mal genio, reprimiendo la profunda desilusión que me había llevado y deseando que se acabara aquel maldito lunes del demonio que desde que me había levantado había tenido la desgracia de vivir.

—Hace más de una hora que cumplí mi jornada laboral, así que me marchó — dije cortante.

—Primero me explicarás este informe y después te irás —contestó en el mismo tono cortante en el que le había dicho aquello.

Me di la vuelta y abrí la carpeta comenzando a explicarle lo más deprisa que mi respiración me permitía los avances, de hecho fue todo un milagro que no me comiera algunas palabras por la rapidez con la que lo expliqué todo.

—Y eso es todo —dije para terminar agarrando de nuevo el bolso—. Adiós señor Álvarez.

Sin darle pie a que contestara me marché y me dio igual si tenía o no algo que decirme, no iba a mendigar su cariño, no pensaba suplicarle un amor que era más que obvio que él no estaba dispuesto a dar. Ni tan siquiera sabía porqué narices había sido tan dulce un par de días atrás en mi casa... todo parecía ir demasiado bien, y después se volvía frío y distante. No entendía nada, ¿Acaso era bipolar?

Salí del despacho y dejé que la puerta se cerrara sola, dirigiéndome a los ascensores, tuve la suerte de que al no haber nadie, seguía en aquella planta por lo que las puertas se abrieron enseguida. Cuando entré y apreté el botón de la planta baja, vi que mientras las puertas se cerraban Alejandro venía corriendo hacia mí.

Le observé llegar y colar una de sus manos entre las puertas frenando el cierre, aunque su buen golpe se lo había llevado. Le miraba pegada a la pared

opuesta, con las manos en ella tocando el frío metal.

—¿Qué crees que estás haciendo Alejandro? —le recriminé sin dejar de observarle alzando una ceja.

—Recordarte que fuera del trabajo sí podemos tener algo —dijo tratando de abalanzarse sobre mi para robarme un beso, pero le puse las manos en el pecho para frenarlo, deseaba besarlo pero no después de cómo me había tratado durante todo el día.

—Seguimos en el trabajo, por si no te has dado cuenta —Me excusé con su misma respuesta. Necesitaba respirar aire fresco, no sentir la dependencia de Alejandro.

—Está bien —dijo cogiendo aire mientras el ascensor bajaba y la incomodidad nos invadía a ambos—. Tenemos que establecer algún tipo de acuerdo, no podemos seguir así.

—¿Así como?, ¿Tu tratándome como a una mísera pelantrusca y gritándome todo el tiempo? —dije no pudiendo evitar contenerme.

—No te he tratado como tal, pero si haces idioteces como las de hoy, es evidente que no puedo tratarte como a la adulta que se supone que eres.

—¿Sabes una cosa Alejandro? —le increpé—. Empiezo a cansarme de tus juegos, así que lo mejor es que no nos veamos por un tiempo.

Justo en ese momento las puertas del ascensor se abrieron y dejando a un Alejandro mudo por primera vez, salí sin volver la vista atrás.

Me dolería, pero no pensaba ceder más en aquel aspecto.

## 25. Visita inesperada.

Una cosa era decirlo y otra muy distinta era hacerlo, pensaba mientras cambiaba constantemente de canal en el televisor. Ni tan siquiera había ido a comprar un móvil nuevo para no sentir la tentación de llamarle o de mirar el teléfono cada dos minutos para comprobar si había recibido un mensaje.

Llevaba cinco días incomunicada con el mundo. Me había comprado un reloj en su lugar y por descontado me sentía el bicho más raro del planeta por no tener un celular en el que mirar todo el tiempo cuando viajaba en metro o en el que chatear con Nadia...

¡Mierda Nadia!, pensé de pronto, hablaba con ella cada poco tiempo, probablemente estaría preocupada, ¡Y mis padres!, ¡Joder! Había estado tan deprimida todo ese tiempo que me lo había pasado del trabajo a casa y de casa al trabajo y vuelta a empezar. Me había tragado todas las series conocidas de Netflix y hasta había empezado por las que no eran tan conocidas, llenando mi cabeza de cosas banales sin importancia que me llevaran a no pensar en aquel dios griego.

El timbre de la puerta sonó y me encogí en el sofá por el susto inesperado. Me levanté lentamente y me acerqué a la puerta sin hacer el más mínimo ruido. Cuando me acercaba a mirar por la mirilla para saber de quién se trataba, el timbre volvió a sonar, pero me dio tiempo a ver de quien eray abrí rápidamente la puerta no dando crédito a lo que mis ojos habían visto.

—¿Andrei que haces aquí? —pregunté al hombre que había en el marco de la puerta.

Rubio, alto, tremendamente atractivo de ojos azules y porte serio. Todo un

elemento ruso al que admirar.

—Tu padre me ha enviado para ver si estabas viva, prima —contestó mientras cruzaba la puerta—. Y todo parece indicar que sí.

—Si mi padre estuviera tan preocupado no te habría enviado a ti —le respondí sarcásticamente.

Andrei había comenzado a trabajar en Komarov desde que terminó sus estudios como bien había empezado a hacer yo misma, solo que mi primo jamás quiso ser un simple becario y mi padre le acogió bajo su tutela para enseñarle desde arriba. Si había algo de lo que Andrei carecía era precisamente de humildad.

—Bueno... al día siguiente de que tu teléfono no diera señales llamó para que alguien te vigilara, realmente yo he venido por negocios, pero quiso que me asegurase de que estabas bien y te recordase que llames a tu madre, quiere hablar contigo.

—Si... la llamaré mañana en cuanto me compre un maldito teléfono. Ahora que lo pensaba sería domingo, ¿Podría encontrar algo abierto? Probablemente sí.

—No habrá sido por falta de tiempo —dijo con retintín mientras evaluaba mi pequeño apartamento—. Veo que te gusta vivir en una ratonera.

—Es más que suficiente para una persona, ¿Qué quieres Andrei? —exclamé.

Lo cierto era que nunca me había gustado la faceta arrogante de Andrei, probablemente algo habría en la genética Komarov que para mi suerte me debía haber saltado o eso esperaba, pero pese a eso me llevaba bien con mi primo.

—¿Por qué no salimos? Solo podré disfrutar de la ciudad lo que queda de día

y mañana. El lunes me iré en cuanto acabe la reunión.

—Está bien —acepté de buena gana, mejor eso que seguir cambiando canales del televisor.

Fuimos a cenar al conocido restaurante diverXo de Madrid, famoso por su peculiar cocina de fusión y sabores exóticos mezclando salado con dulce, afrodisíaco o ácido. Todo un manjar de sensaciones para el paladar. Algo único y exquisito fue lo que pensé en el primer bocado.

Después nos fuimos a tomar un par de copas, hacía tiempo que Andrei y yo no salíamos de fiesta juntos, él era cuatro años mayor y no solíamos coincidir, pero teníamos amigos en común y de vez en cuando lo hacíamos. Cuando Andrei pareció ligar con una morena que no le quitaba ojo el de encima, me retiré dejando en entredicho que al día siguiente nos veríamos.

Decidí subir por las escaleras con los tacones en la mano para que así se me bajaran más rápidamente ese par de copas que había tomado. El estrecho vestido de color azul pavo real apenas me permitía subir los peldaños, por lo que me lo remangué hasta debajo de las nalgas proporcionando todo un espectáculo si alguien me viera, por suerte no había nadie a esas horas paseándose por el edificio. Cuando alcé la vista en el último tramo casi no me creía la visión que me proporcionaban mis ojos. Alejandro estaba sentado en el último escalón con los codos apoyados en sus rodillas y las manos en su frente, parecía estar pensando en algo o directamente se había quedado dormido.

Me acerqué a él lentamente y sí, efectivamente estaba dormido. No sabía si alegrarme de que hubiera ido hasta mi casa o indignarme porque se hubiera dormido cansado de esperar, ¿Qué debía hacer?, ¿Despertarlo?, ¿Dejarlo allí? No era tan malvada como para dejarlo allí.

Moví un hombro suavemente para despertarlo, Alejandro abrió lentamente los ojos y comenzó a sonreír cuando me vio de una forma un poco extraña.

—Irinaaaaaaaaaa, mi preziozzzza ruuuuuusa

—¡Estás borracho! —le grité.

—Nooooooooooooooooo —señaló él con el dedo además de decirlo— Nooooo lo ezzzztoy

—Claro y yo seré la primera mujer en pisar la Luna —le dije mientras le dejaba ahí y me dirigía con llaves en mano a abrir la puerta.

—¡Ezzzzperaaaaaa! —gritó y su afán por intentar levantarse rápido debió jugarle una mala pasada porque cuando volví la vista le encontré estampado de bruces contra el suelo y no pude evitar soltar una carcajada, desde luego ver a Alejandro así era algo nuevo para mí. En mi vida me imaginé que alguien como él se pudiera emborrachar ni aunque lo obligaran.

Pensé en cerrarle la puerta en las narices, pero en el estado en que se encontraba era más un peligro para sí mismo que otra cosa. Suspirando dejé las llaves puestas y abrí la puerta de par en par acercándome hasta él que trataba de incorporarse sin apenas lograrlo.

—Vamos grandullón —le dije mientras colocaba una mano sobre su hombro y le ayudaba a levantarse.

—Erezz la mujedd mazz hermozaa que he vizzto en mi vidaaaa.

—Muchas gracias —contesté sin darle importancia.

—Yyyy —dijo señalando con un dedo índice hacia el cielo— Tuu culoo ez impresionanteeee, mee vuelvee locooooo.

Me eché a reír ante tal confesión sin poder evitarlo. Entramos en mi

apartamento y cerré la puerta de una patada mientras eché el cerrojo con llave para más seguridad. Me dirigí con Alejandro dejándose caer sobre mí hacia el sofá y cuando lo tiré sobre él, se desplomó sin quejarse manteniéndose quieto en esa postura. Parecía estar realmente abatido.

—Será mejor que duermas la mona —le dije mientras recogía mis zapatos de la entrada junto al bolso y me dirigí hacia la habitación.

Aun no me lo podía creer. Alejandro dormiría en mi casa y lo haría vestido, por primera vez desde que le conocía no tendríamos sexo a pesar de que pasáramos la noche bajo el mismo techo.

Me di una ducha fría para despejarme del calor, posteriormente me deslicé en un camisón de seda y descalza de puntillas fui a comprobar que Alejandro seguía vivo, aunque por sus leves ronquidos nada más acceder al salón era más que evidente que sí.

Me apoyé en el reposacabezas del sofá y me quedé observando cómo dormía plácidamente ajeno a que le estuviera contemplando.

—¿Por qué habrás venido? —susurré más para mí misma que para él. Tal vez encontraría la respuesta a la mañana siguiente.

Me tumbé en la cama y me abracé a la almohada, por un momento quise tener a Alejandro al lado, aunque estuviera roncando e inconsciente por la embriaguez, pero al menos podría abrazarme a su cuerpo. Deseché la idea y comencé a contar ovejitas para distraer la mente. Pensé en las cosas que debería hacer al día siguiente y lo rápido que había pasado el tiempo desde que había llegado, ya llevaba más de dos meses... poco a poco pensando en banalidades el sueño fue llegando hasta que finalmente me dejé arrastrar por él.

Cuando abrí los ojos la claridad del día se filtraba por la habitación. Me

desperezé lentamente y recordé de pronto a mi invitado en el salón, ¿Seguiría durmiendo?, ¿Se habría ido porque se despertó consciente? De un salto estaba de pie y fui despacio a comprobarlo, Alejandro seguía dormido aunque había cambiado su postura y ahora estaba de lado en aquel sofá que se le quedaba pequeño para su tamaño.

Aprovechando que estaba levantada comprobé que eran casi las doce en el reloj de pulsera y me dispuse a hacer café. Ya fuese por el ruido que hice o por el aroma del café recién hecho, pude escuchar que Alejandro carraspeaba como intentando aclararse la garganta, me giré puesto que me encontraba de espaldas y vi a mi dios griego sentado con las manos en la cabeza.

¡Oh sí! Probablemente tendría un monumental dolor de cabeza.

—¡Quieres un café! —grité a todo pulmón lo más alto que pude.

—Cssh —siseó colocando una mano en señal de stop para que no gritara.

Me reprimí las ganas de reír, pero aquello no me hizo achantarme.

—¡Tal vez un zumo de naranja! —volví a gritar igual de fuerte.

—¡Joder! —gritó él intentando incorporarse de un solo movimiento, pero se tambaleó al marearse.

—Agradece que solo haga eso y no te hubiese dejado de patitas en la calle anoche en tu estado —le dije ahora en un tono de voz más calmado.

—¿Donde me encontraste? —gimió.

—En mi puerta, aunque no sé ni cómo llegaste en tu estado.

—No me acuerdo de nada, solo sé que estuvimos bebiendo en la despedida y...

—¿Despedida?

—Sí, estaba en una despedida de soltero.

—Pues desde luego acabaron sin ti.

—¿Dije algo sobre ti? —pregunto un tanto inquieto.

—No, ¿Que tendrías que haber dicho?

—Nada... no. Nada —respondió rápidamente.

Le miré estudiando sus gestos, intentando descifrar que lo inquietaba.

—¿Puedo darme una ducha?

—Sí, será mejor que te quites ese olor a alcohol. Dame la ropa que la pondré en la lavadora.

Alejandro comenzó a desnudarse lentamente, no me podía quedar observando detenidamente porque era más que evidente que deseaba lo que tenía delante de los ojos, así que sencillamente me di la vuelta y comencé a preparar unas tostadas con mantequilla por hacer algo mientras tanto.

—No tardo —anunció antes de marcharse.

Cuando me di la vuelta solo vi el perfecto culo de Alejandro desaparecer por la puerta de mi habitación.

Sentada en el taburete de la isla de la cocina devorando una tostada como premio de consolación, aún no me creía lo excitada que estaba solo con haber visto el perfecto culo, la espalda bien moldeada y esas piernas musculosas de ese dios griego.

«¡Irina céntrate!» Ni siquiera es la hora del almuerzo y ya estas alborotada.

Tal vez eran demasiados días sin sexo aunque me hubiera intentado consolar con mi amigo de silicona que guardaba en la mesita de noche. Si Alejandro no se marchaba pronto de mi casa no afirmaba que no me tirase encima de él.

Tan concentrada estaba en acelerar mis pensamientos a mil por hora que no había escuchado que Alejandro había regresado hasta que no sentí el calor de su cuerpo en mi espalda. Noté sus manos rodear mi cintura apresando mi vientre, su nariz comenzó a rozarme la nuca y rodeó hacia mí cuello aspirándome como si tratara de oler mi aroma.

—Gracias —susurró en mi oído con aquella voz grave que siempre me excitaba hasta límites insospechados.

—De...de nada —conseguí decir en un anhelo que me costó infinitamente que no fuera un gemido de placer contenido.

—Comenzó a dar besos tiernos por mi cuello y no pude evitar arquearme para facilitarle el acceso, coloqué mi mano en su cabello mojado hasta que Alejandro me giró sobre el asiento y apresó mis labios con los suyos en un apasionado e intrépido beso lleno de deseo contenido.

—Eres como una droga para mi, Irina. Te necesito y me matas lentamente si no te tengo —susurró antes de volver a besarme y deleitarme con aquellos labios al tiempo que me alzaba para sentarme sobre la encimera de la isla y tener un mejor acceso a mi cuerpo.

Enredé mis manos en su cabello y apoyé los brazos en sus hombros para devorar sin pudor alguno sus labios, deleitándome lentamente con la lengua en explorar su cavidad mientras bailaba una danza con la suya.

Definitivamente ese hombre sabía hacerlo todo bien, cuando Alejandro me alzó pudo comprobar su entrepierna abultada y dura chocar en mi muslo a través de la toalla que él traía enredada a la cintura, la poca cordura que hubiera tenido la perdí del todo

—Vamos a tu habitación —jadeó cogiéndome en brazos a pesar de no haberle dado una respuesta.

No dimos ni dos pasos cuando el timbre de la puerta sonó.

—¿Esperas a alguien? —preguntó confundido porque nos interrumpieran.

Pensé en que nadie sabía donde vivía más que él, cuando iba a negarlo golpearon la puerta con la mano.

—(¡Mierda, Andrei!) —exclamé en ruso.

—¿Cómo? —preguntó Alejandro confuso sin entender una palabra.

No sabía qué hacer, no estaba del todo segura de que Andrei conociera a Alejandro, pero lo más probable era que si y de no conocerle lo conocería igualmente el lunes en la empresa. ¡Que iba a hacer!

—¿Puedes esperar en la habitación? —le pregunté a Alejandro que me miraba confundido.

—¿Por qué?, ¿A quién estas esperando? —preguntó en tono autoritario.

—Estas únicamente vestido con una toalla, no creo que sea oportuno recibir así a nadie, sea quien sea, ¿No crees? —dije tratando de que no pareciera que estaba nerviosa.

Los porrazos volvieron a sonar en la puerta y esta vez fueron acompañados de una voz rusa.

—(¡Irina, sé que estás ahí!) —gritó Andrei.

En ese momento Alejandro me miró inquieto, era evidente que no había entendido nada, pero sí había podido captar la voz masculina y el tono de orden así que para mi desgracia no se lo pensó dos veces y fue hacia la puerta para abrir él mismo.

—¡Alejandro no! —grité, pero fue tarde, alargó la mano, giró la llave y dos segundos después Andrei estaba estudiando el cuerpo semi-desnudo de

Alejandro y yo quise morirme de la vergüenza.

—(Irina, ¿Se puede saber qué hace el director de la empresa desnudo en tu casa?) —exclamó Andrei en tono autoritario, como si estuviera reprendiéndome por ser una niña de dos años que había cometido una fechoría.

—(Soy una mujer adulta, puedo hacer lo que quiera) —contesté en el mismo tono.

—¿Que hace Andrei Komarov en tu casa, Irina? —preguntó en medio de la conversación Alejandro que parecía que iba a estallar en cualquier momento.

No sabía que responderle, ni en sus sueños admitiría quien era ahora, en medio de aquella situación tan embarazosa. Ni hablar.

—(No lo discuto, pero ¿Tenía que ser él? Se aprovechará de ti, de tu posición) —me inquirió Andrei aparentemente preocupado, pero lo que sentí fue sobreprotección.

—(No sabe quién soy y tú no se lo vas a decir) —respondí seriamente.

En ese momento mi primo me miró cómplice por primera vez y respiré tranquila.

—Señor Álvarez, disculpe la intromisión y no haberlo saludado previamente —dijo Andrei en un perfecto inglés—. No esperaba encontrarlo aquí.

Alejandro frunció el ceño y estrechó la mano de mi primo, parecía bastante confundido y desde luego no sabía de qué habíamos estado hablando delante de él, probablemente eso le tuviera desquiciado.

—Andrei es un... —comencé a decir en inglés porque sería la única forma de que mi primo lo entendiera.

—Un muy buen *amigo* —terminó por decir Andrei enfocando la palabra amigo en un tono distinto que podría dar lugar a malas interpretaciones. Supe que lo hizo aposta y quise matarlo en ese instante.

—Parece que ha venido un poco pronto para la reunión de mañana, ¿No? —preguntó mordaz Alejandro, cosa que no me pasó desapercibida al igual que tampoco el juego que se comenzaba a traer mi primo Andrei que parecía encantado con la idea de provocar algún tipo de resentimiento en Alejandro.

—Quería disfrutar de la compañía de Irina unos días antes —contestó sonriente.

—¿Unos días? —preguntó Alejandro en aparente tono calmado a pesar de que podía apreciar la vena hinchada de su cuello.

—Sí, de hecho vine para invitarla a almorzar, pero no esperaba encontrarla acompañada —dejó caer Andrei.

—Pues lo está —contestó Alejandro firme y cortante.

—Volveré más tarde entonces —insistió Andrei.

—Más tarde también estará ocupada —añadió Alejandro.

—Está bien, te veré entonces mañana, Álvarez —contestó Andrei y vi como trataba de contener una sonrisa. Quería patearle el culo por dejarme semejante marrón ahora mientras él se marchaba de rositas—. (Comprate un movil y llámame) —dijo Andrei en ruso antes de salir por la puerta mientras Alejandro la cerraba y giraba la llave.

Aún no sabía cómo había podido permanecer tan campante delante de mi primo con una simple toalla enrollada a la cintura. Eso era no tener pudor alguno.

—Ahora mismo me vas a decir qué clase de *amigo* es Andrei Komarov para ti

—dijo cruzándose de brazos y fijando la vista en mis ojos.

—¿Y por qué debería decírtelo, Alejandro?, ¿Es que acaso tenemos algo tú y yo?

—Tú y yo somos puro éxtasis, Irina —me contestó seriamente acercándose—. Así que algo sí que tenemos.

—Cuando sea algo más que éxtasis para ti, quizá te diga qué clase de *amigo* es Andrei para mí.

—Sé que te acostabas con él. —No fue una pregunta, sino una afirmación y además lo hizo en pasado.

—¿Y qué si lo hiciera? —le reté con la mirada.

—Si me he aguantado todo este tiempo es por el simple hecho de que anoche dormiste aquí sin él.

—¿Y por eso ya deduces que no me acosté con él? —pregunté.

Realmente no sabía a qué estaba jugando, pero probablemente acabaría quemada de todos modos.

—No lo deduzco. Lo sé —atajó seriamente.

No respondí, solo le reté con la mirada a que le expusiera sus argumentos.

—No me hubieras metido en tu casa, sabiendo que él podría venir en cualquier momento y exponerte de esa forma si tuvieras una relación con él.

Pues sí que tenía imaginación ese hombre, pensé sin contradecir sus argumentos.

—¿Me equivoco? —preguntó acercándose peligrosamente hasta mis labios.

—No me acosté con él —contesté sincera.

—Pero sí que saliste con él anoche —afirmó mientras me arrinconaba contra la pared.

—Si —susurré viendo su cuerpo aproximarse al mío.

—Y le rechazaste —afirmó suponiendo los hechos en su cabeza—. Si, por supuesto que le rechazaste —añadió sonriente y no entendía porqué lo hacía—. Nadie te dará jamás el placer que yo te doy, preciosa —susurró en mi oído mientras me apartaba el cabello—. Eres mía, ¿Recuerdas? —comenzó a darme besos mientras me arqueaba—. Te estremeces cuando te toco, te derrites cuando te acaricio y definitivamente te excitas cada vez que me acerco a ti. — Sus manos fueron acariciando lentamente mi cuerpo mientras no podía evitar cerrar los ojos—. Te lo demostraré —jadeó mientras me alzaba y apresaba mi boca con brutal pasión.

## 26. Lluvia en mis mejillas incontrolada.

Me aferré a su cuerpo siendo consciente de la egocentricidad en aquellas palabras, de lo pagado de sí mismo que estaba siendo, pero ¡Qué demonios! Mi carne era débil y más aún estando enamorada de él.

Me llevó en volandas hasta la cama donde en cuestión de segundos la poca ropa que llevaba puesta se había esfumado dejándome a su merced. Aquel dios griego me deleitó recorriendo con sus manos suavemente mi cuerpo mientras solo podía gemir de placer ante sus caricias y esperar el momento deseado de tenerle para mí o más bien, dentro de mí si era completamente sincera.

Me aferré a las sábanas con las manos mientras descendía con su boca por mi piel anticipándome al placer que sabía que obtendría por la dirección en la que avanzaba aquella lengua voraz. Cuando Alejandro rozó sus labios en el punto exacto, exclamé un pequeño grito de placer arqueándome para obtener más aún de esa fuente de clímax. Él sonrió sobrado de sí mismo ante aquel gesto, si no fuera por lo bien que lo hacía habría podido decirle algo, pero en aquel momento solo quería que siguiera pese a engordar aún más su ego.

Recorrió con su lengua húmeda clítoris en movimientos circulares, acompasando aquel gesto con sus dedos y solo podía enardecer de puro goce ante el placer que me estaba provocando aquello. Mis gemidos así lo atestiguaban y agarré su cabello entre mis dedos para que siguiera estremeciéndome con sus labios de forma que me garantizase el clímax. Estaba a punto de rozar el cielo cuando él se alejó para mi agonía

—Si no me hundo dentro de ti ahora, voy a explotar preciosa —dijo con

aquella mirada intensa de la que podría verse incluso llamas.

La toalla de Alejandro se esfumó y su más que protuberante miembro estaba listo para la batalla, sintiendo el roce de su miembro rozándose y ansiando tenerlo de nuevo dentro, tenía que reconocer que estaba necesitada de su contacto por mucho que intentara negarlo.

Alejandro se colocó de rodillas y se hundió en un solo movimiento mientras me incorporaba para acercarme a él, en ese instante apresó mis labios vorazmente de nuevo con aquella sensual boca deleitándose con aquel beso al mismo tiempo que se deslizaba dentro y fuera con sus embestidas.

Nuestros cuerpos eran solo uno cuando estábamos unidos y estaba más que claro que entre nosotros había una conexión inigualable, una atracción inmensurable y una intensidad inalcanzable.

Me desplomé hacia atrás cuando alcancé aquel extasiado orgasmo un poco antes que Alejandro, que lo hizo cuatro movimientos después. Aún saboreaba aquel placer cuando él se dejó caer a mi lado donde me atrajo con su brazo por la cintura hasta su cuerpo.

—Esto no puede seguir así —dijo Alejandro con un tono de voz serio.

—¿Qué no puede seguir así? —contesté confundida, ¿Me iba a dejar después del polvo que acabábamos de tener? Aunque no había nada que dejar porque no teníamos una relación, pero me refería al simple hecho de quedar o vernos, eso sería de ser de ser un auténtico capullo, incluso peor que mi ex.

—No puedo aceptar el hecho de que no seas mía, Irina, necesito tener algún tipo de seguridad, que solo vas a estar conmigo o de lo contrario me volveré loco.

Le miré sorprendida, ¿Realmente Alejandro estaba aceptando el hecho de que

quería estar conmigo?, ¿Por qué no me pedía que tuviéramos una relación normal como hacía todo el mundo?

—¿Y qué sugieres? —respondí tratando de averiguar las intenciones de él.

—Un precio, dame un precio que me asegure que serás solo para mí. —Su tono de voz era firme y seguro.

La percepción que Alejandro seguía teniendo era que me vendería al mejor postor, ¿En qué momento cambiaría de opinión? Quizá no lo haría nunca.

—Si quieres tener esa seguridad vas a tener que confiar en mí y tener una relación normal —dije sin poder evitar que mis sentimientos salieran a flote.

—¿Una relación? —exclamó y deduje por su forma de hacerlo que parecía contrariado.

—Sí, una relación normal como cualquier pareja —dije aclarando su pregunta.

Alejandro se incorporó y se quedó sentado en la cama, como si lo estuviera meditando.

—Yo no tengo relaciones Irina, te lo dije el primer día y de tenerlas sería con alguien que estuviera a mi altura, cosa que desde luego no es tu caso. ¿Tan difícil es que fijes un puto precio? —exclamó enfadado y no entendí la razón, pero lo peor era que había vuelto a denigrarme—. ¿Diez mil?, ¿Veinte mil?, ¿Cincuenta mil por seis meses?

En aquel momento me sentí sucia, conocí la parte más cruel de Alejandro, el que jamás me consideraría como algo que no fuera un objeto sexual, una muñeca en la que desahogarse y me sentí indefensa ante sus palabras.

—Lárgate —susurré.

Ni tan siquiera lo pude decir con la fuerza necesaria que hubiera querido,

estaba a punto de que las lágrimas por la impotencia me saltaran de los ojos.

—¿Cuánto te pagaba Andrei?, ¿Era más? —exclamó Alejandro como si creyera que solo era cuestión del precio y no era capaz de ver más allá.

Tal vez necesitaba pagar conmigo de alguna forma sus mierdas que le hacían ser así, porque era evidente que algo le ocurría para haber reaccionando de esa forma, pero eso era problema de él, no mío... ya no.

—¡He dicho que te largues! —grité esta vez con toda la fuerza que pude mientras las lágrimas pese a desear evitarlo, me saltaron de los ojos.

—Irina —oí que susurró ahora confuso.

Me dirigí hacia la lavadora que también era secadora y saqué la ropa de Alejandro que ya debía estar seca, abrí la puerta y la tiré al pasillo obligándole a salir.

—Tienes razón en una cosa —dije amenazante—. No estamos a la misma altura y ahora vete —añadí secándome las lágrimas con la palma de la mano y señalando la puerta.

No le miré, pero tardó unos instantes en cruzar la puerta y tras hacerlo cerré girando con llave y ahora sí, di rienda suelta a un llanto silencioso al mismo tiempo que doloroso.

«Estúpida, estúpida y mil veces estúpida» Me decía una y otra vez mientras recordaba cada una de las palabras que él me había dicho y que se habían grabado a fuego en mi alma.

Sabía que jamás podría perdonar aquello por más que lo quisiera, nunca podría olvidar esas palabras y como habían hecho sentirme.

Me di una larga ducha, bastante larga de hecho porque de alguna forma lo necesitaba hasta que dejé de llorar con el convencimiento de que me costara lo

que me costase iba a olvidarme de Alejandro para siempre, no podía más con aquella relación tóxica que solo me había traído más quebraderos de cabeza que otra cosa.

Necesitaba hablar con Nadia urgentemente, tenía que contarle a alguien lo que me había pasado así que con esa idea me puse unos shorts vaqueros, las deportivas nike y una camiseta básica blanca. Ni siquiera me esmeré en ocultar la rojez de los ojos o secarme el pelo, solo lo cepillé debidamente para quitarme los nudos y salí con el cabello mojado.

Me fui al centro comercial más cercano que encontré, para mi suerte sí que había una tienda de telefonía abierta y compré un teléfono sin fijarme en marcas o prestaciones, lo único que me interesaba era que pudiera llamar. Sacando la tarjeta del mío viejo e insertándola en el nuevo aparato en la propia tienda después de pagar el dispositivo, cuando lo encendí comenzaron a llegarme avisos de llamadas procedentes del teléfono de mi madre y Nadia, también había alguna de Andrei y las últimas incluso eran bastante recientes.

Decidí no instalar WhatsApp aún, no quería leer ningún mensaje de Alejandro si es que lo había y menos si decidía enviarme alguno después de haber discutido hacía unos instantes. Así que llamé primero a Nadia para desahogarme y después llamaría a mi madre para tranquilizarla.

—¿Estas viva? —Respondió Nadia al segundo tono de llamada—. Ya pensaba enviar una patrulla de la unidad de desaparecidos para buscarte, imagino que tendrás una buena excusa para haber apagado el móvil durante tanto tiempo —dijo sin dejarme hablar.

—Yo también te extrañé, encanto —respondí tratando de sonreír, pero no pude hacerlo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Nadia dándose cuenta a pesar de no estar

viéndome.

—Me temo que no te hice caso, Nadia... y ahora me tocará sufrir las consecuencias de mi error —confesé sincera mientras salía del centro comercial y comenzaba a andar por la calle de vuelta a mi apartamento.

—¿De qué hablas? —contestó extrañada.

—Me enamoré de él, Nadia —afirmé—. Me enamoré como una tonta y él me trato de la peor manera posible —confesé al límite de que volvieran a saltar de nuevo las lágrimas de mis ojos sin evitarlo.

—Cuéntamelo todo ahora —dijo mi amiga sabiendo que aquello era lo que necesitaba.

Saber que Nadia me conocía tanto como para lograr adivinar lo que necesitaba en cada instante me reconfortó, por eso la había llamado primero a ella, para desahogarme y coger la fuerza necesaria de enfrentarme después a mi madre sin que ésta notara nada.

—¡Será cabrón! —Gritó al otro lado del teléfono una vez que le había relatado todo lo que había ocurrido desde que no habíamos hablado— ¡Pero cómo has permitido que llegue tan lejos! —dijo Nadia recriminando mi comportamiento.

—No lo sé —confesé sincera porque ni yo misma sabía porque se lo había permitido.

Alejandro conseguía que dejara de pensar, que mi mente dejara de reaccionar y se dejara llevar por mis sentimientos o más bien deseos.

—Estás bien pillada de él —susurró—. Conociéndote como te conozco debes estar realmente enamorada para haberle dejado hacer contigo lo que ha querido, pero tienes que olvidarle, si él no quiere nada serio y tu sí, lo mejor

que puedes hacer es ponerle en su sitio y evitarle en todo momento.

—Lo sé —afirmé—, sé que es lo que tengo que hacer —dije siendo consciente de que precisamente era débil ante la carne de Alejandro y que por eso tendría que evitarlo en todo momento.

—Irina, plantéate seriamente si merece la pena quedarte allí o regresar a Moscú de nuevo.

—No puedo irme —aseguré—, ahora que el equipo funciona y que he conseguido tantos progresos... —admití alejándome el teléfono de la oreja porque estaba escuchando un pitido extraño, tal vez fuera la batería que se estaba agotando, pero descubrí que era una llamada entrante de Andrei—. Te llamo ahora Nadia, es mi primo —dije justo antes de coger la llamada de Andrei.

—¡Donde estas! —gritó y por su tono parecía bastante alterado.

—He salido a comprar un teléfono obviamente —dije en el tono más calmado posible.

—¿Y has hablado ya con tu madre? ¡Porque está de los nervios! —exclamó en el mismo tono anterior.

—Ahora la llamo —contesté tranquilamente—. Se calmará en cuanto vea que estoy bien. Además es una histérica que se preocupa por todo — dije tratando de quitarle importancia.

—¡Irina! —Gritó Andrei al otro lado del teléfono mientras me lo apartaba de la oreja ante semejante grito—. ¡A tu padre le ha dado un amago de infarto!

En ese momento todo se volvió oscuro, justo acababa de entrar en el portal del edificio y no supe si fue por el intenso calor, por la noticia o por todo lo que había ocurrido, pero me mareé y caí de bruces contra el suelo.

—¿Está bien?, ¿Se ha hecho daño? —escuchaba la voz de Francisco el portero mientras afirmaba aunque realmente no me encontrara bien y no precisamente por haberme hecho daño, necesitaba saber cómo estaba mi padre así que busqué el teléfono por el suelo hasta que lo encontré y llamé a mi madre.

—¡Irina por dios!, ¿Dónde estabas? —exclamó mi madre con evidente preocupación.

En ese momento me lamenté por mi estupidez y maldije al idiota de Alejandro que por su culpa había estado incomunicada.

—¿Cómo está papá?, ¿Está vivo? —pregunté inmediatamente temiéndome lo peor.

—Sí —afirmó y respiré—. Los médicos dicen que reaccionó a tiempo y le están operando en este momento, van a ponerle un marcapasos, ¡Le he dicho cientos de veces que trabaja demasiado, pero no me hace caso!, ¡Tienes que venir enseguida Irina, tienes que ayudarme! —gritó con voz desesperada.

—Saldré en el primer vuelo que haya hacia Moscú —tercié.

—No, Andrei volverá de inmediato para hacerse cargo mientras tanto de la presidencia así que regresa con él —ordenó mi madre y no lo discutí.

Subí inmediatamente por las escaleras corriendo, no tenía paciencia de esperar al ascensor mientras llamaba a Andrei para preguntarle a qué hora despegaba el jet, cosa que sería en dos horas mientras lo preparaban todo. Tenía una hora para prepararme aunque podría irme con lo puesto, decidí meter todas las cosas en las mismas maletas en las que había traído y llevármelo todo. En ese momento solo pensé en mi padre, en las veces en las que había insistido que realizara las prácticas con él, en lo entusiasmado que pareció con la idea de enseñármelo todo y lo rechacé por venirme a España para demostrar que era capaz de hacerlo por mí misma.

—¡Maldita sea la hora en la que no me quedé en Rusia! —me reocriminé.

Solo había conseguido un corazón destrozado y por contra no estar cuando más me necesitaba mi padre. No volvería a pasar, iba a volver a mi país y me quedaría junto a mis padres.

Eché un último vistazo cuando el chofer de Andrei subió para cargar mi equipaje. No se olvidaba nada, al menos esperaba que nada importante, aunque dejaba un frigorífico lleno de helado con tantos recuerdos buenos como malos. Cerré la puerta y al bajar le di las llaves al portero indicando que se las diera al propietario del apartamento cuando le viera. Ya se encargaría alguien de gestionar aquello.

Me subí al coche donde Andrei me esperaba, parecía estar hablando al teléfono con alguien y guardé silencio hasta que colgara.

—Parece que la operación ha salido bien —me dijo cuando colgó y aprecié el gesto de mi primo por mantenerme informada, más aún que sintiera tanto cariño hacia mi padre como para estar tan pendiente de su evolución.

—Gracias a dios —dije algo más tranquila.

—¿No vas a regresar? —preguntó y supuse que lo hacía al ver todas las maletas que había cargado su chofer.

—No —negué firme.

—¿Y Álvarez?, ¿Pensé que teníais algo? —insistió.

—No hay nada entre Álvarez y yo —dije lo más seria posible.

—Mejor, ese hombre no te merece —contestó sin darle importancia.

No contesté a aquella frase, sino que guardé silencio. Cogí el teléfono del bolso y envié un mensaje de texto a Nadia.

**Irina:**

«Vuelvo a casa, te llamo cuando esté en Moscú».

Tras hacer aquello apagué el terminal y lo guardé de nuevo en el bolso, observando por la ventanilla las últimas imágenes que vería de Madrid puesto que no pensaba regresar.

Me habría gustado despedirme de mis compañeros, al menos decirles un simple hasta luego o espero que os vaya bien y nos veamos en el futuro, en fin... simplemente no desvanecerme de un día para otro como estaba haciendo, pero aquello no iba a ser posible.

Una vez que el jet hizo el despegue y vi la ciudad desde gran altura no pude evitar pensar en Alejandro una última vez.

«Adiós para siempre, Alejandro Álvarez»

Esta vez no habría otro encuentro, simplemente yo estaría muy lejos de allí.

## **27. Decisiones tardías.**

### POV ALEJANDRO

La reunión con Andrei que debía haber tenido lugar el lunes a primera hora había sido cancelada sin trascender los motivos por los cuales se había tenido que ausentar. En todo caso agradecí que así fuera porque no sabía si podría aguantar la cara del tipo que se había tirado sepa dios cuantas veces a mi rusa, a mi muñeca, a mi preciosa Irina, sin partírsela en dos o decirle que ahora ella era mía, solo mía, aunque en realidad no lo fuese.

Saber que aquel tipo había tenido una aventura con ella me provocaba unos celos irrefrenables que solamente eran consolados con el hecho de saber que me había preferido a mí por encima de él. Probablemente ella era tan consciente como yo de aquella conexión que teníamos, de la cual, al menos yo, era incapaz de eliminar por mucho que lo intentara.

Había realizado mil y un intentos de mantenerme alejado de ella y era completamente imposible, incluso en la despedida de Alberto me había emborrachado solo para no sentir ese afán de querer salir corriendo hacia ella y suplicarle o más bien rogarle que fuera mía de nuevo. Llevaba años sin beber tanto y puede que esa noche hubiera sido la única en la que me arrepentía de perder los recuerdos porque aún no entendía como había terminado en su casa y pese a estar borracho, ella me había acogido en su sofá pese a no tener porqué hacerlo.

Estaba más que claro que algo debí haber mencionado al respecto durante aquella noche y tal vez a la propia Irina, porque desde entonces mis amigos no dejaban de enviarme mensajes sobre quién era la rubia de perfecto trasero de

la que no deje de hablar durante toda la noche y por suerte para mí, Alberto no había abierto la boca al respecto para delatarme, pero sí tenía varios mensajes de él diciendo que teníamos que hablar de ello.

Menos mal que por fortuna, no mencione su nombre, ni tampoco que trabajaba en la empresa, de lo contrario estaba completamente seguro de que todos y cada uno de ellos se habrían presenciado en Komarov solo por tal de ver a esa rubia de largas piernas y perfecto trasero que había sido la culpable de que me emborrachara hasta niveles extremos.

De hecho, me puse tan pesado según Alberto, que en un momento dado de la noche dije que tenía que ir a buscarla y me perdieron la pista. No sé como logré llegar hasta allí, no recordaba absolutamente nada del proceso, lo único de lo que fui consciente es de verla al despertar en aquel precioso apartamento que aunque fuera pequeño solo me gustaba porque olía a ella y que estaba preparando café en esa cocina donde tantas veces habíamos tenido sexo.

La echaba de menos y sentía ese hueco vacío dentro de mí que solo ella conseguía llenar de alguna forma.

¡Joder! Era consciente de que la había fastidiado a base de bien, mi temperamento, mi pasado y mis irrefrenables miedos me habían hecho joderlo de nuevo. Ella me gustaba, me atraía demasiado como para alejarme y al mismo tiempo me daba miedo sentir aquello.

Me habían educado con el concepto de que todas las mujeres eran iguales, unas lagartas, unas aprovechadas, unas putas que se vendían al mejor postor y de hecho ella me había demostrado al principio que también era así, pero ¡Diablos! Aquella mujer me hacía sentir cosas que ninguna otra había conseguido, habría dado todo lo que tenía por estar con ella una y mil veces más, porque no me cansaba de su cuerpo, de su sonrisa, de sus ojos... Irina era única.

Llevaba tres días sin verla y por más que intentara pensar en otra mujer no podía, no pude hacerlo desde el mismo instante en que la conocí, en que había recibido aquella imagen de ese perfecto y maravilloso trasero inigualable que aún me dedicaba a ver cada noche antes de acostarme y cada mañana al levantarme como si fuera una necesidad.

Decidí llamar a su departamento de trabajo con la excusa de que presentara los informes de progreso a última hora de esa tarde. Sabía que estaría enfadada por la discusión que habíamos tenido la última vez, aún no sabía cómo iba a reaccionar cuando me viera, es más, no sabía que decirle para que volviera de nuevo a mis brazos e incluso me estaba replanteando aceptar aquello de tener una relación aunque no fuera propenso a ellas porque no podía imaginarme mi vida sin ella. ¡Era la jodida primera vez que asumía que necesitaba a una mujer!

Nunca jamás me había enamorado, ni tan siquiera un atisbo de cariño, quizás tuviera algo que ver en ello mi pasado como bien me recordaba Teresa cada vez que intentaba profundizar en mi vida privada. Para mí, Teresa era la única mujer de mi vida, la única a la que respetaba y por la que sentía cariño, pero Irina había conseguido despertar algo en mí completamente diferente, una necesidad de estar con ella imperiosa y más que abrumadora no solo únicamente de sexo y eso era algo que me asustaba.

—¿Si? —respondieron al otro lado de la línea cuando marqué el número del departamento donde ella trabajaba.

—Páseme con Suárez —dije secamente.

—Irina Suárez ya no trabaja aquí —contestó la mujer al otro lado del teléfono y me extrañé ante aquella afirmación.

—¿Cómo que no trabaja ahí?, ¿En qué departamento está? —exclamé.

Y más que nada ¿Por qué no se me había informado.

—Creo que no ha entendido lo que he querido decir, no está en ningún departamento, ya no trabaja en Komarov —volvió a responder aquella chica que supuse sería uno de los miembros del equipo en el que trabajaba Irina.

—¿Por qué no he sido informado? —exclamé en un tono más alto de lo normal y demasiado brusco.

—Lo siento —respondió un poco abrumada la joven del teléfono— ¿Quién es usted? —preguntó algo avergonzada, aunque la culpa era de mía por no haberme presentado primero.

—Soy Alejandro Álvarez, el director de esta empresa.

—Discúlpeme señor Álvarez, desconozco porqué no ha sido informado, pero el pasado lunes vinieron los de recursos humanos a informarnos de la carta de dimisión de Irina, digo de Suárez —dijo corrigiéndose al final.

—Está bien —contesté colgando el teléfono enfurecido ¿Dimitido?, ¿Irina había dimitido?, ¡Joder se había largado y nadie me había dicho nada!

—Enfurecido llamé a la responsable de recursos humanos para pedir explicaciones y cinco minutos después estaba buscando desesperado en la bandeja de entrada el correo que según la de recursos humanos me habían enviado el mismo lunes cuando recibieron la carta de dimisión. Efectivamente allí estaba, una carta bien redactada sobre la dimisión de sus prácticas alegando un compromiso familiar que requería su presencia con urgencia, lamentando así tener que abandonar su puesto y pidiendo disculpas por no haber podido avisar con antelación.

¿Un compromiso familiar?, ¡Y un cuerno! Pensé al tiempo que me colocaba la chaqueta del traje y cogía las llaves del coche mientras salía de la oficina.

—Cancela todas mis citas hasta las cuatro —le dije a mi secretaria mientras me dirigía hacia el ascensor sin esperar respuesta.

Conduje directamente hacia el apartamento de Irina y aparqué en doble fila dándome absolutamente igual si me ponían o no una multa. Subí al apartamento por las escaleras y llamé incansablemente al timbre durante más de diez minutos. Nadie abrió la puerta, seguidamente la aporreé gritando su nombre.

—Se marchó el domingo —escuché una voz a mi espalda.

Me giré para ver al portero del edificio con una fregona en la mano.

—¿Cómo? —exclamé aturdido por la situación, ella no se podía haber ido, no la podía haber perdido.

—Digo que se fue el domingo a primera hora de la tarde, un hombre vino a por ella, incluso su chofer cargó su equipaje.

—¿Se fue con un hombre? —pregunté cambiando el semblante.

—Sí, uno que parecía extranjero como ella —afirmó el conserje.

—Andrei —susurré.

—Ah no sé cómo se llamaba, pero la chica me dio las llaves de su apartamento para que se las entregara al dueño, así que no creo que vuelva.

—Está bien, gracias —dije con pesar.

Volví al despacho directamente, aunque lo único que me apetecía era emborracharme, ¡Se había largado con Andrei!, ¡Después de acostarse conmigo se había ido con él!

«¿Le habrá elegido porque tiene más dinero que yo?» No pude evitar preguntarme.

—No —me respondí en voz baja mientras me levantaba incapaz de

concentrarme en el trabajo para fijar la vista en los grandes ventanales de la ciudad que había a mi espalda.

Definitivamente se había ido con él porque yo la había tratado peor que a una puta y ahora me daba cuenta de ello después de perderla.

—¡Soy un idiota! —exclamé golpeando la pared con fuerza provocando que los nudillos de mi mano sangraran aunque el dolor no me importó, de hecho casi lo agradecí porque al menos podía sentir algo que no fuera su pérdida.

Había perdido a Irina por mi culpa, a la única mujer que probablemente de alguna forma había amado si es que aquello que sentía era amor. Mi comportamiento de cretino era el culpable de que se hubiera marchado lejos de mí y no la culpaba por elegir a Andrei en mi lugar, aunque me sintiera como la peor basura del mundo por saber que ahora estaría junto a él, probablemente en su cama, entre sus sábanas y desde luego en sus brazos.

Pensar aquello hacía que mi sangre enardeciera y unos celos irrefrenables me consumieran sin controlarlo pese a no tener derecho alguno de tenerlos. Estaba en esa situación porque yo me lo había buscado, porque yo mismo lo había incitado y no me arrepentía más en toda de mi vida de mis actos que ahora.

Ella me lo había advertido, me dijo que no estaba en venta, que no tenía precio y aún así me había obcecado en querer comprarla, querer ser su dueño y finalmente la había alejado de mí por no valorarla como se merecía. Las lágrimas en sus ojos me hicieron sentirme vulnerable y cuando me reprochó que no estábamos a la misma altura porque justamente yo se lo había mencionado pude apreciar el tono despectivo en sus palabras.

¿Por qué demonios tuve que decir aquello?, ¿Por qué no podía simplemente haberme callado! Tenía miedo... miedo de enamorarme, miedo de que me engañara, miedo a que me abandonara por otro... ¿Y no era eso lo que

precisamente había hecho después de todo? Y pese a ello no cambiaba lo que aún seguía sintiendo hacia ella.

Quería echar el tiempo atrás, retractarme de muchas cosas, pero sobre todo quería volver a tenerla entre mis brazos de nuevo, junto a mí, en mi cama y rodearla de la cintura para sentir su calor en mi cuerpo transmitiéndome esa sensación de tranquilidad que solo ella era capaz de proporcionarme.

«Necesitaba recuperarla y me aseguraría de hacerlo, aunque tuviera que pagar el precio que hiciese falta para que regresara de nuevo a mis brazos».

CONTINUARÁ....



Phavy Prieto, escritora de origen Andaluz, nació el 31 de Julio de 1987. Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de Interiores, desde pequeña ha tenido una gran pasión por la lectura y las artes.

En Marzo de 2017 decide probarse a sí misma creando sus primeros libros en la plataforma digital Wattpad, compaginando esta afición con su trabajo habitual, no esperando conseguir tanta aceptación y valoración por parte de una comunidad de lectores con base internacional.

Para salir de su zona de confort, decide aventurarse en el género erótico más puro, dando origen a la trilogía Tu + Yo, donde consigue llegar a un público mucho más amplio que supera los ocho millones de lecturas con los dos primeros libros.